

Leslie Charteris

El Santo vengador



Lectulandia

La encantadora Sonia Delmar prueba un poco de chocolate, y con ello involucra a Simón Templar en la aventura más excitante de su corta carrera: resulta que la joven es la heredera de una compañía de municiones americana... y el chocolate contiene droga.

La historia trata de secuestros, chantajes y agitación internacional en la Europa tan vulnerable de 1930. Y aunque los aliados del Santo son el leal Roger Conway y el poderoso Sir Isaac Lessing, sus adversarios son igual de formidables: Rayt Marius, quien sacrificaría millones de vidas para su propio beneficio, el Príncipe Rudolph, que se cree el nuevo Napoleón, y Vassilov, un agente del Kremlin.

Lectulandia

Leslie Charteris

El Santo, vengador

El Santo - 4

ePub r1.0

Titivillus 10.04.2019

Título original: *The avenging saint*
Leslie Charteris, 1930
Traducción: G. Guerrero
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

1

DE COMO SIMÓN TEMPLAR CANTÓ UNA CANCIÓN Y ENCONTRÓ QUE ERA EN PARTE VERDAD

I

El Santo cantaba:

¡Rara aventura!
Una moza casada con un novio
a quien nunca había visto,
nunca, nunca, nunca.
¡Al novio van a cortarle
la cabeza dentro de una hora
en Tower Green, Tower Green, Tower Green!
El novio está en una lóbrega prisión...

—Oiga —dijo el representante de la ley—, ¡haga menos ruido!

El Santo paró, dando la vuelta, mostrando que era alto, simpático y sonriente.

—Buenas noches, o buenos días, según sea el caso —dijo El Santo cortésmente.

—¿Y quiere decirme qué está haciendo? —inquirió el de la ley.

—Voy montado en un camello en el desierto —dijo El Santo alegremente.

El representante de la ley se le quedó mirando fijamente con aire sospechoso. Pero El Santo aparentaba ser una persona respetable. El Santo siempre tenía tal aspecto de respetabilidad, que podía muy bien unirse a una conferencia eclesial sin que le pidiesen la tarjeta de invitación. Aun vestido con harapos podía dejar chico a un obispo. Y con el traje que se había puesto para el asunto que aquella noche traía entre manos, tenía un aire de virtud verdaderamente deslumbrante. La pechera de su camisa era de un blanco hermoso e inmaculado como correspondería a un alma pura y hermosa. Su abrigo, aun bajo la luz deficiente de una farola, daba la

impresión de estar cortado con tanta perfección, y era llevado con tan arrebatadora elegancia, que ningún sastre que estuviese orgulloso de su profesión podría contemplar tan estupenda apoteosis de su arte sin sentirse conmovido. El Santo, según se encontraba allí en pie, tenía aspecto de ser un arcángel cesante; lo único que le faltaba para parecerlo era que no se pusiese el negro sombrero de fieltro tan ladeado, y que no se apoyase con tanta displicencia en su bastón de empuñadura de oro. De todos modos, tenía el aspecto de un moderno pugilista, o de heredero de un ducado, o de un próspero administrador, o el anuncio de la elegancia personificada. Y el olor de santidad que exhalaba lo podía percibir un hombre que se encontrase con un fuerte resfriado y sin olfato, a más de cien metros de distancia y con el viento en contra.

El representante de la ley, ligeramente perturbado con todo lo que veía, hizo un esfuerzo visible para recobrar la serenidad.

—No puede usted ir por las calles a las dos de la mañana dando esos berridos estentóreos —así se expresó el representante de la ley.

—No iba berreando —dijo El Santo sintiéndose ofendido—; iba cantando.

—Yo repito que berreando, así lo conceptúo —contestó el representante de la ley con terquedad.

El Santo sacó su pitillera. Era una pitillera muy especial; y El Santo estaba muy orgulloso de tenerla: antes se hubiera paseado por Piccadilly en pijama que emprender un viaje sin llevarse su pitillera. Es que en esa pitillera había él incorporado un ingenioso dispositivo muy propio de la tendencia de El Santo a hacer todo minuciosamente. Esa característica de El Santo le había permitido conservar la vida veintinueve años más de lo que muchas personas le habían calculado. Es que había muchas más cosas en dicha pitillera de lo que saltaba a la vista. Desde luego, muchas más. Pero en ese momento preciso no había entrado en acción el dispositivo en cuestión, y, por tanto, el cigarrillo que hubo de aceptar el representante de la ley estaba desprovisto de nada que fuese de pega, como así ocurrió con el que El Santo eligió para sí mismo.

—De cualquier forma —dijo El Santo— ¿no se le ocurriría a usted berrear, como usted le llama, si supiese que un hombre de la reputación de Heinrich Dussel había recibido recientemente en su casa a un inválido que en realidad no lo era?

El representante de la ley abrió y cerró los ojos, con aire pensativo.

—Eso me parece sospechoso —admitió el de la ley.

—Y a mí —dijo El Santo— y da la casualidad que estos asuntos sospechosos son mi especialidad. Viajaría mil kilómetros para investigar casos como el que nos ocupa, y no es la primera vez que lo hago. En una ocasión, por una simple sospecha, me fui de la península de Malaya, vía Chicago, hasta un lugar un poco salvaje del Devonshire. Pero este caso no es solo de mera sospecha, es un caso probado.

—¿Es que ha bebido usted? —preguntó el representante de la ley, bondadosamente.

—Desde luego que no —contestó El Santo—. Me atengo a la Constitución Británica. Se trata de un caso típicamente rural. La Policía de Leith se inhibió... Decididamente, no estoy bebido, pero es que estoy previniéndome contra los accidentes que posiblemente pudiesen acaecerme. Por tanto, ¿haría usted el favor de anotar que hago mi entrada en aquella casa, la que tiene el número noventa, perfectamente equilibrado y sano? Y que no pienso estar en ella más de media hora a lo sumo, por lo menos voluntariamente. Así que si no estoy aquí fuera otra vez a las dos treinta, puede usted entrar tranquilamente y pedir mi cadáver. Hasta la vista, querido...

Y al decir esto, El Santo se sonrió con aire de beatitud, dejó de apoyarse en su bastón de empuñadura de oro, afianzó la inclinación dada a su sombrero, y continuó tranquilamente con su paseo y su canción, mientras el representante de la ley se le quedaba mirando pensativo y extrañado.

El novio en la lóbrega prisión permanece tirado;
el novio ya está casi muerto o muriéndose,
¡suspirstando por una bonita moza de diecisiete años!
¡Diez, y diez, y diez y siete!

—Que me zurzan —exclamó el de la ley abstraídamente.

Pero El Santo ni oyó ni le importaba lo que dijese el representante de la ley. Se adentró, balanceando su bastón, en el sitio de su aventura.

II

Ahora esto es para presentarles a El Santo.

Sus padrinos y sus madrinas, en la hora de su bautizo, le habían dado el nombre de Simón Templar: pero la mera coincidencia de las iniciales de su nombre no era la única razón de que se le conociera tan amplia y exclusivamente por su apodo. Algún día se sabrá la historia de cómo llegó a

tener ese apodo: a su manera, es una buena historia que se remonta a los días en que El Santo tenía diecinueve años, y que asumía toda la respetabilidad que solía aparentar. Sin embargo, el nombre se le quedó para siempre, lo cual era inevitable, porque evidentemente estaba destinado que fuese para él desde el principio. Y en los diez años que siguieron a su segundo bautizo, este ya de tipo menos cristiano, hizo honor a ese segundo nombre suyo siguiendo las normas que le dictaban su conciencia. Esta es la comparación con aquella historia del hombre muy grande a quien sus amigos le llamaban Pulgarcito.

Mientras marchaba por Park Lane adelante, aquella noche, tenía verdaderamente el aire muy Santito.

Muy Santito, a ver si me explico, con ese mayúscula. De esa forma es como Roger Conway escribía este adjetivo, y así es como vamos a seguir escribiéndolo nosotros. Simón hacía gala del nombre con la misma elegancia que llevaba la ropa, que también podía ser catalogada con letras mayúsculas.

Desde luego, no estaba en su verdadero centro. No pertenecía al siglo veinte. Era arrebatador, pues muy a menudo, cuando hablaba, su voz tocaba las cuerdas sensibles de la imaginación. Cuando se le veía, instintivamente se buscaba la tizona colgando de un costado, la pluma de su sombrero y las espuelas de sus botas. Tenían sus facciones, vistas de perfil, firmeza en la curtida cara, de fina nariz y labios y barbilla igualmente finos, haciendo juego con el pelo acharolado que cubría con un sombrero de fieltro llevado al estilo de los filibusteros. Tenía en sus claros ojos azules una mirada burlona y picaresca, y en sus modales reflejábanse magníficos destellos de una pomposidad medieval, y en sus movimientos había una vivacidad y una vitalidad tales, que claramente se apreciaba que no eran correspondientes a la época en la que vivía. Si en lugar de tratarse de Simón Templar se hubiese tratado de otra persona cualquiera, era evidente que la época en que vivía le iba a ser muy difícil de soportarla, pero como era Simón Templar, El Santo, le tocaba a él hacer la vida difícil a los de su época, de lo que, como miembro respetable de la misma, a cualquiera podría darle motivos de protesta.

Y, en efecto, se habían producido protestas en dicho sentido hasta tal punto que, si de algo se careciese para completar la particular diversión de El Santo en aquellos momentos, iba a recibir la compensación precisamente porque nada le llevaba a estar en Inglaterra aquella noche ni en ninguna otra noche cualquiera. El nombre de El Santo no era solo conocido de sus amigos o enemigos personales. Era una especie de leyenda; una institución pública. Aún no hacía muchos meses que su nombre había aparecido en las primeras planas de los periódicos de toda Europa, y la marca de fábrica de El Santo,

que representaba a un dibujo infantil de un hombrecillo con el cuerpo hecho de unas líneas rectas, como asimismo las piernas, llevando por cabeza un redondel y encima una aureola, había sido el terror en todo el ámbito de Inglaterra. Y aún permanecía sobre la mesa de despacho del inspector jefe Teal, de New Scotland Yard, las órdenes de arresto de Simón Templar y de otros dos que se encontraban con él durante sus fechorías: Roger Conway y Patricia Holm. A nadie importaba por qué El Santo había regresado a Inglaterra. Todavía no había prevenido a nadie de su llegada, y, si lo hubiera hecho, no cabría duda de que el inspector jefe Claude Eustace Teal estaría revolviendo Londres como un cedazo para encontrarle, antes que transcurriese una hora, llevando una pistola detrás de cada oreja y una bienvenida oficial, redactada según las leyes de Búsqueda y Captura del año 1848, preparada en el bolsillo...

Y, sin embargo, era de lo más divertido para él encontrarse de nuevo en Londres, y así mismo divertido encontrarse sobre la pista de un inválido que no lo era, aunque se alojase en una casa perteneciente a un hombre que llevaba el raro nombre de Heinrich Dussel.

El Santo sabía que el inválido aún se encontraba allí, porque eran las dos de la mañana de un domingo, y cerca del policía se hallaba un individuo de aspecto melancólico que vendía ediciones muy matinales de los periódicos domingueros, en apariencia a la espera de coger a los juerguistas de la noche del sábado a su regreso, y este individuo de aspecto melancólico no había movido un solo párpado al pasar El Santo. Si hubiese ocurrido algo interesante desde la última vez que el individuo de aspecto melancólico dio su último parte, Roger Conway hubiera movido un párpado, y entonces Simón habría comprado un periódico y dentro del mismo hubiera encontrado una nota escrita para él. Y si el inválido que no estaba enfermo hubiese salido de la casa, Roger no se encontraría allí. Ni tampoco seguiría allí cerca aparcado el Hiron del de largo capot. Según las apariencias, no había ninguna conexión entre Roger Conway y el Hiron del, pero eso era también parte del engaño...

Rara aventura esta que estamos atravesando:
moza modesta y novio garboso...
¡Novio garboso, garboso, garboso!
Mientras la campana toca a difuntos,
toca, toca...

Con suavidad, se lanzó El Santo a cantar el segundo verso de su canción. Y mezclada con su aparente alegría sentía una ligera conmoción de esperanza, cual descarga eléctrica. Porque sabía que era verdad. Él, de todos los hombres vivientes, sabía mejor que nadie que la era de las extrañas aventuras no había

pasado. Había aventuras por todo alrededor, entonces, igual que las había habido desde que el mundo es mundo: sólo hacía falta que el aventurero fuese a buscarlas y se enfrentara con ellas. Ninguna vez falló una aventura a Simón Templar, y eso era quizá porque nunca dudó de ellas. Sería por suerte, o sería por su talento, pero por lo menos sabía, fuese lo que fuese la causa, que cuándo y dónde se encontrase, allí estaría él. Nació para eso, como niño mimado de un violento y tempestuoso destino; no nació para otras cosas, y era lo que le proporcionaba la mayor diversión del mundo.

De nuevo se encontraba siguiendo la vieja pista.

Ahora que, esta vez, no era mera casualidad. Su peor enemigo no hubiera podido afirmar que Simón Templar no se tomó la molestia de buscarse todas las dificultades con que se iba a tropezar aquella noche. Durante las últimas semanas estuvo a la caza de dos hombres a través de Europa; se trataba de un hombre delgado y muy elegante y uno enorme y muy feo, y desde luego había jurado matar por lo menos a uno de ellos. Ninguno de los dos se llamaba Heinrich Dussel, ni aun en sus momentos libres; pero Heinrich Dussel había tenido una entrevista con ellos la noche anterior en el departamento pequeño y elegante del Ritz, y, por consiguiente, El Santo se mostró interesado por Heinrich Dussel. Y menos de dos horas antes que El Santo mantuviese su breve conversación con el representante de la ley, había comenzado el incidente del inválido que no lo era.

La moza modesta no se hará esperar;
aunque solo tiene dieciséis años,
tiene que casarse, tiene que casarse,
aunque el altar sea una tumba...
¡Tumba de la Torre, de la Torre, de la Torre!

De esta forma El Santo acabó triunfalmente, tanto su salmo como su paseo; pues terminó la canción donde El Santo terminó su recorrido, que era al pie de una escalerilla que conducía a una puerta, que era la puerta de la casa de Heinrich Dussel.

Cuando Simón Templar se paró allí, una ventana, que había directamente encima de donde él se encontraba, fue destrozada violentamente y los trozos de cristales rotos cayeron en la acera alrededor de él. Siguió a eso el grito agudo de angustia de un hombre, que retumbó claramente en el silencio de la calle.

—Oiga —le preguntó una voz que le pareció conocida— ¿es esta la casa en la que me dijo usted que iba a entrar?

El Santo se volvió.

El representante de la ley estaba en pie junto a él, con las manos metidas en el cinturón, pues le había seguido todo el camino silenciosamente porque llevaba suelas de goma.

Simón sonrió beatíficamente al representante de la ley.

—Así es, Algernon —murmuró, y subió los escalones.

La puerta se abrió tan pronto él tocó el timbre.

Y el representante de la ley continuaba a su lado.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el representante de la ley.

—Nada.

El que había acudido a la llamada del timbre era Dussel en persona, sereno y dueño de sus nervios; era tal como El Santo se lo figuraba.

—Tenemos aquí un enfermo que no está bien de la cabeza. A veces se pone violento. Pero estamos cuidándole.

—Así es, en efecto —dijo El Santo con calma—; yo cogí su llamada telefónica y vine directamente aquí.

Se volvió sonriente hacia el representante de la ley.

—Yo soy el médico que se ocupa del caso —dijo—; así que puede usted dejar los asuntos en mis manos con toda libertad.

Su manera de decirlo hubiera convencido al propio director de Seguridad. Y antes que cualquiera de los dos pudiese decir una palabra, El Santo atravesó el umbral como si se tratara de su propia casa.

—Buenas noches, guardia —dijo con la mayor dulzura, y cerró la puerta tras sí.

III

Un observador parcial de los asuntos de El Santo seguramente diría que este había comenzado sus actuaciones cometiendo la mayor pifia que jamás se conociera: esta observación sería totalmente errónea, y demostraría que tal observador no tenía ni idea de los métodos empleados por El Santo. Hay que insistir en lo que habíamos dicho de que El Santo había decidido entrar en la casa de Heinrich Dussel para averiguar el misterio del inválido que no lo era, y que su intención firme era, después de subir por Park Lane en dirección a la casa, llamar al timbre, y entrar en ella mientras el mayordomo le estaba preguntando el motivo de su visita, cerrando la puerta tras sí, y dejar que el resto lo arreglara la Providencia. Hay que admitir que en sus cálculos no entraban la rotura de la ventana y los gritos que sucedieron a la misma, pero

eso no alteraba el plan general de campaña que él se había trazado. Podríamos colegir que El Santo no se arredraría ante las adversas circunstancias y también que estas no le eran propicias. Lo ocurrido fue un incidente imprevisto por El Santo dentro del curso normal de su actuación; pero El Santo, con esa audacia que le elevaba tan alto por encima de cualquier vulgar aventurero, había utilizado dicho incidente sacándole el mejor partido en el desarrollo de su estrategia, y siguió adelante. El resultado final no sufrió alteración, pues al fin y a la postre, El Santo llegó donde se había propuesto llegar, que era tener su espalda puesta a la parte interior de la puerta de entrada de la casa de Heinrich Dussel, con todo el plan de diversión aguardándole...

Y Simón Templar sonrió a Heinrich Dussel, soltándole una sonrisa premeditada y al mismo tiempo atrevida, pues para Heinrich Dussel siempre tendría reservada El Santo una sonrisa semejante. Aquel era bajo y muy fuerte, con hombros tremendamente anchos, labios delgados, frente ancha prolongándose en una calva, y ojos verdes que brillaban como piedras preciosas detrás de gruesas gafas de oro.

—¿Podría preguntarle qué se propone usted? —le preguntó Dussel en tono atropellado.

El Santo gesticuló con las manos.

—Quería tener una charla con usted, querido.

—¿Y qué cree usted que puedo hacer para servirle?

—Al contrario —dijo El Santo humorísticamente—, el caso es ¿qué puedo yo hacer para servir a usted? No tiene más que pedir y recibirá. Yo estoy dispuesto. Si usted dice «vaya y tráigame la luna», yo iré inmediatamente y se la traeré; esa es mi disposición con respecto a usted, querido.

Dussel dio un paso hacia adelante.

—¿Quiere quitarse de delante de la puerta?

—No —dijo El Santo, con cortesía, pero con firmeza.

—Entonces habrá que quitarle por la fuerza.

—Si me permitiera usted unos minutos —empezó a decir El Santo, con cautela.

Pero Heinrich Dussel había dado media vuelta, aspirando profundamente con la boca abierta y llevando en el gesto un propósito determinado.

No podía haberse colocado mejor.

Y antes que esa respiración llegase a las cuerdas vocales de Dussel, su boca se cerró otra vez con un ruido seco, por la influencia persuasiva de un

bien dirigido *uppercut* que, como un mazazo, había recibido.

—Entre en mi biblioteca —se invitó a sí mismo El Santo, imitando bastante bien la voz gutural de Heinrich Dussel.

—Muchas gracias —contestó El Santo, con su propia voz.

Y era porque sus brazos estaban ya rodeando a Heinrich Dussel, sosteniéndole, y, como aceptó su propia invitación, El Santo se agachó rápidamente, levantó a Dussel sobre sus hombros, se fue por el *hall* adelante, y se introdujo por la puerta que tenía más cerca. No se quedó allí.

Lo que hizo fue que dejó caer su carga sobre el suelo sin más contemplaciones, y salió otra vez, cerrando la puerta con llave y guardándose esta. Desde luego, era cierto que la suerte le favorecía; pues, a pesar del leve ruido que había ocasionado, no se encontró por ninguna parte a ningún criado de la casa. El Santo subió la escalera tan ligero y silencioso como un fantasma.

La ventana que se rompió correspondía al primer piso, y era fácil localizar la habitación a la que pertenecía. El Santo escuchó durante un par de minutos en la puerta, y entonces abrió hacia adentro y entró resueltamente.

La habitación estaba vacía.

—Qué fastidio —comentó El Santo suavemente.

Entonces comprendió el motivo.

—Si el policía hubiese insistido en entrar, sería porque quería ver esa habitación. Por tanto, habrían trasladado al inválido a otra parte, y en su lugar hubieran puesto a cualquiera de la banda. Y entonces al enfermo le hubieran llevado escalera arriba, así me parece a mí...

Y Simón salió de la habitación en un instante, corriendo escalera arriba.

Al llegar al descansillo superior, un hombre, mal encarado, de aspecto extranjero, que llevaba una especie de librea, salió por una puerta.

El Santo no lo dudó un instante.

—¿Qué tal? —preguntó brevemente.

—Bien —vino la respuesta automáticamente.

En dos palabras que se pronunciaron, y un paso adelante, se realizó todo el *bluff*. Fue que ni bordado como salió, sin que el de la librea se diese cuenta de que había sido engañado hasta tres segundos después que El Santo pronunciara esas palabras. Y cuando se dio cuenta fue cuatro segundos después, pero entonces ya tenía a El Santo solo a distancia de un metro.

—Así es magnífico —dijo El Santo brevemente—. Mantenga la boca cerrada y todo irá bien para usted. Vuelva a la habitación.

En la mano de El Santo había un pequeño cuchillo. Con ese cuchillo podía El Santo hacer cosas que serían la envidia de cualquier artista de circo. Pero en ese momento no era que El Santo estuviese lanzando el cuchillo, sino solamente que estaba pinchando levemente el cuello del hombre de la librea. Y el hombre de la librea retrocedió instintivamente.

El Santo le empujó hacia el interior de la habitación, y dio un puntapié a la puerta para cerrarla. Entonces dejó caer el cuchillo y cogió al hombre por la garganta...

Hizo muy poco ruido en esta operación, y al poco rato el hombre quedaba sin sentido.

El Santo se puso en pie y miró a su alrededor.

El inválido estaba acostado en la cama, y daba la impresión de que era un hombre anciano a juzgar por la espesa barba blanca. Una gorra de tela de mezclilla muy raída le tapaba hasta los ojos, en los que llevaba gafas oscuras, y su ropa, toda arrugada, era de mala confección. Llevaba puestos guantes negros, y, sobre los mismos, las cuerdas con las que tenía atadas las muñecas; también llevaba cuerdas alrededor de los tobillos.

El Santo le cogió en sus brazos. Parecía que no pesaba nada.

Tan rápida y silenciosamente como había llegado, volvió El Santo a bajar las escaleras con su ligera carga.

No fue todo tan sencillo como parecía. Empezó a subir un murmullo desde abajo cuando El Santo llegaba al primer piso, y al volver la esquina para llegar al último descansillo, vio a un hombre abriendo la puerta de la habitación en la que él había encerrado a Heinrich Dussel. Simón continuó tranquilamente hacia abajo.

Llegó al nivel del *hall* a tiempo para enfrentarse con dos pistolas automáticas: una la llevaba el hombre que había abierto la puerta con llave, y la otra la llevaba Heinrich Dussel en persona.

—Esta jugada es suya, Heinrich —dijo El Santo con tranquilidad—. ¿Puedo fumar mientras piensa usted sobre el asunto?

Puso al viejo mal trajeado en un sitio conveniente, y sacó su pitillera.

—¿Es que me va usted a entregar a la Policía? —murmuró—. Si es así, tendrá que arreglárselas para dar ciertas explicaciones dentro de poco. El policía que está fuera me oyó decir que yo era su médico, y, naturalmente, querrá saber por qué ha estado esperando tanto tiempo para negar que yo lo era. Es que, además, tenemos al convaleciente amigo ahí... —El Santo señaló hacia el viejo del sillón, que estaba tratando, sin conseguirlo, de decir algo,

pero no podía por estar amordazado—. Ni siquiera a los locos de remate se les ata de la forma en que se ha hecho con esta persona.

—No —dijo Dussel con cierta intención—, no le entregaremos a usted a la Policía, amigo.

—Bueno, pero tampoco pueden ustedes tenerme aquí indefinidamente —contestó El Santo, respirando fuerte—. Es que, verán ustedes, antes de llegar hasta su puerta tuve una conversación con el policía, y le dije que no iba a permanecer más de media hora; quiero decir, voluntariamente. Y después de todo el jaleo que ha habido antes de entrar yo, creo que estará esperando por los alrededores para ver qué pasa.

Dussel se volvió hacia su criado.

—Ve a la ventana, Luigi, y mira si el policía sigue fuera.

—Es algo fastidioso para usted, ¿no le parece, querido Heinrich? —murmuró Simón, fumando tranquilamente, mientras el criado desaparecía—. ¡La Policía me conoce tan bien! Probablemente también sería muy conocido de usted, si supiese mi nombre. A mí se me conoce por El Santo... —Se sonrió al notar el estremecimiento involuntario de que dio señal Dussel al oír su nombre—. De cualquier modo, sus compañeros me conocen. Pregunte al Príncipe Heredero, o al doctor Marius. Y no se olvide de enviarles mis afectos.

El Santo se echó a reír. Heinrich Dussel aún permanecía mirándole atónito, con los labios pálidos, cuando el criado volvió para informar que el policía estaba observando la casa desde la acera opuesta, hablando al mismo tiempo con el vendedor de periódicos.

—Parece que está usted enojado, Heinrich —comentó El Santo, con un poco de broma en la voz, sin notar que el destello de la mirada de Dussel presagiaba para él una muerte más repentina de lo que suponía—. Vamos, hombre, que el Príncipe Heredero nunca muestra su enojo. Es más sereno y silencioso que usted; así es Rudolf...

Simón hablaba como adormilado, casi en un susurro, y su mirada estaba fija en la punta de su cigarro. No dejó de sonreír en todo el tiempo... Fue entonces cuando...

—Le voy a enseñar un juego de manos —dijo de repente—. ¡Mire!

Tiró la punta del cigarrillo sobre la alfombra a los pies de sus interlocutores, pero cerrando los ojos, mientras que los otros dos miraron al sitio.

Se oyó un leve silbido, y entonces el cigarrillo se reventó para dar una luz relampagueante que lastimaba a la vista y parecía penetrar en las mismas

órbitas y hasta el cerebro. Solamente duró un momento, pero fue lo suficiente. Un humo blanco, denso, llenó el *hall* como si fuese niebla. El Santo, llevando al anciano nuevamente en sus brazos, alcanzó la puerta de la calle.

Oyeron su voz burlona a través del cegador ambiente.

—Es una cosa graciosísima —les decía El Santo—. En la próxima fiesta que celebren, hagan la prueba, y no dejen de invitarme. Adiós, amigos.

El sonido de una pistola silenciosa se oyó a través del humo, y una bala se incrustó en la puerta cerca de la cabeza de El Santo. Entonces ya había abierto esta la puerta, y el humo le siguió cuando él salía.

—¡Fuego! —gritó El Santo desesperadamente—. ¡Socorro! —Corrió escalera abajo y el policía estuvo a su lado tan pronto como llegó a la acera—. Por amor de Dios, procure salvar a los otros, guardia. Yo pude salvar a este pobre viejo, pero hay más personas dentro...

Se quedó junto al bordillo, reventando de risa, y vio cómo el representante de la ley se lanzaba valientemente dentro de la casa llena de humo. Entonces el Hiron del zumbó lentamente a su lado, llevando al volante al vendedor de periódicos de aire melancólico, y El Santo se acomodó en el asiento trasero.

—Muy bien, muchacho —dijo con aire cansado, y Roger Conway soltó el embrague.

IV

—Desde luego, ha sido un comienzo muy satisfactorio para la noche del sábado —comentó El Santo mientras el gran coche se desviaba a una calle lateral—. No diré que fue muy fácil, pero no es posible tenerlo todo. Solamente al final tuve trabajo de verdad, y la mejor receta que se le pudo aplicar fue el cigarrillo de magnesio... ¿Tuviste una grata conversación con el policía?

—Estuvimos hablando principalmente de ti —dijo Roger—. Las ideas que ese hombre tenía de El Santo eran tan raras y estrambóticas que no se pueden traducir a palabras. Yo intenté llevarle el asunto a su ánimo, y después me arrepentí de haberlo hecho, ¡pues me dolía tanto contener la risa...!

Simón soltó una leve carcajada.

—Y ahora —dijo—, estoy preguntándome a mí mismo qué historia es la que va a contar el amigo Heinrich. Ese no dormirá tranquilo esta noche. ¡Oh, qué idea tan gloriosa! Querido Heinrich...

Se dejó caer en un rincón, exhausto de tanto reír y empezó a buscar su pitillera. Entonces observó al viejo inválido, que se retorció impotente en los cojines que tenía a su lado, y se echó a reír.

—Lo siento, belleza —murmuró—, pero me temo que tendrá que permanecer así hasta que llegemos a casa. Ahora no nos podemos permitir que nos cree usted dificultades. Pero tan pronto como llegemos le desataremos y le daremos un gran vaso de leche, y puede contarnos la historia de su vida.

El patriarca movió la cabeza violentamente, y entonces al ver que ignoraban su protesta, se dejó llevar de un patético abatimiento.

Unos minutos más tarde el Hirondel entró en las callejas sin salida donde Simón Templar había establecido su cuartel general en un par de garajes convertidos en lujosa vivienda. Al parar, Simón recogió al viejo otra vez y saltó del coche. Roger Conway abrió la puerta de la vivienda para dejarle paso, y El Santo atravesó el diminuto *hall* para entrar en el cuarto de estar, mientras Roger salió para encerrar el coche. Simón sentó al viejo y echó los visillos, pero antes se aseguró de que nadie podía mirar desde afuera y entonces encendió la luz y se volvió a contemplar el objeto de sus ocupaciones de aquella noche.

—Ahora ya podrá soltar su discursito, compadre —comentó, mientras desataba la mordaza—, Roger le pondrá a calentar su Glaxo dentro de un minuto, y... ¡Santos Cielos!

El Santo se quedó sin respiración, porque, al quitar la mordaza, la gran barba blanca también cayó al mismo tiempo. Durante un momento quedó estupefacto. Entonces quitó las negras gafas y la gorra de tela de mezclilla, y una mata de rico pelo castaño cayó por la cara de una de las chicas más guapas que jamás había visto.

2

DE COMO SIMÓN TEMPLAR TUVO UN CONVIDADO, Y HABLARON DE VIEJOS AMIGOS COMUNES

I

—Ese freno de mano está aún un poco destensado, querido —entró diciendo Roger Conway, mientras desabotonaba el llamativo pasamontañas que se había puesto para su caracterización—. Debías hacer que...—se le quedó la voz apagada, y permaneció como en trance.

El Santo estaba de rodillas, su pequeño cuchillo en la mano, cortando cuerdas de muñecas y tobillos.

—Veré que el lunes le den un repaso —dijo El Santo serenamente.

Roger tragó saliva.

—Qué diablos, Santo...

Simón miró hacia atrás sonriendo al mismo tiempo.

—Sí, ya lo sé, muchacho —dijo—. ¿No es verdad que la noche es nuestra?

Se levantó y miró a la chica.

—¿Cómo se siente, pequeña?

La muchacha se agarraba la frente con las manos.

—Estaré bien dentro de un minuto —dijo—; me duele la cabeza.

—Ese narcótico que le han dado es el que tiene la culpa —murmuró El Santo—, y también es debido al golpe que recibió después. Es una faena terrible, ¿no le parece? Pero eso lo vamos a arreglar en seguida. Roger, corre a la cocina y haznos un poco de té. Yo me voy a ocupar del botiquín.

Roger obedeció, y Simón se fue hacia un aparador y de él sacó una botella y un vaso. Extrajo dos tabletas rojas de la botella y las echó en el vaso. Luego vertió en el vaso agua de seltz de un sifón, y se quedó mirando pensativamente mientras se disolvía.

—Aquí tiene, amiguita.—Tocó ligeramente a la chica en el hombro para avisarla, mientras mantenía la burbujeante bebida en la otra mano—. Bébase esto, y dentro de cinco minutos, cuando se haya tomado una taza de té, se pondrá a saltar como un canario sobre un bizcocho caliente.

Ella le miró con cierta aprensión, como si estuviese dudando si el dolor de cabeza que ahora tenía no sería peor que el que iba a tener cuando se bebiese lo que le estaba ofreciendo. Pero la sonrisa de El Santo le dio confianza.

—Buena chica... Vamos, que no estaba tan malo, ¿verdad?

Simón sonrió con muestras de aprobación al devolverle ella el vaso, una vez que lo hubo apurado.

—Gracias, muchas gracias.

—De nada —dijo El Santo—. No tiene importancia... Bien, ahora todo lo que tiene que hacer, muchacha, es quedarse quietecita tumbada, y descansar y esperar que le demos la taza de té.

Encendió un cigarrillo y se sentó sobre la mesa, contemplándola en silencio.

Bajo su revuelto cabello vio una cara que parecía estar esculpida por los mismos ángeles. En ese momento tenía los ojos cerrados, pero ya los había visto abiertos, y eran en efecto unos profundos ojos castaños sombreados por suaves pestañas. Su boca era firme y altiva, y a pesar de ello se notaban rasgos de buen humor en las curvas de los rojos labios. Además, ya estaba empezando a llegarle un poco de color a sus perfectas mejillas. Si en alguna ocasión había él visto la auténtica belleza de una mujer, era allí donde se encontraba en aquel momento. En su frente se reflejaba una tranquila respetabilidad, y la perfección de líneas de su pequeña nariz y la firmeza de carácter de su bien moldeada barbilla, la hubiera hecho destacarse donde quiera que se encontrase. Y a El Santo no extrañó nada de eso, porque estaba dándose cuenta de que sabía de quién se trataba.

El periódico *Bystander* se encontraba sobre la mesa junto a él. Lo recogió y volvió las páginas. Allí se encontraba ella. Sabía que no podía equivocarse, pues había estado contemplando la fotografía la tarde anterior. Entonces había pensado que era sencillamente deliciosa; pero ahora sabía que, en realidad, era mejor que la fotografía.

Todavía se encontraba mirándola cuando entró Roger con una bandeja.

—Buen chico —Simón apartó su mirada, por un momento, aun haciendo un esfuerzo para ello, y la volvió nuevamente sobre la chica. Se bajó de la mesa—. Vamos a tomar esto, muchacha.

Ella abrió los ojos, sonriente.

—Me siento ahora tan bien...—dijo.

—No es nada a como se sentirá cuando haya bebido este *Château Lipton* —dijo El Santo alegremente—. ¿Cuántos terrones, uno o dos? ¿O tres?

—Solamente dos.

Hablaba con un ligero acento americano, suave y muy fascinador.

Simón le entregó su taza.

—Gracias —dijo ella, preguntándole a su vez—: Dígame, ¿cómo es que me encontré?

—Pues bien, eso forma parte de una larga historia —dijo El Santo—. Digamos que la parte corta es que ya estábamos interesados en Heinrich Dussel, el propietario de la casa donde le encontré, y mi amigo Roger le estaba vigilando. A eso de la medianoche vio que traían a un viejo en un coche. Estaba narcotizado...

—¿Cómo sabía usted que estaba narcotizado?

—Sacaron de la casa una silla de ruedas para llevarle —explicó Roger—. Parecía que tenían prisa y al levantarla para sacarla del coche le dieron un golpe terrible en la cabeza con la puerta. El caso es que ni siquiera un viejo paralítico puede recibir tal golpe en la cabeza sin acusarlo o hacer algún movimiento, pero usted lo recibió como si fuese un cadáver, y nadie le pidió excusas siquiera.

El Santo rio.

—Desde luego fue una brillante idea —dijo—. Un disfraz perfecto, que estaba muy bien pensado, incluso hasta el detalle de los guantes por si a alguien se le ocurría mirar a sus manos. Y se hubieran salido con la suya si no hubiera sido por esa equivocación que cometieron, y también gracias a la vista de águila de Roger. Pero después, lo único que nos quedaba era vernos con Heinrich...

Se reía mientras recordaba lo pasado, y para que pudiese enterarse Roger Conway, le dio todos los detalles del episodio. La segunda mitad ya era conocida de la chica; pero se rieron mucho del epílogo de la escena, cuando el representante de la ley hizo su entrada heroica para efectuar el salvamento de las otras barbas blancas que pudiera haber entre las llamas y solamente lo que se iba a encontrar era a míster Dussel...

—La única cosa que todavía no me explico —dijo El Santo—, es cómo oí el grito de un hombre cuando se rompió la ventana antes de entrar yo en la casa.

—Es que yo le mordí en la mano —dijo la chica sencillamente.

Simón levantó las manos en señal de admiración, aunque fingiéndose horrorizado.

—Ya comprendo..., usted recobró el conocimiento y trató de abrirse camino luchando, y en ese empeño, ¿mordió a un hombre en la mano?

Ella asintió.

—¿Usted sabe quién soy yo?

—Sí —respondió El Santo, como quien no podía remediar saberlo a pesar suyo—. Eso es lo que lo hace ser tan perfecto.

II

Simón Templar recogió el *Bystander*.

—Yo le reconocí por su fotografía, que estaba aquí —dijo, y entregó el periódico a Roger—. Mira a ver si la encuentras, muchacho.

La chica le alargó la taza, y él la cogió y la llenó nuevamente.

—Ocurrió en un baile de la Embajada —dijo—. Estábamos alojados allí... ¡Estaba todo tan aburrido! A eso de las once y media me fui sigilosamente a mi habitación para descansar, porque ¡es que hacía tanto calor en el salón de baile!... Yo soy muy aficionada a los bombones —añadió con aire caprichoso— y había una caja preciosa con bombones en mi tocador. No me paré a pensar cómo pudieron llegar allí... Supuse que la esposa del embajador debió ponerlos allí, por conocer mi debilidad, y, como es natural, me comí uno. Me acuerdo que tenía un gusto raro, amargo, y que no me hizo gracia; ya no recuerdo más hasta que me desperté en aquella casa.

Se estremeció, pero luego soltó una risita, como de tranquilidad.

—Y entonces vinieron ustedes —continuó diciendo.

El Santo sonrió y miró hacia Roger Conway, que había dejado el *Bystander* a un lado y permanecía mirando a la chica. Y ella se echó a reír de nuevo, esta vez alegremente, al ver la sorpresa que se reflejaba en la cara de Roger.

—Yo podré ser la hija de un millonario —dijo—, pero el caso es que su té me ha gustado extraordinariamente.

Simón le ofreció su pitillera.

—Esos de ahí son de los que no explotan —dijo, señalando para ellos y tomando uno él mismo—. ¿Ha empezado usted a hacer conjeturas de quién es el culpable de lo ocurrido?

—Todavía no he tenido tiempo.

—Pero ahora, ¿puede sospechar de cualquier persona determinada? ¿Cualquiera que fuese capaz de hacer una cosa semejante en una Embajada, y que después le sacara disfrazada con esa ropa?

Ella movió la cabeza en señal de negativa.

—Es que parece todo tan fantástico...

—Y, sin embargo, podría yo decir el nombre del hombre capaz de hacerlo, y que, en efecto, lo hizo.

—¿A quién se refiere?

—Probablemente bailó usted con él durante la velada.

—¡Bailé con tantos...!

—Pero, seguramente, fue él uno de los primeros que le presentaron a usted.

—No puedo recordar quien...

—¡Desde luego que sí puede recordarlo! —dijo El Santo—. Se trata de un hombre de estatura mediana, delgado, con un pequeño bigote, muy elegante... —observaba él cómo llegaba el entendimiento a los ojos de ella, y se adelantó a anticiparle el nombre—. Es el príncipe heredero Rudolf de...

—Pero ¡eso es imposible!

—Lo es, pero es verdad. Puedo darle a usted la prueba de lo que digo... Y lo ocurrido lleva su sello característico, y es propio de él. ¡Es una de las cosas más grandes que ha hecho!

El Santo paseaba arriba y abajo de la habitación durante su excitada peroración, con la cara ligeramente congestionada y una mirada de fuego en su semblante, que Roger Conway ya conocía de antiguo. Como Simón Templar estaba inspirado, sus pensamientos se habían adelantado a sus palabras, como solía ocurrirle cuando esos raros destellos de genio le dominaban. Roger sabía que dentro de unos momentos El Santo se encontraría a sí mismo, y condescendería a hacerse más explícito para con las inteligencias menos privilegiadas; Roger estaba acostumbrado a estas manías de El Santo y ya estaba habituado a esperar con paciencia, pero la cara de la muchacha denotaba una incertidumbre lógica, mientras no llegase la explicación.

—¡Yo ya lo sabía! —Simón dejó de repente de medir la habitación con sus paseos, y con una sonrisa trató de remediar la inquietud en que tenía a la chica—. Pero ¡si es tan simple como esa nariz que usted..., que Roger tiene! Escúcheme...

Se sentó sobre la mesa, tiró un cigarrillo que tenía a medio fumar, y encendió otro.

—¿Me oyó usted decir a Dussel que yo era El Santo?

—Sí.

—¿No había oído usted ese nombre nunca anteriormente?

—Desde luego, lo había leído en los periódicos. Usted era el jefe de un banda...

—Y, sin embargo —dijo El Santo—, no ha tenido usted aspecto de haber pasado miedo por estar aquí.

—Es que ustedes no eran criminales.

—Pero hemos cometido crímenes.

—Eran cometidos en justicia: contra hombres que lo merecían.

—Nosotros hemos matado a hombres alguna vez.

Ella permaneció silenciosa.

—Hace tres meses —dijo El Santo— hemos matado a un hombre. Fue nuestro último crimen, y desde luego fue el mejor. Su nombre era profesor K. B. Vargan. Había inventado una máquina de guerra que nosotros considerábamos que no debía existir. Se le dio toda clase de oportunidades, arriesgamos todo para ofrecerle la vida si no hacía uso de su diabólico invento. Pero estaba loco. No admitía razones. Y, por tanto, tenía que morir inevitablemente. ¿Leyó usted aquel relato?

—Me acuerdo muy bien de él.

—Otros hombres, que eran agentes de otros países, también andaban detrás de Vargan, pero para conseguir sus propios fines —dijo El Santo—. Aquella parte de la historia nunca salió en los periódicos. Se mantuvo en secreto. Puesto que habían fallado el golpe, era mejor que guardaran el secreto antes que crear una grave situación internacional. Hubo un complot para que estallase la guerra en Europa, para que unos cuantos financieros se aprovecharan. Al frente de este grupo había un hombre que se titulaba el Millonario del Ministerio y el Millonario sin Patria, uno de los hombres más ricos del mundo: el doctor Rayt Marius. ¿Conoce usted el nombre?

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Todo el mundo lo conoce.

—Es el nombre del más grande fomentador de guerras en la historia moderna —dijo Simón con aspereza—. Pero ese complot fue el mayor hasta la fecha. Y para realizarlo, utilizaba al príncipe Rudolf. Fue uno de esos dos hombres quien mató a uno de mis más queridos amigos, allá en mi *bungalow* del río, adonde habíamos llevado a Vargan. Recordará usted haber leído que uno de nuestra pequeña banda fue hallado allí. Era Norman Kent, uno de los hombres más sanos que jamás pisó la tierra...

—Ya recuerdo.

El Santo miraba hacia la chimenea, y la expresión de su cara no invitaba a que se le interrumpiera durante el corto silencio que siguió a sus manifestaciones.

Al poco se repuso de su emoción.

—El resto de nosotros pudimos escapar fuera de Inglaterra —prosiguió diciendo con calma—. Es que, verá usted, Norman se había quedado atrás para cubrir nuestra retirada. No nos dimos cuenta entonces de que lo había hecho deliberadamente, aun a sabiendas de que no tenía esperanza de poder escapar. Y cuando lo supimos, ya era tarde para hacer nada. Fue entonces cuando juré pagar mi deuda a aquellos dos hombres...

—Ya comprendo...—dijo la chica suavemente.

—Desde entonces ando persiguiéndoles, y Roger me acompaña. No ha sido fácil, teniendo como tenemos puesto precio a nuestra cabeza, pero hemos tenido mucha suerte. Y nos hemos enterado de muchas cosas. Una de ellas es que el trabajo que Norman intentaba terminar cuando murió en el empeño, aún está sin hacer. Cuando pudimos poner a Vargan fuera del alcance de Marius, creímos que habíamos destruido la misma base del complot. Yo creo que Marius también lo creía así. Pero ahora parece que ha descubierto otra línea de ataque. No hemos podido encontrar nada definitivo, pero hemos podido palpar algunas reacciones en dicho sentido. Y es que Marius y el príncipe Rudolf están otra vez juntos. Marius sigue esperando conseguir que estalle esa guerra y por eso Marius debe morir en breve plazo, pero antes tenemos que estar seguros que su intriga caerá hecha pedazos con su muerte.

El Santo miró a la chica.

—¿Ahora se da ya cuenta en qué va usted a ser útil? —preguntó.

Ella se pasó una mano por los ojos.

—Es usted terriblemente persuasivo —dijo. Sus ojos no se habían apartado de la cara de El Santo mientras este hablaba—. No da usted la sensación de ser un hombre que haría las cosas así como así..., o que las imagina..., pero...

—Deme su mano izquierda —dijo El Santo.

Ella miró hacia abajo. El anillo que llevaba en el dedo relucía en la luz por los destellos que despedía el brillante. Y se preguntó él: «¿Estaba equivocado o había notado en la altiva cara de ella una ligera sombra de temor?»

Su voz, cuando habló, no le dijo nada.

—¿Qué tiene eso que ver con el asunto?

—Pues todo —contestó Simón—. Empecé a caer en ello cuando le mencioné el nombre del príncipe Rudolf por primera vez. Pero la clave del asunto la tenía en la canción que estaba cantando justo antes de introducirme en la casa de Heinrich Dussel, y yo no lo sabía...

La chica frunció el ceño.

—¿Qué quiere usted decir?

—Ya le dije que Marius estaba trabajando para un grupo de financieros, hombres que esperaban ganar millones con la guerra que estaba tratando provocar —dijo El Santo—. Pues bien, ¿qué clase de financiero cree usted que sería el más beneficiado por otra gran guerra?

Ella no contestó; y Simón sacó otro cigarrillo. Pero no lo encendió inmediatamente. Lo revolvía entre sus dedos con contenida rabia, como si la inmensidad de su inspiración le estuviese pidiendo esa exteriorización de sus sentimientos.

Prosiguió en el mismo tono ecuánime:

—En la historia que he relatado a usted, Vargan no lo era todo en el complot. Era la pieza principal, pero la idea general era más extensa y profunda. Antes de entrar en escena, había habido una tentativa bien organizada para crear un descontento entre nuestro país y otros de Europa. Puede usted darse cuenta qué fácil les sería conseguirlo a hombres que fuesen ricos y poco escrupulosos. Aquí, por ejemplo, se detiene a un hombre de quien se dice que es espía francés. En Francia se detiene a un hombre a quien se considera un espía nuestro. Y así sucesivamente, entre otros países. En tiempos de paz no se fusila a los espías así como así. Simplemente se les encarcela. Si me las arreglo para reunir cierto número de maleantes ingleses, por ejemplo, y les digo: «Quiero que vayan a tal o cual sitio, con determinadas cosas que les daré a hacer. Ustedes tendrán que comportarse en tal y tal forma, serán ustedes detenidos y procesados por espías, y serán ustedes encarcelados durante cinco años. Si se conforman con la condena que les impongan, y se mantienen con la boca cerrada, les pagaré diez mil libras esterlinas». Ahora bien, le pregunto yo a usted: ¿Es que no habría docenas de viejos tramposos en Inglaterra que serían capaces de atropellarse unos a otros para coger esa ocasión que yo les brindaba? Y sería igual con hombres de otros países. Desde luego, se llevarían la repulsa de sus gobiernos respectivos, pero es que los gobiernos siempre repudian los actos que cometen los espías y les persiguen implacablemente. Por eso, no se conseguiría nada haciendo una proposición semejante, y haría crecer el descontento. No es romántico tampoco proceder así. Se ha hecho anteriormente en escala más leve. Marius

estaba haciéndolo antes que interviniésemos en junio último. Lo que se titula «crear situaciones» estaba poniéndose peligroso. Cuando Marius recibió el golpe que le dimos por haber cogido a Vargan, estaba ya el reptil despellejado, pero nos equivocamos si nos figurábamos que lo habíamos matado. ¿Se acuerda usted del alemán que cogieron prendiendo fuego a nuestro dirigible más moderno, el R103?

—Sí.

—Marius fue quien le encargó el trabajo, le pagó quince mil libras esterlinas. Yo pude enterarme. Es más, se pensaba que debía destruirse el R103. Fracasó el complot porque yo envié la denuncia a Scotland Yard. Pero aun eso no podía evitar el clamor público que siguió al suceso. Entonces, ¿también se acordará usted quizá del inglés que pescaron tratando de sacar fotografías de una base naval francesa desde el aire?

—¿Se refiere al hombre de quien tanto se habló hace un mes?

El Santo hizo un gesto afirmativo.

—Ese fue otro de los hombres de Marius. Yo lo sé, porque estaba escondido en el guardarropa de Marius en el hotel Eduardo VII, en París, cuando estaban dando instrucciones a aquel hombre. ¿Y qué me dice del tratado secreto robado de nuestro correo diplomático entre Folkestone y Boulogne?

—Ya lo sé.

—Pues eso fue obra de Marius también.

El Santo se levantó, y empezó a pasear por la habitación.

—El mundo está lleno de pactos de paz y conferencias del desarme —dijo—; pero cuando las naciones no se fían unas de otras, ¿para qué sirven esas cosas? Nadie quiere la guerra; aquellos que vieron el fin de la anterior guerra hacen lo imposible por impedir que estalle otra, pero si un hombre roba a usted sus gallinas, y tira barro a su mujer cuando sale de paseo, y le insulta a usted por encima de la tapia del jardín, no tiene usted más remedio que echarle los dientes afuera a fuerza de puñetazos. Podrá usted tener mucha paciencia y mucho aguante, pero cuando ya llegan al límite y ponen el dedo en la llaga en el sitio más doloroso, tiene usted que revolverse y estropearle el físico, o sufrir el menosprecio de sus semejantes si se queda callado. ¿Empieza usted ya a comprenderme?

—Sí... Ahora que sigo sin comprender qué tengo que ver yo con todo esto —contestó ella.

—Pero ¡ya se lo he dicho!

Ella movió la cabeza en tono de incomprensión.

—¿Cuándo?

—¿No se dio cuenta? Cuando estaba hablando de los financieros, después que yo le hube reconocido a usted. ¿Es que su padre no es Hirman Delmar, el rey del acero? ¿Y no está usted pedida para casarse con sir Isaac Lessing, el hombre que controla la cuarta parte del petróleo del mundo? ¿Y no es Lessing, al poseer las concesiones de los Balcanes, prácticamente el dictador extraoficial del sudeste de Europa? ¿Y no ha estado tratando durante años y años de destruir el poderío de Rusia? Suponga que, casi en la víspera de su boda, usted desaparece y se le encuentra al otro lado, *en Rusia...*

Los ojos de El Santo relampagueaban.

—¡Si es como un libro abierto! —gritó—. Es fácil sembrar la discordia entre las grandes naciones, pero no es tan fácil hacerlas actuar. Hay un gran coeficiente de resistencia que vencer cuando se trata con viejas naciones de gran solidez como son Inglaterra, Francia y Alemania. Pero los Balcanes son la carga explosiva que puede estallar, lo han sido multitud de veces con anterioridad, y usted y Lessing pueden ser las chispas que enciendan la mecha... ¡Es propio del cerebro privilegiado de Marius! Tiene la psicología de Lessing estudiada hasta en su más pequeño detalle. Sabe que Lessing tiene fama de ser uno de los hombres más difíciles con quien podría enfrentarse en la alta finanza. Lessing se ha tomado hasta la molestia de ocuparse de la destrucción de hombres que han tenido simplemente una discusión con él en la mesa de *bridge*. Eso lo ha hecho alguna vez... Y utilizando a usted como cebo, Marius podría arreglárselas para meter a Lessing en el tinglado. Este podría hacer que estallase la guerra en los Balcanes, ¡y antes de la semana tendríamos la guerra en toda Europa!

III

Una vez, hacía meses, cuando Simón Templar exponía una teoría similar, Roger Conway le miraba con incredulidad, como si creyese que El Santo había perdido la razón. Pero ahora no había señal de incredulidad en la cara de Roger. La chica le miró y vio que su cara se había tornado tan grave como la de su jefe.

Movió ella la cabeza con gesto de incomprensión.

—Es como un cuento —dijo—, pero lo presenta usted con tanto detalle, que convence. Francamente, es así...

Se llevó las manos a la cabeza, y no fue hasta entonces que El Santo encendió una cerilla y la aplicó a su apagado y casi deshecho cigarrillo, riéndose levemente.

—¡Pobre chica! Ha sido una noche tormentosa para usted, ¿verdad?... Pero por la mañana estará mejor, ya lo verá, y supongo que este nuestro consejo de guerra no va a criar moho si lo aplazamos ya hasta la hora del desayuno. Primero voy a llevarle a su habitación; Roger irá a primera hora de la mañana a ver a una amiga mía casada y le pedirá prestados unos vestidos para usted.

Se levantó ella y se le quedó mirando estupefacta.

—¿Quiere usted decir que piensa retenerme aquí toda la noche?

El Santo hizo un gesto afirmativo.

—Por lo menos esta noche.

—Pero ¿qué dirán en la Embajada?...

—Estarán muy intrigados, ¿no es verdad?

Ella retrocedió unos pasos.

—Entonces..., después de todo..., ustedes son...

—No, no lo somos. Y usted lo sabe.

Simón le puso las manos sobre los hombros, sonriéndole con la mejor de sus sonrisas. Y la sonrisa de El Santo, cuando él quería, era una de las cosas que ninguna mujer existente podía resistir.

—Estamos embarcados en una gran empresa, Roger y yo —dijo—. Le he contado algo de ella esta noche. Un día podré contarle más. Pero ya le he dicho lo suficiente para demostrarle que estamos a la caza de algo más que huevos de corzo o de elefantes. Usted misma lo dijo.

Y de nuevo le sonrió.

—No habrá guerra si esta noche no regresa usted a la Embajada —dijo—. Ni siquiera si desaparece durante veinticuatro harás o durante cuarenta y ocho. Yo tengo que admitir que es un juego peligroso. Es más peligroso que tratar de cruzar el cráter del Vesubio sobre la cuerda floja teniendo los dos tobillos abiertos y con un litro de mal vino dentro. Pero, de momento, es lo único que puedo ver que podamos hacer Roger y yo: coger el hacha de guerra de Marius y ponérsela colgando precariamente sobre su propia cabezota. No soy capaz de decirle cómo vamos a arreglarnos. Yo mismo no lo sé. Pero pensaré en algo durante la noche. Y, mientras tanto..., bueno, lo siento..., pero no puede usted regresar a su casa esta noche.

—¿Quiere usted retenerme como prisionera?

—No. Eso sería lo último que haría. Lo único que quiero es que me dé su palabra durante veinticuatro horas.

A su manera, el silencio de medio minuto que siguió fue quizá el de más tensión que Simón Templar jamás tuvo que soportar.

Desde que había empezado a hablar había desplegado toda la personalidad de que era capaz. Conocía su poder hasta el último átomo por cada inflexión que imponía a la voz y al gesto, por cada porción de expresión, pues todo contribuía a ello. En la escena o la pantalla hubiera hecho una gran fortuna. Cuando le apetecía fingía ante hombres y mujeres con una seguridad llena de gracia e intención. Y en la última media hora había desplegado todo su talento en la empresa.

Si le fallase... Le constaba cuál sería la penalidad que sufriría por retener a la hija de un millonario a la fuerza. Fuese lo que fuese, tenía la intención de correr el riesgo. El juego, según le dijo a ella, era demasiado grande. Desde luego, demasiado grande para un jugador de poco espíritu...

Pero no mostraba nada de esto en su gesto. Erguido, sereno, con gran confianza en sí mismo, y ese destello de sonrisa cautivadora en su mirada, se quedó resistiendo el examen interrogante que ella hacía de él en ese momento. Y mirándola fijamente a los ojos, pensaba en sus propios pensamientos, sintiéndose sobrecogido con un extraño temor, en forma que no hubiera creído jamás.

Pero la chica no veía nada de esto, y era porque las manos que se habían posado sobre sus hombros permanecían firmes y serenas como las de un cirujano. Ella no veía más que la sonrisa de El Santo, la extrema claridad de sus azules ojos, las líneas pronunciadas de su cara morena y delgada.

Y quizá porque era lo que era, reconoció en el hombre unas cualidades excepcionales...

—Le doy mi palabra —dijo ella.

—Muchas gracias —contestó El Santo.

IV

Simón la acompañó hasta su propia habitación.

—Aquí encontrará usted una buena colección de pijamas de seda en el armario —comentó, sin aparentar darle importancia—. Si no son lo bastante grandes para usted, póngase dos. Esa puerta de ahí la llevará al cuarto de

baño...—entonces la tocó en la mano—. Algún día —dijo—, procuraré pedirle perdón por todo esto.

—Algún día —contestó ella—, procuraré perdonarle.

—Buenas noches, Sonia.

Besó su mano rápidamente y se volvió y bajó la escalera otra vez.

—Vamos a tomarnos ahora un *whisky* rápidamente, Roger, querido muchacho —murmuró, cogiendo una jarra y yendo hacia el barril que había en un rincón—, y luego nos acostaremos. Algo realizado, algo conseguido, y nos hemos ganado el reposo del caballero en la noche... ¡Bravo!

Roger Conway alcanzó la jarra con aire cabizbajo.

—Qué suerte tienes, grandullón —dijo en tono quejumbroso—. A mí no me ha hablado más que una vez, y no pude intercalar una palabrita ni de refilón. Y para colmo te oí llamarla Sonia.

—¿Por qué no? —dijo El Santo arrastrando las palabras—. Ese es su nombre, ¿no es verdad?

—No se le llama a una princesa del acero por su nombre así como así, especialmente cuando no has sido presentado.

—¿Que no?

Simón levantó su jarra con un gesto de triunfo, y bebió un trago.

Luego la puso sobre la mesa y dio una palmada en el hombro a Roger.

—Anímate, muchacho —dijo—. Esta es la gran vida.

—Será para ti —dijo Roger en tono lúgubre—; pero ¿qué me dices de mí? Si hubieras llevado a la chica directamente a la Embajada yo hubiera recibido unos cuantos billetes de los grandes muy fácilmente, por mi participación en el rescate.

—Mientras que ahora, lo más probable es que te echen quince años, o te metan en el estómago una bala que te disparará Marius —Simón reía mientras decía esto, pero luego se puso serio—. A estas horas ya saben Marius y Rudolf que hemos regresado. Y depende de lo que Heinrich haya contado a la Policía para saber hasta qué punto está enterada. No creo que diga nada de nosotros hasta consultar al príncipe y a Marius...

—Pues bien, yo apuesto a que Marius dará la alarma.

—Yo no estoy tan seguro de eso. Mientras sepa que Sonia está en nuestro poder, preferirá venir a nuestro encuentro acompañado de su banda. Y eso lo sabrá mañana cuando vea que no ha sido enviada a los brazos amorosos de la Embajada.

Roger Conway sacudió una poca de ceniza de su cigarrillo. Los que le habían conocido en los buenos tiempos, cuando su nombre, después de la

muerte de K. B. Vargan, se hizo casi tan famoso como el de El Santo, se hubieran sorprendido de ver la rigidez y serenidad que demostraba. Era de pelo rubio y bien parecido (aunque en estos momentos estaba menos presentable, debido a ir retocado por motivo del disfraz); de tipo definido, así como El Santo no lo era de ninguno, y había llevado una vida disipada y sin provecho hasta que El Santo lo recogió y le entrenó para que fuese su lugarteniente, lo cual lo hacía a la perfección. Y en los peligros de su nueva vida, aunque pareciera mentira, se encontró Roger Conway más feliz que jamás lo había estado anteriormente.

Roger dijo:

—¿En qué podías fundarte para expresar esa teoría que has expuesto a Sonia?

—Pero ¡válgame Dios! —tuvo que confesar El Santo—, es que era la única que consideraba apropiada en ese momento. Habrá otras docenas más; pero, si las hay, yo no las he encontrado... Y por eso es por lo que tenemos que encontrar muchas más antes que podamos restituir a esa chica al cuidado de la señora del embajador. Pero esa fue una teoría, una magnífica teoría, ¡y a mí a veces se me ocurre cada una!... Esa es diferente a las demás. Y no veo por qué razón no va a ser la verdadera.

—Ni ya tampoco. Pero lo que no me explico es en qué forma te va Sonia a ser de utilidad.

—Por el momento también me trae preocupado esa cuestión, Roger. Sé que retenerla a ella es tomar menos precaución que si nos quedásemos quietos en el campo de tiro cuando el tipo que tienes enfrente ha sacado dos pistolas. Y, sin embargo, no pierdo la idea fija que tengo: que ella representa para nosotros tener una artillería pesada a nuestra disposición, Roger, si solo pudiésemos encontrar el medio de disparar los cañones...

Y El Santo se sumió en unos pensamientos soñadores.

Ciertamente, era muy difícil. Hubiera sido ya muy difícil en los buenos tiempos, antiguamente, cuando solo unas cuantas personas determinadas conocían que Simón Templar, paseante en corte, era el mismo personaje que El Santo, de dudosa fama, y él podía contar con la colaboración de cuatro lugartenientes. Ahora ya era diferente, pues era conocida su identidad, y él contaba solo con Roger, si bien este valía por doce. El Santo no era la clase de hombre que necesitase un medio chalado Watson embobado mirando todo el día a su Sherlock, o a algún inútil Bunny alabando a su Raffles. Pero aun así y todo, hubiera dado cualquier cosa por poner el reloj de la publicidad con un retraso de catorce semanas.

Era soñar despierto sin resultado alguno; desde luego era una cosa a la que no estaba acostumbrado El Santo. Y con una corta risita al pensar en todo ello, se levantó, apuró su jarra, y se desperezó.

—A la cama, Roger —murmuró con decisión—. Ahí es donde yo soluciono todos mis problemas.

Y, en efecto, era así.

3

DE COMO SONIA DELMAR COMIÓ BACON CON HUEVOS, Y SIMÓN TEMPLAR HABLO POR TELÉFONO

I

Una máquina de hacer café, de plata, estaba cantando alegremente para sí misma, cuando Sonia Delmar bajó al cuarto de estar a eso de las diez de la mañana, y la fragancia de bacon asándose, junto al acompañamiento de un ruido de hervir que de allí partía, se estaba infiltrando en la atmósfera. La habitación había sido barrida y decorada, y el sol brillante de septiembre entraba a través de las ventanas abiertas.

Casi inmediatamente Roger Conway entró por otra puerta llevando una sartén en una mano y en la otra una fuente.

—Perdóneme la forma primitiva de hacerlo —comentó—, es que no podemos emplear a unos criados por la sencilla razón de que verían demasiadas cosas, que no nos interesa.

Ella parecía sorprendida de verle, y no fue hasta entonces que él se dio cuenta de que estaba justificado que le hubiera ignorado anteriormente, cuando tenía su cara y manos puercamente manchadas para hacer su papel de vendedor callejero de periódicos, sin fortuna. Estaba ella vestida con uno de los batines de El Santo, uno que era de verde jade, y llevaba las mangas remangadas y el borde del batín barriendo el suelo, pero a Roger le pareció que nunca había visto a una mujer mejor ataviada. Bajo las circunstancias aquellas, no le hacía falta siquiera hacer uso de ninguna ayuda artificial para estar bella, y no perdía nada de su frescura y belleza. Y si, por casualidad, la admiración de Roger no hubiese sido completa, hubiera bastado con la sonrisa con que le favoreció al ver los esfuerzos que había hecho en la cocina.

—¡Bacon con huevos! —dijo ella—. Es mi desayuno favorito.

—A mí me ocurre lo mismo —dijo Roger, y de esa forma se estableció una amistad entre ellos.

Pero con desilusión comprobó que estaba buscando a alguien, y él sin que le preguntasen dio la información que precisaba.

—El Santo se fue a conseguir alguna ropa para usted. Ya no debe de tardar mucho.

—¿Santo?... ¿Pero es que no tiene otro nombre?

—La mayoría de la gente le llama El Santo —dijo Roger—. Su verdadero nombre es Simón Templar.

—¿Simón? —parecía que ella daba encanto al nombre y Roger deseaba que cambiase de tema de conversación. Y de cierta forma lo hizo.

Nuevamente dijo ella:

—Yo recordé muchas más cosas después de dejarles anoche. Fueron tres los que se escaparon, ¿no es así? Había una chica...

—¿Patricia Holm?

—Esa misma.

Roger asintió, cogiendo otra lonja de bacon.

—No está aquí —dijo—. Es más, se encuentra en algún lugar del Mediterráneo. El Santo no quiso que viniese con nosotros. Ella le ha acompañado en casi todas sus empresas, pero esta vez se ha puesto firme porque hay el riesgo de pasarse una larga temporada en la cárcel, o algo peor. Se acogió a un amigo que tiene un yate particular, y la envió a hacer un largo crucero. Y hemos vuelto solo los dos.

—¿Es que ha estado ella mucho tiempo a su lado?

—Unos tres años. Se encontró con ella en otra aventura, y han estado juntos desde entonces.

—¿Están... casados?

—No.

Aun cuando en ese momento estaba Roger pensando con desesperación, para su fuero interno, con qué facilidad llegan las conquistas a algunos hombres que no las merecen, no podía hacerse culpable de una deslealtad hacia su jefe.

Añadió, con verdadera sencillez:

—Es que, verá usted, la cuestión del matrimonio nunca se trató. Es que somos fuera de la ley. Nos hemos colocado en esa situación de forajidos, y los convencionalismos corrientes no cuentan con nosotros. Quizá un día...

—¿Volverían ustedes a encontrarse nuevamente dentro de la ley?

—Si pudiéramos, todo sería diferente.

—¿A usted le gustaría volver a la vida tranquila dentro de la ley?

—Por mí, personalmente, no lo sé.

Ella sonrió.

—No sé por qué —dijo ella—, pero no puedo figurarme a su amigo pasando pastas de un lado a otro en las meriendas ni bailando con las señoras de la casa...

—¿El Santo? —exclamó Roger, riendo—. Probablemente empezaría a tirar cuchillos a la orquesta para animar la cosa... Y a propósito, aquí está.

Un coche bajó por las caballerizas y paró fuera. Un momento después un viejo muy encorvado, con barba blanca, gafas ahumadas y un sombrero muy raído, entró en el cuarto de estar. Se apoyaba en un bastón y llevaba en la otra mano un paquete de papel.

—¡Hace una mañana estupenda! —comentó con voz temblorosa—. Y dos jóvenes tan simpáticos tomando el desayuno juntos. ¡Bien, bien, bien! —se enderezó y continuó diciendo—: Roger, ¿me has dejado algo para comer, hijo de ladrón de caballos?

Puso el paquete y el bastón en un rincón, envió gafas, barba y sombrero a hacerles compañía, y alisó su chaqueta. Sin hacer ningún movimiento más, como por arte de magia hizo desaparecer todo rastro de vejez de la ropa que llevaba puesta, y el que estaba allí de pie era otra vez El Santo en persona, ocupándose en arreglarse la corbata con la ayuda del espejo que había en la chimenea, y nuevamente quedaba bien arreglado, inmaculado en el vestir y elegante como siempre.

—Estoy cada día más joven y más guapo —murmuró con satisfacción, y entonces se volvió soltando una carcajada—. Perdóneme los avíos teatrales de *amateur* que traigo puestos, Sonia. Temía que hubiera varios policías buscándome esta mañana, y no me equivoqué. Pude reconocer a tres en Piccadilly solamente y me paré a preguntarle a uno la hora que era. Bueno, de todos modos, pude conseguirle un equipo. No sienta prevención alguna en ponérselo, porque pertenece a una señora que está casada con un auténtico lord que aún vive, aunque yo hice lo imposible para conseguir que no lo hiciera.

Se dejó caer en una silla, suspirando al mismo tiempo, y contempló el plato que Roger puso ante él.

—Pero ¡cómo!, ¿solo me das un huevo? ¿Es que las gallinas se han declarado en huelga, o algo parecido?

—Si quieres otro —dijo Roger ofensivamente—, tendrás que ponerlo tú mismo. Había solo cuatro en la casa, y nuestra huésped se ha tomado dos.

Simón se volvió a la chica, sonriendo al mismo tiempo.

—Bueno —dijo—, es algo halagador saber que se encontraba usted lo bastante bien para comérselos.

—Esta mañana me siento perfectamente —dijo ella—, debe de haber sido por esa bebida que me dio usted anoche.

—Es una cosa maravillosa —dijo El Santo—; antes de marcharse, le daré la receta para que la próxima vez que la narcoticen tenga preparado un poco. También es un preventivo infalible para el día siguiente a una noche borrascosa, y se lo digo por si puede servirle de consejo.

Recogió su cuchillo y tenedor.

—He oído decir que viste algunos detectives —dijo Roger.

—Vi varios. Todos estaban vestidos de paisano, y todos tenían los pies planos. Era una visión lamentable para un pobre viejo que desde la iglesia se iba para su casa. Y no es que estuviesen tomando el aire, aspirando las brisas reparadoras y pensando en sus cenas. No estaban guardando el día de descanso. Estaban haciendo su trabajo con ganas. Nunca he visto tantos peligros de miradas insistentes. Era de lo más perturbador —El Santo se reía al decir esto—. Lo cierto es que el gato encerrado ya ha sido descubierto. La medida ha rebotado y la alarma general está dada desde aquí hasta Honolulu. Ya tenía yo idea de que Heinrich obraría consecuentemente con el desarrollo de los acontecimientos.

II

Fue la chica la que primero habló:

—¿Es que la Policía le persigue?

—Hace años que andan detrás de mí —dijo El Santo alegremente—. De una forma general... Pero solo recientemente la caza ha tomado un giro feroz. Sí, creo que puedo presumir de que esta mañana me encuentro en el colmo de la impopularidad, eso es en cuanto se refiere a Scotland Yard.

—Después de todo —dijo Roger—, no puedes continuar raptando princesas del acero sin que ocurra algo.

Simón se sirvió más mermelada.

—Es verdad, majestad —murmuró—. Aunque es seguro que la denuncia no es por eso. Si Heinrich hubiera hablado de que se había raptado a una princesa del acero, hubieran querido saber por qué se encontraba en su casa. ¡Maldigo el día del domingo! En cualquier otro día hubiera podido comprar

un periódico de la noche y hubiera sabido cuál era el salmo que él había cantado. Por tanto, tendré que ir a preguntarle yo mismo.

—¿Que tendrás que hacer qué cosa? —preguntó Roger atropellando las palabras.

—Haré una investigación personal —dijo El Santo— disfrazado de caballero. Haré una interviú al príncipe Rudolf en el Hotel Ritz, y escucharé todas las noticias de su propia boca.

Empujó para atrás su silla y cogió la pitillera para sacar un cigarrillo.

—No se le habrá ocurrido a tu enmohecido cerebro —comentó con aire de satisfacción— que los problemas de las intrigas internacionales pueden ser reducidos a lo mínimo. Vamos a reducir a Rudolf. El personaje A, queriendo darse importancia, desea dar un puñetazo en la nariz al personaje B. Pero B, desgraciadamente para A, es un hombre más grande que este. Entonces viene C y ofrece una pistola a A, con la que puede agujerear a B desde una distancia que para él es segura. Pero nosotros hemos destruido esa pistola. C entonces sugiere que se haga una alianza entre A y D, en virtud de la cual el poderío de B puede ser contrarrestado. C, como es lógico, se encuentra tranquilamente sentado en la tapia, esperando que, cuando todos se hayan matado entre sí o casi muertos, llevárselos a su lujosa clínica. ¿Está claro todo eso?

—Como el barro —dijo Roger.

—Pues bien —continuó El Santo sin inmutarse—: si quisieras saber cómo se las iban a arreglar para combinar esa alianza, ¿no sería lo más acertado preguntarle a A?

—Y, naturalmente, te lo diría en seguida.

Simón negó tristemente con la cabeza.

—Parece mentira, Rogers; es que no conoces las peculiaridades de este asunto. Pero podrán explicártelas más tarde.

Mientras tanto, El Santo se reclinó hacia atrás, mirando a su reloj, y por encima de la mesa contempló a la muchacha. El tono zumbón de que con tanta facilidad hacía gala le abandonó, para adquirir una sobriedad característica al ponerse a estudiar las facciones de la muchacha, procurando leer lo que le fuese posible en sus profundos ojos castaños. Ella le había estado observando desde que llegó a la habitación, y él sabía que el destino del plan que se había trazado ya estaba sellado, fuese de una forma o de otra.

—Todavía quedan cuatro horas para que prescriba la palabra que me ha dado —dijo—; pero se la devuelvo ahora.

Ella podía haberle dado las gracias con frialdad y marcharse. También podía hacerlo de forma entusiasta, o perpleja, si así le convenía, y también

irse. Y si hubiese hecho el menor gesto de tomar uno de los dos partidos, él no hubiera dicho una palabra más. No tendría remedio, a menos que ella demorase hacerlo por su propia voluntad. Y solamente una cosa podría doblegar su voluntad, y eso era algo que no quería presenciar.

—¿Por qué hace usted eso? —fue todo lo que preguntó, sin más.

III

«¿Por que hace usted eso?... Yo le daré mi palabra...»

Volvió y revolvió esas frases en su imaginación.

Y la forma en que fueren dichas. La forma en que cada cosa que le había oído decir había sido dicha. Su magnífica sencillez...

«La señorita más bella de América», así la había llamado el periódico *Bystander*, y El Santo pensó cuán poco significaba esa segunda palabra. Y, sin embargo, era la única que le correspondía. Había algo en ella que tenía uno que encontrárselo para apreciarlo. Si él hubiera tenido que describirlo, lo hubiera hecho solo con las frases más floridas, y una frase florida despojaría la cosa de su frescura natural, la hubiera escarnecido y la hubiera hecho parecer pretenciosa. Pero era lo menos de esto último que él había jamás conocido. Era tan inocente que le inspiraba respeto, y, sin embargo, hacía que el corazón le latiese con fantástica esperanza.

—Anoche me puse a pensar sobre el asunto, como dije que lo haría —le contestó él con tranquilidad.

A pesar de todo, ella no hizo el menor movimiento.

Ella le animó diciéndole:

—¿Es que hizo usted su plan?

—Sí.

—A lo mejor es el mismo que el mío.

Simón arqueó las cejas en tono de interrogación.

—¿El mismo que el de usted?

Ella sonrió.

—Yo también puedo pensar, míster... Santo —dijo—. Me enseñaron a hacerlo. Y anoche pensé mucho. Pensé sobre todo lo que usted me dijo y sobre todo lo que de usted he oído decir. Y me creí lo que usted me contó. Así, pues, sabía que había una sola cosa a hacer.

—Por ejemplo, ¿cuál?

—¿No me llamó usted el hacha de guerra de Marius? Creo que tenía usted razón. Y con eso ya contamos, por lo pronto. Pero hay tantas cosas que no conocemos... Por ejemplo, cómo debe utilizarse ese hacha y qué otra arma hay para reforzarla. Usted se ha llevado el hacha, eso es todo; pero Marius sigue con la intención de derribar el árbol. Una vez, anteriormente, creyó usted que estaba vencido, pero se equivocó. Esta vez, si solamente le quita el hacha, sabrá usted que le ha vencido. Ya ha empezado a cortar el árbol por abajo, y podrá caerse él mismo antes que estalle la próxima tormenta. Será difícil levantarlo nuevamente sin dejar a Marius en libertad de derribarlo de nuevo. Y para cerciorarse de que no dará ese nuevo golpe, tendrá usted que quebrarle el brazo.

—O tendré que quebrarle el cuello —dijo El Santo ásperamente.

Otra vez se sonrió ella.

—Ahora, dígame: ¿no es verdad que he acertado sus pensamientos?

—Perfectamente.

—¿Y cuál era su plan?

Simón la miró a los ojos.

—Yo pensaba —dijo deliberadamente— pedirle que regresase a ver a Heinrich Dussel.

—Y eso era lo que yo iba a sugerirle.

En ese momento Roger Conway se encontraba completamente en ayunas de todo lo que se tramaba. El Santo no le había dicho nada. El Santo había estado cantando cuando se encontraba en el cuarto de baño; lo cual, cuando El Santo lo hacía, significaba que gozaba de buen estado de ánimo. Y en esas circunstancias Roger Conway no sabía a qué atenerse. Pero Simón se había puesto el disfraz y había salido en el coche sin dar más explicaciones del motivo de su buen humor, y Roger continuó sin saber nada. Y ahora se entera de esto. Vio la mirada que cambiaron los otros dos y se dio cuenta de que ya pertenecían a un mundo de ellos solos, a un mundo al que él no podría aspirar jamás. Y como un hombre en un sueño, les oyó discutir lo que para él parecía imposible. Él conocía a El Santo, y los destellos de gran audacia de que era capaz El Santo, como ningún otro hombre podría jamás igualar. Podía tal vez perder momentáneamente la oportunidad de actuar, pero ahora él no estaba solo. Ahora tenía otra persona para ayudarlo, que era de su misma casta, y aunque sus pies estuviesen en caminos diferentes, pisaban el mismo terreno. Este era un terreno que ninguna persona corriente podía alcanzar. Y fue entonces cuando comprendió Roger Conway que, a pesar de que sabía que no había en el mundo persona alguna que pudiera igualarse a El Santo, ahora le

llegaba la ocasión de encontrarla, y empezó a comprender muchas cosas más. En su soñar, al pensar estas cosas, les oía hacerse preguntas y darse las respuestas adecuadas, con palabras tranquilas y entrecortadas. Hubiera estado mejor informado si cualquiera de los dos hubiera dicho las cosas que él esperaba oír de ellos; pero no ocurrió tal cosa. En el lenguaje empleado por ellos no existían definiciones como él esperaba oírlas, y sus cortas y concisas exclamaciones se le incrustaban en el cerebro como gemas cortadas que hubieran penetrado cayendo desde gran altura.

—¿Ha medido usted los peligros que hay en el asunto?

—¿Esos peligros son contra mi persona?

—Sí.

—Yo en ningún momento estoy segura.

—Tenga en cuenta que nos amenazan designios que están fuera de nuestro alcance. Yo podría fallar también. Tal vez todo eso significaría que daríamos la victoria a Marius.

—Quizá usted no falle.

—¿Es que tenemos derecho a correr el riesgo?

Y entonces Roger le vio otra vez, a ese nuevo Santo a quien se tenía que habituar. Se trataba del Simón Templar de los días del diletantismo, pero más sereno y más sobrio, y ocupándose de asuntos de mayor importancia que los que había tenido anteriormente, sin faltar en su mirada la luz de los viejos ideales, que no por viejos pudieran ser considerados caducos, y llevando en sus actos la misma actitud desafiadora.

—¿Es que tenemos el derecho de arriesgarnos a una derrota? —volvió a preguntar insistentemente.

—¿Es que tiene usted derecho a echarse atrás? —le contestó la chica—. ¿Tiene usted el derecho de volverse atrás y tener que empezar de nuevo, cuando todo lo que tiene que hacer es continuar?

El Santo hizo un gesto afirmativo.

—Yo lo que pretendo es preguntarle a usted, Sonia, y usted me ha dado la contestación. Es más: me ha cogido usted la palabra, y las objeciones que pongo son precisamente las que usted debía haberme puesto.

—Ya he pensado sobre todas ellas.

—Entonces, iremos adelante.

El Santo hablaba con medida, muy suavemente; pero para Roger le resultaba como si oyera una llamada de corneta. Y El Santo continuó:

—Ya estamos hartos de guerra. Pelear es para los fuertes, para esos que saben por qué pelean y les gusta por lo que lleva consigo. Nosotros éramos de

esos, mis amigos y yo, y sin embargo habíamos jurado que no ocurriría nada. No queríamos que ocurriera esta nueva forma de guerra, científica y sanguinaria, donde se mutilan a chicos de colegio o personas mayores que son lo suficientemente tontas para ser llevadas como corderos a una horrible matanza para que se beneficien unos cochinos financieros. Nosotros lo veíamos venir. Las banderas desplegadas y las músicas tocando, mientras que los políticos pregonaban las excelencias de una tierra hecha para héroes, y los pobres tontos dando vivas y a su vez alentados por más vivas, y total, otra locura peor que la anterior. Se trataba de hacer una guerra para acabar otra... Pero sabemos bien que no se puede terminar una guerra haciendo otra. Gracias a Dios, mientras los hombres crean en el bien y el mal, y peleen por sus ideales, no se puede terminar con la guerra. Así ha sido toda la vida, y esa es mi creencia. Espero no llegar a vivir para ver que pudiese el mundo caer en poder de miserables que ya no distinguen del blanco y negro y que todo lo consideren gris, y que se crean con derecho a imponer sus condenadas herejías, y que se crean que es más cómodo tolerar a los vecinos que sean molestos, en lugar de dirigirlos por el camino verdadero, por muy estrecho e incómodo que sea. Ahora que esto es diferente. Hoy no se hace ninguna cruzada. Solamente hay una matanza en masa que beneficia únicamente a los hombres de las grandes cuentas corrientes. Esto es lo que nosotros vimos, y conste que éramos tres curtidos proscritos de la ley que tomábamos por cosa de broma toda ley imperante en Europa, por alguna idea quijotesca y con el fin de hacer la vida más tolerable a todos en esta civilización sin conciencia. Y cuando vimos eso, sabíamos que llegábamos al fin de nuestra meta. Nosotros habíamos encontrado el ideal por el que valía la pena pelear, el único por el que podíamos luchar, mucho más que las otras pequeñas cosas por las que antes habíamos luchado. Ya ha muerto uno de los nuestros en el empeño. Pero la obra continuará...

Y, de repente, El Santo se puso en pie.

Y seguidamente, en ese rápido movimiento, con la sonrisa asomándole a los labios, Simón Templar parecía que iba a despejar la habitación para dejarla libre de dudas y sombras, dejando solamente luz y sonrisas y llamadas triunfales.

—¡Vámonos!

—¿Adónde? —dijo Roger en tono interrogante; El Santo se limitó a reírse nuevamente.

—¡Al trabajo, querido —dijo—, al trabajo! Vamos, quítate de en medio y déjame coger el teléfono.

Roger se apartó, atolondrado, y vio cómo El Santo marcaba un número. La cara de El Santo estaba iluminada de una nueva sonrisa, y según esperaba canturreaba una canción. Porque consideraba que ya era hora de terminar con la indecisión, los planes a medio hacer y los actos teóricos, la inactividad física y la atención a consejos inútiles, pues todo eso eran cosas negativas para la inmensa vitalidad de El Santo y ante las que siempre había mostrado impaciencia mal contenida. Y una vez más ya estaba en marcha, rápido, sonriente, caballeresco, con la risa y el donaire ante la batalla o la instantánea muerte, jugándose la vida con el magnífico gesto propio de él.

—Oiga. ¿Puedo hablar al doctor Marius, por favor? Aquí es Templar, Simón Templar... Gracias...

Roger Conway dijo rápido, con grito agudo:

—¡Santo..., tú estás loco! ¡No puedes hacer eso! Nos jugamos todo...

—¿Quién va a hacer caso a menudencias? —Simón preguntó, para que le rebatieran en lo que pudieran.

Y entonces, antes que Roger pudiera pensar una respuesta adecuada a tal arrogancia, no pudo recibir contestación de su interlocutor, pues El Santo ya se hallaba hablando con el hombre a quien odiaba más que a nadie en el mundo.

—¿Es usted, Marius, mi pequeño amigo? —con dulzura, casi acariciando con cada palabra que decía, habló El Santo—: ¿Y cómo se encuentra Heinrich?... Sí, ya me suponía que había usted oído decir que yo estaba de regreso. Yo le hubiera llamado antes, pero estaba muy ocupado. Como hombre dedicado a la medicina, las horas no me pertenecen. Anoche mismo tuve que atender un caso extraordinario. ¿No se lo ha contado Heinrich? Sí, ya me suponía que lo haría. Quedaría impresionado con los métodos que empleo. Son un poco..., bueno, un poco «fulgurantes». ¿Qué es lo que deseo? No, nada de particular. Es que se me ocurrió alegrarme los oídos con el sonido de su querida voz. Hace tanto tiempo que no hemos tenido una charla cara a cara... ¿El inválido? ¡Oh!, está todo lo bien que pueda esperarse. Debe encontrarse bien para irse a la Embajada mañana... No, hoy no. El narcótico que le dio usted parece que es demasiado potente, y yo nunca envío a mis enfermos a casa hasta que están tan recuperados que sean una verdadera propaganda para mi sistema de curarlos... Bien, puede usted darle mis recuerdos a Rudolf. A lo mejor paso por el Ritz y me tomo un cocktail con él antes de la hora del almuerzo. Hasta la vista, Cara de Angel.

Colgó el auricular.

—Es estupendo —murmuró, exaltado de contento—. Demasiado estupendo. Cuando se trata de ser astuto, ese pequeño deja que los actos de Maquiavelo parezcan como si un hipopótamo cojo quisiese imitar a Douglas Fairbanks. Estuvo grande el Cara de Angel, pues se mantuvo sereno hasta el final, aunque he notado que ha acusado el golpe. Se distinguía perfectamente. Es que se le notaba en la respiración... ¿Te has dado cuenta de mi plan, Roger?

—Yo no —confesó Conway.

Simón miró, a la muchacha.

—¿Y usted, Sonia?

Ella también negó con la cabeza. El Santo se echó a reír, y cogió otro cigarrillo.

—Marius sabe que usted está conmigo —dijo—, cree que sabe que usted sigue inconsciente debido al narcótico. Y sabe que yo no diré a nadie que está usted conmigo, por estar las cosas como están. Por ese cálculo que se hace, tiene una nueva oportunidad. Ahora se encuentra con un día más a su favor para encontrarla y llevarla consigo. Y se cree que yo no me he dado cuenta, y se equivoca.

—Todo muy claro —observó Roger con sarcasmo—, pero supongo que deberá creerse dónde podrá encontrarte.

—Yo se lo he dicho.

—¿Cómo?

—En este momento está buscando mi número de teléfono y pidiéndolo a la central.

—¿Y de qué le servirá? La central no le va a dar tu dirección.

El Santo se echó a reír de esa manifestación.

—Roger —dijo sin demostrar mal humor—, tienes menos inteligencia que el zurrón de un paleta. Tu talento para la intriga no merece el premio que se le daría a un patán.

—Es posible. Pero si quisieras tomarte la molestia de explicarte...

—¡Es que es tan sencillo! —gritó El Santo—. Tuve que hacerlo con tacto, desde luego. No podía decir nada que le hiciera olerse el truco. Debido a nuestro reciente encuentro, sabe que ya estamos en guardia, y si le hubiera dejado caer una carretada completa de ladrillos en su camino, lo hubiera pensado mucho antes de agacharse para coger uno. Pero dejando caer solamente ese único, y, además, pequeñito, es decir, como si se me hubiera escapado esa información sin darme cuenta, entonces sí picará, ya lo verán. Y

eso que Cara de Angel es muy listo. ¿Qué se creen ustedes que está haciendo en estos momentos?

—Hirviendo cola —sugirió Roger.

—Tiene a toda su gente repasando las guías telefónicas, como si fueran otros tantos agentes de bolsa cuando se ponen a repasar la cotizaciones durante unas depresiones de Wall Street. La central le habrá dicho que la llamada no fue hecha desde un teléfono público, y ya eso solamente le habrá hecho aguzar el oído. La otra cosa que le daría qué pensar sería si le dijese que la llamada fue hecha desde un hotel o un restaurante, pero con esa probabilidad en contra ya cuenta. Sin embargo, sabe que están a su favor las probabilidades de que no sea así. No, Roger, puedes apostarte los últimos vestigios de Aertex que te queden, que el personal completo de los renegados, en este momento está revisando cada número de teléfono de la guía como no lo revisó en su vida, y de aquí a un plazo que puede ser de un minuto hasta treinta, depende del tiempo que tarden en destrozarse el anuario telefónico, uno de ellos soltará el gran grito de triunfo y empezará a improvisar una cancioncilla en los alrededores del número siete del Callejón de las Caballerizas de Upper Berkeley.

—¿Y con todo eso qué ganaremos nosotros? —preguntó Roger.

—Pues lo siguiente —dijo El Santo, y empezó a explicar tal y tal cosa referente al plan proyectado por él.

4

DE COMO SIMÓN TEMPLAR SE QUEDO MEDIO ADORMILADO EN EL GREEN PARK, Y DESCUBRIÓ UN NUEVO USO PARA LA PASTA DE DIENTES

I

Desde el Callejón de las Caballerizas de Upper Berkeley al hotel Ritz se tarda, normalmente unos cuatro minutos al paso de un hombre que tuviese la energía y el paso largo de El Santo. Simón Templar, cuando estaba en movimiento, según solían decir sus amigos, era el hombre más violento que jamás cruzase las calles de Londres, y hacía todos sus movimientos como si fuesen tremendamente importantes para él. Era de hecho un bucanero, y siempre daba la sensación de ser un bucanero de la vida, máxime cuando iba por Londres en pos de esos extraños cometidos, con su paso increíblemente rápido, y un sombrero anacrónico que parecía el de un pirata, echado con mucho donaire sobre su cara de trovador.

Pero nada de eso podía decirse del viejo con barba gris que salió inadvertidamente de un antiguo garaje convertido en residencia, situado en el Callejón de las Caballerizas de Upper Berkeley, a las once y media de aquella mañana de domingo. No tenía el aspecto de haber sido bucanero, ni siquiera cincuenta años antes, y si en aquellos tiempos tormentosos de su vida pudo haber tenido aspiraciones de faltar a la ley, haría tiempo que habría desechado pensamientos tan poco halagadores. Andaba muy despacio, casi con aire de ir pidiendo perdón, como si dudase de su propio derecho a estar en libertad; y cuando llegó a Piccadilly, se paró en el borde de la acera y miró con dificultad a través de sus gafas negras hacia el escaso tráfico, y en todo ello demostraba una ineptitud y un no poder valerse por sí mismo, hasta tal extremo, que un policía de paisano, que le andaba buscando hacía muchas horas, se sintió tentado a ofrecerse para llevarle a cruzar la calle, oferta que fue aceptada con

humilde gratitud, y agradecida inmediatamente después con patéticas demostraciones de agradecimiento. Así que de esa manera un agente del Departamento de Investigación Criminal pudo realizar en aquel día su buena obra, y el patriarca que deambulaba sin dirección fija, pudo entrar en Green Park por la puerta que está junto al hotel Ritz, y allí encontrar un asiento donde sentarse, cruzándose de brazos, y quedándose al poco rato dormido, aparentemente... Durmió durante una hora, y entonces se levantó con dificultad y, andando pesadamente, salió del parque por el mismo camino por donde había entrado y se volvió para adentrarse en la sombra que proyectaba el Ritz. Empujó las puertas giratorias sin dudarle un instante, y le valió mucho el aspecto rotundo de respetabilidad que su disfraz a la antigua le daba, pues un criado que había en la puerta no hizo la más leve intención de echarle fuera, sino que le saludó con mucha deferencia, con la esperanza de que resultase ser un millonario, y seguro, por lo menos, de que era un conde.

—Quiero ver al príncipe Rudolf —dijo El Santo, y lo dijo en tal forma, que el criado por poco se arrastra haciéndole reverencias.

—¿Qué nombre le digo, señor?

—Puede usted enviarle mi tarjeta.

El Santo buscó en su bolsillo del chaleco, pues tenía un surtido muy selecto de tarjetas de visita, y las que se había traído en esta ocasión tenían el nombre de lord Craithness. En el respaldo de una de ellas escribió: «Maidenhead, junio 28».

Fue el día en que por última vez había visto al príncipe, el día en que murió Norman Kent.

—¿Quiere usted sentarse, milord?

Su señoría dijo que sí se sentaría. Y esperó allí solamente cinco minutos, estampa de un viejo y grave aristócrata, antes que regresase el hombre para decirle que el príncipe le vería, hecho del que El Santo estaba completamente seguro.

Era un perfecto estudio del personaje esa ejecución de su papel por parte de El Santo, su lento y grave caminar por el pasillo del primer piso su entrada en el departamento privado del príncipe, la austera dignidad de su porte en el momento en que esperaba para que el criado le anunciase.

—Lord Craithness.

El Santo oyó la puerta cerrarse tras él, y sonrió para sí mismo. Y, sin embargo, no hubiera podido explicar por qué se sonreía, pues en aquel momento le vinieron a la memoria los detalles de todo lo referente a su primero y último encuentro con el hombre que ahora tenía ante él, y, desde

luego, no eran nada agradables. Una vez más vio la conocida casa de junto al Támesis, con un jardín fresco y verdeante que se veía a través de las ventanas francesas, las aguas al final del jardín dándoles el sol, y Norman Kent con la paz reflejándose en sus negros ojos, y la pesadilla que representaba contemplar la cara de Rayt Marius, y el príncipe..., el príncipe Rudolf, el más tranquilo de todos, con una calma suave e inhumana al mismo tiempo, como si fuese un hombre de acero y de terciopelo, todo a la vez, impecablemente vestido, exquisito, impenetrable, tal como estaba ahora mismo, mirando a su visitante con sus cejas arqueadas, en señal de interrogación..., es decir, sin demostrar por el abrir y cerrar de los ojos lo que hubiera podido estar pensando en aquel momento.

No era posible que hubiese olvidado la fecha que estaba escrita en aquella tarjeta, pues para él no significaba buenas noticias, y, sin embargo, era completamente dueño de sus actos y estaba tranquilo.

—Es usted un hombre notable —dijo El Santo, y el príncipe se encogió de hombros.

—Es honor que usted me hace.

—¿Es que se ha olvidado tan pronto de mí?

—¡Es que me encuentro con tanta gente...!

El Santo levantó la mano y se quitó la peluca gris, sus gafas, y se puso derecho.

—Ahora sí que debe usted recordarme —dijo.

—¡Mi querido míster Templar! —dijo el príncipe, sonriendo—, pero ¿por qué ha tomado tantas precauciones? ¿O es que quería usted con su visita darme una sorpresa?

El Santo se echó a reír.

—Eran necesarias las precauciones —dijo—, como usted debe saber. Pero debo decir que no se ha inmutado usted, alteza. No esperaba que pestañeara siquiera, pues me acuerdo bien que el dominio de sí mismo es su mejor aliado.

—Estoy encantado de verle.

—¿De verdad? —preguntó Simón Templar dulcemente.

II

El príncipe le alargó una delgada pitillera de oro.

—Por lo menos —dijo—, fumará usted.

—Sí, pero voy a fumar de los míos —dijo El Santo con amabilidad—. Es la única marca que puedo fumar sin peligro, porque mi corazón no es lo que era.

El príncipe se encogió de hombros.

—Usted ha equivocado su profesión. Tiene usted vocación de diplomático, míster Templar —dijo con sentimiento.

—Podría haberlo hecho bastante bien —contestó Simón modestamente.

—Creo que alguna vez le hice una oferta para que entrara en mi propio servicio.

—Así fue, en efecto.

—Y usted rehusó.

—Sí, ya me acuerdo.

—Tal vez lo haya usted pensado mejor y estudiará nuevamente su decisión sobre el asunto.

El Santo sonrió, con muestras de escepticismo.

—Escuche —dijo—, supongamos que hubiera dicho eso. Supongamos que yo le dijera que me había olvidado de la muerte de mi querido amigo. Supongamos que todas las cosas en las que siempre creí y por las que luché, las cosas por las que él murió, ya no me importasen nada. ¿Le gustaría a usted tratar conmigo?

—Francamente —dijo el príncipe—, no me gustaría. Yo le admiro, y conozco sus cualidades, y daría muchas cosas por tener esas magníficas cualidades a mi servicio. Pero eso es un sueño. Si se volviese usted la camisa, ya no sería usted quien es, y para mí sería usted un indeseable. Pero es una lástima...

Simón se dirigió a una silla. Se sentó allí, contemplando al príncipe a través de una nube de humo del cigarrillo. Y el príncipe, sentándose en el brazo de otra silla, con una boquilla larga entre sus perfectos dientes, devolvió la mirada con una mueca humorística en sus labios.

Al rato, el príncipe hizo uno de sus indescriptibles y elegantes gestos.

—Puesto que no ha venido usted a aliarse conmigo —manifestó—, es de presumir que ha sido por otra razón. ¿Podríamos tratar de ello?

—Supuse que podíamos charlar —dijo El Santo con calma—; he descubierto, en las últimas veinticuatro horas, que corren malos vientos y tenía la idea de que tendría usted algo que decir para aclarar la situación. Desde luego, una cosa primordial es que creía que nuestro querido amigo Marius se encontraría con usted.

El príncipe miró a su reloj.

—Le estoy esperando en cualquier momento. Él fue el responsable del desgraciado accidente acaecido a su amigo. Me temo que Marius nunca haya sido hombre de temperamento ecuánime.

—Esa es una cosa que quería averiguar hace muchas semanas —dijo El Santo tranquilamente, y por un momento en sus ojos brilló como una llamarada azul.

Pero en seguida se repuso y estaba otra vez sonriendo.

—Será un verdadero encuentro, ¿no lo cree? —murmuró—, ¡y tendremos tantas cosas que decirnos! Pero ¿tal vez querrá empezar las conversaciones usted mismo, alteza? Por ejemplo, ¿cómo está Heinrich?

—Creo que está muy bien de salud.

—¿Y qué fue lo que dijo a la Policía?

—¡Ah! Me parecía que iba usted a preguntar eso.

—Estoy sintiendo mucha curiosidad por saberlo.

El príncipe dio con su cigarrillo displicentemente contra el borde de un cenicero.

—Si desea usted saberlo, dijo que su tío, un inválido que, además padece de frecuentes ataques, llegó solo ayer de Munich. Usted entró en la casa, fingiéndose doctor, antes que él pudiera rebatírsele: y usted inmediatamente le amenazó con una pistola automática. Usted entonces le informó que usted era El Santo, y secuestró a su tío. Dussel, naturalmente, no tenía idea de por qué hizo usted eso; pero, por la misma razón, consideró que ese era un problema que incumbía resolver a la Policía.

Simón hizo un gesto afirmativo, exteriorizando su admiración.

—Estoy juzgando a Heinrich con un concepto distinto —manifestó con aire de pereza.

—Admitirá usted que fue una explicación ingeniosa.

—Lo diré al mundo, lo proclamaré con satisfacción.

—Pero ¿qué me dice de su estrategia, mi querido míster Templar? ¡Fue sublime! Aunque no me hubieran dicho que era obra de usted, habría reconocido al artista inmediatamente.

—¡Es que nosotros, los profesionales, somos así! —suspiró El Santo.

—¿Y adónde se llevó usted a la señora?

La cuestión fue desviada con tanta naturalidad, y, sin embargo, con tan perfecto tacto, que durante un instante tuvo El Santo que retener su impulso, y, finalmente, se reía de buena gana ante la situación.

—¡Oh, Rudolf, eso no lo esperaba yo de usted!

—Yo me limito a ser natural —dijo el príncipe, sin demostrar enojo—. Había algo que usted deseaba saber, usted me ha hecho la pregunta, yo he contestado. Yo he seguido su ejemplo.

Simón movió la cabeza, sonriente; se arrellanó en su butaca, mirando distraídamente hacia el techo, y se puso a pensar, con cierta alegría interior, sobre qué género de pensamientos estarían pasando por la mente del hidalgo que tenía ante sí.

Él pensaba... pero sabía que sería una pérdida de tiempo ponerse a leer nada en la cara del príncipe. Este era digno rival de él, si no superior a él, en esa clase de juego. Ya en las pocas palabras que habían cambiado cada uno, había comprobado de qué metal estaba hecho el otro, y cada uno había reconocido tácitamente que el tiempo no los había hecho cambiar. Finta, ataca, para..., cada movimiento era perfecto, suave, frío, hecho sin esfuerzo..., y sin fin práctico alguno... Pues ninguno de los dos cedía ni un centímetro de terreno. Y ahora, mientras otros oponentes estarían atacándose sin resultado alguno, ellos habían admitido que estaban empatados. La pausa fue hecha por consentimiento mutuo.

Sus ojos se encontraron, y hubo un momentáneo gesto de buen humor en cada una de las miradas.

—Parece —observó el príncipe con cortesía, que estamos en la situación de dos hombres que están luchando con armas invisibles. Estamos, por tanto, ambos en desventaja.

—No tanto como usted cree —dijo El Santo.

El príncipe movió elegantemente una mano.

—Estamos de acuerdo que usted es un obstáculo en mi camino, el cual me convendría eliminar. Podría tal vez tomar la decisión de entregarle a la Policía.

—Pero entonces usted tendría que contestar a las preguntas enojosas que le hiciesen.

—Exactamente. Y en cuanto a cualquiera acción privada...

—Es también difícil, aquí en el hotel Ritz.

—En efecto, muy difícil. Entonces, hay razones para creer que es usted o era, temporalmente, dueño de una propiedad que me es de todo punto preciso recuperar.

—Se refiere usted al tío de nuestro querido Heinrich.

—Mientras que en este momento mi única propiedad es conocer que me es imprescindible recuperar la suya, valga el juego de palabras.

—Todo eso es problemático.

—Y, naturalmente, hacer ahora un cambio está fuera de lugar, ¿verdad?

—Completamente fuera.

—De manera, que en estas circunstancias, estamos en un callejón sin salida.

—No tanto como usted cree —dijo El Santo otra vez.

Los ojos del príncipe se estrecharon un poquito.

—¿Es que me he olvidado de algo?

—¡Quién lo sabe!

Hubo aún otro momento de silencio, y en esa tranquilidad, los oídos extremadamente agudos de El Santo percibieron un leve rumor que venía del pasillo fuera de la habitación. Y, en aquel instante, con el golpe en la puerta de alguien que entraba, los ojos de El Santo volvieron a tornarse burlones.

—Alteza...

Era Marius, que hacía su entrada, con su figura gigantesca llenando la estancia, y un destello de triunfo reflejado en su cara de ídolo de infieles, y la voz denotando satisfacción.

Y entonces vio a El Santo y se paró en seco.

—Verá usted que nuestro emprendedor amiguito está con nosotros otra vez más, querido Marius —dijo el príncipe suavemente, y Simón Templar se puso en pie, sonriendo con la más inocente de sus sonrisas.

III

—¡Marius, mi querido compañero de colegio!

El Santo permaneció en el centro de la habitación, delgado, ágil, y como si nada le importase, con las manos echando la chaqueta hacia atrás y descansando disimuladamente sobre sus caderas; y las conocidas entonaciones de risa desafiadora, que los otros hombres ya conocían, notándoseles a las claras en la voz. Los valerosos ojos midieron a Marius de pies a cabeza, y la mirada de acero fue precedida de un atisbo de desprecio.

—¡Oh, preciosidad! —habló de nuevo aquella voz, medio en serio, medio en broma—. ¿Y dónde ha estado usted estos meses? ¿Por qué no ha venido a cogerme por la mano para que pudiésemos añorar juntos nuestros buenos tiempos, contándonos todo lo que nos hemos divertido juntos? Y hubiéramos hablado de las canciones que solíamos cantar... ¿Y se acuerda cómo me apuntó usted con una pistola una noche, en uno de nuestros primeros juegos, y yo le di un puntapié en cierta parte?

—Marius tiene muy buena memoria —dijo el príncipe secamente.

—Y yo también —dijo en tono de satisfacción El Santo, pero su sonrisa se hizo más seca—. ¡Oh Cara de Angel, me alegro de verle de nuevo!

El gigante se volvió, y habló con dureza en su propia lengua, pero el príncipe le interrumpió:

—Vamos a hablar en inglés —dijo—, será más interesante para míster Templar.

—¿Cómo llegó hasta aquí?

—Subió tranquilamente.

—Pero, la Policía...

—Míster Templar y yo hemos discutido esa cuestión, mi querido Marius. Es verdad que Dussel tuvo que hacer ciertas denuncias para cubrir las apariencias, pero sería inconveniente para nosotros si arrestaran a míster Templar.

—Es muy fastidioso para usted, ¿comprende? —murmuró Simón demostrando simpatizar con él.

El príncipe eligió otro cigarrillo.

—Pero sus noticias no las sabemos todavía, mi querido Marius. Daba usted la impresión de estar muy satisfecho cuando llegó...

—He tenido éxito.

—A nuestro amigo le interesará oírle.

Marius miró hacia El Santo, y sus labios se torcieron con un gesto de maldad; Y El Santo se acordó de lo que había entre ellos.

—Miss Delmar está en buenas manos —dijo el gigante, despacio.

Simón permaneció sin hacer el más leve movimiento.

—Cuando me llamó usted, ¿se acuerda?, para presumir de lo que había hecho, pregunté a la central el número de usted. Entonces se buscó en el anuario telefónico, y conseguimos saber la dirección. Miss Delmar estaba sola. No tuvimos dificultad en llevárnosla, aunque esperaba haberme encontrado a usted y a algunos de sus amigos allí también...

—Eso es un *bluff* —dijo El Santo, con indiferencia.

—No lo crea, mi querido míster Templar —dijo el príncipe cortésmente—. El doctor Marius es realmente un hombre de la mayor confianza. Recuerdo que la única equivocación que cometimos fue por culpa mía, y él me lo había advertido.

Marius se aproximó.

—Una vez, cuando usted me ganó —dijo en tono vengativo—, cuando destruyó usted muchos años de trabajo, empleando una artimaña, pero que su

amigo pagó la culpa con su vida, usted también...

—Yo también pago... —contestó El Santo con ojos que atravesaban a su interlocutor.

—Usted es...

—¡Mi querido Marius! —nuevamente intercedió el príncipe—, vamos a ser prácticos. Usted ha conseguido lo que deseaba. Bien. Ahora, nuestro joven amigo ha preferido inmiscuirse en nuestros asuntos, y ya ve con cuánta amabilidad ha venido a ponerse en nuestras manos.

A esta manifestación contestó El Santo soltando una carcajada.

—¿Qué haremos con el cadáver? —murmuró—. Bien, almas buenas, les tendré que dar tiempo para pensar sobre eso. Mientras tanto, no quisiera que pensasen ustedes que se me iban a poner los pelos blancos por las manifestaciones bobas que Marius ha hecho sobre miss Delmar. ¡Mi querido Marius, a mí no me venga con cuentos!

—¿Sigue usted llamándole *bluff*? —dijo con ironía el gigante—. Ya lo verá usted.

—Desde luego que lo veré —dijo perezosamente El Santo—, Cara de Angel, ¿no ve usted que esta barba es una joya? Me da el aspecto de Abraham en todo su apogeo...

Con aire distraído El Santo recogió su disfraz, se puso la barba y se colocó las gafas. El sombrero había caído al suelo. Al moverse para recogerlo, le dio un puntapié que lo echó un metro más allá. Con la segunda intentona pasó lo mismo. Y todo fue hecho con tan pueril muestra de inocencia, que tanto Marius como el príncipe estarían pensando qué motivos tenía El Santo para hacer tales payasadas cuando la maniobra llegó a su final como por casualidad.

Al perseguir su sombrero, El Santo se había puesto al alcance de la puerta. Con mucha calma, y, sin prisas, recogió el sombrero y se lo puso en la cabeza.

—El hombre fuerte y silencioso se adentra en la noche —dijo—, pero volveremos a estar juntos otra vez. *Au revoir*, queridos querubines.

Y El Santo atravesó la puerta del cuarto de estar en un santiamén, y un segundo más tarde se oyó el portazo de la entrada al departamento.

Simón había visitado al príncipe con la idea de obtener información, pero lo había hecho, como él hacía todas las cosas, sin plan fijo en la imaginación. El Santo era un oportunista, y sostenía que el desarrollo de planes complicados, generalmente no era más que una pérdida de energía, pues las conversaciones más sustanciosas podían siempre derivar por caminos imprevistos, y estas sorpresas según sostenía El Santo, podían aprovecharse

en beneficio propio cuando la mente no estaba obsesionada con un plan de campaña fijado de antemano. Y si algo se había trazado El Santo de antemano, era que Rayt Marius llegaría, en su papel de heraldo de Cara de Angel, trayendo noticias más o menos intrascendentes, antes que la conversación derivara en asuntos más fúnebres. Y, en verdad, la conversación empezó a ponerse peligrosa; pero el príncipe la hizo volver a temas más prácticos. Pero era que el príncipe Rudolf se sentía en ese estado de ánimo, por cuya razón El Santo empezó a hacer la comedia de perseguir su sombrero, para marcharse en la forma que lo hizo.

IV

Fue un trabajo, verificado con singular limpieza, aquella salida; y todo se hizo en un instante, sin dar tiempo a Marius a moverse. Aun así, el príncipe tuvo que contenerle.

—Mi querido Marius, sería inútil armar ahora un barullo.

—Es que podemos hacerle detener.

—Pero tienes que darte cuenta de que podría decir cosas de nosotros, si quisiera, lo cual sería más enojoso aún que el haberse entrometido en nuestras cosas. Estando en libertad, podemos ocuparnos de él nosotros mismos.

—Nos ha engañado ya una vez, alteza.

—No lo hará otra vez... ¡Siéntate, siéntate, Marius! Tienes algo que decirme.

Impacientemente, el gigante permitió que se le llevase a una silla. Pero el príncipe estaba inmutable, el cigarrillo ardía en la larga boquilla y sus facciones expresivas no daban señal de emoción en esa ocasión.

—Me apoderé de la muchacha —dijo Marius secamente—, la hemos enviado a Saltham. El barco tocará allí otra vez esta noche, y Vassiloff estará a bordo. Pueden casarse tan pronto como estén en alta mar; el capitán me obedece como un esclavo.

—¿Crees que la provocación será suficiente?

—Estoy más seguro que nunca. Conozco a Lessing. Le veré yo mismo, discretamente, y garantizo que aceptará mi proposición. Dentro de una semana podrás entrar en Ucrania.

En el cuarto de baño, El Santo oyó cada palabra que se estaba pronunciando. Desde luego que había dado un portazo en la salida del departamento, pero la puerta del dormitorio le había sido también muy útil

para fingir su salida. Ya se ha dicho que había venido al hotel Ritz para recoger información.

La puerta que comunicaba entre el cuarto de estar y el dormitorio estaba a medio entornar, y también lo estaba la que había entre el dormitorio y el cuarto de baño. Y, mientras escuchaba, El Santo se divertía.

Había encontrado un tubo de la magnífica pasta de dientes del príncipe Rudolf, y las losetas verdes del cuarto de baño le daban una ocasión tentadora de lucir sus condiciones artísticas. Usando el material al estilo de un cocinero que hiciera dibujos con helado sobre una tarta, El Santo había dibujado un círculo perfecto de seis milímetros en la pared del cuarto de baño; desde el punto más bajo del círculo trazó una línea vertical, que en seguida se bifurcaba en dos líneas descendentes de igual longitud, y a cada lado de su primera línea vertical, hizo que dos líneas más subiesen diagonalmente hacia arriba...

—Y en cuanto a los otros arreglos, Marius, ¿es que están completos?

—Absolutamente. Ha leído usted todos los periódicos, alteza, y podrá observar que todos los cabos están atados. La mina está lista para estallar. Hoy recibí un cable del agente de mi mayor confianza, en Viena, y lo he descifrado...

El príncipe cogió el parte y lo leyó, y seguidamente se puso a pasear por la habitación, en silencio. No era un andar nervioso, impaciente: eran pasos lentos, firmes, tan suaves y elegantes como todos los gestos del príncipe. Sus manos estaban enlazadas, a su espalda; la boquilla del cigarrillo llevada entre los dientes, su frente era serena y sin arrugas.

Marius esperó que él acabase, sentado acurrucado en la silla donde el príncipe le había puesto, como una estatua grotesca de piedra sin labrar. Miraba al príncipe con ojos que le brillaban. Y, al mismo tiempo, Simón Templar estaba dando los últimos toques a su pequeño dibujo.

Oyó todo lo que decían. En alguna ocasión, se había encontrado en inferioridad de condiciones porque no podía entender una palabra de lo que decía el príncipe cuando hablaba su lengua; pero, desde entonces, había dedicado su tiempo libre a estudiar, noche y día, dicha lengua, y añadirla a sus ya extensos conocimientos lingüísticos. Esto no lo había dejado traslucir, ni había tenido oportunidad de hacerlo tampoco durante su breve entrevista anterior.

Al rato, el príncipe dijo:

—Acerca de nuestro míster Templar, es que no puedo olvidar que en una ocasión me salvó la vida. Pero cuando me engañó en Maidenhead, creo que la

deuda quedó cancelada.

—Está más que cancelada, alteza —dijo Marius con mala intención—; si no hubiera sido por aquella traición, habiéramos conseguido nuestro objetivo hace tiempo.

—Parece que es una verdadera lástima, y eso ya se lo he confesado a él mismo. ¡Es un muchacho tan activo y genial en sus cosas...!

—¡Es un cochino entrometido!

El príncipe negó con la cabeza.

—No debe uno nunca dejar que la animosidad personal que tenga contra alguna persona le haga ser parcial en sus apreciaciones, mi querido Marius —comentó sin apasionamiento—, y, por otra parte, tampoco el exceso de admiración debe hacerle a uno perder la discreción. Tengo un sincero afecto por nuestro amigo, pero eso es mayor razón por la cual debo animarte a que lo quites de en medio cuanto antes. Procuraré encontrar a miss Delmar, desde luego, cuando sepa, que era verdad lo que decías...

—Tomaré todas las medidas necesarias para ayudarle, hasta cierto punto, naturalmente.

—Y entonces quítale de en medio a tu manera.

—No me equivocaré —dijo el gigante con maldad; y el príncipe se echó a reír, al oír la intención que llevaban esas palabras.

En el cuarto de baño, Simón Templar, con una sonrisa muy a lo santo en sus labios, estaba poniendo el remate a su autorretrato con una aureola simbólica, colocada formando ángulo, y dando a todo una correcta perspectiva.

5

DE COMO SIMÓN TEMPLAR VIAJO CON DIRECCIÓN A SALTHAM, Y ROGER CONWAY LEVANTO SU PISTOLA

I

«Una hartura de información, decididamente una hartura», opinaba El Santo para sí, mientras que hacía su salida del hotel Ritz dejando atrás una cohorte de criados serviles.

Según iba pensando, había que hacer las mayores alabanzas del principio sostenido por él de que había que aprovechar la suerte cuando pasaba por la puerta. Era indudable que, si había ido a ver al príncipe heredero para obtener información, había conseguido su propósito, según tenía previsto. En la mayoría de los casos, ya estaba al tanto de todo, o lo había acertado sin tener que quebrantarse mucho la cabeza, pero siempre era agradable saber que se confirmaban las deducciones que uno se hubiera hecho al efecto. Además, uno o dos de los detalles más precisos e indiscutibles de los planes de ataque del enemigo ya estaban en su poder, y eso era una gran cosa.

—Verdaderamente, una hartura de noticias —murmuraba El Santo para su fuero interno.

Sus laboriosos pasos le condujeron por la calle Saint James abajo y luego, hacia el Este, a lo largo de Pall Mall. Con un desparpajo solamente comparable al que desplegó en su reciente asalto al Ritz, se adentró por los portales del Real Automóvil Club, del que, dicho sea de paso, no era socio, y pidió que le trajeran un mapa de carreteras. Con la ayuda de esa investigación geográfica que verificaba, se sentó en un rincón tranquilo del salón de fumadores, y se puso a adquirir toda la información posible respecto a Saltham. Descubrió que esta era una aldea situada en la costa de Suffolk, entre Southwold y Aldeburgh. Por una guía que había en una mesa situada cerca de él, se pudo enterar de las noticias reveladoras de que tenía una buena

playa de arena, acantilados, campos de recreo, una iglesia del siglo XVI, un comercio costero, y una población de 3.128 habitantes, y, según la guía, era lugar de veraneo y balneario.

—Y con todas esas cosas, debe de ser muy divertido —murmuró El Santo, tirando lo que era propiedad del Real Automóvil Club en una cesta de papeles que había al lado.

Se fumó un cigarrillo en el rincón donde se encontraba, para pensarlo un poco, y entonces, después de echar una mirada a su reloj, dejó el club y se volvió por Waterloo Place, y bajó las escaleras que le conducían al Mall. Allí se quedó parado, parpadeando ante el resplandor del sol, hasta que llegó un rapazuelo que le preguntó:

—¿Es usted míster Smith, señor?

—Yo soy —dijo El Santo bondadosamente.

—Un caballero me dio esta carta para usted.

El Santo cogió el sobre, lo abrió y leyó las líneas escritas a lápiz:

«No tengo mensaje que comunicar. Voy hacia Nordeste, te telegrafiaré al Waldorf a la llegada.—R».

—Gracias, rapaz —dijo El Santo.

Puso una moneda de plata en la mano del rapazuelo, se fue despacio otra vez escalera arriba, rompiendo la notita en pedacitos pequeños según andaba. En la esquina de Waterloo Place y Pall Mall se paró, y miró a su alrededor para buscar un taxi.

Parecía una lástima que Roger Conway desperdiciase un chelín, pero eso no se podía remediar. El primer mensaje ya significaba un aumento sobre los gastos generales, lo cual era antieconómico. Pero, por otra parte, eso era una buena señal. Vestido de chófer, Roger Conway había estado aparcado a escasa distancia del antiguo garaje convertido en vivienda, en buena posición para observar cuanto pasaba.

Si Sonia Delmar hubiera estado en condiciones de poder dejarle una nota después de su secuestro, es natural que lo hubiera hecho, y se hubiera podido pasar la información a El Santo por medio del chico que habían utilizado; pero, no siendo así, Roger no podía más que ponerse en persecución, y al cruzar la parte nordeste de Londres, envió su mensajero. Pero la nota que llevaba el telégrafo humano solamente resultaba de interés en caso de que ocurriese algo imprevisto.

Por tanto, todas las cosas que ocurrían marchaban con normalidad; es decir, que eso acontecería a menos que Roger chocara el coche contra una farola, o recibiera una tachuela en el neumático.

Y aun si ocurriesen cosas semejantes, tampoco se podría decir que fuera un epílogo desastroso, ya que El Santo conocía el destino final de la expedición, y suponía que una aldea con unas escasas 3.128 almas no era un lugar de escondite difícil de investigar, aunque le faltasen otros detalles para conseguirlo.

Claro que mucho dependía del tiempo que el príncipe tardase en decidirse a tomar un baño... Cuando pensaba en esa manifestación suya de fanfarronería, llegó Simón a lamentarse de haberlo hecho. Pues solo al ver la obra de arte que El Santo había dejado tras él como recuerdo de su visita, era suficiente para enviarle toda la concentración de bandidos corriendo detrás, en la carretera de Saltham, como si fuesen ratas corriendo tras un viejo Camembert... Ello no obstante, esa misma posibilidad impedía que a la imaginación de El Santo acometiese ningún temor, y con una sonrisa en los labios se dispuso a llamar un taxi que pasaba.

Después de todo, si un aventurero no podía poseer el sentido del humor de tener en cuenta los movimientos de sus enemigos cuando él creyese conveniente, entonces lo mejor sería que utilizase sus recursos en otras cosas. Él se figuraba que sus enemigos actuarían durante la noche. El barco del que habló Marius llegaría bajo las sombras de la noche, y sus enemigos no tendrían más remedio que esperar, y si encontraban en esos momentos alguna interferencia por parte de él, se las arreglarían como pudieran.

—Esa pequeña estación balnearia va a tener mucha animación esta noche —se figuraba El Santo.

El taxi se acercó a la acera y se puso a su lado, y, al abrir la puerta, vio una montaña de carne medio adormilada paseando por la acera de enfrente. Las mandíbulas de la montaña ambulante oscilaban rítmicamente, evidentemente recibiendo el tormento que proporciona la goma fabricada del árbol de la sapodilla, del que Dios quiso hacer donación a míster Wrigley. El inspector jefe Teal parecía que estaba disfrutando de su paseo...

—A la estación de Liverpool Street —ordenó El Santo, y subió a su coche.

Sabía que la acción que empezaba a emprender constituiría otro factor en la ecuación del gran problema de álgebra que se desarrollaría en el próximo futuro, problema que para el mismo Einstein constituiría motivo de gran alegría poder resolverlo.

II

Tuvo tiempo suficiente para acabar con un emparedado y fumarse un cuarto de paquete de cigarrillos en la estación antes de coger el segundo y último tren de los domingos, que le conduciría a Saxmundham, pues esta era la estación más próxima a Saltham. Hubiera tenido tiempo de llegarse al Waldorf para recoger el telegrama de Roger, si hubiera querido, pero el caso es que no quiso. Simón Templar tenía un juicio muy equilibrado en cuanto se refería a correr riesgos inútiles. En Liverpool Street se sentía bastante seguro; en el pasado, siempre había hecho sus recorridos en coche, y suponía que todas las carreteras que salían de Londres estarían bien guardadas, pero no se esperaba que hubiese vigilancia especial en las estaciones, exceptuando el andén de salida para el Continente, en la estación Victoria. Puede que estuviese o no equivocado, pero consiguió su propósito y montó en el tren de las cuatro treinta y cinco sin que nadie le abordase.

Eran las siete y media cuando el tren le dejó en Saxmundham, y en las tres horas que duró su viaje, como tenía un departamento para él solo, efectuó una transformación en su persona, para quedar rejuvenecido de tal forma que los experimentos del doctor Voronoff quedaban en ridículo. Se las arregló para dar a su raído sombrero un aire de elegancia que antes no tenía, y saltó del tren con la barba y las gafas en el bolsillo, y en su mirada llevaba la juguetona alegría de un niño.

No perdió nada por no haber recogido el telegrama de Roger Conway, porque ya conocía lo que decía. En el primer bar en donde entró, se encontró a su lugarteniente aplicando su boca a la parte superior de una gran jarra de cerveza. Un momento después, al bajar la jarra para tomar un respiro, se encontró a El Santo sonriéndole.

—Que me trague la tierra —murmuró—. ¡Y pensar que yo no veía la utilidad de pagar a siete perras y media el litro de un líquido color castaño que no sabe a nada!

Simón reía.

—Aguántate, querido —dijo alegremente—, todavía no hemos llegado a ese extremo de escepticismo.

—Pero ¿cómo diablos has llegado hasta aquí?

—¿No enviaste a buscarme? —preguntó El Santo inocentemente.

—No, desde luego —dijo Roger—. Vine a ver en el último tren, pero sabía que mi mensaje no te llegaría a tiempo para cogerlo. Te telegrafíé para que me telefoneases aquí, y durante las tres últimas horas he estado expuesto a que me diese un ataque al corazón, del miedo que pasé cada vez que se abría la puerta. Yo creí que Teal se las había arreglado para pescarte de una forma u

otra, y cada minuto que pasaba me parecía que el policía local iba a entrar para llevarme.

Simón demostró estar muy divertido con lo que le contaban, y se sentó en una silla. Había un camarero trajinando hacia el fondo, y El Santo le llamó y pidió una nueva ración de cerveza.

—Supongo que robaste el primer coche que viste —Roger continuó diciendo—. Eso significará que nos recargarán otros seis meses en la pena que nos impongan. Pero podías habérmelo dicho.

El Santo negó con la cabeza.

—Desde luego, no fui al Waldorf. Marius me dio la orientación de Saltham, y me vine directamente.

—Pero, Dios mío, ¿cómo te las arreglaste?

—Él hablaba, y yo escuchaba. Fue sencillísimo.

—¿En el Ritz?

Simón asintió. Con brevedad pasó revista a lo acontecido en la reunión, con la consecuencia de lo del cuarto de baño, y refirió la conversación que había oído, y Conway se quedó atónito.

—¿Pudiste oír todo eso?

—Lo oí... Ese hombre Marius es el mayor talento de esta era agitada, no cabe la menor duda. Y por esa misma razón, Roger, tú y yo tenemos que manejar nuestra masa gris mil veces mejor para que podamos mantener a Cara de Angel a raya... Pero ¿cuál es el relato que tú tienes que hacerme por tu parte?

—Llegaron tres de ellos, y uno llevaba el uniforme de inspector de Policía. Al no recibir contestación a la llamada al timbre, en cuestión de treinta segundos sacaron una palanqueta y forzaron la entrada. Al irrumpir dentro, una ambulancia se colocaba en la calleja y se paraba fuera de la puerta. Fue un trabajo estupendo, verificado en equipo. Había hombres de uniforme atendiendo la ambulancia y todo. Sacaron la chica en una camilla, cubierta con una sábana. Todo fue hecho a la luz del día. ¡Y con qué limpieza! En menos de cinco minutos, desde el momento en que forzaron la puerta hasta el momento en que estaban todos metiéndose en el furgón, terminaron su trabajo, y se fueron antes que diera tiempo a que se arremolinase la gente. ¡Habían narcotizado a Sonia, desde luego..., los muy cerdos!

—¡Diablos! —dijo El Santo quedamente—. ¡Esa chica es sencillamente estupenda!

Roger miraba mientras tanto, con aire pensativo, el cacharro de calamina que el camarero había colocado en la mesa.

—Sí, es eso precisamente, estupenda...

—¿Es que te gusta, muchacho?

Conway levantó la vista.

—Y tú, ¿no estás también por ella?

El Santo sacó su pitillera y eligió un cigarrillo. Lo golpeó sobre su uña, quedando pensativo, y siguió un rato de silencio. Entonces prosiguió, diciendo con calma:

—Ese truco de la ambulancia es un gran trabajo. Anótalo bien, Roger, para que algún día puedas emplearlo... Y, a propósito, ¿cómo es el campo de batalla de Saltham?

—Se trata de una casa algo grande, que está situada en las colinas, en terrenos propios, y algo distante de la aldea. Las colinas, como tales, son poca cosa, pues no tienen más de cincuenta metros de altura. En la avenida de entrada a la finca hay unas grandes puertas de hierro. La ambulancia entró y yo seguí todo derecho sin mirar para atrás, pues me figuraba que tenían puestos unos vigías. Entonces vine hacia acá para enviarte ese cable. Y a propósito, había un pájaro de cuenta en el equipo de la ambulancia que tú y yo ya conocemos: tu amiguito Hermann.

Simón se acarició la barbilla.

—¿No fue uno a quien rompí las mandíbulas una vez?

—Sí, es algo semejante lo que ocurrió. Y él hizo lo posible por romperme las costillas y hundirme el cráneo.

—Será muy agradable encontrarse con Hermann otra vez —dijo El Santo suavemente.

Tomó un sorbo de su cerveza y se quedó mirando ceñudamente a la mesa.

—Me parece que todo lo que nos queda que hacer —dijo Roger— es ponernos al teléfono y decirle a Claude Eustace que venga, y nos vamos con él. Sonia está en aquella casa; así que cogemos a la banda con las manos en la masa.

—¿Y seguir nosotros con ellos a la cárcel para que nos condenen a una pena de prisión, todo por hacer de héroes?

—No es preciso que sea así. Podemos contemplar los acontecimientos desde una prudente distancia.

—¿Y Marius?

—Esta vez ya está cogido nuevamente.

El Santo soltó un suspiro.

—Roger, querido, se te van las ideas por el sombrero, al levantarse este cada vez que tienes hipo —comentó, de forma algo disparatada, debido a las incongruencias que se le ocurrían a su amigo—. ¿Es que solo nos vamos a conformar con contrariar a Marius, y dejarlo así, consintiendo que comience de nuevo en cuanto le apetezca? No hay pruebas de que él tenga conexión alguna con lo que vaya a ocurrir en Saltham. Todo el plan brillante que se te ocurre es que le tendríamos anulado temporalmente. Ten en cuenta que se juega mucho dinero en este asunto. No sabemos cuánto, pero nos equivocáramos si lo calculásemos en menos de siete cifras. ¿Crees que él iba a abandonar todo ese capital, y más que se pueda conseguir, de lo que nosotros pensamos, simplemente porque nos hayamos puesto en su camino?

—Tendría que comenzar de nuevo para conseguirlo...

—Y nosotros también, Roger, igual que nos ocurrió hace unos meses. Y con eso no basta. Ni que lo pienses. Además... —continuó El Santo, perezosamente —Rayt Marius y yo tenemos una cuenta personal que liquidar, y yo creo, palabra de caballero, que ese es uno de los puntos principales que tengo que dilucidar en este juego...

Conway se encogió de hombros.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Supongo que debemos trasladarnos inmediatamente a Saltham y prepararnos a acabar con esa fiesta particular.

Roger mantenía en su mano un cigarrillo sin encender.

—Supongo que eso será lo mejor.

El Santo se levantó, sonriendo al mismo tiempo.

—Parece que te ha dado un ataque de respetabilidad, mi querido Roger —murmuró—. Primero me hablas de traer a la Policía, y luego tienes la desfachatez de quedarte bebiendo cerveza hasta llenarte, y creerte que nosotros vamos a entrar a paso de vals en ese buen jaleo que el Señor nos ha preparado. Para eso, querido amiguito, la mejor cura es lo que vamos a ir a buscar ahora mismo. Antes que sea de noche, Marius en persona, con un refuerzo de borregos, estará entrando a todo vapor en Saltham, con las válvulas de seguridad trabajando al máximo, y el *ballet* que va a resultar de todo ello será un gran favor que haremos para conseguir la alegría de las naciones. Así que date prisa y termina de beberte toda esa cerveza, muchacho, y vámonos.

III

Se fueron...

No era esa la clase de salida que gustase a Roger Conway. A pesar de todo el entrenamiento que El Santo le había dado, Roger permanecía cauteloso y objetivo en sus actos. No quedaba tranquilo pensando que tenía que actuar confiándose en la Providencia y en la agilidad de sus puños. Le gustaba pensar las cosas bien, y considerar los pros y los contras en los asuntos que trataba. Cuando él intervenía en una empresa, le gustaba planearlo todo, así como los estrategas planean sus campañas con mapas y todas las señales marcadas en tinta roja. Le gustaban los detalles, que precisamente nunca tenía a su disposición si El Santo estaba en su compañía. Y cuando intervenía en sus acostumbradas aventuras, lo hacía como si estuviese en un sueño, como si estuviese corriendo para salvar la vida en medio de un temporal de viento y niebla espesa en una noche oscura. Pero siempre, en esas pesadillas, el fantástico optimismo de El Santo le animaba a seguir adelante, llevándole como un pelele, y haciéndole intervenir en hechos audaces que Roger, en los días de calma que seguían a esos turbulentos de sus audacias, no quería ni recordar, pues le daban sudores fríos solo de pensar en ellos. Y, sin embargo, se avino a todo. El Santo era así. Había tal simpatía, tal arrolladora audacia y esplendor medieval en la forma como las hacía, que nadie que tuviese sangre roja en sus venas podía resistirlo. No había nada mezquino en él, nada que se pudiese conceptuar de maldad; daba de sí todo lo que tenía, y hacía parecer heroica cualquier leve acción de las suyas.

—¿Y qué nos importa? —comentaba lentamente El Santo, mientras sus finas manos apenas tocaban el volante del Hirondele, y sus ojos burlones escudriñaban la carretera sobre la que corrían a más de ciento por hora—. ¿Qué nos importa que todo un ejército de infieles venga en apretado haz a Saltham esta noche, aunque se traigan un destacamento con algunos de nuestros viejos amigos para ayudarlos, tales como, por ejemplo, los Lobos Negros, o los Chicos de las Serpientes, o los Cachorros de Tigre, o una brigada de la caballería del Príncipe Heredero, y con el Tío Rayt Marius y todos los demás? Porque has de tener en cuenta, Roger, que hace años que no tenemos lo que podíamos titular un rodeo al ciento por ciento, y a menos que nos pongamos en movimiento en seguida vamos a criar mohos de la inactividad.

Roger no dijo nada, pues no tenía nada que decir, y el gran coche salió zumbando hacia el Este.

El sol se había puesto hacía rato, y la media luz de la tarde ya estaba tomando las oscuridades de la noche, con esa rapidez propia de la temporada.

Como la oscuridad empezaba a ser peligrosa para su marcha veloz, Simón dio a una llave y los dobles faros trazaron una vía de luz a través de la oscuridad.

Condujeron en silencio, y Roger Conway, sintiéndose apaciguado por la rapidez del viento y el zumbido de tonos graves del escape, se dejó llevar por un ligero sueño. Y empezaba a acordarse de una chica de ojos castaños, que salía bella y fresca de tomar su baño, envuelta en una bata de verde jade, y a quien llamaban la más bella señorita de América, y que aquella mañana había permanecido en una soleada habitación junto a él comiendo bacon y huevos. También se acordaba de la forma como habían hablado ella y El Santo, pareciendo como si en esa entrevista hubiesen estado ensimismados, de forma que, pasados esos instantes, nada parecía tener que comentar El Santo. Pensando todo esto, permaneció callado...

Y entonces, como unos minutos más tarde, según le pareció a él, Simón le estaba despertando con una mano sobre el hombro. Roger se incorporó y vio que era totalmente de noche, y que el cielo estaba cubierto de estrellas.

—Tienes que guiarme, muchacho —dijo El Santo—. El último poste de señales nos indicaba que faltaban tres kilómetros para llegar a Saltham. De aquí, ¿adónde nos dirigimos ahora?

—Seguido derecho hacia el próximo cruce, querido... —decía Roger, pues se orientaba mecánicamente—. Sigue adelante y tira para la izquierda aquí... Luego a la derecha en curva muy pronunciada pasado aquella puerta de hierro, y después para la izquierda otra vez inmediatamente... Yo que tú tendría mucho cuidado en esa curva, pues es traicionera... Ahora continúa igual durante medio kilómetro para torcer a la derecha, y la casa está como unos cuatrocientos metros más allá...

El pie de El Santo buscó en el fondo del coche el control del escape libre, y el ruido ensordecedor que hacían hasta ahora desapareció de pronto, para dar paso a un suave susurro apenas perceptible, con lo que los números del cuentakilómetros parecían moverse grotescamente. El Santo nunca se había amilanado, y en materia de automovilismo particularmente sus gustos eran del tipo ciclónico en cuanto a velocidad se refería, pero sabía tener la medida de las cosas en su momento oportuno y ser prudente cuando era preciso serlo.

—No diremos a nadie que estamos por estos alrededores hasta que tomemos las orientaciones del terreno en forma adecuada —comentó.

—Vamos a ver, ¿adónde nos conduce este camino vecinal después que deja atrás la mansión?

—Da la vuelta a los terrenos hasta llegar a los acantilados —contestó Roger—, luego sigue bordeando el mar y baja hacia la aldea un kilómetro

más lejos.

—¿Tienes idea de cómo son de grandes estos terrenos?

—Oh, son grandes..., podría darte una mejor idea del tamaño que tienen si supiera cuánto espacio ocupa una hectárea.

—¿Es tierra llana, es decir, es campo, o cómo?

—Hay árboles alrededor del borde y jardines alrededor de la casa, según pude apreciar. Pero gran parte de ello es campo; es más, se podrían jugar dos partidos de *cricket* a un tiempo en ella... Las puertas de hierro están al dar la vuelta a esta curva, a tu derecha.

—Muy bien, muchacho...

El Santo soltó el acelerador y miró hacia las puertas de hierro, al pasar el Hiron del entre ellas. Eran altas y anchas, y macizas, hechas de hierro, con un estilo antiguo, y más allá, al final de una larga y recta avenida, podían ver la silueta de unos tejados formando declive, que se proyectaban contra las estrellas, y una pequeña ventana cuadrada aparecía con luz, entre las sombras de la noche... Tal vez Sonia Delmar estaba allí... Y miró hacia otro lado, y vio que Roger tenía la boca firmemente cerrada.

—¿Te sientes un poco más animado para el ataque, muchacho? —le preguntó con dulzura.

—Lo estoy —Roger le miró con fijeza—, y tal vez te alegrará saber, Santo, que a ningún otro hombre le hubiera permitido que esta se convirtiese en una lucha. Es que, todavía, sigo sin comprender por qué Sonia tuvo que volver.

Simón tocó otra vez el acelerador, y siguieron adelante.

—¿Tú crees que yo hubiera dejado a Sonia que corriese ese riesgo, así como así, por un mero capricho? —contestó—. Yo no sabía qué iba a resultar de mi visita al Ritz. Y aun lo que pude averiguar, no lo es todo. Pero Sonia se encuentra dentro del campamento de ellos en estos momentos, y ellos no temen que la muchacha se delate. Les divierte presumir ante ella. Roger, lo estoy viendo como si lo tuviese ante mis ojos.

—Pero ese ruso que le traen...

—¿Te refieres a Vassiloff?

—Sí.

—Ese va a presumir más que nadie.

—¿Y qué va a conseguir con todo esto?

—Poder —dijo El Santo con calma—. Para eso es para lo que luchan todos ellos. Y Rayt Marius, más que nada, por el poder del dinero, y sus hombres también. Pero está loco. ¿Sabías que en un tiempo fue un golfillo de

los barrios bajos de Praga? ¿No sería para él lo mejor que podía esperar obtener en esta vida, poder sentarse en el trono no oficial de Europa, jugar con reyes y presidentes como si fueran juguetes suyos, y manejar a las grandes naciones en la misma forma que ha estado manejando las pequeñas? Esa es su ambición. Por eso maneja a Vassiloff con un dedo, porque Vassiloff odia a Lessing, y al Príncipe Rudolf lo maneja con otro dedo, porque Rudolf se cree un moderno Napoleón, ¡y te juro, Roger, que Rudolf podría convertir ese capricho en un hecho real, si tuviese a Marius apoyándole! Y sabe Dios cuántas personas más maneja, aquí y allá... Y Sonia es el peón que tienen para sus intrigas, a la que pueden convertir en reina en una jugada, y volver las tornas del complicado juego de ajedrez para bien o para mal...

—Mientras tanto, nosotros no hacemos más que bailar alrededor del tablero.

—No es exactamente así —dijo El Santo.

Habían salido a la carretera de los acantilados, y Simón estaba frenando el coche hasta que paró suavemente. Cuando hubo parado, señaló hacia dos luces, verde y roja, que avanzaban por el mar, y Roger las vio al mismo tiempo.

IV

—Ahí está el viejo barco.

Cierta cantidad de burla tenía la voz de El Santo al expresarse así, pues la proximidad del peligro siempre le hacía tomar las cosas con risa incontenible, poniendo orgullo en su cometido. Se deslizó fuera del coche, y se quedó con las manos en las caderas, mirando abajo hacia las luces y el reflejo de las mismas sobre el tranquilo mar, y luego miró hacia su derecha, donde se veían otras luces que los árboles hacían apagar y encenderse. «Batalla y muerte repentina» era el nombre de una canción que canturreó para sí, y a la luz de las estrellas, sonrió al recordar otra aventura y una antigua bravuconada de las suyas.

Roger estaba en pie junto a él.

—¿Cuánto tiempo calculas que tardará en llegar, Santo?

—Todavía, bastante. No olvides que estamos a cincuenta metros sobre el nivel del mar, según tus cálculos, y eso hace que el horizonte te engañe. Está a más de tres kilómetros.

Simón echó la cabeza para atrás; parecía estar escuchando.

—¿Qué pasa? —preguntó Roger.

—Nada. Ese es el problema. No hemos pasado a Marius en la carretera y él no nos ha pasado a nosotros. Pregunta que te formulo: ¿Es que llegó antes aquí o es que está al llegar? ¿O es que el Príncipe no verá mi pintura mural del cuarto de baño hasta el sábado que viene? ¿Tú que dirías, Roger?

—Yo diría que están aquí. Tú tuviste que esperar un tren, que es lento, por añadidura, y además hemos perdido una hora en Saxmundham.

—No *hemos perdido*, querido —protestó El Santo distraídamente—. Es que nos pusimos a beber cerveza.

Oyó un ruido metálico, inconfundible, a su lado, y vio el brillo azul-negro de una pistola automática en la mano de Roger.

—Pronto vamos a saber qué ha pasado —dijo Roger con decisión.

—¿Estás pletórico de ardor, y conteniéndote, muchacho?

—Exactamente.

Simón se echó a reír, suavemente, con aire pensativo, y su mano se posó en la muñeca de Conway.

—Roger, quiero que vayas a Londres.

Hubo un instante de silencio absoluto.

Y luego...

—¿Que tú quieres que yo...?

—Quiero que vuelvas a Londres. Y busques a Lessing. Encuéntrale sea como sea, aunque tengas que revolver todo el barrio del West End. Y tráetelo para acá, ¡aunque sea a punta de pistola!

—Santo, ¿qué se te ha metido en la cabeza?

—Le necesito aquí, a mi Ike, el único...

—Pero es que Sonia...

—Yo me quedo, y por esa razón me quedo. No te preocupes por ella. Y para ti hay más seguridad en Londres que para mí. Tienes que hacerlo en tiempo record...

—Tú puedes sacarle diez kilómetros más de velocidad al coche que yo.

—Y yo puedo pelear con doble número de hombres que tú, y me muevo con el doble de rapidez, y puedo tirar dos veces más rápidamente que tú también. No, Roger; esta parte del juego es para mí, y tú lo sabes. Y por el contrario, tenemos que traernos a sir Isaac Lessing. ¿No ves que tiene que ser así?

—Maldita sea, Santo...

Había ráfagas de amargura en la voz de Roger, tantas que El Santo no había visto cosa igual anteriormente; pero Simón comprendía por que se

sentía Roger así...

—Escucha, muchacho —dijo bondadosamente—, ¿no ves que toda esta maniobra ha sido tramada para beneficio de Lessing? ¿Y no crees que es más inteligente no permitir que Lessing permanezca neutral? Si hiciésemos lo que tú quieres, no es eso lo único que tendríamos, por desgracia. Por el contrario, ¡supongamos que traemos a Ike aquí y le presentamos toda la maniobra en su propia salsa! Lessing no es ningún tonto. Si Marius tiene de él tan buena opinión que se toma la molestia de meterle en sus intrigas como socio activo, ¿no sería gran idea volver el hacha de guerra de Marius contra él mediante la intervención de Lessing a favor nuestro? Si Lessing está en condiciones de fomentar la guerra en los Balcanes, haciendo que se corten los cuellos unos a otros, en aquellos países, en menos de una semana, ¿por qué no va a poder decir sencillamente «NO», y enviarlos a todos a sus casas para que se queden tranquilos, sin más jaleos? ¡Roger, ahora es cuando tenemos la gran ocasión de nuestra vida de conseguirlo!

Cogió a Conway por los hombros.

—¡Tienes que verlo de esa manera, querido Roger!

—Lo sé, Santo, pero...

—Te prometo que estaré aquí jugándome la vida. No sé exactamente qué voy a hacer ahora, pero estoy aplazando hacer nada violento hasta el último minuto. No quiero estropear nuestra posición de observadores, si me es posible evitarlo, por lo menos hasta que llegue Ike para participar en la diversión. Y tú estarás aquí con él, ocupándote de la retaguardia cuando empiece la procesión triunfal. Roger, ¿estás de acuerdo conmigo?

Estuvieron mirándose cara a cara durante diez segundos de silencio y los ojos de Roger querían encontrar alguna explicación más en las facciones de El Santo, en forma que no lo había hecho jamás anteriormente. En esos diez segundos, todo lo que El Santo había significado en la vida de Roger, todo lo que le había inspirado y representaba para él, todo lo que juntos habían visto, la gran fuerza acumulada por una lealtad sentida durante la vida entera, todo parecía desmoronarse y dejar paso a una horrible sospecha que había empezado a nacer en la mente de Roger, y que ahora con esta imprevista demanda, se agrandaba considerablemente. El esfuerzo de una lucha interior se revelaba en la cara de Roger, sublevándose contra todo, llevado por pensamientos horribles; pero Simón aguardó imperturbable su decisión sin proferir ninguna palabra más.

Y entonces, lentamente, Roger Conway hizo un gesto afirmativo.

—Dame la mano —dijo.

—Bien, muchacho.

Sus manos se estrecharon en un fuerte apretón, y entonces Roger se volvió repentinamente, y se metió en el asiento del conductor del Hiron del. El Santo se apoyó en la puerta.

—No toques casi la tierra —dijo las instrucciones rápidamente—. He apostado la camisa por ti, y sé que no me fallarás; pero cada minuto que pierdas es precioso. Y entiéndeme, si tienes que ponerle la pistola al pecho a Isaac, hazlo con suavidad, pero hazlo. Tiene que llegar aquí sano y salvo, pero tiene que llegar. Lo que ocurra después es cosa tuya. Yo quisiera hacer planes definitivos, y creo que tú también quisieras, Roger; pero eso es más de lo que nosotros podemos hacer en una noche como esta, y seríamos unos idiotas si lo intentáramos. Si puedo, estaré aquí. Si no puedo, procuraré dejar una nota; vamos a ver, pondré una nota debajo de aquella roca, junto a aquel árbol. Si a pesar de todo no puedo hacerlo...

—Entonces ¿qué?

—Entonces, me temo, Roger, que tú serás el único que quedarás en el juego, y podrás enviar mis afectos a todos mis amigos, y pegarás a Marius un tiro en la barriga en honor mío, y pondrás a la venta el *Ulysses* por lo que te den, y también venderás las fotos que me envió Dick Tremayne desde París.

El arranque eléctrico giró bajo la presión del pie de Roger, que durante un momento escuchó el suave susurro del gran motor, y entonces se volvió a El Santo otra vez.

—Bueno, me voy ya —dijo tranquilamente.

—Ya lo sé —continuó El Santo en el mismo tono de voz—, y si no encuentras esa nota, quizá no sea para estar tan pesimista, pues pudiera ser que me hubiera dado un calambre y no pudiera escribir, o algo por el estilo. Pero todavía te queda por hacer tu trabajo. Así que no creas que te he dado de lado. Pase lo que pase, es lo más probable que tengas que aguantar los más furiosos ataques antes que terminemos, y nuestro destino puede muy bien estar en tus manos. Y con lo que digo no me refiero a que lo dude, sino que estoy casi en lo cierto. —Dio una palmada Roger en la espalda—. ¡Así que mucha suerte, muchacho!

—¡Buena suerte, Santo!

—¡Y hazles la vida imposible!

Simón se echó hacia atrás, y con una sonrisa inició una reverencia. El Hiron del dio un salto al arrancar, como si hubieran soltado una fiera.

6

DE COMO SIMÓN TEMPLAR TIRO UNA PIEDRA, Y EL DELEGADO ITALIANO TUVO MALA SUERTE

I

Por un momento El Santo permaneció allí, observando cómo la luz del piloto del Hiron del desaparecía en la oscuridad. Sabía tan bien, y no podía evitar saberlo, qué dudas horribles torturaban la mente de Roger, cuáles eran las que le producían la lucha entre los celos y la amistad, y la agonía que tal lucha debía causarle. Porque Roger tenía necesariamente que preocuparse por el destino que aguardaba a aquella muchacha que había sido mezclada, por los azares de la vida, en los asuntos difíciles que ellos llevaban entre manos, y que ahora permanecía prisionera en la casa situada más allá de los árboles, y de la que El Santo había obtenido tan fantástica promesa de lealtad para conseguir la realización de su empresa. Simón pensó en otras muchachas que habían sido amigas de Roger, y de las otras diversas cosas que habían intervenido en sus vidas respectivas desde que estaban juntos trabajando, y de su propia amiga, ¡y pensaba tantas cosas más, mientras su vista seguía el punto rojo que desaparecía por la carretera!

La luz roja dejó de verse al tomar una curva de la carretera, y El Santo se volvió, con un encogimiento de hombros, y se puso a contemplar el mar, donde había otra luz roja, con una verde al lado.

En eso, por lo menos, había mentido... El barco, de eso estaba seguro, se hallaba a menos de un kilómetro de la costa cuando él habló, y ahora había dejado de moverse. El ruido característico de una cadena llegó imperceptiblemente a sus oídos, seguido del chapoteo del ancla al caer al agua.

¡Habían llegado casi en el tiempo previsto! Para Roger Conway, con cerca de trescientos kilómetros que recorrer de allí a Londres y regreso, y bastante

trabajo que realizar durante el camino, no era un cometido despreciable el suyo, aunque llevase el Hironde. El Santo, que conocía bien lo que era conducir a velocidad, sabía que el coche se portaría bien; y sabía que Roger Conway, pese a su modestia, podía llevar el volante si se ponía a ello; pero, aun así y todo, suponía que Roger no podía permitirse el lujo de descuidarse en absoluto. En todo caso, ya el cometido de Roger para aquella noche estaba más que tratado, según el criterio suyo, y se ocupó de lo que le quedaba que hacer allí...

—Y quiera Dios que no monte su cacharro sobre el parachoques delantero —murmuró El Santo, para terminar.

Al retroceder hacia las sombras de unos árboles, sus dedos se fueron instintivamente a su manga izquierda, para tocar el mango del Belle, el pequeño puñal, favorito suyo, que él utilizaba para lanzarlo, y que podía arrojar con tanta velocidad y destreza. En un tiempo, Belle había sido solo el hermano gemelo de Ana, su máspreciado puñal; pero había perdido este hacía tres meses en una pelea con Marius. Y al tocar a Belle, en su pequeña vaina atada a su antebrazo, El Santo sintió confianza, y sonrió. Luego, pasados los árboles, se quedó junto a la tapia de madera que rodeaba la finca. Era tan alta como él. Pasó los dedos por encima y notó que estaba cubierta de alambres de espino todo a lo largo del borde. Pero a unos sesenta centímetros por encima de él había una rama de uno de los árboles, por donde antes había pasado, y Simón dio un salto, después de medir la distancia, y se agarró a ella. Pudo izarse con la misma facilidad que si estuviera haciendo gimnasia en la barra horizontal, y se fue aproximando hasta la tapia mano tras mano, puso las piernas al otro lado de la tapia y saltó al suelo ágilmente.

Preocupándose de ponerse el nudo de la corbata en su sitio, que se había ladeado durante la ejecución del salto, se adentró en el bosquecillo en que estaba y se puso a inspeccionar el terreno.

Frente a él, y dando hacia la derecha, había una extensión de terreno abierto, en el que se veía algún árbol que otro, que rodeaba la casa por los dos lados que él, desde donde se encontraba, podía dominar. También rodeando la casa y más adentro, había jardines, enrejados, terrazas, arbustos y edificaciones aisladas, que él, desde la penumbra en que se encontraba, podía distinguir bastante bien. A su izquierda, coronando una elevación del terreno, una especie de paseo con balaustrada destacaba su línea del fondo del cielo, y suponía que esto marcaba el borde de los acantilados.

Se movió en esta dirección, manteniéndose en la oscuridad de los árboles mientras le fue posible, y, luego, partió en ángulo recto, paralelo a la

balaustrada, antes de subir demasiado la cuestecilla formada allí, lo que hubiera hecho destacarse su silueta contra el cielo. Estaba seguro que su llegada a la finca no era aún conocida, y se sentía inclinado a mantenerse oculto por ahora: el número y hábitos personales de los de la casa no le eran conocidos todavía, y El Santo no sentía la tentación de correr riesgo alguno provocándoles prematuramente. Aunque se movía rápidamente en la poca luz que daban las estrellas, su oído agudo percibía el más leve ruido, y su vista escudriñaba incansablemente la oscuridad, mientras que los dedos de su mano derecha no dejaban el mango de marfil del Belle.

Se movía como un leopardo al acecho, y ese mismo leopardo hubiera sido una amenaza mortal para cualquier miembro de la banda que se hubiese encontrado en los terrenos en la ruta de Simón Templar.

Al rato se encontró de nuevo ante la casa, a la derecha, y esta vez más cerca de ella, porque había andado por los dos lados de una especie de terreno cuadrado. Empezó a moverse con más cautela todavía. En un momento dado, sus pisadas hicieron ruido sobre un terreno de grava. Miró rápidamente hacia su izquierda, para ver donde conducían sus pasos, y observó que había una abertura en la balaustrada, junto al borde del acantilado. Eso sería seguramente el comienzo de unos escalones que conducían a la orilla del mar, bajando por el acantilado, y junto a la abertura vio un árbol que podía servirle de escondite para ver los acontecimientos que tuviesen lugar más abajo, en el agua.

Volvió por el camino y se metió en la oscuridad, escondiéndose detrás del árbol. Este crecía en el mismo borde del escarpado terreno, y la abertura de la balaustrada resultó ser lo que él pensaba, una rústica escalera que desaparecía hacia abajo en la oscuridad.

Al mirar, Simón vio un trozo de luna nueva que salía del horizonte, allá lejos en el mar. No le vendría mal esa luna aunque estuviese ya fuera del todo, se decía él para sí, dando gracias a la Providencia de haberle facilitado la aventura de esa forma. Para los efectos de cometer cualquier felonía, la luz era suficiente, aunque no fuese más que la suave luminosidad proyectada por mil estrellas, pues para una persona de ojo de lince como era Simón Templar, había bastante claridad, sin que fuese peligrosa.

Bajó su mirada otra vez, y vio, a mitad de camino entre el barco anclado y la estrecha faja de arena blanca, una pequeña forma negra avanzando sobre las aguas. Sin moverse, instintivamente aguantando la respiración y abriendo los labios, pues las facultades de El Santo trabajaban involuntariamente

aunque él no lo quisiese, podía distinguir el ruido de remos que chirriaban sobre la borda de un bote.

Y entonces oyó otro ruido, detrás de él, que le era más fácil distinguir: el ruido de botas pesadas sobre la grava que él había dejado atrás.

II

Se metió un poco más al interior de la oscuridad que le amparaba, y miró alrededor. Un farol se movía por el camino que conducía desde la casa, y tres hombres venían guiados por su luz.

En un momento sus voces se oyeron con toda claridad.

—*¡Himmel!* Quiero irme a la cama. Anoche..., esta noche... Aquí nunca hay medio de que un hombre duerma.

—¡Oh, grandillón! ¿En qué clase de equipo crees que te has metido?

—¡Ah!, el alemán quiere estar siempre durmiendo. Se pasaría todo el tiempo durmiendo y bebiendo; pero creo yo que, preferiblemente, bebiendo.

—A lo mejor su gusto es como el mío. Con esa clase de gusto no se puede conseguir nada.

El Santo se reclinó indolentemente contra el árbol, contemplando al grupo que avanzaba, y en su mirada había un atisbo de admiración.

—Un alemán, un latino y un pollo del Bowery de Nueva York —murmuró—. ¡Vaya, ese tío Marius debía organizar la Liga de las Naciones!

Los tres hombres anduvieron unos tres metros más en silencio, y estaban casi enfrente de El Santo, cuando el pollo del Bowery dijo:

—¿Quién trae a la chica?

—Hermann —contestó el alemán con brevedad gutural.

—Es una chica muy mona, ¿verdad? —dijo el latino sentimentalmente—. Me recuerda una chica de Sorrento, que yo conocía...

—Sí, es una chica de mucha clase. Pero a nosotros, pobres diablos, no nos toca nada... Para ella van los peces gordos; es más...

Pasaron tan cerca de El Santo, que hubiera podido acuchillar al que estaba más próximo con solo alargar el brazo, y durante un momento pensó hacer esa maniobra, porque esa era su inclinación. Pero sabía que un asesinato más o menos no haría nada, y él perdería más de lo que ganaba cometiéndolo.

Además, cualquier escándalo a esas alturas estropearía sin remedio alguno el plan que él se había trazado.

La Liga de las Naciones estaba bajando la escalera del acantilado, y el murmullo de sus voces se hacía más imperceptible a medida que se alejaban. Y entonces, después de una rápida mirada a su alrededor para ver si alguien seguía a los tres que habían pasado, se deslizó fuera de su escondite y corrió escaleras abajo detrás de ellos.

Podía haberlos alcanzado con facilidad, pero se quedó bastante atrás. El camino por el acantilado era más dificultoso que la hierba verde de arriba, y una piedra que se soltara a poca distancia podía ser el final de la aventura en una forma de lo más inconveniente y desastrosa. También podía ocurrir que a cualquiera de los tres se le ocurriese volver, y El Santo pensó que le era más conveniente estar prevenido contra esa contingencia. Así que permaneció alejado para que ellos estuviesen bien delante, y andaba con un sigilo que haría a Agag parecerse a un rinoceronte reumático.

Se encontró en el zigzag que formaba la última vuelta, mientras que el grupo, más abajo, entraba en el terreno arenoso. En el mismo momento, el bote del barco atracaba a un pequeño malecón, que había permanecido oculto a sus ojos cuando él miraba desde lo alto del acantilado.

Se paró allí, pensando rápidamente e inspeccionando la vista. En la costa misma no tenía sitio para guarecerse en los veinte metros de arena que había entre el final del camino y el malecón; pero las diversas matas y arbustos que crecían en profusión en las inclinadas rocas se extendían hasta donde empezaba la arena, sin dejar espacios huecos, y parecían hacerse más espesos, pero luego desaparecían por completo. Esto, ciertamente, podría ser de ayuda para lo que él proyectaba, pero...

Miró hacia el barco y se acarició la barbilla con gesto pensativo. Entonces miró otra vez al malecón, en donde estaban ayudando a subir, a la luz de un farol, a un hombre que venía en el bote del barco. Junto a aquel bote, y atracado también al muelle, pero más cerca de la orilla, había otra cosa flotando sobre el agua. El Santo se estiró lentamente, aguzando la vista, con una especie de delirio que se apoderaba de todo su ser. No estaba seguro, y no le parecía verdad lo que veía. Pero mientras miraba, el hombre que había desembarcado del bote, el hombre del farol y uno de los otros tres que habían bajado de la casa empezaron a andar despacio hacia el camino del acantilado, y el hombre del farol anduvo en la parte de fuera, al borde del malecón, de forma que la luz del farol convirtió en realidad lo que era una suposición suya respecto al género de embarcación que estaba atracada al malecón al lado del bote. Era, por las barbas del Profeta, indiscutible e irrefutablemente una canoa con motor fuera de borda...

El Santo aspiró profundamente, con lo que alivió sus pulmones... Era demasiado bueno para creerlo, pero «¡Oh, qué maravilla!», suspiró El Santo para sí.

Incluso se podía permitir el lujo de ignorar, durante un corto espacio de tiempo, el hecho desconcertante de que este caso favorable coincidía, en el momento de producirse, con otra manifestación desfavorable, pues el tercer miembro del comité de recepción estaba sentado en el muelle, hablando con la tripulación del bote, y los otros dos estaban escoltando al pasajero del bote hasta la escalera del acantilado, y al mismo tiempo, mientras le llegaban los ruidos de los movimientos que se efectuaban, Simón oyó a un pequeño grupo bajar aquella misma escalera del acantilado en dirección a él.

Entonces volvió su mirada hacia atrás y vio el farol que traía uno de los del segundo grupo balanceándose en los segundos escalones, por encima de él. Pudo distinguir dos personas, una de ellas era alta y la otra mucho más pequeña. Era un asunto desconcertante, pero no desesperada...

Pasando revista al terreno, se salió con sigilo del camino, se puso detrás de un arbusto, se cogió a la rama de un pequeño árbol y permaneció silenciosamente en la oscuridad. Y ocurrió que los dos grupos se encontraron justo frente a donde él estaba, y vio, como se figuraba, que los dos que habían bajado detrás de él eran Hermann y Sonia Delmar.

Los cinco interrumpieron su marcha y se juntaron en un pequeño grupo, hablando en voz baja. Sonia Delmar estaba fuera del grupo, permaneciendo sola, sin que pudiera escaparse, pues Simón podía ver las cuerdas que ataban sus muñecas a la espalda y los sesenta centímetros de cuerda que trababan sus tobillos.

Él permaneció agazapado en donde estaba, con un brazo aferrado al delgado tronco del árbol que le sostenía precariamente en el declive del terreno. Con los dedos de la mano que le quedaban libres palpó suavemente el terreno y recogió una chinita, y apuntando con cuidado dejó caer la piedra hacia abajo.

Dio en las manos de la chica, pero no hizo ningún movimiento inmediatamente. Entonces, con la punta de uno de sus zapatos, ella removió la grava que tenía delante, para que si cualquiera de los hombres hubiese oído caer la piedra pensara que el ruido era producido por los movimientos suyos. El Santo levantó momentáneamente sus ojos hacia las estrellas. Era clásico en él. La chica estaba siguiéndole el juego por primera vez en su vida, según le parecía, después de haber estado bajo la amenaza del hacha con tanta serenidad como hubiera podido hacerlo cualquier avezado aventurero; aún

con el hacha casi al caer, se veía que ella se atenía a las más refinadas sutilezas del juego. Cuando cualquier otra chica hubiera estado temblando de miedo, pensando histéricamente en la fuga y en su rescate, ella permanecía serena y metódicamente desarrollando su plan...

Y entonces, con toda naturalidad y deliberadamente, ella miró hacia atrás, y El Santo se salió de la oscuridad para dejarse ver con toda claridad.

Sonia le vio. Aun en esa luz incierta podía él ver cómo la muchacha le contemplaba con aire de interrogación y sabía que debió de verle sonreír. Hizo un gesto de asentimiento, le saludó con la mano y señaló hacia el barco. Sonrió de nuevo, y en esa sonrisa manifestó cuanto pudo su audaz confianza. Y cuando Sonia le devolvió la sonrisa y asintió, como señal de comprensión y absoluta confianza en él, le entraron ganas de echarlo todo a rodar y saltar y cogerla entre sus brazos. Pero no lo hizo. Su mano derecha y su brazo se extendieron en un gesto alegre y caballeresco que hacía parangón con su sonrisa. Se dejó caer otra vez en la oscuridad cuando intervino Hermann, ordenándole a Sonia que siguiese bajando el declive, y los otros tres reanudaban su subida.

III

Pero Sonia le había visto; sabía que él estaba allí; que todavía no había habido ningún fallo; que él no había traicionado su confianza; que él esperaba, dispuesto para actuar... Y eso era algo que podía demostrarle... Y, mientras se dejaba caer en las puntas de los pies sobre el camino, Simón se acordaba de su gran valentía y de Roger Conway y de otras cosas más. «¡Oh, qué dicha!», pensaba El Santo dejándose caer en una piedra adecuada, con las manos en las rodillas. Vio cómo la conducían por el malecón y la alzaban al bote. Hermann se sentó a horcajadas junto al otro hombre que hablaba con la tripulación; el resplandor de la cerilla que encendió para aplicarla a la pipa hizo destacar el perfil de su delgada cara, que El Santo recordaba tan bien. Y Simón esperó.

Era evidente que la tripulación del bote estaba esperando el regreso del hombre que habían traído a tierra, pues este era uno de los oficiales del barco, probablemente, o quizá el mismo capitán. Mucho dependía ahora de lo que hubiese ocurrido a Marius, lo cual dependía a su vez del programa que tuviese el príncipe heredero. El Santo no tenía una pista para averiguar la contestación adecuada a estas preguntas. Si Marius hubiese venido a Saltham

contando la historia del mal uso que se hizo de la pasta dentífrica de la realeza, podrían haber ocurrido acontecimientos extraordinarios. Pero El Santo estaba seguro de que esto no había ocurrido antes que él llegase al lugar, pues de haber sido así habría habido un cordón de bandidos rodeando los terrenos de la casa y su modesta entrada hubiera constituido un acontecimiento mucho más movido, a menos que Marius creyese que, por el desconocimiento de la lengua del príncipe por parte de El Santo, este no sabría nada de los planes convenidos. Pero eso era muy improbable. Claro está que Marius pudo haber llegado mientras El Santo estaba haciendo su pequeña escalada; pero aun así, Simón hubiera oído por lo menos alguna manifestaciones características al efecto. Suponía que, en el peor de los casos, su record era suficiente para causar una conmoción a todos los bandidos, y mucho le extrañaría que no ocurriese según él lo tenía previsto. Por tanto, él descartaba esa posibilidad, por ser improbable, aunque más tarde o más temprano la tranquilidad nocturna de aquella parte del país tenía que ser manifiestamente interrumpida, y su opinión era de que ocurriría antes de lo que pensaba.

Pero al rato, después que transcurrió mucho tiempo de extrema ansiedad, oyó voces que venían de más arriba y se deslizó discretamente fuera del camino. Bajaron dos hombres, y uno de ellos era, por lo visto, el alemán cuya armoniosa voz había oído quejarse de un insomnio forzoso, pues hablaban en alemán. El Santo escuchaba muy interesado por si hacían referencia a él cuando se acercaban, pero no oyó ninguna. El alemán se quejaba de lo empinada que era la cuesta, de la oscuridad, de la comida que le daban, del sueño que tenía y de la imposibilidad de satisfacer su deseo, y el oficial del barco le iba expresando su simpatía por todas esas cosas en los intervalos en que le dejaba hablar, y hablando de ello pasaron de largo. Ellos, por lo menos, no tenían ningún comentario que hacer referente a lo que hubiesen oído decir en la casa.

Simón les vio andar hasta el malecón y estrechase las manos. El oficial saltó al bote. Un hombre que había en la proa lo empujó mar adentro con un bichero. La tripulación se aplicó a los remos, alejándose.

A la luz de los faroles que llevaban los hombres que estaban en el malecón, Simón vio a la chica mirar hacia atrás, al acantilado; pero él no le hubiera podido ver aunque hubiese estado al descubierto. Y entonces dos de los hombres que estaban en el muelle empezaron a andar hacia el camino del acantilado.

A dos de ellos El Santo los vio pasar por debajo de él, y frunció el ceño. Miró hacia la costa otra vez, buscando al tercero, y no pudo encontrarlo. Las pisadas y las voces de los dos que habían subido empezaron a oírse más lejos, y al poco rato desaparecieron del todo. Habían pasado por lo alto de la cima y todavía el tercero no venía.

Simón vaciló, se encogió de hombros y bajó otra vez para ir por el camino. Fuese lo que fuese lo que hiciera el tercero, él tenía que arriesgarse, pues el tiempo apremiaba. El barco seguramente estaba listo para levar anclas tan pronto como su pasajera forzosa estuviese a bordo, y además, se preguntaba él, ¿sería eso muy pronto?

Mientras estaba allí parado, una sonrisa muy al estilo de El Santo descubrió la dentadura de Simón en la oscuridad. Porque si el tercer hombre seguía merodeando en la oscuridad, tanto mejor. Sus compañeros se habían ido, el bote estaba ya a alguna distancia y El Santo era un trabajador muy eficiente. No serían perjudiciales los ruidos que produjesen una pequeña escaramuza. Y él podía utilizar al tercer hombre, fuese quien fuese, con gran ventaja para él, conjuntamente con ese providencial bote a motor...

Simón corrió camino abajo como una sombra que volaba. Al volver la última curva, una piedra que desalojó con el pie fue rodando hasta quedar detenida en un arbusto. Oyó un rápido movimiento en un punto cercano a él y continuó sin darle importancia. Entonces una forma salió de la oscuridad directamente frente a él.

—*Chi va la?* —le dijeron, dándole el alto en la propia lengua del que le hablaba, y Simón creyó oportuno hacer una demostración de sus conocimientos lingüísticos.

—*L'uomo che ha la penna delta tua zia* —contestó solemnemente.

Sus pies se afirmaron sobre la arena, a un metro del que le daba el alto, y al abrir el hombre la boca para hacer algún comentario que nunca llegaría a pronunciar, El Santo le golpeó con un terrible *uppercut* en la mandíbula que materialmente se le presentaba propicia a ello.

—Adiós, signor Boloni, delegado italiano —murmuró El Santo con gran complacencia, y agachándose rápidamente alzó al hombre, que estaba sin sentido, se lo cargó al hombro y continuó su camino así cargado.

IV

En pocos minutos estuvo en el muelle, junto de la motora, y soltó allí su carga. Entonces, como un relámpago, se desnudó completamente.

El Santo poseía una extensa y elegante colección de trajes en casa; pero, en esta ocasión, esa colección no estaba disponible, como era natural, y mantener la elegancia era asunto que él consideraba importante. Por tanto, como iba a mojarse, no veía por qué motivo tenían que mojarse sus ropas también. Además, era una ventaja, en su opinión, preservar impecables los adornos de su belleza natural, pues no sabía todavía las cosas que iban a ocurrir antes del amanecer, y le horrorizaba la idea de tener que celebrar violentas discusiones con Rayt Marius o el príncipe Rudolf teniendo el aspecto de un buzo de alta mar a quien se le hubiese deteriorado el traje cuando se encontraba a veinte metros de profundidad. El Santo no quería nunca perder su estilo, y eso le indujo a tomar las precauciones de proteger su ropa.

Así, pues, El Santo se desnudó. Su ropa era muy ligera, y se las compuso para liarla toda en un compacto bulto, que envolvió en su camisa.

Entonces volvió su atención a la motora. Estaba amarrada por dos maromas al muelle, y desató estas. Tomó una estrecha tabla del fondo de la embarcación y la ató en ángulo recto en la barra del timón, utilizando para ello trozos del pantalón del delegado italiano, los que había cortado previamente con su cuchillo Belle; luego ató a los extremos de esta tabla las cuerdas que había cogido, dejándolas sueltas en el mar para que las arrastrase el fuera de borda. Finalmente, puso al delegado italiano en la popa, incorporándole lo mejor que podía mediante dos tablas colocadas para mantenerle derecho.

El Santo había trabajado con increíble rapidez. El bote que conducía a Sonia Delmar no había llegado todavía al costado del buque cuando Simón ya cogía la manivela de arranque de la motora. Tuvo suerte con esa operación. El motor se puso en marcha después de dos tirones. Y así, completamente desnudo, con su bulto de ropa sobre la cabeza y las mangas de la camisa atadas a la barbilla para sostenerlo en su sitio, El Santo se deslizó por el agua, cogiendo en cada mano unas cuerdas que estaban atadas a la barra del timón; la motora se apartó del muelle y empezó a tomar velocidad en el momento en que sacaban a Sonia Delmar del bote y la subían por la pasarela del buque. Aquella experiencia acuática de Simón Templar le quedó siempre impresa en su memoria como una de las más agitadas de su vida. La motora podía adquirir una velocidad que él no había podido prever; la estela de su marcha le lastimaba en los ojos, casi cegándole, y le hacía difícil la respiración por la

cantidad de agua que desplazaba; si no hubiera agarrado las cuerdas con manos de hierro, se hubiera soltado en los primeros momentos. Y al mismo tiempo tenía que dirigir el curso de la marcha, mediante el uso de las cuerdas esas, llevando delante el casco de la motora, lo que le impedía ver hacia donde iba, y ello, agravado por lo rudimentario del aparato primitivo que había montado para dirigir el timón, le hacía correr el riesgo de que la motora estuviese dando vueltas en un círculo, sin ningún fin práctico, hasta que se gastase la gasolina.

Vio que la única forma de conservar el control de la dirección era guiarla en una serie de recorrido diagonales, pues de otra forma le era imposible mantener su objetivo a la vista. Aun así, el último esfuerzo tenía que ser en línea recta, y conseguirlo con las sacudidas violentas que daba el motor no era empresa fácil. Se figuraba que ya los hombres que estaban en el barco habrían empezado a extrañarse de la causa de esa marcha desenfrenada.

Probablemente, el ruido de la misma ya había llegado también a la casa situada en la colina, y se hacía cábalas de lo que estarían pensando aquellos desalmados... Al lanzarse a otro recorrido, en el que tenía que tomar la precaución de que el delegado italiano no cayera de lado al efectuar los virajes, pues él quería mantenerle derecho, vio el bote del barco colgando del costado, sin tocar el agua, y pequeños grupos de negras formas arremolinados en la barandilla de estribor. Es que, con toda seguridad, hacían comentarios sobre el extraño suceso que estaban contemplando...

Se dio cuenta, de pronto, de que ya era hora que hiciese el último esfuerzo para conseguir lo que se proponía.

Enfiló hacia su objetivo lo mejor que pudo, echó todo su peso sobre una cuerda, y entonces se puso horizontal nuevamente. Pues bien, en esta operación, pensaba él, si chocaba con el costado del buque los peces se sentirían dichosos de dar cuenta de sus restos. Pero no chocó, pues lejos de ocurrir tal cosa, y a través de un remolino de espuma, vio la cadena del ancla pasar a unos cuantos metros de él.

La intentona había fallado.

Al pasar, había oído unos gritos que daban desde la cubierta, y la sonrisa de El Santo le temblaba en las comisuras de la boca. Ya la motora estaba nuevamente alejándose hacia el mar abierto, y otra vez puso todo su peso sobre una de las cuerdas para hacerla virar.

Las rústicas cuerdas le estaban materialmente despellejando las manos. Eran demasiado delgadas para cogerlas con facilidad, y sus dedos le dolían del esfuerzo que hacía para mantenerse agarrado, pues, a pesar de su fuerza

extraordinaria, sentía como si sus brazos fueran a desprenderse y le parecía un siglo desde que no respiraba libremente.

El Santo apretó los dientes. Esta vez tenía que conseguirlo, pues ya tenía dudas de que pudiera intentarlo una tercera vez. Es diferente hacer el esquí náutico corriente, en el que se lleva una tabla para deslizarse sobre la superficie del agua; pero esa experiencia de tener que ir metido en el agua era simplemente casi imposible realizar. Otra vez enfiló el buque, viró el bote y rezó... Y al hacerlo oyó un disparo sobresaliendo del ruido del motor.

Pues bien, pensaba él, era inevitable que eso ocurriese, y además era para eso que había sentado al italiano en el timón.

«Y en cuanto a nosotros, ¿qué?», pensaba El Santo, y en ese momento sintió que el bote daba una sacudida.

—¡Vamos allá! —dijo El Santo, y soltó sus torturadas manos de donde estaban agarradas.

Las cuerdas se escaparon como si tuviesen vida, y entonces apareció ante él la cadena del ancla, que se le venía encima de la cabeza. Se agarró desesperadamente y se mantuvo agarrado.

Alzándose del agua con gran dificultad, por el cansancio que sentía, respirando grandes bocanadas de aire para llenar sus exhaustos pulmones, vio al delegado italiano caer de lado sobre el timón. El bote se escoró peligrosamente, y entonces el italiano cayó al fondo, y nuevamente el bote se enderezó y reanudó su marcha veloz hacia el mar abierto. Un segundo disparo fue hecho desde la cubierta del buque.

Simón se sentía como si le hubieran tenido amarrado en el potro de tortura, pero no se podía permitir el lujo de descansar un solo instante. Esta era la ocasión que se le presentaba, mientras la atención de todos estuviese puesta sobre la motora. Se las arregló para iniciar la subida a bordo. Si hubiera sido trepando por una cuerda, no lo hubiera conseguido, pues no le quedaba fuerza en los brazos; pero pudo meter los dedos de los pies en los eslabones de la cadena, y de esa manera pudo arreglárselas para subir. Mientras iba subiendo, había perdido de vista la motora; pero había oído un tercer disparo y aún otro más...

Entonces pudo alcanzar un puntal, y con un esfuerzo supremo se alzó hasta que pudo poner una rodilla en la borda.

No había nadie mirando hacia donde él estaba, y a pesar de estar tan cansado, no hizo el menor ruido.

Al montar la barandilla, vio la motora otra vez, destacándose contra la saliente luna. Había una persona en pie en el bote, balanceándose

peligrosamente, moviendo los brazos desesperadamente. Cogió el timón, y el bote se inclinó y reanudó la marcha una vez más hacia el buque.

Con toda seguridad el hombre había estado gritando, pero sus gritos se perdían con el ruido del motor. Y entonces, por quinta vez, desde algún lugar de la cubierta, un rifle escupió su carga, y el delegado italiano se agarró el pecho y cayó pesadamente en las negras aguas.

**DE COMO SONIA DELMAR OYÓ CONTAR UNA
HISTORIA, Y A ALEXIS VASSIOFF LE
INTERRUMPIERON**

I

Sonia Delmar oyó el tiroteo mientras la empujaban cubierta adelante y la hacían subir una escalerilla. Antes, ya había visto a la motora en su marcha veloz y a la forma del hombre que estaba inclinado sobre el timón. El zumbido del motor había retumbado ensordecedoramente a través de las aguas mientras ella subía por la pasarela; había estado oyendo los murmullos de extrañeza que exteriorizaban sus aprehensores, pero no llegó a comprender lo que decían; y ella misma, aunque en forma distinta, estaba tan extrañada como ellos. Había visto a El Santo en el camino del acantilado, y había comprendido, por las señas que le hizo, que no se proponía intervenir todavía; de cierta manera, estaba tranquila de que así fuese, pues hasta el momento no pudo conseguir más información de lo que ocurría. Pero se figuraba que, si su idea era intervenir en el asunto, la ocasión se le había presentado propicia cuando se encontraba en el camino del acantilado, ya que entonces pudo coger por sorpresa a unos cuantos hombres, que en la oscuridad les hubiera sido difícil distinguir al aliado del enemigo; por tanto, se hacía conjeturas de los motivos que le habían inducido a preferir venir, con tanto ruido, contra toda la tripulación de un barco. Pero estas cuestiones no se prestaban para ser estudiadas con calma en esos momentos; simplemente pasaban fugazmente por su subconsciente al ser empujada hacia la cubierta superior. Los dos hombres que la custodiaban, por lo menos, pusieron al misterioso fuera de borda en segundo lugar en sus pensamientos, hiciesen lo que hiciesen sus compañeros.

En todo lo que había presenciado había una eficiencia y disciplina, para ser una organización criminal la que lo efectuaba, que no contrastaba con lo que El Santo le había descrito. Por lo que ella había leído sobre los sistemas de la gente del hampa, no estaba preparada para tanta eficiencia, pues por las informaciones que había oído sobre las actividades de las bandas de su tierra nativa de más allá del Atlántico, no eran nada comparable con estas. De nuevo oyó el estampido del rifle en la cubierta baja, pero los hombres que la conducían no prestaron la menor atención. Tropezó con una rendija en la oscuridad, y uno de los hombres la cogió y con rudeza la hizo restablecer su equilibrio; entonces se abrió una puerta, y antes que se diese cuenta del camarote a donde le iban a introducir, ya estaba dentro, y oyó cómo daban vuelta a la llave una vez que ella hubo entrado.

El ruido de la motora crecía por momentos, y entonces fue reduciéndose hasta quedar casi apagado.

¡Crack!... ¡Crack!...

El estruendo de dos disparos más llegó a sus oídos cuando ella se acercaba al portillo de su camarote, y entonces vio el bote y a una persona que se tambaleaba en la popa. Vio que el bote viraba y se dirigía al barco otra vez, y entonces sonó el último disparo...

Se dejó caer lentamente en un sofá y cerró los ojos. No es que sintiese una emoción muy grande; no sentía pena, ni terror, ni desesperación. Seguramente se sentiría dominada por esos sentimientos más adelante. Pero de momento estaba como anonadada y era incapaz de sentir nada. Parecía increíble que estuviese allí, a bordo de aquel buque, sola, viva y expuesta a un destino desconocido para ella, mientras que la única esperanza de salvación se perdía en las tranquilas aguas allí cerca.

Permaneció sentada, muy tranquila. Oía al fuera de borda zumban muy cerca, por última vez, y por el ruido suponía que se dirigía hacia la costa. Su mente permanecía fría y como si estuviese atontada. Cuando una nueva conmoción se percibió en la noche, un ruido que no era el de una motora, sino mucho más profundo y ensordecedor, ella ni se movió siquiera. Y cuando siguió a ese ruido el chirrido de la maquinilla de vapor de la proa del buque, abrió los ojos lentamente y hasta se sorprendió que pudiese ver...

Mecánicamente fue dándose cuenta de dónde estaba y de lo que le rodeaba.

El camarote en el que se encontraba era grande y estaba confortablemente amueblado. Había sillas, una mesa, una mesa de escritorio materialmente cubierta de papeles, y una mampara con estanterías llenas de libros. Un lado

del camarote tenía una cortina, y suponía ella que debía de haber un pequeño dormitorio al otro lado, pero no se movió para investigarlo.

Al rato se arrodilló en el sofá y miró otra vez por el portillo. El barco estaba virando, y la negra costa aparecía a la vista. En algún punto de la costa una lucecita se apagaba y se encendía intermitentemente, durante un rato, y luego quedó extinguida.

Después de una pausa, la luz funcionó otra vez, pero ahora con más brevedad. Sabía que sería una señal que hacían desde la casa de la colina, pero no podía descifrar el mensaje. Nada hubiera ganado por saber el contenido de aquel mensaje, en que se cambiaron preguntas y respuestas, y se recibieron palabras de encomio, ya que la respuesta había sido al efecto de que El Santo había muerto...

Se dejó caer otra vez sobre el sofá y se quedó mirando fijamente al techo, pero sin ver. No le era posible coordinar sus pensamientos. Su cerebro había dejado de trabajar. Hubiera preferido llorar, aturdirse en un estado de pánico y terror, pero aunque sentía irrefrenables deseos de hacer ambas cosas, sabía que ninguna de las dos salidas hubiera sido sincera. El único recurso que le quedaba era permanecer quieta, paralizada por la apatía. Perdió la noción del tiempo. Cuando se abrió la puerta, lo mismo podían haber transcurrido cinco minutos que cincuenta, y volvió la cabeza para ver quién había entrado.

—Buenas noches, miss Delmar.

Era un hombre alto, con la cara curtida por los temporales, y con barba bien cuidada, vestido con uniforme azul galonado con oro. Su saludo fue perfectamente cortés.

—¿Es usted el capitán? —preguntó ella, y él hizo un gesto afirmativo.

—Sí, pero no soy responsable de su actual situación —dijo—, eso es cosa que compete a mi jefe.

—¿Y quién es él?

—No me está permitido decírselo.

Hablaba un inglés excelente, y ella podía más o menos figurarse de qué nacionalidad era.

—Supongo —dijo—, que sabrá usted que debe ser responsable ante el gobierno americano...

—¿Por lo que a usted ocurra, miss Delmar? No creo que pueda tener motivo para presentar una denuncia contra mí.

—Y también ante el gobierno británico, y esta vez por asesinato.

Él se encogió de hombros.

—No hay gran riesgo, ni siquiera de que me acusen de eso.

Ella permaneció silenciosa durante unos momentos. Entonces preguntó, como sin darle importancia:

—Y cuál es su finalidad, ¿pedir rescate?

—¿Es que no se lo han dicho?

—No, nadie me ha dicho nada.

—Bien. Pues eso era precisamente lo que yo venía a preguntarle.

Se sentó en la mesa de escritorio y eligió un delgado cigarro puro de una caja que sacó de un cajón.

—Con franqueza, ha sido usted traída aquí para que se case con un caballero que se encuentra a bordo, un tal míster Vassiloff. La ceremonia se celebrará con su consentimiento o sin él, y si hubiera necesidad de presentar algunos testigos, tenemos los suficientes, que jurarán que usted ha consentido en ello. Me han dicho que es necesario que usted se case con míster Vassiloff, y eso es todo lo que sé.

II

Las noticias que le daban no la alarmaron. Eran la exacta confirmación de las deducciones expuestas por El Santo; pero ahora tenían un siniestro significado del que anteriormente habían carecido. Sin embargo, en el fondo de su ser experimentaba una sensación de irrealidad, que iba en aumento en lugar de disminuir. No se podía imaginar que estuviese soñando, por lo menos viéndose allí en aquella estancia brillantemente iluminada, que era una realidad tangible, pero aun así no podía asimilar los hechos. Se vio conversando mecánicamente, con tanta calma como si estuviese en los salones de la Embajada americana en Londres, adaptándose a los acontecimientos en la misma forma que se le presentaban, como si todo fuese normal. Su conciencia permanecía adormilada, como si algún instinto indomable hubiese surgido del fondo de su subconsciente para dominar la situación, permitiendo que la lógica se apoderase de su imaginación.

—¿Quién es ese Vassiloff?

—No me han dicho quien es. Apenas he hablado con él. Ha permanecido en el camarote desde que llegó a bordo, y solamente salió cuando estaban disparando. Ahora se encuentra en el puente, esperando que yo le presente a usted.

—¿No sabe usted siquiera cómo es?

—Apenas le he visto. Sé que es alto, y que lleva gafas, y que tiene un bigote. Puede ser joven o viejo, quizá tenga barba, yo no lo sé. Cuando le he visto, siempre tenía el cuello de la chaqueta levantado hasta la barbilla. Supongo que no quiere ser reconocido.

—¿Sabe usted, por lo menos, adonde nos dirigimos?

—Vamos a Leningrado.

—¿Y después?

—En cuanto a usted respecta, eso es asunto de míster Vassiloff. Mi misión habrá acabado.

Sus modales eran muy comedidos e impecables. A ella le demostraba la inutilidad de hacer más preguntas, antes que se le ocurriese hacer ninguna más.

—¿No le interesa a usted siquiera ver el peligro de lo que está haciendo?

—Me pagan bien para no ver nada, ni importarme.

—Se ha dado el castigo oportuno a las personas que hacen lo que usted pretende hacer. Usted parece tener mucha seguridad de que va a eludirlo.

—El que me emplea es poderoso y muy rico. Estoy bien protegido.

Ella hizo un gesto afirmativo.

—¿Sabe usted quién soy yo?

—No me lo han dicho.

—Mi padre es uno de los hombres más ricos de América. Es posible que le pagase más que su actual jefe.

—No me gusta su país, miss Delmar —se levantó, con mucha cortesía, y, sin embargo, con el aire de quien quiere terminar la discusión, apartando de sí la sugerencia sin hablar más sobre el asunto, como si encontrara que continuar discutiendo no tenía objeto—. ¿Puedo decir a míster Vassiloff que puede presentarse?

Ella no contestó, y con una inclinación burlona, se fue él hacia la puerta y salió.

Quedó ella inmóvil tal como la había dejado. En esos últimos momentos de conversación su conciencia empezó a tomar vida, aunque no tan rápidamente como ella esperaba. Pues seguía ajena a cualquier emoción, pero de todas formas se daba cuenta de que su corazón le latía fuertemente como señal de la reacción que se había operado en su sistema nervioso. Pero una extraña fascinación se había apoderado de ella, promovida quizá por la incertidumbre de su precaria situación. Era una prisionera en aquel barco, sin armas, atada de manos y pies, sin un alma que pudiese ayudarla, y cada pulsación de las rítmicas vibraciones que sentía bajo sus pies la llevaban más

y más lejos de cualquiera oportunidad de rescate. Tenía que casarse, quisiese o no, con un hombre a quien nunca había visto, y cuyo nombre había oído pronunciar solamente hacía unos momentos por vez primera, y, sin embargo, no podía remediar sentir cierta curiosidad, como si fuese una pesadilla. Lo horrible de la circunstancia le había hecho quedar como paralizada; la cruda verdad de lo que el capitán le había anunciado sería inexorablemente un hecho seguidamente, lo que avivaba sus sentidos, aunque paralizaba toda iniciativa en ella. Era como si una parte de sí misma estuviese separada de su cuerpo contemplando con ojos impotentes el drama que se iba a desarrollar en él. No podía hacer nada para remediar su situación, de manera que, con ese extraño fatalismo que la envolvía con una impasibilidad casi inhumana, el único recurso que le quedaba era seguir el juego hasta su triste final, fuese el que fuese, y hacerle frente con ojos de hielo...

Y si podía permitirse pensar en otra cosa, no era menos importante el recuerdo que le venía de una habitación donde entraba el sol, en una mañana de domingo, y el aromático olor y crepitar de bacon friéndose; y entonces deseó fumar...

Otra vez se abrió la puerta.

No era el capitán. Este hombre llegó solo, con la ancha ala de un sombrero de terciopelo tapándole los ojos, y el cuello de piel de un gran capote, vuelto para arriba, rodeándole la cara.

—Buenas noches, Sonia.

Ella contestó, tranquila, con desprecio en la voz.

—Usted es Vassiloff, supongo.

—Alexis.

—Una vez —dijo ella— tuve un perro que se llamaba Alexis. Es un bonito nombre para un perro.

Él se echó a reír.

—Y dentro de unos minutos —dijo— tendrás un marido que se llamará igual. Así que ya he dado la respuesta.

Empujó una silla hacia el sofá donde ella estaba sentada, y se acomodó frente a ella, con sus manos agarrando las rodillas.

A través de sus gafas espesas un par de ojos azules la miraban fijamente.

—Eres bella —comentó al rato—. Estoy contento. Me habían dicho y prometido que serías bella.

Cuando hablaba, era como un extraño canto oriental; su voz subía y bajaba sin entonación alguna, y era extremadamente insulsa. Por primera vez la chica sintió pánico, aunque no fuese lo suficiente para conmoverla.

Cuando le desapareció el nudo que tenía en la garganta, preguntó con calma:

—¿Y quién ha hecho esta promesa?

—¡Ah!, ¿de manera que querrías saberlo?

—Sí; es que estoy interesada, naturalmente.

—Fue un antiguo amigo mío —hizo un gesto de afirmación, siempre mirándola fijamente, como un mandarín con barba—. Sí, creo que Sir Isaac Lessing sentirá perderte.

Entonces los gestos de afirmación fueron parando hasta acabar totalmente, y solo continuó mirándola.

—¿Amas a Sir Isaac?

—¿Qué importa eso? No veo que ahora eso constituya una diferencia que pueda importar.

—Sí, es diferente.

—La única diferencia que veo es que Sir Isaac Lessing tiene algunos instintos caballerosos. Por ejemplo, se tomó la molestia de pedirme permiso antes de decidir casarse conmigo.

—¡Ah! —Vasiloff se inclinó hacia adelante—. ¿Crees que Sir Isaac es un caballero? Sin embargo, es mi enemigo. Esto —extendió su mano y la dejó caer sobre su rodilla— se ha hecho así porque es mi enemigo.

Sonia se encogió de hombros, devolviendo con frialdad la mirada del hombre. Su fingida indiferencia parecía irritar a Vasiloff. Este se inclinó hacia adelante, hasta que su cara estuvo muy cerca de la de ella, y una llama de deseo se proyectó de su mirada.

—Eres de hielo, ¿verdad? Pues escucha: Yo te derretiré. Y antes, te voy a decir por qué motivo lo hago.

Le puso su mano sobre el hombro, y ella retrocedió, pero no hizo caso.

—Una vez —dijo, con esa voz que parecía estar cantando— había un joven muy pobre en Londres. Fue a pedir trabajo a un hombre rico. Estaba desfallecido de hambre. No pudo ver al hombre rico en su oficina, así que fue a su casa, y allí le vio. El hombre rico le pegó en la cara, como si hubiese sido una basura. Y entonces, temiendo que el joven contestase a su agresión, llamó a sus criados, y dijo: «tírenle a la calle». Yo era ese joven. El hombre rico, sir Isaac Lessing.

—Yo diría que esa fue una de las cosas más dignas de elogio que pudo hacer Lessing —dijo la chica suavemente.

Él hizo como que ignoraba su interrupción.

—Pasaron los años. Yo me fui a Rusia, y allí hubo una revolución. Yo estoy con ellos. Yo he visto muchos hombres ricos morir, hombres como Lessing. Algunos los he matado yo mismo. Pero no dejaba de acordarme de Lessing, que me pegó en la cara. Yo también tengo poder, pero siempre me acuerdo del mal que me hacen.

Por encima de ellos, sobre el puente, se podían oír los pasos acompasados del oficial de guardia; pero en esa cabina, brillantemente iluminada, Sonia se sentía como si no hubiese nadie en el barco más que Alexis Vassiloff. Su presencia llenaba su vista; su hablar, como si cantara, llenaba sus oídos.

—Lessing hace dinero con el petróleo. Yo también controlo el petróleo. Él ya no se acuerda de mí, pero todavía procura golpearme en la cara, aunque esta vez es con el petróleo. Yo también trato de luchar con él, pero no puedo. Hay personas importantes asociadas a él. Yo me encontré una de esas personas importantes, se hizo amigo mío, y le conté mi historia. El entonces planeó lo que se debía hacer. Primero, decide arrebatarte de Lessing y entregarte a mí. Me enseña tu fotografía, y yo digo que sí. Eso hará daño a Lessing. Fue por el golpe que me dio en la cara. Pero eso no es suficiente. Tengo que hacer lo posible por arruinar a Lessing. Y mi amigo planeó otra cosa. Dijo que cuando le dijera a Lessing que estabas conmigo, Lessing trataría de fomentar una guerra. «Ahora», decía, «yo haré que Lessing crea que, cuando haga la guerra contra ti, tendrá a toda Europa con él; pero cuando llegue la guerra tendrá a todos los países peleando entre sí, y como no puede hacer caso del pequeño país, Lessing hará la guerra contra ti». Todo esto es lo que puede llevar a efecto mi amigo. Es más importante que Lessing. Es Rayt Marius. ¿Le conoces?

—He oído hablar de él.

—¿Has oído hablar de él? Entonces sabrás que puede hacerlo. Tiene gente importante tras él, que le apoyan, y son más importantes que las que apoyan a Lessing. Me enseñó sus planes. Enviará espías por todas partes, y hará que los grandes países se odien los unos a los otros. Entonces, cuando te hayamos llevado, enviará hombres para matar a alguno, al presidente de Francia, tal vez, y habrá una guerra. Es sumamente fácil. Será otro Sarajevo, pero será suficiente. Y yo me habré vengado, yo, Vassiloff, por haberme golpeado en la cara. Haré que sir Isaac Lessing se arrastre a mis pies, pero yo no tendré piedad de él. Y nuestra Rusia será grande también. Los grandes países lucharán unos contra otros, y estarán cansados, pero cuando nosotros hayamos acabado con un pequeño país, conquistaremos otros, y nosotros quedaremos victoriosos sobre toda Europa, nosotros los de la revolución.

La voz del ruso se había hecho estridente mientras hablaba, y la luz de una locura incontenible ardía en sus ojos.

Sonia le contemplaba, escuchándole como hipnotizada. En ningún momento anterior, aun cuando había oído e increíblemente aceptado las inspiraciones de El Santo, se había dado tanta cuenta de la inmensidad del complot del que ella había sido convertida en peón. Y ahora lo comprendió perfectamente, y la visión que se le presentaba ante sus ojos era verdaderamente espeluznante.

A medida que Vassiloff continuaba su peroración, destacaban más y más los argumentos sólidos que presentaba, a pesar de su locura.

Toda la maquinaria que El Santo dijo que se iba a montar estaba ya en marcha, con sus engranajes, sus potencias y resistencias medidas y calculadas, cada rueda dentada, cada volante, todo, en fin, puesto a punto y a disposición de Marius para que la manejara. No venía al caso si Marius había mentido a Vassiloff o pensaba mentir a Lessing. Ya se habían perforado las rocas en sus partes más vitales, y las cargas explosivas estaban introducidas, con las mechas preparadas, todo listo para estallar; la tremenda verdad era que El Santo había tenido razón, cada cosa que profetizó venía resultando una verdad que se confirmaba en todos sus detalles. Se había aplicado el hacha a la raíz del árbol...

Ella vio entonces la conspiración en la misma forma que hace meses la había visto El Santo; intriga, complot, contracomplot, decepción y más decepción, y las fuerzas del infierno que se habían desatado para este diabólico juego de manos. Y vio en su imaginación desatarse dichas fuerzas, los tambores redoblando, las trompetas sonando, el paso de las marchas forzadas, y el sonoro zumbido de los pájaros de guerra cubriendo los cielos. Casi se figuraba que oía el estruendo de los cañones, el repiqueteo de los disparos de fusil; vio las nieblas envolventes del mortífero gas, y a los hombres girando y atropellándose en los brazos del infierno; todo esto lo había visto y oído sencillamente mediante el dispendio de un dólar, para pasar una noche de diversión, desde una confortable butaca. Pero los hombres que allí había visto eran solamente actores, que peleaban las batallas de una generación que ya había quedado atrás; los hombres que ahora veía en su fantástica visión eran los de su misma edad, eran los hombres que ella conocía personalmente...

Apenas oía a Vassiloff ahora. Estaba pensando, en cambio, en lo que había ocurrido aquella mañana. «¿Es que tenemos derecho?», había preguntado Simón Templar. Y veía otra vez a la persona de la motora

tambalearse y caer al agua... Y Roger Conway, ¿dónde se encontraba? ¿Qué le había ocurrido? Tenía que estar por allí, en alguna parte; pero ella no le había visto. Y si no pudiera contar con él, ello significaba que no había poder en la tierra que pudiese impedir que su visión resultase una realidad. «Eso significaría que dejaríamos que Marius ganase la partida...»

Lenta y grotescamente, la presencia de Alexis Vassiloff se impuso a sus pensamientos.

Su voz había tomado nuevamente esa nota cantarina anterior.

—Pero tú, tú no serás como las otras. Tú estarás a mi lado, y edificaremos un nuevo imperio juntos tú y yo. ¿Te gustará eso?

Ella se incorporó.

—¡Prefiero verle condenarse para siempre, antes que hacer eso!

—De manera que sigues fría hacia mí...

Puso los brazos en tomo de ella, atrayéndola hacia sí. Teniendo las manos firmemente atadas a la espalda, ella estaba a merced de él, y ella sabía bien lo que eso significaba. Le dio puntapiés en las piernas, pero él la echó sobre el sofá y sintió ella el calor de su respiración sobre su cara...

—Déjeme, cerdo...

—Eres fría, pero yo te derretiré. Yo te enseñaré a ser cariñosa, suave, y a que me ames. Así...

Con violencia le dio ella un cabezazo en la cara, pero él solo se echó a reír. Sus labios quemaban su cuello, y un temor incontrolable la invadió. Las manos de él tiraban de su vestido...

—¿Está usted listo, míster Vassiloff?

El capitán habló suavemente desde la puerta, y Vassiloff se levantó con dificultad.

—Sí —dijo pesadamente—, ya estoy listo.

Entonces miró con burla hacia la chica.

—Voy a prepararme —le dijo—, es mejor que nos casemos antes. Entonces nadie nos molestará...

III

La puerta se cerró tras él.

Sin hacer ningún gesto, el capitán cruzó la cabina y se sentó en su mesa. Cogió una gran libro que parecía un libro Mayor, eligió un hueco donde escribir en él, y lo dejó abierto; entonces, de la caja que tenía en su cajón,

cogió otro de sus delgados cigarros puros, lo encendió y se recostó hacia atrás, a sus anchas. Ni siquiera dedicó una mirada a la chica.

Sonia Delmar esperó sin hablar. Se acordaba, entonces, cuántas veces había visto esas situaciones representadas en la escena y en la pantalla, y cuántas veces había leído sobre ellas...

Notó que estaba temblando, pero la reacción física que la dominaba no estuvo acompañada por ninguna reacción de la mente. No podía dejar de acordarse de toda la literatura que se había vertido sobre el tema. «Un destino muy horrible para ser descrito...», «algo peor que la muerte...» Todas las heroínas que ella había conocido se enfrentaban con ese horror como si no hubieran oído hablar de él anteriormente. Suponía que tenía que experimentar las mismas emociones que ellas, pero no ocurrió así. En lo único que pensaba era que la partida estaba perdida, ¡con el magnífico juego que tenían! ¡El azar les había jugado una mala pasada!

En la mesa, el capitán abrió el compás de sus piernas, y aspiró el humo de su cigarro.

Parecía a Sonia Delmar que el pequeño camarote era el centro del mundo, y que el mundo estaba ajeno a ello. Se resistía a creer que en otras habitaciones, por el mundo adelante, había hombres y mujeres que estaban reunidos en alegre camaradería, hablando o quizá leyendo, con la confianza en un mañana tranquilo como su pasado. De la misma forma que se sentía cuando leía que iban a ejecutar a un criminal al día siguiente, así recibía la impresión de que el mundo seguiría andando sin inmutarse, mientras que un individuo solitario estaba esperando la llegada del alba y el fin de su vida...

Y a pesar de todo, se sentó derecha y quieta, mirando fijamente para delante con ojos que no pestañeaban, animada por un valor amargo que era más fuerte que su propia razón. En esa hora encontró fuerzas que jamás creyó poseer. Era algo que le venía de casta, esa falta de temor que se enfrentaba con la muerte con la sonrisa en los labios.

Y entonces se abrió la puerta y entró Vassiloff.

Si había hecho algo para «prepararse» como él dijo, no se notaba, por cierto. Continuaba con el sombrero puesto, y su cuello de piel seguía aún más pegado a la barbilla; solamente su paso parecía más ágil.

Dirigió a la chica una mirada asesina, y entonces se volvió hacia el capitán.

—No desperdiciemos más el tiempo —dijo con rudeza.

El capitán se puso en pie.

—Tengo a los testigos esperando, míster Vassiloff. Permítame...

Fue hacia la puerta y pronunció dos nombres brevemente. Contestaron con un murmullo, y los dueños de los nombres entraron; eran dos hombres con rústicos pantalones y jerseys azules de marinero, que miraban alrededor de la cabina tímidamente mientras el capitán escribía con rapidez en el libro que tenía delante. Luego se dirigió a ellos en un lenguaje que la chica no entendió, y, con muestras de vacilación, uno de los hombres avanzó y cogió la pluma. El otro hizo igual. Entonces el capitán se volvió a Vasiloff.

—Si hace usted el favor de firmar...

Al poner su firma el ruso, el capitán pronunció unas palabras despidiendo a los testigos, que efectuaron su salida del camarote.

—Su esposa también debe firmar —dijo el capitán, volviéndose hacia la mesa—. ¿Usted quizá podrá arreglar eso?

—Sí, ya me ocuparé de ello —Vasiloff dejó la pluma—. Ahora quiero que me dejen solo, un ratito, con mi mujer. Pero tendré que verle otra vez. ¿Dónde podré encontrarle?

—Acabaré mi cigarro en el puente...

—Bien. Le llamaré.

Vasiloff hizo con la mano un gesto de mando, y con una ligera sonrisa burlona el capitán aceptó que se le despidiera.

La puerta se cerró, pero Vasiloff no se volvió. Seguía cerca de la mesa, dando la espalda a la chica, quien oyó el cierre de una pitillera, el chasquido de una cerilla y una nube de humo, que subió haciendo remolinos hacia el techo. Estaba jugando con ella, como el gato con el ratón...

—De manera que —dijo suavemente— ya estamos casados, Sonia.

La chica aspiró profundamente. Estaba temblando, a pesar del calor que hacía; pero ella no quería temblar. No quería añadir esa satisfacción a su triunfo; quería ser como él la había llamado: hielo. Quería salvar su alma mostrando desdén, un desdén infinito y terriblemente frío...

Dijo rápidamente, y casi sin respirar:

—Sí, estamos casados, si es que eso significa algo para usted... Pero para mí no significa nada. Haga lo que haga conmigo, nunca podrá llamarme suya, nunca.

Él se había desabrochado el capote y lo había echado hacia atrás; cayó de sus anchos hombros, haciéndole parecer más gigantesco bajo la luz.

—¿Quizá crees que amas a otra persona?

—Estoy segura —respondió ella en voz baja.

—¡Ah! Después de todo, ¿no es verdad que fuiste vendida a sir Isaac Lessing por haber prestado ayuda a tu padre?

—Lessing no me importa nada...

—Entonces, ¿hay otro?

—¿Y eso qué importa?

Otra columna de humo subió hacia el techo.

—¿Cuál es su nombre?

Ella no contestó.

—¿Es acaso Roger Conway? —preguntó él.

Entonces un nuevo temor empezó a helar el corazón de ella.

—¿Qué sabe usted de él? —preguntó casi en un susurro.

—Casi todo, querida —dijo El Santo perezosamente, y se volvió, ya sin barba, sin gafas, sonriéndole a través del camarote, y como si fuera un milagro, con el inseparable cigarrillo llevado algo caído entre sus labios sonrientes.

8

DE COMO SIMÓN TEMPLAR PIDIÓ PRESTADA UNA PISTOLA Y TUVO BUENOS RECUERDOS PARA LAS LANGOSTAS

I

—¡Santo!

Sonia Delmar pronunció el nombre sin poder creerlo, rompiendo el silencio y su constante soñar con ese ronco suspiro con que lo dijo: el silencio estaba roto, pero el sueño continuaba.

—Bueno, ¿cómo te trata la vida, querida? —murmuró quien motivaba el sueño, aunque su alegre y animadora voz o el gesto elegante que la acompañaban denotaban una palpable realidad.

—¡Oh, Santo!

Él se rio suavemente, con una risa nerviosa repentina; pero con tres largos pasos cruzó el camarote, y puso sus manos sobre los hombros de ella.

—¿Es que no me esperabas, Sonia?

—Pero ¿cómo es posible? Si vi cómo te disparaban...

—¿A mí? Yo estoy hecho a prueba de balas, muchacha, y tú debías saberlo. Además, yo no era el hombre que estaba en el bote, el que hacía las piruetas. Eso era una exhibición a cargo de un italiano, un tipo sentimental que conservaba los dulces recuerdos de la chica que había dejado en Sorrento. Y yo me figuro que su enamorada se ha puesto ya en movimiento.

Ella también se reía a veces, habiéndole entrado ahora un temblor a causa de la emoción contenida, que daba rienda suelta a su exteriorización.

—¡Déjame libre, Santo!

—Un momentito. ¿Ha contado ya su programa Vassiloff?

—Sí, todo...

—¿Y todo lo ha hecho por las buenas? ¡Sonia, eres maravillosa!

—¡Oh, pero no sabes lo que me alegro verte, muchacho!

—¿Es verdad lo que dices? —al decir esto, la sonrisa de El Santo daba la impresión de ser la más alegre que pudiera verse en Europa—. ¡Mi actuación ha sido sencilla! Yo subí a bordo de este barco, después de saltar de la motora, unos momentos antes que Antonio recibiera la carga de plomo que iba destinada a mí. Toda mi ropa la tenía conmigo, conservándola como si fuera nueva; pero cuando digo que toda mi persona estaba empapada, no exagero, y, claro está, tuve que meterme en el primer camarote que vi para buscar alguna toalla con que secarme, y estaba ocupado en peinarme con un par de cepillos de oro que encontré cuando hizo su entrada el amigo Popoffski en persona. Tuvimos una pequeña discusión sobre a quién pertenecía el camarote, pero yo conseguí introducir media almohada en la boca de mi amigo antes que pudiera armar jaleo. Entonces le até con la cinta de su propio batín, y después no tuve nada más que hacer sino ocupar su lugar.

Los dedos de Simón desataron las cuerdas que sujetaban las manos de la chica, y esta sintió restablecerse la circulación en sus adormecidas muñecas.

—¿Cómo pudiste llegar hasta aquí?

—Vine casi por casualidad. Todavía tenía conmigo la barba que utilicé esta mañana, y por el momento me servía tal como estaba, poniéndome el capote de Vassiloff hasta cubrir mi barbilla, y luego con las gafas tuyas, pero no podía confiarme mucho en todo eso indefinidamente. Tenía que activar mi actuación, y, especialmente, tenía que encontrarte. Si Vassiloff no hubiera cantado, hubiera tenido que volver al camarote y hacerle una operación quirúrgica o algo por el estilo, mediante la utilización de un hierro candente, pues el haberme metido en su camarote para vestirme pudo haberme costado caro. Cuando vine aquí, y te vi, y el capitán contigo, dije lo primero que se me ocurrió, y después le seguí la corriente —Simón arrancó la última vuelta de cordel de los tobillos y continuó diciendo, sonriente—: y ahora ese golpe amargo para ti, querida, pues ahora estamos lanzados en un lío matrimonial. ¿Qué clase de marido crees que seré?

—Terrible.

—También me lo parece a mí. Pero, es que si hubiera sido Roger...

—Simón, por Dios...

—Ese es mi nombre —dijo El Santo, complacido—, ya lo sé, te debo una explicación por la última parte de la interrogación que tuve que fingir ante ti, pero fue una ocasión propicia para divertirme un poco. Hablando metafóricamente, el prisionero declaró su culpabilidad ante el tribunal y se

sometió a la clemencia del mismo. Bueno, ahora háblame de lo que has visto y has oído.

Se sentó en el sofá, a su lado, abriendo la pitillera. Aceptó ella un cigarrillo, y entonces, con toda la tranquilidad que pudo, le contó lo que había oído.

Él escuchaba con toda seriedad. Notó ella que la ligereza de carácter que demostraba ante el mundo, desaparecía por completo cuando estaba escuchando. Se quedó sentado perfectamente quieto, y, aunque temporalmente descansando, siempre alerta y con la vista sin apartarla un instante de la cara de ella. La efervescencia infantil, que era uno de sus atributos, había dado paso al temple de acero del hombre. La interrumpió solo en contadas ocasiones, para hacer alguna pregunta que consideraba oportuna o para rogarle que explicase más claramente algún detalle que le había parecido confuso. Y mientras escuchaba, empezó a tomar cuerpo en su mente toda la trama del complot que él había ido desentrañando...

Tardaría como un cuarto de hora en darle la información que ella había conseguido reunir; y al final de ese tiempo la visión que El Santo retenía en su mente era tan monstruosa como lo que él se había imaginado hacía tantos meses, antes que él pensase acabar con el fantasma para siempre. Todo lo que ella le contó coincidía con los detalles que tenía de hechos anteriores, y vio el asunto en toda su gigantesca monstruosidad, producto del delirio de un monomaniaco, que se cernía sobre el mapa de Europa, alcanzando con sus terribles tentáculos hasta los más recónditos rincones, antes tan tranquilos y apacibles. No estaba vencido el fantasma todavía. Estaba emergiendo de las negras sombras donde se había engendrado, envalentonado y todavía más violento por su primer fracaso, y preparándose ahora para introducirse físicamente en los cuerpos de los hombres que iban a ser sacrificados.

Y El Santo seguía silencioso, absorbido por la visión que se le presentaba aun cuando Sonia había ya terminado de hablar; y ella no acertó a saber lo que él estaba pensando.

Al rato dijo ella:

—¿Es que no he podido averiguar bastantes cosas, Simón? Como verás, yo creí que te habían matado, y ya estaba pensando que todos los proyectos serían estériles...

—¿Dices, bastante? —repitió El Santo con dulzura, reteniendo en sus ojos azules una mirada intensa—. Bastante, ¿dices? Has hecho más que yo jamás hubiera esperado de ti. Y en cuanto a que creas que había dado por terminada mi misión... Bueno, chiquilla, yo ya he escuchado tu relato, y con eso es

suficiente. No he oído nada semejante en mi vida. Habrá sido para ti un infierno. Para mí también ha sido difícil estarte fingiendo, pero ya te he pedido perdón. En cuanto a nuestra empresa, Sonia, sigue en pie, ¡y la llevaremos adelante!

II

El Santo miraba para la alfombra, y durante unos momentos no hubo el más leve movimiento en el camarote; hasta el cigarrillo que él sostenía entre sus dedos estaba tan quieto que el humo que salía de él iba derecho hacia arriba como si fuese una línea trazada con lápiz. El leve runruneo de las máquinas del barco y el chapoteo del agua al chocar con el costado, eran los únicos ruidos que interrumpían el silencio. Mucho más tarde, según daba la impresión por el tiempo transcurrido, Sonia Delmar preguntó:

—¿Qué pasó a Roger Conway?

—Le envié a Londres para que trajese a Lessing —contestó El Santo—. Se me ocurrió de pronto, cuando venía hacia acá, pues yo no veía por qué iba Marius a quedarse tan tranquilo una vez que te hubiésemos rescatado, y, en cambio, al traer a Ike me pareció la forma mejor de animar la fiesta. Y mientras más pienso en ese plan, después de lo que me has dicho, tanto mejor me parece. Y aun así y todo, creo que es poco lo que hagamos para el fregado en que nos hemos metido.

—¿Cuándo regresó a Londres?

—Un poco antes que yo tirase aquella piedra —Simón miró su reloj—. Por mis cálculos, si le damos la vuelta al barco este ahora y lo ponemos en dirección de la costa, estaremos todos en Saltham aproximadamente a la misma hora. Supongo que ese es el próximo movimiento a hacer...

—¿Vas a apoderarte del barco?

El Santo rio, y en un instante se pudo apreciar en su mirada la acostumbrada picardía burlona de siempre. Sabía que si él se proponía apoderarse del barco sin ayuda de nadie, lo conseguiría, y, además, triunfaría plenamente en el empeño. Pero negó con la cabeza.

—No creo que sea necesario. Lo único que haré es subir al puente para hacer unas cuantas sugerencias pertinentes al caso. No estará nadie más que el capitán, el timonel y un oficial, y como han cambiado la guardia, no vendrá nadie hasta dentro de cuatro horas. No hay razón para suponer que el resto de

la tripulación se vaya a dar cuenta de lo que está ocurriendo hasta que hayamos llegado a casa.

—¿Y cuando se den cuenta?

—Habrás probablemente un número de dificultades que en este momento no podemos prever —dijo El Santo reposadamente—. A pesar de ello, procuraremos retirarnos con dignidad.

—¿Y nos iremos a tierra?

—Exactamente.

—¿Y, entonces, qué pasará?

—Entonces rezaremos. Sé lo mismo que tú sobre los proyectos de Rayt Marius, y cuántas cartas conserva en su manga; pero, por lo que sé de él, es casi seguro que tiene todo previsto, mas nosotros tenemos que comprobarlo. Después...

La chica asintió tranquilamente.

—Me acuerdo de lo que dijiste anoche.

—R. I. P. —El Santo dejó escapar una leve carcajada—. Supongo que es todo cuanto se puede decir. Y luego, el último capítulo, en el que tú te casas con Ike, y Roger y yo nos ponemos a coleccionar sellos. ¿Pero quién sabe lo que ocurrirá?

La voz indolente, la serena y fría conversación, ocultaba con dificultad la siniestra intención de su mirada.

El Santo se puso en pie, y la colilla de su cigarrillo salió disparada a través del portillo que se encontraba abierto: y al volverse, la chica vio que la boca había adquirido nuevamente la firmeza precursora de la lucha que se avecinaba.

Pero así era justamente tal como se manifestaba El Santo.

Su temperamento normalmente podía abarcar todos los cambios de humor; podía pasar de la serenidad a la alegría sin más ni más, según le apeteciera, y lo hacía de tal forma que nunca daba la impresión de ser inoportuno.

Sonia Delmar le estaba mirando y veía en sus facciones la respuesta a la pregunta que ella esperaba, y él se dio perfecta cuenta de que ella había comprendido.

—Pero todo eso está todavía muy lejano, ¿no es verdad? —murmuró—. Así que creo que vamos a emprender la conquista de esta vetusta nave, para comenzar. ¿Vamos a ello?

—¿Nosotros?

—No veo por qué no vas a venir tú también, querida. Se te presentarán pocas ocasiones de meter las narices en una buena ración de alta piratería, de las de veinticinco quilates. ¡Diablos! ¿De qué te sirve haber nacido en buena cuna para no aprovechar una ocasión que se te presenta de saltar desde el trampolín de tu situación privilegiada de paz y tranquilidad a las profundidades de halagüeñas aventuras?

—Pero ¿qué puedo yo hacer?

—Sentarte en un asiento de pista y aplaudir mi exhibición, querida.

Con rapidez asombrosa, El Santo se puso la barba y las gafas, y se colocó el sombrero de Vassiloff en un ángulo algo menos pronunciado. La alegría le rebosaba de sus ojos azules.

—Me está pareciendo —dijo El Santo— que hay más carne y patata en el *menú* de lo que nosotros podemos comer. Todavía no hemos visto nada —y El Santo continuó abotonando el gran cuello de piel con sus dedos nerviosos, que eran los que en ese momento hacían su cometido de prepararle para la empresa en la que tenía puesta sus ilusiones—. Y se me está figurando que los momentos mejores y más brillantes de la fiesta todavía están por llegar; así que ¿para qué tener preocupaciones?

Sonrió hacia ella; por lo menos se notaba por el brillo de sus ojos, pues la boca la tenía oculta por el cuello del capote. Y al ponerse Sonia Delmar en pie, le vino al entendimiento una gratitud indefinible; en primer lugar, hacia las circunstancias, que le permitían cambiar la línea de su pensamiento, para dedicarla a lo que estaban haciendo; y, en segundo lugar, hacia El Santo mismo, por hacerle posible la realización de todo ello y haberla apartado del paso peligroso que iba a dar. Y en cuanto a la actuación de él, sabía con certeza que era el más firme y mejor calculado que hacía en su vida, y él procuró hacérselo ver así, con toda la delicadeza y elegancia de gesto en él características. Y ella había aceptado el gesto en todo lo que valía.

—Tienes razón —dijo ella—, hay mucho camino que recorrer todavía. Primero hay que ocuparse de la tripulación y después de Marius. ¿Sabes ya por dónde vas a empezar?

—Ni idea. Será lo que Dios quiera. La gran cosa es que encontraremos a Marius en Saltham, y eso hará que la empresa funcione con un impulso arrebatador.

—Pero ¿cómo sabes eso?

—Querida, habrás oído el ruido del avión.

—¿Fue un poco después de que mataran al hombre de la motora?

—Justamente.

—No sabía yo que había un avión.

—¡Y yo que creía que lo sabías! Pero no solamente le oí, vi las luces y las bengalas que tiraron para que aterrizara. No tuve tiempo de decírtelo, pero mi viajecito al Ritz esta mañana ha producido noticias favorables al asunto, después de que yo saliese. Dejé mi tarjeta en el cuarto de baño de Rudolf, en forma de un dibujo mural, y hasta el momento en que esa avioneta se presentó, yo estaba pensando cuánto tardaría esa pareja celestial en encontrarla y actuar. Sí, desde luego, Rayt Marius está en Saltham, y lo mejor del caso es que cree que yo estoy en el fondo del profundo mar azul, dejando que los camarones picoteen mi nariz. Hubo una gran orgía de cambios de mensajes hablando del caso, un poco después de que levaran anclas. Así que ya sabes por qué esta noche no va a ser una noche corriente... Y con Roger y Ike camino de aquí para hacer sus respectivos papeles, si todo va bien... Yo te pregunto, ¿va a ser o no una reunión familiar por todo lo alto?

—Si crees que Roger va a ser capaz de traerse a sir Isaac...

—Roger tiene la habilidad de hacer las cosas bien.

Ella hizo un gesto afirmativo, pero con lentitud.

—Sí, será una verdadera reunión familiar.

—Sí, desde luego —Simón la cogió por las manos—, pero también es historia la que se va a escribir aquí, y ¡hay tan pocas gentes que puedan hacer lo mismo! ¿Por qué no vives tu propia historia, Sonia? Yo estoy viviendo la mía.

Por un momento, a través de su disfraz, vio que sus ojos estaban brillantes y muy serenos otra vez, con una sobriedad en el mirar que ella tenía que notarlo forzosamente.

III

Pero El Santo ya estaba lejos antes que ella intentase hablar, pues El Santo era el hombre más difícil de abordar si él se lo proponía, y esta vez así lo quiso, yéndose hacia la puerta con una risa que era un leve suspiro, dejando atrás el suspense a medio explicar. Se iba con ese atisbo de burla picaresca que aún le quedaba después de los momentos de silencio, con la expectación de encontrarse con azares más seguros y aventuras menos extrañas.

«¡Extraña aventura! ¡La moza se casó...!»

Y la letra de la canción que con tanta alegría había cantado hacía veinticuatro horas, llegaba a los sentidos de El Santo al pararse durante un

segundo fuera del camarote, bajo las estrellas, mirando alrededor para orientarse y haciendo una pausa para acostumbrar su vista a la oscuridad.

«Aún así y todo, la vida es bella», pensaba El Santo, mientras le corría un ligero estremecimiento de alegría por sus venas, y entonces vio que Sonia Delmar estaba a su lado. Sus manos se encontraron.

—Vente por aquí —le dijo El Santo, muy calladito, con serenidad, y la condujo hacia la parte delantera de la cubierta de estribor.

Ella subió con él. Mirando hacia arriba, le veía en el primer piso de una extraña escena, como si fuese un gigante insurgente atacando los últimos pisos de una imaginaria torre, el pináculo de esa torre se balanceaba grotescamente teniendo como fondo la sábana estrellada del cielo, y el ruido de aguas invisibles se oía llegar como si viniese de un abismo sin fondo... Y entonces vio otra forma humana, ya sobre las alturas almenadas de la torre, y vio cómo El Santo llegaba hasta allí, hablándole con una persistencia precisa y tranquila... Entonces ella también se encontró en las almenas de esa torre que se balanceaba, junto a Simón Templar y el capitán, y al encontrarse sus pies sobre un suelo que estaba a nivel, con la brisa marina acariciándole la cara, la ilusión de la torre desapareció, y vio todo el gran casco del buque surcando las negras aguas que ya daban la sensación de estar tan infinitamente lejos, y sobre las negras aguas flotaba una alfombra de oro que llegaba hasta la misma luna. Y los hombros del capitán se encogieron en dirección de las estrellas.

—Si es que usted insiste...

—Es necesario que se haga así.

La luz de la luna dio de lleno sobre el brillo de una pistola que cambiaba de manos, y Sonia vio que un objeto de metal más brillante aún estaba en esa mano, y el estremecimiento de sorpresa del capitán al ver esas maniobras.

—Ahora estese quieta —ordenó El Santo.

Pero el capitán no hizo caso y cometió una torpeza. Por un instante se quedó sin hacer movimiento alguno, entonces fue a echar mano a... El Santo le agarró por el cuello con sus dedos de hierro...

Sin poderlo remediar la chica cerró los ojos. Oyó un leve ruido como de roce de ropa, un estremecimiento de esfuerzo muscular violento, y luego, un poco apartado del buque y hacia el mar, una especie de grito contenido como de una persona que se ahogaba..., un chapoteo... y silencio absoluto. Cuando abrió los ojos otra vez, vio a El Santo solo. Vio sus dientes brillar y destacar su blancura en la oscuridad.

—Ahora sus mujeres son todas viudas —comentó El Santo muy quedamente, y ella se estremeció, no sin razón.

Se oyeron las pisadas de otra persona que llegaba por el puente; un hombre destacó su silueta en el rayo de luz que provenía de la puerta abierta de la caseta del timonel; se detuvo irresoluto y medio interrogador.

Pero El Santo estaba inclinado sobre la barandilla, mirando al mar.

—¡Mire!

El Santo le hizo señas de que se acercara, pero no se volvió. El oficial avanzó hasta él. También se inclinó sobre la barandilla y miró hacia abajo, pero Simón se echó hacia atrás. La mano derecha de El Santo subió y bajó, acompañándole en el movimiento el mismo brillo negro azul. El ruido del golpe seco fue sencillamente desgarrador.

—Y van dos —dijo El Santo con toda tranquilidad. El oficial no era más que un bulto silencioso tirado en el suelo, contra la barandilla—. Y solamente nos queda el contramaestre. ¿Quién dice que no es fácil cometer actos de piratería? ¡Espera, que te lo voy a demostrar...!

Se deslizó como un fantasma, pero la chica permaneció donde estaba. Ella le vio entrar en la caseta del timonel, y después su silueta se vio en una de las ventanillas. Ella contuvo la respiración, preparándose para hacer frente al griterío que forzosamente tenía que empezar, pues, con toda seguridad, pensaba ella, ¡no podían tener tanta suerte una tercera vez...! Pero no hubo tal griterío. Apareció otra vez llamándole por su nombre, y ella se fue para la caseta como si estuviese sonámbula. Había un hombre tendido en el suelo y ella trató de apartar la vista del horrible espectáculo.

—Pelar judías verdes es trabajo forzado comparable con esto —Simón murmuraba esto, complacido de su obra, y entonces vio la palidez de ella—. ¡Sonia! —habló lentamente en tono de reproche—, ¡no me digas que te dan estremecimientos en los intestinos el ver caer a los bandidos!

—No, no me ocurre eso, de verdad. Mira —levantó su mano para que viera que estaba tan firme como la suya—. Solo es que no estoy acostumbrada como tú, eso es todo...

Él se rio con regocijo.

—Aprenderás —dijo—, es sorprendente como se va uno acostumbrando. Te sienta tan bien que no puedes pasar sin él. Si yo no hiciera esta clase de ejercicio, me saldrían granos y me pondría a escribir poesías. Mira, querida, lo que tú necesitas es ocuparte en algo. Vamos a ver, ¿crees que podías manejar esta rueda, mientras yo me ocupo de hacer otra cosa?

Se estaba quitando la barba y las gafas, y el sombrero y el capote fueron detrás, todos a un rincón. Esto la recordaba que aquella misma mañana había ejecutado una transformación similar en las Caballerizas de Upper Berkeley, y con el recuerdo de ese hecho volvió también el del ambiente en que ocurrió. Porque El Santo en esa ocasión sonreía igual que entonces, tan alegre y elegante como de costumbre, y la confianza que inspiraba era como un bálsamo para ella.

Ella sonreía también.

—Si se maneja igual que el yate de papá.

—Exactamente igual. Así que te dejaré que te ocupes de eso, chiquilla. Vira en un gran círculo, y mantén el barco una fracción al Sur del Sur-sureste; ya eché una mirada al cuaderno de bitácora antes de liquidar al caballero náutico que está ahí, y supongo que esa derrota nos llevará aproximadamente a un sitio muy cerca de donde estábamos. ¿Me entiendes?

—Pero ¿adónde vas a ir ahora?

—Pues verás, ahí está el tercer oficial sin sentido, por el momento, y el marinero que se encuentra bajo ese recipiente tampoco está muerto; pues bien, yo me sentiría más feliz si sé que no van a ser peligrosos cuando despierten. No los voy a tirar por la borda, porque siento horror a las langostas, y ya sabes cómo son de feroces, pero voy a ver si encuentro alguna cuerda para atarlos.

—Y suponiendo que llegase alguien, ¿podías dejarme una pistola?

—Sí, desde luego —y le dejó una—. Esa pertenecía al difunto. Mientras no te pongas nerviosa y dispires contra mí por equivocación, todo irá bien. ¿Todo conforme, muchacha?

—Todo conforme, Santo.

—Pues bien. Pronto volveré —se había cargado al contraataque sobre el hombro, y en el momento de regresar tocó una de las firmes y pequeñas manos que se había hecho cargo del timón—. ¡Vivaaa! —exclamó El Santo riendo, y se marchó como un fantasma.

IV

Echó al contraataque al suelo junto al tercer oficial, y se fue rápidamente por la toldilla hacia la cubierta superior. Allí encontró un gran surtido de cuerdas, y cortó cuantas quiso. En su viaje de regreso entró de nuevo en el camarote en el que había encontrado a la chica, y cogió un par de toallas del

dormitorio que había detrás de la cortina. Eso era bien fácil. Corrió silenciosamente hacia el puente, y, con rapidez y destreza, ató y puso mordazas a los dos hombres que estaban sin sentido; el trabajo era bien sencillo, y mientras lo hacía, su mente estaba ocupada en los detalles del próximo trabajo, que por cierto no era tan sencillo. Pero cuando sus víctimas ya estaban convenientemente atadas, El Santo se fue a la cubierta superior sin ir a ver a la chica esta vez.

En su primer viaje había localizado uno de los más importantes datos, que les sería de gran utilidad: se trataba del bote en el que habían traído a Sonia Delmar a bordo del buque. Todavía estaba colgando del costado; evidentemente lo habían dejado así para subirlo y colocarlo en su sitio en cubierta a la mañana siguiente, y, lo que era más importante todavía, la pasarela estaba aún echada y llegaba hasta el agua, según pudo descubrir al mirar por la borda.

—Pero ¿qué partida de vagos hay en este buque? —murmuró El Santo cuando observó los detalles que para él le venían como anillo al dedo—; ahora que, esta noche, no tengo motivos de queja.

Si no hubiese sido por esas negligencias providenciales para él, su trabajo hubiera sido tres veces más difícil. Aun así, no era demasiado fácil, pero se había dado cuenta, durante la ejecución de su acto de piratería en el puente, que no había necesidad de correr riesgos innecesarios en el viaje de regreso a Saltham, y que un hombre de recursos y atlético podía muy bien entenderse con la tripulación del buque, eliminándola de la lista de optantes a esa carrera espectacular, en que el premio sería la muerte o la gloria. Esa era la misión de El Santo, y estaba plenamente satisfecho de los éxitos que tenía en perspectiva, sin que tuviese que precisar la intromisión de ningún talento improvisado; y, por tanto, procedió a poner la primera parte de este proyecto en ejecución sin más demora, bajando el bote, metro por metro, primero desde uno de los pescantes, y, después, desde el otro, hasta que se puso a un metro escaso del agua. Entonces, liándose una cuerda de otro de los botes alrededor de los hombros, se deslizó por una de las maromas. Amarró una de las cuerdas a la proa del bote, y empleó el resto del tiempo en fijar bien las defensas. La cuerda que él había atado se la llevó otra vez consigo al trepar al barco y saltar a cubierta y, bajando por la pasarela, la sujetó a uno de los puntales que había en la línea de flotación. Volvió a la cubierta superior y soltó más cuerda, al principio lentamente, y después con toda la rapidez posible. Todo el aparejo crujió e hizo un ruido horrible, y el bote finalmente chocó con el agua, y haciendo un ruido capaz de despertar a un muerto; pero

El Santo no vio ni oyó en sus correrías señal alguna de persona viviente y lo más seguro era que la tripulación seguía durmiendo a pierna suelta en sus literas; bueno, eso dependía de que a algún maquinista o quien fuese se le hubiese ocurrido subir a la cubierta para respirar aire puro; pero a la altura en que se encontraba, El Santo comprendía que se tenía que jugar el todo por el todo, y por eso soltó las cuerdas sin más contemplaciones hasta que quedaban flojas. Entonces se inclinó por el costado y miró hacia abajo, y vio el bote flotando sin trabas al final de la maroma, con la que le había sujetado a la pasarela, y respiró satisfecho de su trabajo.

—¡Bendito sea Dios! —dijo El Santo, respirando con aire de satisfacción, y el caso era que lo decía muy convencido.

Bajó por segunda vez por los aparejos para soltar los enganches. La cáscara de nuez saltaba y brincaba en la estela del buque, pero con gran satisfacción notó que no había sufrido deterioro alguno cuando lo botó al agua, y de resultas de haber sido manejado bruscamente ni siquiera quedó haciendo agua. Otra vez permaneció descansando en la cubierta principal unos segundos, al subir para proseguir en su tarea, pero no oyó ningún ruido sospechoso.

Al regresar a la cubierta superior, fue obra de un segundo tirar de los aparejos, pero le quedaba el trabajo más duro, que fue bajar por la pasarela y cobrar la maroma de arrastre del bote de forma que este estuviese lo suficientemente cerca del buque para que pudiesen subir a él cuando estuviesen en la plataforma de la pasarela. Lo consiguió después de una lucha titánica, en que le quedaron los músculos doloridos del esfuerzo, y dejó el bote retirado solamente unos metros, y el resto de la cuerda liado convenientemente, como lo hacen los marineros. Y entonces se fue otra vez hacia el puente del barco.

Extraña aventura la que llevamos entre manos.
Moza modesta y galante novio...

La canción le vino espontáneamente otra vez a los labios al regresar a la caseta del timonel y encontrarse con la chica apuntándole con la pistola.

—Quita eso de ahí, querida —dijo riéndose—, siento una especial predilección por mi tórax, y dedos más incapaces me han apuntado otras veces.

—¿Pero qué estás haciendo?

—Preparando nuestra fuga. ¿Hice mucho ruido?

—No lo sé, para mí resultaba ser un ruido infernal...

Simón se reía de muy buena gana, y, sacando su pitillera, prosiguió:

—A mí me pareció lo mismo, querida —comentó—, pero no creo que nadie lo haya notado.

Con el cigarrillo cogido entre los dientes, le relevó en el manejo del timón, y le contó brevemente lo que había hecho.

—A su manera, podría considerarse una obra de arte el sistema que emplearemos para escapar —dijo—; vamos a intentar llevar al viejo barco lo más cerca posible de la costa, y entonces le haremos virar y saltamos de él. Cuando se efectúe el próximo relevo de la guardia, verán lo ocurrido, pero el barco estará navegando por el mar del Norte a sus anchas, y no podrán apreciar si es que van o vienen. ¿No sacrificarías un par de años de tu vida por oír las cosas que digan en sus discusiones?

Ella se fue a buscar una silla, y la puso junto a él. Ahora es cuando definitivamente veía que estaba soñando. Pensando en los acontecimientos le parecía increíble que se hubiese conseguido tanto en tan poco tiempo, y que se hubiese llegado a ocupar la situación actual tan privilegiada.

—¿Cuándo crees que debemos estar de regreso? —preguntó ella.

—Debemos llegar a avistar tierra dentro de una hora, según yo calculo —contestó—, y entonces tendremos más jaleo.

Los sonrientes ojos se fijaban en su cara, leyendo allí la incredulidad que no podía ocultar en sus facciones, igual que no podía apartarla de su mente; y El Santo se reía de nuevo, con esa sonrisa suave de chiquillo que él solía tener cuando los dioses le deparaban buenas aventuras como esa.

—Pensaba decirte que esta es la gran vida —dijo El Santo, con la risa perezosa asomándole a los labios—. Toma, Sonia, fúmate otro cigarrillo y cuéntame tu historia. Tenemos mucho tiempo disponible.

9

DE COMO SIMÓN TEMPLAR BUSCABA LA TIERRA, Y DEMOSTRÓ QUE ERA UN PROFETA VERDADERO

I

Pero fue El Santo el que llevó la conversación durante todo el viaje de regreso, colocado ante el timón, con la brisa que, entrando por la puerta abierta, le hacía volar la corbata, y sus hombros anchos enmarcando la puerta, su cara curtida, más apuesta y arrogante que nunca. Entonces empezó a conocerle de una forma que, de no ser por esas circunstancias, nunca le hubiera conocido jamás. No era que le hablase objetivamente de sí mismo; su dilatado interés en cosas generales no le permitía tener tan monótonas conversaciones, y, sin embargo, parecía inútil insistir en que imprimía su gran personalidad en todo cuanto tocaba. Era inevitable que así fuese, pues hablaba de cosas que le eran conocidas, y nada de lo que él comentaba lo sabía por conducto indirecto. Él le habló de sitios lejanos en los que había estado, de hombres malvados que había conocido, de aventuras fallidas en las que había tomado parte activa; y, sin embargo, no era solamente una autobiografía la que él le describía, era un detallado panorama de una extraña y maravillosa vida, expuesta ante su vista en la forma extravagante en que solía hacerlo El Santo, sazonada con la salsa de ilusiones y frases bien contraídas; y de resultas de esta prodigalidad de recuerdos inconsecuentes y la forma exquisita como lo exponía, ella obtenía la verdadera versión de su personalidad.

Y, verdaderamente, él le contó muchas cosas de su extraordinaria carrera, y aún más sobre los ideales que le animaban. Y era debido a que ella no era ninguna simple, por lo que sacaba las consecuencias exactas de los hechos fantásticos; era como si D'Artagnan hubiese nacido de nuevo, pero sin espada...

—Como verás —decía él—, estoy loco como para creer en lo romántico. Yo estaba harto de esta época, cansado de las pequeñas cosas mezquinas en que la gente pierde sus energías; cansado de lo que se escribe sobre ellas, y que es lo que llamaban Vida. No estoy para nada interesado en leer cosas de temas varios, como, por ejemplo, los tratados de medicina, de epilepsias, locos y artistas anémicos que se creen que han descubierto la Verdad; en nada de eso estoy interesado. Si me doy cuenta de que existen, me hacen vomitar de repugnancia. No hay más verdad en la vida que la que imparte un espléndido vivir, que no significa el manifestarse constantemente, presumiendo de las represiones que has verificado. Ni tampoco es solución el colocar los pies sobre la chimenea y adoptar una expresión beatífica, concentrando la imaginación en Dios, personificando la imagen de un cura de comedia musical. Significa las cosas con que nuestros antepasados se mostraban satisfechos, aunque sus descendientes están tan refinados que realmente creen que dichos antepasados estarían mucho mejor conceptuados si hubiesen utilizado el tiempo en salvar sus almas, en lugar de hacer las cosas vulgares y ruidosas que hicieron, me refiero, a hacerse la guerra, cometer asesinatos, hecho todo en una orgía despiadada. El novelón de tema de baja especie es una clase de literatura decente, limpia, y de buena fe, porque las cosas que relata son las que han adquirido el derecho de ocupar la mente del hombre, pues habla de una primitiva caballeridad, damiselas en peligro, la virtud triunfante, y, al final, una matanza al por mayor de malvados, terminando con una lucha general. No es la realidad de las cosas de la vida, como nos consta, pero debía ser verdad, y por eso es lo mejor que se puede leer hoy día, si es que las personas deben leer sobre esas cosas y no hacerlas. Ahora que yo he preferido hacerlas.

Y él le explicó otras cosas más, de manera que la visión se hizo más auténtica en su imaginación, esa visión de una heroica sublevación contra las circunstancias, de una enorme y heroica impaciencia contra la vana pusilanimidad que había intentado, sin éxito aparente, destruir su espíritu. Y con todo ello había un optimismo alegre que daba a la función toda su energía, y lo convertía en el campeón de las causas perdidas, pero luchando con la sonrisa en los labios...

—Desde luego —decía—, te conviertes en un fuera de la ley, tanto en espíritu como de hecho. Pero eso también me parece que vale la pena. ¿No es el fuera de la ley el personaje más popular de las novelas? ¿No es Robin Hood el ídolo de cualquier chico de escuela? Hay una razón de existir en todo lo que se ama, y para eso debe de haber una razón, tiene que ser la respuesta de

uno de los mayores impulsos de la humanidad. ¿Y por qué? Por la misma razón que Adán pecó por culpa de la manzana, porque está en la naturaleza de los hombres faltar a la ley, porque no hay una diferencia verdadera entre derribar un legítimo obstáculo o la alegría de derribar una legítima negativa. Al hombre le pusieron piernas para que anduviese por todo el ámbito de la tierra, y por eso, por la misma razón de su herencia, él elige sus héroes, no entre los hombres que andan impecablemente, sino entre los que andan entre los elementos en que ellos son extraños, y vuelan superlativamente bien. En la misma forma, al hombre le impusieron limitaciones morales los antecesores suyos que vinieron después del Dios Todopoderoso, y por eso tiene admiración por aquellos que quebrantan esas limitaciones. A él le gustaría hacerlo, pero no tiene el valor; así que, si alguna persona lo hace en su lugar, goza más con ese quebrantamiento. ¡Pero compara ese relativo placer con el que goza el mismo aventurero, que elige la clase de fechoría porque ama la aventura, y se lanza a los anchos caminos del mundo a robar en mayores y mejores huertos que jamás hubiera soñado robar cuando era un pequeño golfillo!

—Sí, ¡pero hay que ver el final que tienen estas cosas!

—¿El final? —dijo El Santo, con la mirada puesta en la lejanía y en los labios una sonrisa de desafío—. Pues bien, diré como el cantar:

¿Qué recompensa le reserva el Destino a pesar de su caballerosidad? Aunque sean los que se ganan los heroicos corazones, tales como: honor, un amigo, angustia, muerte repentina.

Y, sin embargo, no me consta que esa sea una recompensa tan mala... ¿Te acuerdas que te referí cosas de Norman Kent? Encontré su sepultura cuando volví a Inglaterra, e hice inscribir esas líneas. Y, si me puedes creer, ¡cuántas veces he deseado haber tenido la satisfacción de que me hubiesen aplicado a mí esas palabras!...

Parecía increíble que pudiese hablar de esa manera teniendo sangre reciente sobre su conciencia, ¡y con el propósito de seguir todavía matando! Por un momento la chica creyó que no sería verdad, pues no podía estar sentada allí sin sentir repulsa contra esa hipocresía. Pero era así. Y sabía, al mismo tiempo, que si ella le hubiese acusado, no sería de verdad, pues su sencilla sinceridad era tan natural como la sonrisa con que decía esas palabras. Así continuaron hablando... Y El Santo le enseñó un mundo de cuya existencia jamás había ella oído hablar, un mundo de colores chillones y magnificencias medievales. El encanto de sus palabras se lo describían tal como lo veía, un romanticismo que no se fundaba en vestidos ni encajes ni

otros adornos, para que destacase; una comedia donde las pasiones eran violentas y los peligros terribles y las lealtades quijoteskas, y era la historia de un hombre que pretendía hacer realidad el sueño que había tenido. Era Gawain ante Grail, Bayard en el puente de Garigliano, era Rolando en las puertas de España, y una fe que para ella estaba muerta seguía predominando en todo, era como si poseyeran oro con facultades para convertir en el mismo metal todos los demás de más baja clase que se rozase con él. De esa forma, y muchas más, él le mostró cuál era su sueño; y él le hubiera mostrado más; pero repentinamente ella titubeó, a pesar de que desde el principio había estado de acuerdo con él, pues vio que había dado un paso en falso, y no podía callárselo. Le dijo:

—¡Oh, sí, pero hay otras cosas en tu vida! ¡Hasta Robin Hood tuvo que admitir una cosa parecida!

—¿Te refieres a Maid Marian?

—Roger me lo contó. Yo le pregunté acerca de ello.

—¿Le preguntaste sobre Patricia?

—Sí.

El Santo miró por el pequeño camarote hacia fuera, pero más allá de las ventanas no veía nada.

—Patricia..., surgió. Entró en mi vida como si fuese una aventura más, y se quedó. Para mí ha sido más de lo que nadie puede calcularse.

—¿La amas?

El Santo se volvió.

—¿Amor? —preguntó El Santo suavemente—, ¿qué es amor?

—Tú debieras saberlo —dijo ella.

—Yo lo dudo.

Llevaban hablando mucho tiempo.

—¿Has estado alguna vez enamorado?

El Santo se dobló las mangas, y miró pensativo al reloj.

—Debemos de estar aproximándonos a tierra —dijo—. ¿Quieres coger el timón otra vez, querida? Mientras, yo voy a otear el horizonte.

II

Estuvo ausente durante varios minutos, y cuando volvió era como si fuese otro hombre el que había regresado. Y, sin embargo, en realidad, no había cambiado nada; en todo caso, era igual que siempre. El Santo que había

regresado era como el que ella había conocido por primera vez, con la sonrisa tipo de El Santo, y con la historia atribuible a El Santo, y una picardía espontánea en la mirada. Repentinamente, en un acceso de comprensión, pudo ella darse cuenta del motivo que le inducía a pensar en todas esas cosas...

—¿Es que ponen vigía en los yates de tu padre? —preguntó—, ¿o es que durante la noche no trabajan?

—¿Un vigía, dices? Yo no sé...

—Pues bien, seguramente que en este condenado buque ponen uno, como se debe hacer en todo barco que es llevado en la debida forma, ¡pero que me maten si me había acordado del tipo!

—¡Entonces te han tenido que oír al bajar ese bote!

El Santo movió la cabeza. Su sonrisa era muy alegre.

—¡Seguramente que no me ha visto! Ese es un punto más que tenemos que anotar a nuestro favor y que justifica la ineptitud de esta caterva de pelmazos. Debía de estar dormido profundamente, y si no lo estaba ya hubiéramos tenido noticias de él antes de ahora. Pero se despertó después, yo le vi encendiendo un cigarrillo en la proa cuando salí al puente. Y estuvo bien que se le ocurriera fumar el cigarrillo en aquel momento, porque había tierra en la parte de estribor, tan visible como la joroba de un camello, y en unos minutos no hubiera dejado de notarlo.

—Entonces, ¿qué debemos hacer?

Simón se echó a reír.

—Ya está hecho, querida —contestó alegremente, y ella no tuvo ninguna otra pregunta que hacer al respecto.

Se recostó él sobre la bitácora, con un cigarrillo entre los labios, y el mechero encendido en la mano. La aventura le tenía en vilo otra vez; ella lo notaba. El incidente del que hablaba tan ligeramente era poca cosa en sí, pero había vuelto la escala en su favor. Aunque permanecía allí, en apariencia en actitud indolente, en realidad era un reposo dinámico y turbulento. No había nada de pausa en lo que estaba haciendo, era solamente la calma de una pantera preparada para dar el salto. Y ella vio la curva de los labios, que eran los de un luchador, la firmeza de su bien formada mandíbula, la sonrisa en los claros ojos ligeramente cerrados, y en ese momento de silencio ella pudo leer lo que el destino le deparaba.

Entonces él se puso derecho, y parecía que era acero que estaba desenrollándose. Su mano cayó sobre el hombro de ella.

—Ven y echa una mirada —le dijo.

Ella le siguió hacia afuera.

El viento fresco y suave como el suspiro de las sirenas del mar jugaba con sus cabellos; susurraba al pasar a través del aparejo, como acompañamiento de una canción que fuese al compás de las sacudidas del barco. En alguna parte de la popa entre el puente y la cinta blanca que dejaba la estela del buque, el traqueteo de una maquinilla que movía escoria se sentía en el silencio de la noche. El cielo era un velo de púrpura, moteado de polvillo de plata, como un dosel de pelusilla que estuviese cubriendo los mástiles puntiagudos, con la luna de luz plateada reflejándose en el agua.

Y muy adelante, hacia la derecha, según había vaticinado El Santo, una línea negra de tierra se elevaba unos pocos metros sobre el mar...

Oyó ella a El Santo hablar, con un ligero tremor de alegría en la voz.

—¡Solamente queda poco...! Me pregunto si es que ya se han ido a la cama, para soñar que mañana aparecerá mi esquila mortuoria en los periódicos de primera hora. Comprenderás que eso haría más interesante el reencuentro, pues tendríamos a Cara de Angel haciendo su labor, en pijama a rayas chillonas y con mocasines rosas. Estoy seguro que Cara de Angel es de los que se ponen pijamas a rayas —dijo El Santo sentenciosamente.

A ella no se le ocurrió preguntar por qué El Santo tomaba las rayas de los pijamas como índice de maldad; pero se acordó, de una manera absurda, que sir Isaac Lessing tenía una predilección muy pronunciada por los pijamas a rayas. Habían estado al mismo tiempo como invitados en una casa en Ascot aquel verano, y ella se lo había encontrado cuando venía del cuarto de baño...

Sonia dijo de repente:

—¿No estás preocupado por Roger?

—De cierta forma, sí. Pero es un gran muchacho. Yo le he entrenado personalmente.

—¿Pensaba él igual que tú?

—¿Con respecto al género de vida?

—Sí.

Simón se apoyó en la barandilla, mirando lentamente hacia la tierra cercana.

—Yo no lo sé —dijo él— y poco me importa... Yo le he llevado por este camino, claro está; pero él no ponía resistencia. Con eso tenía algo que hacer, Entonces se prometió con una chica en una ocasión, y eso ya le hubiera llevado por otro camino; pero ella le dejó de mala manera. Después de aquello..., bueno, ya puedes comprenderme, estaba de un humor de perros. Y yo tengo que decir honradamente que me alegré de tenerle otra vez conmigo.

—¿Crees que permanecerá aquí?

—Yo nunca le he preguntado, querida. No hay un contrato por medio, si es a lo que te refieres. Pero sé que ni la propia dinamita le apartaría de este asunto, y esa es otra de las razones por la cual no me estoy preocupando mucho por él esta noche. Como verás, él y yo y Norman fuimos los Mosqueteros al principio, y, bueno, yo me figuro que Roger desea encontrarse con Rayt Marius con tanta vehemencia como yo...

—¿Y tú tienes la intención de matar a Marius? —preguntó la chica tranquilamente.

La punta del cigarrillo de El Santo brillaba en la oscuridad, con más intensidad cuando él tomaba una chupada, y ella devolvió la mirada de El Santo.

—Desde luego que sí —dijo sencillamente—, ¿por qué no?

Y Sonia Delmar no dio respuesta alguna, volviendo la cara hacia la costa. Las palabras las tenía prestas en su imaginación, y debieron salir seguidamente, pero su lengua permaneció silenciosa. Él la había prevenido del peligro, y lo hizo con tanta claridad que solo uno que fuese corto de entendimiento no lo hubiera comprendido, pues decía: Prohibida la entrada-Callejón sin salida. Y no fue una vez sola, sino dos, que él la había apartado del camino prohibido, antes que su obstinación le hubiese hecho sentirse desobedecido directamente. Sin embargo, él quebró el ritmo igual que lo había hecho con el encanto de la empresa, y ahora ya las circunstancias de la misma las tenía en lo más profundo de su mente. Él era incapaz de sentir resentimiento o estrechez de miras: él notó por tercera vez, que ella, con su dulzura acostumbrada, se quedaba ensimismada en su retiro espiritual, sin nuevo rompimiento de las afinidades existentes entre ellos.

III

El barco navegaba a través de una ondulante mar de acero oscuro que brillaba a la luz de la luna; y el encendedor de El Santo alumbró la oscuridad. Su risa corta apenas se elevó por encima del ruido de la brisa.

—Si quieres empolvarte la nariz, o hacer cualquier otra cosa, Sonia —murmuró—, ahora tienes la ocasión. Supongo que tendremos que irnos dentro de unos momentos. No necesitamos llevar este barco hasta la misma puerta, pues yo no sé cómo es la costa en estos sitios, y sería lo más lamentable que encallásemos en el momento crítico.

—Y aun así no sabemos dónde estamos ahora mismo —dijo ella.

—Bien, yo no creo que nos encontremos a cien millas de distancia, y el próximo cartel de carretera nos dirá dónde estamos. ¡Cielos santos! ¿Sabes, querida, una cosa? ¡Creo que estoy más interesado en conocer el contenido de la despensa de Marius que el color de su pijama!

Había tenido tantas cosas en qué pensar que estaba ahora dándose cuenta de que para él había sido un día ajetreado, y que solo había tomado el desayuno y un emparedado en la estación, y cuando a El Santo se le ocurrían ideas como esas sobre la cuestión comida, no necesitaba ir sobre patines para correr en seguida a buscarla.

Después de echar otra mirada a tierra, se fue del puente en dirección de la cocina, y en pocos minutos estaba de vuelta con los bolsillos abultados y un gran emparedado en cada mano. Aun así, lo hizo en el tiempo justo, pues la costa se acercaba más de prisa que lo que él había pensado.

—Aquí está la comida, chiquilla, y a atacarla en seguida —dijo con rapidez—; ya empieza la orquesta a oírse y nosotros vamos a empezar nuestra sinfonía, pero ahora mismo —se reía, mientras ponía los emparedados en manos de ella—. Baja ya por la pasarela, bonita, y empieza a masticar estos emparedados; yo estaré contigo en cuanto haya amarrado el timón.

—Muy bien, Simón.

Sin embargo, ella no se fue en seguida. Se quedó allí frente a él en la luz proyectada por la luna, Él oyó su respiración entrecortada, y una pregunta se le fraguaba en su mente, y aún estuvo a punto de expresarla a viva voz; pero entonces, antes que él pudiera hablar, los labios de ella se posaron sobre los suyos...

Nuevamente se encontró solo.

—Gracias, Sonia —susurró El Santo.

Él sabía que nadie escuchaba.

Entonces se fue rápidamente hacia la caseta del timonel, y sus manos recorrieron los radios de la rueda al darle la vuelta completa. Y de nuevo recordó su canción:

La moza modesta no se hará esperar,
Aunque tenga dieciséis años nada más,
Tendrá que casarse, tendrá que casarse,
Aunque el altar sea la tumba...
El Santo sonrió con malicia.

Durante un corto tiempo tuvo la rueda girada totalmente; calculaba el tiempo que debía permanecer así, y entonces otra vez se dirigió al puente. La línea de tierra se iba pasando a estribor, y ahora estaba peligrosamente cerca. Se fue y retuvo la rueda unos momentos más en la misma posición; cuando

salió para hacer una segunda revisión, la costa estaba ya a popa, y él se permitió rezar una oración en acción de gracias.

El contramaestre y el tercer oficial, que se encontraban a estribor del puente, habían vuelto en sí. Simón les vio retorciéndose con furia al pasar cerca de ellos para ir a la toldilla, y se paró un momento para hacerles una reverencia burlona.

—Buenas noches, hijos míos —murmuró—, den mis recuerdos a míster Vassiloff.

Se fue velozmente por la cubierta superior hacia el camarote. Su trabajo allí le retuvo sólo unos momentos, y entonces corrió por otra toldilla que le conducía a la cubierta principal. Cada segundo perdido, ahora que el barco estaba alejándose de la costa, significaría que tenía que remar mucho más, y El Santo, cuando se trataba de ahorrarse trabajo de esa índole, imprimía una actividad a sus movimientos que no le igualaba una liebre. La chica esperaba al fondo de la pasarela.

—¿Llenaste el estómago vacío, chiquilla? Bien, quédate cerca para saltar cuando yo dé la señal. Es sencillísimo, en realidad; pero no pierdas el control, porque yo no podré retener el bote indefinidamente.

Se dejó caer sobre una rodilla, poniendo el brazo alrededor de un puntal de la barandilla y cogiendo la cuerda con la otra mano. Centímetro tras centímetro fue aproximando el bote a la plataforma donde él se encontraba, hasta que estuvo solo a un metro, saltando sobre las aguas que el buque desplazaba.

—¡Salta! —dijo El Santo entre dientes, y ella saltó.

La vio cómo se tambaleaba al dar el bote un brinco en unas olas, y contuvo la respiración, pero cayó dentro del bote, aunque solo lo justo, con una mano en el borde y otra en el mar. La vio trepar hacia la popa, y entonces él dejó caer la cuerda, se abrochó la chaqueta y saltó detrás de ella.

Un remo que andaba suelto le pegó en las rodillas, casi haciéndole caer, pero él encontró medios de restablecer su equilibrio, y se volvió con Belle en la mano. Una, dos, y más veces, cortó la cuerda, y terminó cortándola totalmente, con un chasquido. El costado del buque parecía que había tomado una velocidad extraordinaria, pasando por el lado de ellos como una gran pared móvil.

—¡Aleluya! —dijo El Santo piadosamente.

El transbordo fue un momento alegre, a su manera, como él se había figurado que sería, aunque él característicamente rehusó aceptar que le diese mucha preocupación por anticipado.

Y en este caso, por el resultado conseguido, su filosofía estaba justificada...

Saludó a la chica con una mano, y se fue a popa. Era como si estuviese bailando el *cake-walk*. Al tomar asiento en un travesaño, y empezar a sacar un par de remos, el negro casco del buque le pasó muy cerca, tan cerca que podía haberlo tocado con la mano si hubiera querido; y la frágil cáscara de nuez, cogida por el remolino de la estela del buque, dio un salto y cayó en el hoyo formado, con un ruido como el de un cañonazo. Una espuma fina le cayó en la cara.

—Es insustituible para el cutis —dijo El Santo, bromeando, y metió el remo con un empujón vigoroso.

El bote viró, entrando en aguas más tranquilas. Con unas remadas potentes más, los movimientos terminaron de una vez.

—¡Viva la alegría! —decía El Santo.

Se dejó caer sobre los remos, y la pequeña embarcación se quedó relativamente quieta, y con cuidado se quitó la espuma salada de la cara. Por encima del hombro de la chica veía el casco sombrío del buque, desapareciendo como si fuese un monstruo en la oscuridad.

El ruido de sus máquinas le llegaba cada vez más lejano, y desde luego, lo oía ya menos que el oleaje que llegaba a la costa.

El Santo se adelantó, levantó un emparedado a medio empezar que la chica tenía en su falda, y le dio un gran bocado.

—¿Te sientes mejor, chiquilla?

—Ya estoy bien, gran jefe.

—Así me gusta —todo el optimismo de El Santo le llegaba transmitido por su voz—. Y ahora mejor que sigas atacando a esas vitaminas, querida, mientras yo sigo actuando. No se puede mantener una actuación como es debido si tienes el estómago vacío, ¡y esta situación empieza a adquirir una animación adecuada!

Y, con la boca llena, Simón se inclinó otra vez sobre los remos, dirigiéndose hacia su objetivo.

IV

Fueron veinte minutos de remar hasta llevarle a la costa, pero El Santo lo hacía alegremente, como parte que era de su trabajo de aquella noche. Le daba una satisfacción honda y física sentir sus músculos tensarse al ritmo

lento de las remadas; y aunque el bote no había sido hecho para que lo condujese un solo hombre remando, no le restaba placer el trabajo. Las personas que intervinieron y que aún quedaban por intervenir, no daban la impresión de que iba a ser una escena con un solo actor, no cabía duda; pero El Santo no se quejaba de que tuviese que llevar solo ese bote tan pesado. Él era esencialmente un solitario, en la ejecución de muchos de sus actos, y si las circunstancias exigían que en alguna ocasión tuviese que hacer el trabajo de toda una orquesta, él, con la mayor alegría, llevaría el concierto a buen fin. Así que remaba con verdadero regocijo físico por el esfuerzo que realizaba, y cuando el bote por fin tocó tierra, con un pequeño salto, había por todo su cuerpo un hormigueo que le daba la sensación de las nuevas fuerzas que había adquirido.

—¡Hacia aquí, querida!

Se puso en pie en la proa. Afortunadamente la costa formaba un poco de escalón, y aprovechando el rompimiento de una ola, pudo saltar fácilmente sobre tierra seca. La chica le siguió. Al tocar sus pies la gravilla de la playa, él la cogió y la sacó fuera del alcance de la marea, y se quedó a su lado, con las manos en las caderas.

—Ya está el marinero de vuelta en su casa, de vuelta de su recorrido marinero... Y ahora, ¿vamos a atacar al Everest?

Con la mano sobre un brazo de ella, la condujo por encima de las piedras. Había como una pared baja delante de ellos. La levantó para ponerla encima, como si fuese una pluma, y allí se reunió con ella un momento después, y otra vez sonreía complacido.

—¡Santos cielos, qué bien nos salió! ¡Indudablemente, esta noche tenemos suerte!

—¿Por qué? ¿Sabes dónde estamos?

—Eso es lo que no te puedo decir todavía. Pero sé que no va a haber más trabajo alpino. Pásate a este lado, Sonia.

La tierra se elevaba desde donde ellos estaban. No era un sitio escarpado como él se había figurado, pero sí como el lomo de una ballena, cubierto de follaje. Se movían hacia adelante en una subida constante, y el instinto de El Santo le hacía encontrar su camino a través de obstáculos dispersos aquí y allá, sin tropiezo alguno. Durante cincuenta metros la inclinación fue muy pronunciada, y guardaban el equilibrio con dificultad. Luego, gradualmente, empezó a hacerse el camino más llano, al llegar a la cima. Sus pies dejaron de pisar grava y piedras y se encontraron sobre hierba...

Se pararon junto a una tapia derribada, al llegar a lo alto de la subida, para dar a la chica ocasión de respirar.

El mar aparecía abajo, a unos treinta metros, como un paño negro que estuviese cubriendo el suelo del mundo; y sobre el paño se movían dos puntitos de luz: eran las luces de las puntas de los palos del barco que acababan de dejar. A derecha e izquierda, la costa estaba envuelta en absoluta oscuridad. Detrás de ellos, la tierra bajaba haciendo suave cuesta, y a distancia se la veía subir otra vez hacia otra colina, formando todo una suave ondulación. En la parte más lejana que formaba curva, había una luz solitaria.

—Donde encuentres una casa, habrá una carretera —era la opinión que expresaba El Santo—, incluso podremos encontrar una carretera antes de llegar allí, pero lo mejor será que nos dirijamos hacia ese camino. ¿Estás lista?

—Sí. Desde luego.

Él la levantó con facilidad en sus brazos, y la depositó al otro lado de la tapia. Un instante después estaban los dos avanzando nuevamente.

Su energía era contagiosa. Ella vio que el espíritu de la aventura se estaba apoderando de ella otra vez, igual que ya se había apoderado de El Santo. No perdían mucho tiempo en razonar, pues la fantasía de El Santo era la que imperaba. Ella consiguió mirar la esfera luminosa de su reloj, y se sorprendió de ver la hora que era. Empezaba a fraguarse en su mente la completa realidad de todos los hechos que se habían producido en su vida, en el increíble plazo de un día y dos noches, y quedó aturdida con solo pensar en ello. En cuatro circuitos del reloj había vivido toda una época y, sin embargo, hasta ese momento nada le parecía incongruente. Su vida entera había sido animada de repente por una aceleración mental y emocional, y en esa actuación expeditiva en las cosas que estaba haciendo, encontraba algo indefinible, de lo que solamente unos días atrás hubiera quedado sorprendida.

Largas hierbas rozaban sus tobillos. Se dejaron caer en un hoyo y se levantaron otra vez durante un momento, frente a una tapia, pero El Santo encontró una abertura por donde pasar, con la misma facilidad que si hubiera sido de día. Una vez tropezó, pero la cogió al instante. Él tenía un sentido de la orientación casi sobrenatural, y este le guiaba por los campos; en el campo siguiente por donde pasaban, él la paró bruscamente y la llevó alrededor de un árbol caído que a ella se le antojaba que no podía ser que él lo hubiera visto tan pronto. Otra vez llegaron a una tapia, una zanja y un campo de trigo; encontró un camino recto a través del mismo, y ella le oyó coger un puñado de espigas al pasar.

—Como ya no es domingo —comentó— no podrán echarnos.

Y otra vez la imaginación de ella repasó agradables pasajes antiguos de la Biblia, que hablaban de esas prohibiciones, en los que mencionaban a los escribas y a los fariseos, a los campos de Palestina.

Al poco rato llegaron a una puerta de hierro, y El Santo puso sus dedos sobre el filo de la tapia, buscando el alambre, y entonces quedó parado en ese sitio.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—¡La carretera!

Parecía Hernán Cortés contemplando el Pacífico, pues su alegría no podía ser más grande.

Saltó por encima, y ella le siguió con más cautela, pero riéndose también. Siguieron adelante. Él quiso llamarla carretera, pero, en realidad, no era más que un camino vecinal, pero era algo a pesar de todo, y tenía la superficie un poco más lisa que por donde habían pasado antes. Durante medio kilómetro siguieron su curso tortuoso, hasta que ella perdió noción de donde estaban. Con aquella pérdida de orientación, se le fue también un poco del entusiasmo que le había animado durante su marcha por los campos, pues al marchar por una carretera, o aun por un simple camino, se siente andar por sitios más o menos corrientes y se pierde el romanticismo que da la marcha a través de los campos. Estaban en los umbrales de su destino...

Pero Simón Templar estaba contento; al marchar tarareaba una canción; ella podía intuir, como si tuviese un sexto sentido, la elasticidad de su marcha, aunque no llegaba a hacer tan largo el paso como para cansarla a ella. El destino era de ellos, y ella sabía que en su corazón tenía una canción al igual que en sus labios. Era una alegría de la que nadie podía participar. De esa manera, con ese estado de espíritu, siguieron el curso de la vereda. Y entonces, de repente, se paró, dando fin a su cantar; y ella vio que el camino les había llevado, por fin, a una carretera de verdad. Vio los postes de telégrafos en cada lado, pero no muy lejos, pues estaban entre dos curvas. Pero era una carretera...

—Yo no veo ninguna señal de carretera —comentó ella en tono de duda—, ¿hacia qué lado nos dirigimos?...

—¡Escucha!

Ella aguzó el oído, y al rato pudo apreciar el ruido que él había oído: el zumbido de un coche potente.

—¿A quién le importa una señal de carretera? ¿Para qué queremos verla? —dijo El Santo con satisfacción—. ¡Si este tipo que llega podrá incluso

llevarnos, e incluso hasta podrá ser Roger!

Se quedaron al lado de la carretera, esperando. Lentamente, el zumbido aumentó. Simón señaló hacia el sitio de donde procedían los faros, que formaban un halo en el cielo; entonces, de repente, se interpusieron unos árboles entre ellos y la luz de los faros.

—¡Vamos a asaltar el tren de Saltham!

El Santo se había colocado en el centro de la carretera. Más allá de él, en la próxima curva de la carretera, se destacaban una tapia y un árbol, dentro de una gran faja de luz. El ruido del motor iba en disminución. Entonces, de pronto, la luz empezó a recorrer la tapia, y después, nuevamente se posó sobre la carretera, haciendo destacar pequeñas sombras en el asfalto, y El Santo quedó en el centro del haz de luz moviendo los brazos. Oyó ella el chirriar de los frenos; al dar él un salto a un lado, y el coche pasó a su lado y quedó parado una docena de metros más lejos.

El Santo corrió hacia él, y Sonia Delmar iba justamente detrás.

—Podría decirme...

—Sí —contestaron en alemán.

El monosílabo salió disparado con una rapidez gutural que hizo que la mano de El Santo fuese a su cadera, pero el hombre del coche ya le estaba apuntando. Simón se dio cuenta de eso a tiempo.

Pero la chica estaba como a un metro detrás, y ella también tenía una pistola. Simón se preparó para el disparo.

—¡Arriba las manos, señor Santo!

Había una señal de satisfacción en el tono de la voz, y El Santo, pestañeando por efecto del resplandor de los faros, reconoció al hombre que le hablaba. Poco a poco levantó las manos y su respiración salía como si suspirase lentamente.

—¡Bendita sea mi alma! —dijo El Santo, que en tales ocasiones se mostraba ateo—. Pero si es el querido amigo Hermann. ¡Y ahora nos va a llevar en coche!

10

DE COMO SIR ISAAC LESSING HIZO EJERCICIO, Y RAYT MARIUS ENCENDIÓ UN CIGARRO PURO

I

Roger Conway levantó el pie del acelerador y lo aplicó fuertemente sobre el freno, y el Hiron del patinó al parar en seco, con un chirrido característico.

—Hemos llegado —dijo Roger sencillamente.

El hombre que estaba a su lado miró hacia las grandes puertas de hierro unos metros más abajo en la carretera, y las estuvo contemplando unos momentos, antes que los faros se extinguiesen al dar Roger a la llave.

—¿Es aquí el sitio? —preguntó.

—Este es.

—¿Y dónde está su amigo?

—Si yo fuera mago, sir Isaac, podría decírselo. Pero usted me ha visto salir y buscar el mensaje en el sitio en que él dijo dónde lo dejaría, y no había tal mensaje. Eso es todo lo que sé, excepto que... ¿Ha visto usted alguna vez a un hombre cuando le disparan a la barriga, sir Isaac?

—No.

—Pues probablemente lo verá —dijo Roger, y Lessing permaneció silencioso.

Tenía la idea de que debía permanecer en silencio. Sabía que tenía que decir cosas, unas de ira, otras de ofensa y algunas más o menos corrientes. Tenía que haber estado hablando de esa forma desde que salieron de Londres. Pero, fuese como fuese, el caso es que no dijo nada. Seguramente había empezado a decirlas una vez, hacía como unas dos horas, cuando empezó a fumarse su segundo puro Corona después de la comida, y este atolondrado joven había pasado por delante del mayordomo y el criado y había penetrado violentamente en el *sancta sanctorum* de la industria petrolífera; había

seguido intentando decir todas esas cosas que se le ocurrían, mientras el mayordomo y el criado se encontraban con el dilema de elegir entre cumplir su deber o guardar una prudencia que les era impuesta por la aparición de una pistola en manos del joven atolondrado. Hasta ahí habían llegado sus intenciones de decir las cosas que quería, pero es que el joven tenía también sus argumentos que exponer. El joven, forzando la audiencia ante la presentación de su pistola Webley, había hecho llevar al ánimo de su interlocutor todos los razonamientos, con igual violencia que si las hubiera presentado mediante una serie de golpes contundentes; y todas esas consideraciones impuestas violentamente fueron seguidas de los relatos ingeniosamente planeados, de cosas que interesaban a sir Isaac Lessing. Y todo el edificio de fantasías permanecía firme e incommovible ante la incredulidad que manifestó cuando hubo de terminarse el relato en cuestión. Pues el joven habló libremente de El Santo; y ese nombre fue como el refuerzo que recibe una gran estructura metálica, con su complicado sistema de vigas y crucetas para hacerla más fuerte contra los elementos, el remate que precisaba para convencer a su interlocutor. Y el colmo fue cuando, al final del relato, Lessing oyó que le proponía tomar dos caminos: ir a Saltham o entregarse a Scotland Yard, todo lo cual lo dijo el joven dejando el revolver sobre la mesa, e invitando al millonario a la reflexión...

—Vamos —dijo Roger secamente.

Ya estaba fuera del coche, y Lessing le siguió en forma un poco aturdida. Roger ya tenía el dedo puesto sobre el timbre que había a un lado de la puerta de hierro, cuando Lessing le alcanzó, pues este no estaba acostumbrado a andar muy de prisa. Se quedó junto a su cicerone, respirando con dificultad, y vieron una luz brillar en una ventana del hotelito que servía de casa de guardas. Una persona avanzó gruñendo, al otro lado de las puertas de hierro.

—¿Quién es?

—Tenemos un mensaje para el príncipe.

—No está aquí.

—Dije que el mensaje venía del príncipe. ¡Abre, imbécil!

Una llave chirrió en la maciza cerradura, y al abrirse las puertas, chirriando sobre sus goznes, Roger entró rápidamente. El cañón de una pistola se introdujo entre las costillas del hombre.

—Quieto —elijo Roger persuasivamente.

El hombre permaneció quieto.

—Vuélvase.

El portero obedeció. Roger dio la vuelta a la pistola, y pegó con fuerza y con puntería; su intención era hacer mucho daño.

—Vamos, pronto, de prisa —murmuró Roger con viveza.

Se fue andando silenciosamente por la avenida arriba, y sir Isaac Lessing le seguía dificultosamente, faltándole la respiración. Hacía tiempo que el millonario no había hecho ejercicio físico alguno, y sus días de algún ejercicio atlético ya habían pasado, pero Roger Conway le daba prisa, sin compasión. Habiendo enganchado al pez, siguiendo las instrucciones de El Santo, pensaba que no debía dejarle desengancharse del anzuelo, pero no estaba dispuesto a hacerlo con delicadeza. Nunca había visto a Isaac Lessing en su vida, y su primera impresión fue totalmente distinta a lo que él se figuraba, aunque si bien no olía a petróleo, ni hablaba con acento desagradable, él seguía teniendo un prejuicio fundamental contra todo el mundo del petróleo.

La avenida les condujo directamente a la puerta de entrada de la casa y Roger iba tan rectamente como la avenida, con su pistola automática en la mano. No paró hasta que llegó a la escalera, y allí hizo una pausa para dejar respirar a Lessing. Entonces, al poner el millonario su pie en la ancha escalera de acceso, Roger tocó el timbre.

Se aprestó a la defensa, al oír las pisadas que llegaban, atravesando el *hall*, y también al mismo tiempo se aproximaba Lessing a su lado, jadeando del esfuerzo hecho al subir la escalera. Se oyeron dos cerrojos que se corrían, y luego un picaporte que giraba, y la puerta se abrió unos centímetros, pero Roger echó todo su peso contra la misma.

El hombre que había abierto la puerta se encontró con el cañón de una pistola y sus manos subieron lentamente para estirarlas por encima de la cabeza.

—Vuélvase —dijo Roger, sin inmutarse.

Al coger la pistola otra vez por el cañón, el millonario, que le seguía muy de cerca, mostró gran admiración, y dijo:

—Ojalá le tuviera en mi oficina, joven —decía Lessing—. ¡Es usted tan terriblemente eficiente, míster Conway!...

—Sí que lo soy —convino Roger, sin dejar su seriedad imperturbable.

Entonces oyó un ruido en el lado opuesto del *hall*, y se volvió para ver cómo se abría la puerta y aparecía un gigante en el dintel. Y entonces Roger se echó a reír.

—Cara de Angel —dijo complacido—. ¡El que yo buscaba! Acabamos de llegar para verle, Cara de Angel.

II

Marius se quedó quieto, pues la pistola que le apuntaba no le dejaba otra opción. Y Roger Conway marchó lentamente, cruzando el *hall*, con Lessing detrás de él.

—¡Retroceda a esa habitación, Cara de Angel!

El gigante se volvió, encogiendo los hombros, y entró en una biblioteca muy bien amueblada. En el centro de la habitación se volvió de nuevo, y fue entonces cuando vio a Lessing por primera vez, pues le daba la luz de plano. Aun así y todo, sus horribles facciones permanecieron completamente impasibles, y solamente las manos del gigante, por su movimiento tembloroso, expresaba su sorpresa.

—¿Usted también, sir Isaac? ¿Qué ha hecho usted para merecer el desagrado de nuestro amigo?

—Nada ha hecho —dijo Roger suavemente—. Solo ha venido a tener un rato de charla con usted, como yo. Mantenga las manos apartadas de esa mesa, Cara de Angel, porque cuando queramos irnos, ya se lo diré.

Lessing dio un paso adelante. Aunque era muy voluminoso, no por eso dejaba de ser cuadrado de hombros, y su mandíbula recién afeitada era tan cuadrada como sus hombros.

—Me han dicho —dijo— que tiene usted, o ha tenido, a mi prometida, miss Delmar, aquí prisionera.

Las cejas de Marius se arquearon.

—¿Y quién le ha contado eso, sir Isaac?

—Yo —dijo Roger—, y sé que es verdad, porque la vi cuando la traían aquí, en la ambulancia que usted envió a las Caballerizas de Upper Berkeley, como nosotros habíamos previsto.

Marius seguía mirando fijo a Lessing.

—¿Y usted se creyó esa historia, sir Isaac? —preguntó con suavidad, y su delicada voz llevaba un tono de reproche.

—Yo vine para investigar lo que había. Otras circunstancias también fueron los motivos que me indujeron...

—Naturalmente que los hay, sir Isaac. Nuestro amigo es un joven muy competente. Pero seguramente sabe usted quién es, aunque su actual actitud y comportamiento no sean suficientes razones para demostrar su personalidad.

—Él ya ha tenido la amabilidad de decírmelo.

La mirada penetrante del gigante no vaciló ni un instante.

—¿Y usted sigue creyéndole, sir Isaac?

—Su banda tiene cierta reputación.

—¡Sí, sí, sí! —Marius hizo una señal con su manaza—. ¡Son los periódicos, que dan sensacionales noticias y sus tonterías románticas! Yo las he leído, yo mismo. Pero a nuestro amigo le busca la Policía. Le acusan de asesinato.

—Lo sé.

—¿Y a pesar de eso vino usted con él, voluntariamente?

—Sí, a pesar de ello.

—¿Ni siquiera avisó usted a la Policía?

—Míster Conway se ofreció a hacerlo. Pero dijo también que serían condenados a prisión él y su amigo. Como se han ofrecido a encontrar a mi prometida, yo no podía recompensarles de esa manera después del servicio que me iban a prestar.

—¿Así que vino usted aquí completamente sin protección?

—Bueno, no tanto como eso. Dije a mi mayordomo que si no le telefoneaba antes de tres horas, que podía ir a la Policía.

Marius hizo un gesto demostrando que comprendía.

—¿Y puedo preguntarle cuáles fueron las circunstancias en que nuestro amigo se ofrecía a ir a la cárcel si usted no cumplimentaba sus deseos?

—Se refería a una guerra, que me iban a forzar a financiar.

—¡Mi querido sir Isaac!

Las palabras y el gesto de incredulidad del gigante fueron lo más perfecto que Roger había visto y oído jamás, pues solamente el gesto por sí solo era suficientemente expresivo. Y desde luego hizo efecto en Lessing. Sus palabras fueron, pues, menos convincentes, ya que la contestación que iba a recibir se adivinaba por anticipado.

—Todavía no ha negado usted nada, Marius.

—¡Pero es que yo dejo eso a su propio buen juicio!

—Y, sin embargo, no ha negado usted los cargos, Cara de Angel —dijo Roger suavemente, pero repitiendo lo que decía Lessing.

Marius extendió los brazos en un gesto elocuente.

—Si sir Isaac continúa sin convencerse —dijo—, ruego que registre mi casa. Llamaré a un criado...

—¡Mantenga las manos apartadas de ese timbre!

—Pero si no me deja que le ayude...

—Ya le diré cuando necesite su ayuda.

Los hombros del gigante se alzaron en un gesto de conformidad. De nuevo se volvió hacia Lessing.

—En ese caso, sir Isaac —comentó—, me quitan desgraciadamente la oportunidad de demostrarles que miss Delmar no se encuentra en esta casa.

—¿Así que por fin la hizo usted embarcar en aquel barco? —dijo Roger con mucha calma.

—¿Qué barco?

—Ya veo... Y qué hay de El Santo, ¿le vio usted?

—Yo no he visto a nadie de su banda.

Lentamente, Roger se dejó caer en una butaca. La mano que sujetaba el revólver estaba tan fría y firme como una roca del Ártico. Los nudillos, blancos y tensos; y durante un momento estuvo Rayt Marius enfrentándose con la muerte, con ojos que no tenían expresión. Y entonces el gigante se dirigió a Lessing otra vez sin cambiar el tono de voz.

—Observará usted, sir Isaac, que nuestro impulsivo amiguito está preparándose para matarme. Después, probablemente, le matará a usted. Así que ninguno de nosotros dos llegaremos nunca a saber los motivos que tiene para hacerlo. Es lástima, pues me hubiera interesado conocerlos. ¿Por qué, después que su banda ha secuestrado a su prometida por causas desconocidas para nosotros, se empeña en hacer esos esfuerzos tan burdos para hacerle creer que yo soy el responsable? No me lo explico, como no sea un truco para cogemos a los dos en una trampa aquí, en esta casa; en cuyo caso no me explico por qué continúa manteniendo la acusación ahora que ha conseguido sus propósitos... Bien, nunca llegaremos a saberlo, mi querido sir Isaac. Vamos a intentar consolarnos con la esperanza de que su mayordomo informará a la Policía muy en breve y les dirá las desgraciadas circunstancias en que nos hallamos.

III

La cara de Roger estaba inmóvil como si fuera de piedra; pero detrás de esa fría calma dos pensamientos daban vueltas en su cerebro en círculos concéntricos, y solamente gracias a esos pensamientos no había apretado el gatillo, haciendo a Rayt Marius ir hacia la muerte.

Tenía que averiguar definitivamente qué es lo que había ocurrido a El Santo, y quizá Marius fuese la única persona que pudiera decírselo. No había dudas sobre los demás detalles, pues el interrogatorio a que Lessing fue sometido por Marius, con urbanidad y brillantez, había producido el efecto apetecido. En unos minutos, con unas cuantas líneas de diálogo tratadas con

aparente inocencia, Marius había conseguido toda la información que pretendía, esencialmente respecto al número de personas con que contaban, sobre la Policía y, en fin, acerca de todo lo que quería saber. Y al mismo tiempo, en las respuestas a estas preguntas de su interrogatorio, él había abordado los cargos que hubiese contra él, utilizando el arma más astuta con que contaba: la ironía. Centímetro a centímetro, había ido desmenuzando los argumentos, destacando los conceptos que fuesen descabellados y haciéndolos adquirir dimensiones convencionales, y luego, irónico hasta en sus negativas, había aguardado sencillamente, y con gran sarcasmo había invitado a Lessing a que formara su propio juicio sobre las cosas...

Era magnífico y digno de la sutil estrategia que Roger conocía tan bien. Y tuvo sus efectos inevitables. Los puntos que Marius había ganado a su favor por medio de esas interrogaciones habían producido el efecto deseado. Lessing estaba vacilante. Miraba a Roger con fijeza, y aunque todavía no lo hacía con sospecha, sí con cierto desafío en la mirada.

Y ahí fue donde vino el callejón sin salida. Roger se enfrentó con el problema. Había que rebatir una acusación que ante Lessing se le hacía; pues si Marius no estaba gastando una broma y Sonia Delmar había dejado en realidad la casa, ¿qué prueba podía haber para rebatirlo? Para Roger, había un hombre sin sentido cerca de la puerta de entrada, que no iba a permanecer sin sentido indefinidamente, y otro en el vestíbulo, que sería descubierto mucho antes, y Roger tenía que enterarse de más cosas antes que ellos recobraran el sentido, de la misma forma que Marius se había enterado de otras cosas a su vez. Pero Roger no era como Marius...

Las tornas se habían cambiado, precisamente por eso. En ese último discurso suyo, con la muerte mirándole a la cara, el gigante había hecho un contraataque de singular audacia. Y sir Isaac Lessing esperó...

Fue la ocasión que tenía Roger.

Una extraña sensación de impotencia invadió sus intestinos. Y luchó con ella. Se devanó los sesos para medir sus fuerzas con un hombre junto al cuál él no era más que un recién nacido.

—¡Siempre las cosas de Cara de Angel!

Roger consiguió dar rienda suelta a su voz, y procuró tenerla controlada con todos los medios a su alcance, procurando expresarse tal como lo hubiera hecho El Santo, y disimular su debilidad por medio del engaño, en la misma forma que lo hubiera hecho El Santo. Sorprendió un fulgor repentino en los ojos del gigante cuando este oyó imitar la forma de hablar de El Santo, y eso le dio nuevas fuerzas para la lucha.

Se volvió hacia Lessing.

—Quizá —dijo— yo no me he explicado bastante bien, y no le he dicho todavía que, en materia de presentar evasivas, es tan resbaladizo Cara de Angel, que podría usted envolverlo en papel de lija y todavía dejaría chiquitas a las anguilas. Pero se lo voy a explicar a usted con sus propias palabras. Si yo quisiera haberles cogido a ustedes aquí en una trampa, ¿por qué iba a sostener esta comedia?

—Me parece que yo ya había desechado esa teoría tan pronto como se me ocurrió —dijo Marius imperturbablemente.

Roger hizo caso omiso de su interrupción.

—Y por otra parte, sir Isaac, si yo hubiera querido hacer alguna acusación contra Marius, ya él ha sido lo suficientemente generoso para admitir mi competencia para hacerlo. ¿No ve usted que yo podía haber inventado algo un poco más digno de aprobación? Y cuando yo hubiese inventado alguna cosa que decir, ¿no vería usted que habría tomado las medidas necesarias para probar mi aserto, aunque fuesen pruebas falsas? Pero no tengo ninguna, excepto mi propia palabra. ¿Cree usted que un bandido inteligente iba a tratar de esgrimir argumentos de esa clase?

—Ya dije que nuestro joven amigo es competente —murmuró el gigante, y Lessing se le quedó mirando.

—¿Qué quiere usted decir?

—Sencillamente, que es todavía más competente de lo que yo pensaba. Figúrese usted, sir Isaac, que falsificar pruebas no es tan sencillo como parece. Pero admitir con toda audacia que no hay pruebas, y entonces aducir esa confesión que se ha hecho como prueba misma de lo que dice, ¿no es una magnífica demostración de competencia, difícilmente superada?

Roger se echó a reír.

—Muy hábil, Cara de Angel —comentó—; pero ese argumento es muy pobre. Ahora, se me ha ocurrido algo. Usted sabe una serie de cosas de las que yo no tengo conocimiento alguno y que yo deseo conocer, como, por ejemplo, dónde ha ido a parar Sonia Delmar y qué ha ocurrido a El Santo. Y usted no me lo quiere decir, por ahora por lo menos. Pero hay sistemas para hacer hablar a las personas, Cara de Angel. Se acordará usted que El Santo casi tuvo que emplear uno de esos métodos con usted hace unos cuantos meses. Yo siempre sentí que algo nos impidiera que continuara, pero todavía no es tarde para continuarlo.

—Mi querido y joven amigo...

—Soy yo el que habla ahora —le interrumpió Roger secamente—. Como dije, hay métodos para hacer hablar a las personas. En estas circunstancias, no estoy en situación de emplear ninguno de esos métodos encontrándome solo, y sir Isaac no me ayudará si él no está convencido. Pero usted va a cantar, Cara de Angel, cuando le toque el turno; tendrá que hacerlo usted a la fuerza. Y por eso sir Isaac tiene que estar convencido y por eso se me han ocurrido ahora ciertas cosas.

Marius se encogió de hombros.

—Hasta ahora —dijo— no ha demostrado usted su capacidad, pero spongo que no podemos evitar que siga haciendo esfuerzos.

Roger asintió.

—A usted no le importa, ¿verdad? —dijo—. Usted está dispuesto a dejarme proseguir hasta que alguien venga y le libere. Pero se va a terminar con mucha rapidez. Voy a darle a usted una ocasión para demostrar que es inocente, y de forma irrefutable. Sir Isaac se acordará, seguramente, que en mi relato, según usted, tan competente, mencioné otros nombres además del de usted, entre ellos, el de un tal Heinrich Dussel y un cierto príncipe Rudolf.

—¿Y bien?

—¿Niega usted que le son conocidos?

—Eso sería absurdo.

—Pero ¿dice usted que ellos no saben nada absolutamente de este asunto?

—La sugerencia es ridícula. Ellos estarían tan sorprendidos como yo mismo.

—Pues bien —Roger respiró hondo—, entonces aquí tiene usted la oportunidad de probarlo. Ahí en el rincón tiene usted un teléfono, con un auricular más. Así que nosotros llamaremos a Heinrich o al príncipe, a quien usted prefiera, y tan pronto como le contesten, usted dará su nombre y dirá: «La chica se ha escapado otra vez» y ¡entonces dejará usted que sir Isaac oiga por sí mismo preguntarle a usted de qué les está hablando!

IV

Anteriormente había estado todo en silencio, pero ahora el silencio era tan absoluto, que para Roger le resultaba como esa calma que hay antes del estallido de la tormenta, y su garganta estaba seca, y su cabeza dándole vueltas del aturdimiento. Podía oír los latidos de su corazón, y hasta el crujir de la silla, al moverse, retumbaba en sus oídos insoportablemente. Ya en una

ocasión anterior había tenido la misma sensación, y había esperado con los nervios tensos y alertas a las indicaciones del peligro que acechaba, impotente para adivinar de qué forma iba a ser asestado el golpe...

Y, sin embargo, la tensión existía solo para él. El silencio duró solamente cinco segundos, justo el silencio adecuado a la clase de proposición que él estaba haciendo.

Y ni un atisbo de expresión asomó a la cara que tenía enfrente, esa cara que era como una pesadilla, y que parecía la de un odioso ídolo pagano. Solo durante un momento, casi insignificante, la mirada de aquellos ojos, que no parecían humanos, hicieron gala de una expresión de maldad.

Y Lessing habló con toda naturalidad.

—Esa parece una forma muy inteligente de arreglar el asunto, Marius.

Marius se volvió lentamente.

—Es una idea admirable —dijo—, si eso le da a usted alguna satisfacción, aunque es una hora intempestiva para molestar a mis amigos.

—Yo quedaré plenamente satisfecho, si la respuesta es satisfactoria —contestó Lessing rudamente—. Si yo he sido mal informado, con mucho gusto pediré perdón. Pero míster Conway insiste en su acusación, y me alegraré que se le dé una contestación.

—Entonces será para mí una satisfacción poder complacerle.

Durante otro momento, en que reinó el silencio, Roger vio a Marius cruzar hacia el teléfono.

Sabía, y de ello estaba cierto, que el gigante estaba cogido. Exactamente igual que Marius había vuelto la escala a su favor en las discusiones iniciales, de la misma forma Roger la había recuperado, con un desafío que le salió por mera inspiración, en ese momento en que lo precisaba. Y Lessing también se le había tornado favorable, al volverse la escala a su favor. El millonario miraba a Roger, estudiando con curiosidad el perfil severo de su mandíbula, y observó que la firmeza que antes había visto se presentaba un poco más suave en esa mandíbula.

—Conferencia con Londres, por favor... Hanover ocho cinco seis cinco... Sí... Gracias.

La voz de Marius estaba perfectamente bajo control.

Colgó el auricular, y se volvió con aire de suavidad.

—La llamada me la pondrán en unos minutos —dijo—, y mientras, y como aún no se puede decir que estoy condenado, ¿quizá querrá usted aceptar un cigarro puro, sir Isaac?

—Podría aceptarlo si usted se aparta de esa mesa —dijo Roger sin compasión—. Deje que él mismo lo escoja, y él puede darle a usted uno si lo desea.

Lessing movió la cabeza.

—Yo no fumaré ahora —contestó brevemente.

Marius miró a Roger.

—Entonces, con su permiso, quizá míster Conway...

Roger se adelantó, cogió un cigarro de la caja que había sobre la mesa de despacho, y se lo tiró. Marius lo cogió, y dio las gracias, con una reverencia.

Roger no tenía más remedio que admirar el control del hombre. El gigante estaba esperando que él tiempo se manifestase en su favor, jugándose todo, antes que llegase aquella llamada que le perjudicaría sin remedio; su cerebro, tras aquella expresión de estatua, debía ser como una carrera desenfrenada de proyectos y planes. Sin embargo, ni el más leve movimiento de un solo músculo pudo traicionar la preocupación que sentía. Y ante tanta impasibilidad, que era casi sobrenatural, la vigilancia de Roger tenía forzosamente que estrecharse cada vez más...

Deliberadamente, Marius mordió la punta del cigarro puro y quitó la faja; su mano derecha fue hacia su bolsillo en la forma más natural del mundo, y la voz de Roger sonó como el chasquido de un látigo:

—¡No haga eso!

Las cejas de Marius se arquearon.

—¡Por favor, mi querido amigo —protestó humildemente—, seguramente me permitirá que encienda mi cigarro puro!

—Yo le daré fuego.

Roger sacó una caja de cerillas, encendió una en la suela del zapato, y cruzó la habitación.

Al alargársela, a distancia del brazo, y Marius aplicarla a su cigarro puro, se miraron fijamente...

En esa quietud, el grito del vestíbulo les llegó claramente a los oídos.

—¡Lessing, esto lo vamos a llevar hasta el final! —Roger Conway quedó quieto y en tensión al decir esto, y solo sus labios se movieron—. Venga para acá..., Marius, échese para atrás...

Entonces, mientras aún hablaba de esa forma, fue cuando se abrió violentamente la puerta, y él instintivamente miró para atrás. Y oyó la explosión de un disparo, que le llegó con gran desesperación suya, pues la mano que le había agarrado y le retorció en forma feroz era la del gigante, que daba suelta a una carcajada de triunfo.

Le hizo retroceder violentamente, ya desarmado, pues Marius le tiró para atrás como si fuese una hoja de papel, y al caer contra la pared vio, con gran desesperación suya, al propio Santo, de pie en la habitación, sereno y elegante, y, detrás de El Santo, a Sonia Delmar, con el brazo derecho retorcido detrás de la espalda, y, detrás de Sonia, Hermann, con una pistola automática en la mano.

—Buenas noches a todo el mundo —dijo El Santo.

11

DE COMO SIMÓN TEMPLAR DIVIRTIÓ A LOS PRESENTES Y A HERMANN TAMBIÉN LE TOCÓ SU PARTE DE DIVERSIÓN

I

—Amor, tu encanto me persigue por doquier... ¡Alegre, burlón, caballeresco, El Santo daba rienda suelta a su buen humor! Y en los ojos que miraban a Marius con tanto regocijo no había más que risa picaresca, el verdadero buen talante con que El Santo acogía todas las situaciones. Sin embargo, allí estaba El Santo, desarmado y acorralado; y Roger sabía que si no tenía él su pistola disponible ahora, no significaba diferencia alguna en el arreglo de la situación, pues Hermann se encontraba bien protegido por el cuerpo de la chica, y su pistola Browning estaba apuntando a El Santo sin el más leve temblor en el pulso.

Y a Simón le daban igual todas esas cosas... La mujer de Lot, después de la escena de la transformaron, hubiera dado la impresión de ser una anguila agitándose en un plato caliente, en comparación con la tranquilidad que él mostraba. Por esa misma maña que se daba en todas sus cosas, se las arregló para que su ropa, que había pasado por tantas vicisitudes, pareciera como si acabase de venir del sastre, de impecable que estaba; el frescor que irradiaba su sonrisa haría parecer a la rosa mañanera, que siempre es tan fragante y tan fresca, como si fuese una basura escrofulosa; y, por tanto, aquella mirada alegre pasó revista a todos los que estaban en la habitación, como si estuviese saludando a sus más queridos amigos. Pues El Santo, cuando se encontraba en un apuro, podía ser lo más simpático y encantador del mundo...

—Y ya está ahí Roger. ¿Cómo te trata la vida, muchacho? Todo marcha sobre ruedas, ¿verdad? ¡Oh, y nuestro único y querido Ike también está ahí! Sonia, ahí tienes a tu amiguito...

Pero la cara de Lessing estaba seria y con aire de preocupación.

—¡Así que era verdad, Marius! —dijo con la voz ronca de ira.

—Desde luego que era —dijo El Santo, arrastrando las palabras—. ¿Quiere decirme que no creyó a mi amigo Roger? ¿O es que este tío feo le contó una historia impropia sobre el particular? —y otra vez El Santo sonrió beatíficamente al gigante, que permanecía inmóvil—. Su discurso sería, Cara de Angel: «Padre, yo no puedo decir una mentira. Yo soy el más bueno de todos». Los sollozos suben desde las butacas y los palcos. Pero parece que se ha quedado petrificado, querido amigo, ¡y yo que creía que iba usted a ser el alma de la reunión!... ¡Que iba a cantar «Salve, mañana sonriente...» etcétera!

Entonces Marius dio señales de vida.

Durante un momento su continente impasible dejó paso a la expresión de una bestia, y las palabras que dijo le salieron como si fuesen gruñidos de una fiera, y hasta la risa irónica con que el hombre llamado Hermann había entrado, se le heló a este en los labios, y desapareció por completo. Entonces intervino El Santo.

—Hermann lo hizo sin querer, Cara de Angel —murmuró, para poner paz; y Marius dio una vuelta para decirle:

—¿De manera que se ha escapado usted otra vez, Templar?

—En cierta forma, sí —convino El Santo modestamente—. ¿Le importa si fumo?

Sacó su pitillera, y la boca del gigante describió una mueca al sonreír.

—Ya he oído hablar de sus cigarrillos —dijo—, ¡démelos!

—Con mucho gusto le complazco —suspiró El Santo.

Se aproximó a él, con la pitillera en la mano, y Marius se la arrebató. El Santo suspiró otra vez y se acomodó en el borde de la mesa, procurando no estropear la raya del pantalón. Su mirada se posó en la caja de los cigarrillos puros, y cogió uno con aire distraído.

Entonces Lessing se enfrentó con Marius.

—Y ahora ¿qué tiene que decirme? —preguntó.

Y al ver las facciones del millonario, a Marius le faltó ánimo para mostrar emoción alguna.

—Nada de eso, sir Isaac —otra vez esa voz suave sonaba sin muestras de expresión, y las palabras eran frías y precisas—. A usted le informaron correctamente, después de todo, y los detalles que le dieron fueron exactos.

—¡Pero, Dios mío, Marius! Esa guerra, y todo lo que puede llevar consigo, ¿se da usted cuenta de lo que significa?

—Estoy perfectamente enterado de todo el significado del asunto, mi querido sir Isaac.

—¿Me iba a convertir en el juguete de ese asunto?

—Fue una idea mía. Quizá aún será tiempo.

—¡Es usted el verdadero diablo en persona!

Las palabras cortaban el aire como si fueran hierro candente, y Marius exteriorizó su protesta moviendo las manos con impaciencia.

—Mi querido sir Isaac, esto no es una escuela de los domingos. Sírvase sentarse y permanezca tranquilo un momento, mientras yo me ocupo de esta interrupción...

—¿Que me siente? —Lessing se echó a reír. La incredulidad desapareció de su mirada, para ser sustituida por algo peor—. ¡Primero le veré que se condene! Es más, para empezar le voy a hacer ingresar en una cárcel inglesa, y cuando salga usted le haré perseguir en todas las capitales de Europa por donde pase. ¡Esa es mi respuesta!

Dio la vuelta para irse.

Entre él y la puerta estaba Hermann con la muchacha. Y Roger estaba mirándola a ella.

—Un momento.

La voz de Marius hizo que Lessing se parase en seco, y el millonario se volvió otra vez hacia él. Al mirarle se encontró con una cara que exteriorizaba tanta despiadada maldad, que la ira le quedó aplacada, dejándole pálido.

—Me temo que no pueda permitirle que se vaya inmediatamente, sir Isaac —dijo el gigante suavemente, y no había que ponerlo en duda al ver el ligero movimiento que imprimió a la pistola—. Una serie de circunstancias le ha colocado a usted en situación de conocer cierta información que no sería conveniente para mis intereses que usted la emplease en la forma que ha descrito. Es más, todavía no he decidido si se le permitirá irse jamás.

II

El Santo aclaró su laringe para poder expresarse.

—Ha llegado la hora —comentó con indiferencia— de que yo les cuente la historia de mi vida.

Sonrió hacia Lessing, y esa sonrisa, y con ella la voz de su poseedor, fue como un rayo de luz que cortara la tupida cortina de maldad que había invadido la habitación después que Marius hubo hablado.

—Haga lo que le diga Cara de Angel, sir Isaac —dijo El Santo en tono convincente—. Quédese en su butaca y piense en los grandes negocios. Piense qué clase de almirante va a dominar el mercado del petróleo si a Cara de Angel se le ocurre descargar su mercancía. Y no le hará daño, de verdad. Es solamente un hombre un poco rudo, pero sencillo, y aunque su cara no le favorezca, en el fondo es un bendito de Dios. Pero si más de una vez nos hemos sentado a jugar una partida de dominó, ¿no es verdad, Cara de Angel?, y de pronto, después de poner por tercera vez su seis doble, me ha dicho: «¿No ha notado usted, Templar, amigo mío, que hay algo “embolísmico” en la vida?» Y yo le he contestado, ligeramente emocionado: «Todo es tan “umbilical”». Pues de la misma manera puedo decirle ahora: Es todo tan «umbilical». ¿No se acuerda usted de eso, Cara de Angel?

Marius se volvió hacia él.

—Nunca me han divertido sus rasgos de humor, Templar —dijo—, pero sí me interesaría verdaderamente saber dónde y cómo ha pasado usted la noche.

El gigante recuperó su presencia de ánimo, pero en su mirada conservaba, como fuego inextinguible, todo el odio que consumía su ser. Se había sentido seguro pensando que El Santo había muerto, y por un espacio de tiempo el contratiempo que le causaba verlo vivo y sano le causó una sensación muy desagradable; y, para colmo, llegó la aparición de Sonia Delmar en persona, haciendo su entrada en aquella habitación, destruyendo los últimos vestigios de *esperanza* que le quedaba de recoger la cosecha de sus intrigas y los planes que tenía de sembrar una devastación catastrófica; todo eso indudablemente le había causado una perturbación inesperada y le puso de un humor iracundo... Ello, no obstante, su imaginación no admitía ni por un instante la idea de una derrota. Estaba allí, junto a la mesa donde El Santo se había sentado, como un coloso terrible, tanto en *pose* como de aspecto, y tras aquella tranquilidad tan poco natural el cerebro del genio contrariado luchó con brutal ferocidad para reparar el desastre que se avecinaba.

Simón miró para él, y se reía lentamente.

—La salida de esta noche —dijo El Santo— ha sido para mí una parte de la historia de mi vida.

—¿Y de cuántos amigos más?

Simón negó con la cabeza.

—Siempre tiene usted la obsesión de que yo pertenezco a una especie de banda —murmuró—. Me parece que en alguna ocasión ya hemos tenido unas palabras por causa de eso. A Roger Conway, que es como otro Santo, ya le

conoce usted. Ese que está ahora en medio es un nuevo recluta: es Isaac Lessing, nuevo Santo, recién llegado, profesor regio en la Universidad de Medicina Especial y Consultor de Sociología en las Compañías del Gas, y que por su artículo reciente en el periódico *La Sufragista*, pidiendo más clubs de mujeres, fue condecorado y recompensado espléndidamente. Pedía en dicho artículo que las proveyesen de mazos, palos, barras de hierro y cosas por el estilo para defenderse contra sus maridos. Bueno; ahora, hablando en serio, estamos aquí todos los que somos de la banda. Siento que eso le cause una desilusión, pero no puedo ofrecerles más personas, porque no existen.

—¿Y cuántas más puede haber? —repitió Marius.

—¿Pero no está bastante claro? —suspiró El Santo—. Ya le dije que no hay más. ¿Se lo tengo que decir con palabras de una sola sílaba? No, no, no.

Con fiereza Marius le cogió el brazo con su mano gigantesca, y El Santo, sin poderlo remediar, puso los músculos en tensión.

—Así no conseguiré nada, Cara de Ángel —dijo suavemente—. O quizá querrá usted que haya una pelea vulgar.

Sin embargo, fue aquel tensar del brazo, que parecía de cuero y hierro, lo que hizo a Marius soltarle, más que el cambio en la voz de El Santo. Haciendo un tremendo esfuerzo, el gigante se controló nuevamente, y sus labios tomaron una curva más suave; solo en sus ojos seguía reflejada la ira que sentía.

—Muy bien. Admitido que no hay más personas. ¿Y qué ocurrió en el barco?

—Pues fuimos a hacer un corto crucero.

—Y el hombre de la motora a quien mataron, ¿era uno de sus amigos?

Simón contemplaba la ceniza de su cigarro con aire de aprobación.

—No me gusta hablar mal de los muertos —contestó—, pero debo decir que nunca pudimos convertirnos en verdaderos amigos. No es que yo tuviese nada contra él —continuó diciendo El Santo—, es que, sencillamente, no tuvimos una verdadera oportunidad de entablar amistad. Es más, apenas le había dado el primer puñetazo en la mandíbula, y le había tirado como un saco en la motora, con el fin de que atrajese los disparos, cuando algunos de los grandes tiradores del barco acabaron para siempre con su voz de tenor. Ni siquiera sé su nombre, pero él se dirigía a mí con una voz propia de la Gran Opera; así que, si su personal de vendedores de helados ha disminuido...

Hermann habló rápidamente.

—¡Era Antonio, señor! Se quedó en la playa después que nosotros hubimos bajado a la muchacha.

—¡Ah!, ¿de manera que fue él? —Marius se volvió nuevamente—. ¡Era uno de nuestros propios hombres!

—Sí, eso parece —comentó El Santo, fingiendo un pesar que no sentía.

—¿Y usted ya estaba en el buque?

—Desde luego, gracias a Dios. Solamente entonces —El Santo se reía, con aire pensativo— me encontré con el camarada Vassiloff, un muchacho encantador, con un surtido precioso de cepillos para la cabeza. Estuvimos cambiando unas palabritas en secreto, y luego le até y continué mi camino. Entonces fue cuando se cometió el error tan divertido.

—¿Qué fue eso?

—Verá usted. Como era una noche tan calurosa, yo cogí el capote del camarada Vassiloff para preservarme del calor. El otro camarote donde me introduje fue el del capitán y él sacó la conclusión de que Vassiloff seguía ocupando el abrigo.

Marius se quedó rígido.

—¡Moeller! ¡Ese hombre hizo el idiota! Cuando le vea otra vez...

El Santo movió la cabeza.

—¡Qué escena tan bonita se produciría! —murmuró—. ¡Ojalá pudiera realizarse ese encuentro! Pero, desgraciadamente, no puede ser. Me temo, Cara de Angel, que el capitán Moeller ya no exista.

—¿Le mató usted?

—Esa es una manera muy cruda de hablar del asunto. Déjeme explicarle. Abrumado por la desilusión de ver que se había equivocado, se volvió un poco loco, y se creyó de pronto que era una gaviota. Se lanzó a los espacios y desapareció de la vista, haciendo un aterrizaje forzoso unos cuantos metros más allá. Como yo no sabía cómo parar el buque...

—¿Y eso cuándo fue?

—Un poco después de la ceremonia. Ese fue el divertido error. Cuando yo entré en el camarote, Sonia se encontraba allí, y había aire de fiesta en el ambiente. Antes que me diera cuenta ya estaba casado —vio que Marius acusaba el golpe y daba señales de disgusto, y prosiguió—: Eso fue muy complicado, ¿no es verdad, Cara de Angel?

Miró hacia Marius con benevolencia, pero, después de aquella reacción suya, el gigante ya no hizo el menor movimiento. El único que se movió en la habitación fue Lessing, que se puso lentamente en pie, mirando a la chica.

—Sonia, ¿es verdad lo que dice?

Ella hizo un gesto de afirmación, sin hablar; y el millonario, pálido de la emoción, se dejó caer, abrumado.

El Santo giró sobre el apoyo en que se encontraba, y miró a Roger esta vez.

—Fue una ceremonia extraoficial —dijo El Santo, intencionadamente—. Dudo que el arzobispo de Canterbury lo aprobase. Pero el resultado es...

—¡Santo!

Roger Conway había dado un paso hacia él, y pronunció el nombre con tal fiereza, que los músculos de Simón se pusieron en tensión de nuevo. La risa de El Santo rompió el silencio por segunda vez, llevando en su entonación una extraña mezcla de tristeza y de ironía.

—Eso es todo cuanto deseaba saber —dijo El Santo, y Roger se desplomó en su asiento, mirándole con extrañeza.

Pero El Santo no dijo nada más. Dejó caer centímetro y medio de ceniza sobre el cenicero, sacudió una pequeña cantidad que le había caído en la rodilla, se alisó la raya del pantalón, y nuevamente miró a Marius con fijeza.

Marius no hizo caso de la interrupción. Durante un rato permaneció mirando fijamente a El Santo, y entonces, con un movimiento rápido, dio la vuelta y empezó a pasear por la habitación con pasos largos y suaves. Y hubo más silencio, sin interrupción. El Santo aspiraba el humo de su cigarro con aire pensativo. Ese intervalo de entretenida charla, según podía él apreciar, que fue el motivo de su conversación, quedó ya terminado y archivado como correspondía, y la acción de la nueva pieza empezaba de nuevo. Y esta nueva acción, por todos los indicios, prometía ser más brillante y entretenida a su manera.

Hasta entonces, Simón Templar tuvo que admitir que él había llevado todas las ventajas, pero ahora Rayt Marius se encontraba definitivamente en forma. Y El Santo comprendía, con la mayor serenidad, y sin pasión, que era como él siempre había comprendido esas cosas, que se había puesto una succulenta carne en las fauces del león. Pues no había entrado en los cálculos de Marius apreciar las cualidades de la bondad humana, ni aun ahora que él tenía la sartén por el mango. Al contemplar El Santo los movimientos despiadados de esa maciza y neolítica figura, le vino el recuerdo de una casa cerca del Támesis donde se habían visto cara a cara al final del último lance, y recordaba con tristeza la muerte de Norman Kent..., y al pensar en ello, la mandíbula de El Santo se endurecía extraordinariamente. Por todo eso, había ahora entre ellos dos el abismo más grande que jamás había existido. Una vez más, El Santo había perdido una magnífica ocasión en el preciso momento en que parecía imposible que fallara, y él no tenía, por cierto, del gigante el concepto de que se dejase llevar de la bondad. Sabía, en forma serena, y sin

apasionamiento, que Marius le mataría, y que mataría a todos, sin un momento de titubeo, una vez que estuviese seguro de que ya no le serían de utilidad en la vida. Sin embargo, El Santo seguía disfrutando del cigarro puro como si no tuviera otra cosa en qué pensar. En su vida nunca había estado muy lejos de la muerte repentina; y, a pesar de ello, su vida había sido siempre agradable... A Lessing le tocó el turno de romper el silencio. El millonario se levantó con respiración difícilmente contenida.

—¡Que me maten si yo me conformo a permanecer aquí! —balbució—. ¡Es una tiranía! No se pueden hacer cosas así en Inglaterra...

Simón le miró fríamente.

—Está usted hablando de forma objetiva, Ike —comentó—, pero también debo decirle que lo hace inútilmente. Siéntese.

—Rehúso..., me niego.

Lessing se lanzó violentamente hacia la puerta, y hasta El Santo no pudo reprimir una sonrisa cuando el millonario tuvo que pararse en seco por segunda vez ante la descortesía de Hermann, que le apuntaba con la pistola.

—Irás usted dándose cuenta de las reglas del juego a medida que avancemos, Ike —murmuró El Santo, tratando de consolarle.

Marius, que no había interrumpido su paseo al protestar Lessing de la forma que lo hizo, se paró ante la mesa, con el dedo sobre el timbre.

—He decidido lo que tengo que hacer —dijo, y El Santo se volvió, con la más beatífica de sus sonrisas en los labios.

—Fuerzas y prolongados aplausos —dijo perezosamente El Santo.

Se puso en pie; y Roger Conway, que estaba contemplando a los dos hombres, que se miraban cara a cara, sintió un extraño temblor bajarle por la espina dorsal, como si fuese un chorro de hielo picado.

III

Duró un par de segundos ese desafío con la vista, tan frío y tajante como el choque de dos hojas de acero. Justo lo suficientemente largo para confirmar a Roger Conway, en forma que no había apreciado jamás, el primitivismo del odio feroz que anidaba en sus pechos. Se daba cuenta de que no era más que un simple espectador en el duelo a muerte entre dos paladines de leyenda; y, por una vez, no se arrepentía de ser tan poco importante. Había algo prodigioso y terrorífico en el hecho de la culminación de ese antagonismo,

algo que le hacía rezar porque fuese un sueño del que, al despertar, hubiese comprobado que no era verdad...

Y entonces El Santo se echó a reír, pues se podía comprobar que a El Santo le importaba poco la situación, y dijo:

—Es usted un magnífico elemento para hacer reír a las naciones, Cara de Angel.

Con otro encogimiento de hombros, Marius se volvió, y se encontraba tranquilamente encendiendo un nuevo cigarro puro cuando se abrió la puerta y entraron tres hombres más o menos desaliñados.

Simón les miró con interés. Evidentemente, la servidumbre no era muy numerosa, pues pudo reconocer a dos de ellos en seguida.

El ejemplar de cabeza de bala que venía en mangas de camisa, frotándose los ojos con dos grandes puños, como queriendo hacer desaparecer el sueño del que había sido despertado, era, sin duda alguna, el torpe y atolondrado bávaro a quien había oído hablar de la cama. Junto a él, la persona de barba de varios días que no llevaba corbata y que se recostó perezosamente contra una estantería de libros era, sin duda, el Pollo del Bowery, autoridad indiscutible en sistemas para apagar la sed. El tercer candidato a la pena capital era un individuo de ojos inquietos y nariz partida, a quien El Santo no conocía, ni tampoco al conocerle ahora pensó que se había perdido nada.

Fue a Nariz Partida a quien habló Marius.

—Busca unas cuerdas, Prosser —ordenó apremiantemente—, y ata a estos perros.

—Ha hablado usted como todo un hombre, Cara de Angel —murmuró El Santo en tono de aprobación al ver salir a Nariz Partida—. Piensa usted en todo, ¿no es verdad? ¿Y podrá uno preguntar qué ha decidido hacer con nosotros?

Marius le miró.

—Pronto lo verá —le dijo.

El Santo hizo una reverencia con cortesía, y siguió disfrutando de su cigarro puro. Aparentemente seguía tan imperturbable como durante toda la entrevista, pero tenía su imaginación alerta y coordinaba un plan con la mayor frialdad. Tranquilamente y sin que pudiesen advertirlo, hizo flexionar los músculos de su antebrazo para comprobar la presión de la correa con que estaba sujeta la vaina de su cuchillo, llamado *Belle*. Cuando Hermann le quitó la pistola, no pensó en *Belle*; ni tampoco se le había ocurrido a Marius pensar que existiese; y con *Belle*, estratégicamente situado en la manga, El Santo se sentía capaz de eludir cualquier sistema que empleasen para atarle, siempre

que dejaran de observarle durante unos minutos. Pero había otros de quien debía ocuparse, especialmente la chica. Simón le dedicó una mirada furtiva. Hermann seguía sosteniéndola con el brazo derecho retorcido detrás de la espalda, y teniéndola así, desde el asiento trasero, había obligado a El Santo a conducir el coche para regresar a la casa.

—Y si no se porta usted bien, cochino de inglés —había dicho—, le romperé el brazo.

Lo mismo había hecho durante la marcha por la avenida que conducía a la casa.

—Si usted se escapa y yo no disparase contra usted, cochino de inglés, ella gritará de tal forma que tendrá usted que regresar.

Hermann tenía unas inspiraciones de lo más dulces y cariñosas, pensaba El Santo, mientras el corazón le daba latidos muy fuertes; y como en ese momento regresaba míster Prosser con un rollo de cuerda, cesó de pensar en el asunto.

Al poner sus manos detrás de la espalda, El Santo pensaba en cosas más inmediatas. Y esos pensamientos se referían a una serie de preguntas que intentaría hacer a Marius sobre la naturaleza de la decisión que iba a tomar. Desde un principio, su intención era que las maniobras de Marius terminasen esta vez para siempre; no tenía el propósito de contrarrestarlas solamente, y con este objeto estaba preparado a tomar el riesgo que fuese para descubrir las cartas que Marius jugaba; y ahora estaba seguro de que se cumplirían sus deseos. Aunque cuál iba a ser esa revelación, El Santo no era capaz de adivinarlo. Simón no podía pensar que esa revelación fuese más que de la venganza, especialmente tratándose de Marius. La jugada estaba fallida, hecha trocitos diminutos y esparcida a todos los vientos. No había medio de apartarse del hecho de que Marius, teniendo a Lessing en su poder, apelaría a la tortura para conseguir los fines que de otra manera no pudo tener en su mano. Sin embargo, consideraba que Marius no era tan tonto como para hacer eso, a menos que...

El experto de las cuerdas terminó su misión, probó los nudos y pasó a atar a Roger Conway; y El Santo se fue hacia la pared que tenía más cercana y se recostó en ella indolentemente.

Marius se había sentado en la mesa y no daba la sensación de que estaba tramando una venganza inútil. Después de buscar alguna noticia en un periódico que cogió de la cesta de los papeles, extendió un mapa grande que tenía en la mesa, y tomó unas medidas muy cuidadosamente; después, consultando a intervalos un horario, se puso a hacer unos cálculos

rápidamente en la carpeta que tenía a su lado. El Santo le miraba con aire pensativo, y Marius le observó, demostrando con la ironía de su mirada que había dado una interpretación errónea a las arrugas que habían salido en la frente de El Santo.

—¿Así que empieza usted a darse cuenta de la tontería que ha cometido, Templar? —dijo el gigante irónicamente—. ¿Quizá empieza usted a comprender que hay veces que hasta los más divertidos trucos que usted pueda emplear le son de perfecta inutilidad? Tal vez está empezando a sentirse un poco inquieto, ¿no es verdad?

El Santo reía sin cesar.

—Si le he de decir la verdad —murmuró— estaba componiendo una de mis famosas canciones. Esta era en forma de oda que trata de las peripecias de la vida y que sería útil que Cara de Angel las conociera. La poca valía del espárrago no significa nada para nuestro Marius; ni siquiera una vez pudo él, con mano austera, echar manteca derretida en su oído. ¡Y con qué maestría sorbía Rayt los *spaghetti* del plato! Y en cuanto a las judías verdes...

Durante un momento relampagueó la mirada del gigante, y casi se levantó de la silla; después, con una risita, se dejó caer otra vez y cogió el lápiz que había estado antes sujetando entre sus dedos.

—Dentro de un momento me ocuparé de usted —dijo— y entonces veremos cuánto durará su sentido del humor.

—Como quiera, querido —murmuró El Santo bondadosamente.

Se recostó nuevamente contra la pared y vio a Nariz Partida ocupándose de atar a la chica. Roger y Lessing ya habían sido atados. Estaban el uno junto al otro; Lessing, con los ojos vidriosos y la boca demostrando asombro, y Roger Conway pálido y sin expresión en sus facciones. Una sola vez Roger miró a la chica, y entonces volvió su mirada hacia El Santo, y la acusación que esa mirada llevaba consigo cortaba como un cuchillo. Pero Sonia Delmar no había dicho una palabra desde que entró en la habitación, y aun ahora no mostraba temor alguno. Hizo un gesto de dolor una sola vez, cuando el que la ataba le hizo daño, y otra vez, cuando Roger no la estaba mirando, miró a Roger durante largo rato, pero no dio señales de emoción. Estaba tan serena y con la majestad de una reina dentro de su derrota, como lo había estado en sus momentos de alegría; y, una vez más, El Santo sintió una extraña sensación de admiración...

Pero esa cuestión podía ahora esperar... ¿O quizá no había motivos para esperar?... El Santo se daba cuenta de que los otros estaban esperando que él actuase, y por eso su silencio era justificado. De la misma forma que dos de

ellos le habían seguido en la excursión emprendida, ahora esperaban que él les llevase a casa...

Los dedos de la mano derecha de El Santo empezaron a subir hacia la manga izquierda. Podía alcanzar justo para tocar el mango de su pequeño cuchillo, pero lo soltó inmediatamente. La única salida que tenía estaba en esos seis centímetros de hoja de acero, y si eso se perdía, la única solución que le quedaba era sentarse y hacer su testamento; por tanto, tenía que aprovechar bien el tiempo y saber el momento propicio para actuar...

Por fin, el experto en cuerdas de atar acabó su misión, y al mismo tiempo Marius llegó al término de sus cálculos y se echó hacia atrás en su silla. Miró por la habitación.

—¡Hermann!

—¿Diga, señor?

—Dale la pistola a Lingrove y ven aquí.

Sin moverse de su apoyo sobre la estantería, el Pollo del Bowery alargó un brazo muy largo y cogió la pistola indolentemente; Hermann fue hacia la mesa y dio un taconazo.

Marius habló nuevamente.

Habló en alemán; y, aparte de Hermann y el soñoliento bávaro, Simón Templar era probablemente la única persona de los que se encontraban en la habitación que pudiera entender los detalles del plan que, con toda frialdad, Marius estaba ordenando. Y ese plan era de tan horrible naturaleza, de tan monstruosa inhumanidad, que incluso El Santo sintió un estremecimiento de horror al oírsele exponer.

IV

Miraba, hechizado, a la cara de Hermann, observando la forma de su estrecha mandíbula, los pómulos salientes, el ángulo que describían sus orejas, la brillantez de los hundidos ojos. El hombre era un fanático, desde luego, y El Santo no lo sabía. Pero Marius sí lo sabía. Las primeras palabras del gigante habían tocado las cuerdas sensibles de ese fanatismo, y ahora Hermann observaba al que le hablaba, ensimismado, con una mancha colorada en cada mejilla y las llamas inflamadas de su locura chispeando en su mirada.

Y El Santo no tenía más remedio que permanecer allí en pie, atónito, mientras que la voz suave de Marius repetía las instrucciones para que no

hubiese error al cumplirlas.

Pudieron haber transcurrido solamente unos cinco minutos, y, sin embargo, en esos cinco minutos se habían expuesto los puntos esenciales de una actuación malévola a realizar, de tal categoría que haría estallar el polvorín de Europa y encendería una conflagración de tal magnitud que solamente podría apagarse en ríos de sangre. Y entonces Marius dio fin a sus instrucciones, levantándose para abrir una caja fuerte que había en un rincón de la habitación, y El Santo despertó.

Sin embargo, él no podía hacer nada para remediarlo, por lo menos en ese momento. En forma casual, sus ojos recorrieron la habitación, pensando los pros y los contras, y sabía que estaba perdido irremisiblemente. Podía sacar el cuchillo de la vaina y cortar las cuerdas que le ataban, y ese cuchillo podía acabar con alguno de ellos, pero eso no hubiera servido de nada. Había dos pistolas contra él, además de los otros tres facinerosos que estaban sin armas, y él no podía tirar a *Belle* más que una sola vez. Si hubiera estado solo, lo hubiera intentado, y quizá hubiera intentado acercarse para apuñalar a Marius por la espalda y tirar el cuchillo al Pollo del Bowery desde el refugio de aquel enorme cuerpo; pero él no estaba solo. Y por un momento, con una seriedad mortal, El Santo creyó que iba a tomar ese camino, aunque no estuviese solo. Podía matar a Marius, y su complot moriría con él, aunque Lessing, y Roger, y Sonia Delmar, y El Santo mismo también muriesen...

Simón se dio cuenta de que el complot no terminaría, pues quedaba Hermann, y este, aunque no existiese Marius, lo llevaría a efecto. Por eso, los dedos de El Santo se apartaron de su cuchillo.

Marius volvió de la caja fuerte. Llevaba dos cajas planas de metal, cada una de ocho centímetros de largo, y Hermann las recogió con ansiedad.

—Mejor que te vayas en seguida —Marius habló otra vez en inglés después de mirar al reloj—. Tendrás tiempo suficiente, si no tienes un accidente.

—No habrá accidente, señor.

—Y volverás inmediatamente.

—Entendido.

Hermann se volvió, poniendo las cajas en los bolsillos de su chaqueta. Y, al volverse, una nueva luz fulgió en sus ojos de loco, pues le puso cara a cara con El Santo.

—Una vez, inglés cochino, me pegaste.

—Sí —Simón miró al hombre con firmeza—. Siento ahora que no fuese más que una vez.

—Yo no lo he olvidado, cerdo —dijo Hermann, y, de repente, con un gruñido bestial, desencadenó una serie de golpes a la cara de El Santo—. También tú recordarás —gritaba— que te pegué así, y así...

Fue Marius quien cogió los brazos del hombre.

—Ya es bastante, Hermann. Yo me ocuparé de él mañana. Y no te pegaré más.

—Eso está bien —dijo Hermann, jadeante del esfuerzo. Se volvió lentamente, y sus ojos quedaron mirando a la chica con una mirada de deseo. Y entonces marchó hacia la puerta—. Volveré —dijo, y se marchó seguidamente.

Marius fue hacia la mesa y recogió su cigarro puro. Miró a El Santo con gesto impasible.

—Y ahora, Templar —dijo—, podremos ocuparnos de usted —miró hacia Roger y Lessing—. Y de sus amigos —añadió.

En su voz había una ligera entonación de triunfo, y por un instante El Santo sintió miedo. No era por él ni por Roger. Pero habían prometido una recompensa a Hermann... Y entonces Simón recuperó su presencia de ánimo. Su cabeza estaba despejada, pues el ataque de Hermann no era tan científico como para producirle gran daño, y su cerebro no había funcionado con tanta perfección en toda su vida. Por encima del hombro del gigante veía el reloj; y la esfera del reloj, con la posición correcta de sus manecillas, se quedó impresa en la mente de El Santo como si se la hubieran grabado con hierros candentes. Eran exactamente las dos y veintiocho minutos. Cuatro horas de tiempo, y ciento ochenta kilómetros de recorrido. Era muy sencillo, en una noche tan tranquila como esa y con un coche potente; era fácil hasta para Hermann. Pero, para El Santo, cada minuto que se perdiese llevaba al mundo más cerca de una catástrofe que él no se atrevía a vaticinar. Vio cada faceta de la situación en seguida con una claridad deslumbradora, como hubiera visto las facetas de una joya suspendida en el foco de miles de voltios; vio, en imaginación, la seca y sarcástica bienvenida que darían a su fantástica historia... Muchos personajes pasaron por su cerebro en un orden cronológico, personajes en el cuentakilómetros de su Hirondele, temblando en la pequeña abertura donde se leía setenta y cinco, ochenta, ochenta y cinco... Conduciendo en la forma como él solamente sabía hacerlo, con el diablo a su espalda y la bendición de un ángel de la guarda sobre las cubiertas y la carretera, podría él hacer una media aproximada de más de ochenta. Con dos horas y cuarto de ventaja, entonces como mínimo haría...

Y con estos pensamientos, El Santo miró otra vez a Marius a los ojos, y su sonrisa permaneció en sus labios en la forma acostumbrada.

—Espero —dijo lentamente— que me habrá reservado una muerte realmente pintoresca.

DE COMO MARIUS ORGANIZO UN ACCIDENTE Y MISTER PROSSER SIGUIÓ ADELANTE

I

—Es de todo punto necesario que usted muera, Templar —dijo Marius, con sangre fría—. Hay entre nosotros diferencias que no se pueden arreglar de ninguna otra forma.

El Santo asintió con la cabeza, y por un momento sus ojos eran dos finas láminas de acero.

—Es usted muy listo, Cara de Angel —dijo suavemente—, tiene usted una razón convincente... Este planeta no es lo suficientemente grande para tenernos a los dos. Y sabe usted, tan seguro como está usted ahí parado, que si no me mata a mí, yo le mataré a usted, Rayt Marius.

—Le agradezco que me hable con esa sinceridad —dijo el gigante con toda tranquilidad.

Y entonces El Santo rio nuevamente.

—Pero todavía tenemos que abordar la cuestión del método, querido —murmuró, haciendo gala desu acostumbrado buen humor—. No se puede andar por Inglaterra cargándose a las personas así como así, tan tranquilamente. Sé que lo ha hecho usted anteriormente, en determinada ocasión, pero todavía no he podido averiguar cómo se las arregló para que no le descubriesen. Hay que disponer de los cadáveres, y cosas por el estilo, como usted comprenderá, y no es tan fácil como se lee en las novelas. Es un fastidio, y una complicación, pero tendrá usted que resolverlo. ¿O es que simplemente pensaba pasarnos por la máquina de picar carne y echar los restos por el sumidero de la cocina?

Marius movió la cabeza.

—He notado —comentó— que en las historias a que usted se refiere, el método empleado para eliminar a un entremetido indeseable es generalmente tan engorroso y complicado como lo desea el lector. Pero yo no poseo una imaginación tan dada a lo dramático. Si espera usted encontrar una mazmorra llena de serpientes venenosas, o una puerta sorpresa que cae a un río subterráneo, o un tigre que se come a los hombres, o cualquier cosa así tan convencional, por favor, pierda esa ilusión. El fin que he deparado a ustedes es muy sencillo. Tendrán ustedes un accidente desgraciado, vea qué sencillez; eso es todo.

Estaba cuidadosamente igualando la punta de su cigarro puro, mientras hablaba, y sus enormes manos se movían al efectuar esa operación con una energía despiadada en sus movimientos que era más impresionante que cualquier acto de violencia.

El Santo tuvo que dar vuelta a sus manos, así atadas como estaban, para que las cuerdas, al introducirse en sus muñecas, le diesen seguridad de que, en realidad, estaba despierto. En el curso de su vida se había encontrado con hombres vengativos, y mil veces también con hombres llevados por accesos de furor; más de una vez había escuchado a hombres violentos describiendo, con todo detalle y sadismo en las descripciones, la clase de muerte que le tenían deparada; pero nunca había oído hablar de su próxima muerte con tanta frialdad, con tan despiadada tranquilidad.

Marius daba la sensación de que estaba ocupándose de llevar adelante una tranquila discusión filosófica sobre el particular, y la satisfacción vengativa que su voz denotaba pasaba inadvertida a los oídos poco atentos a la cuestión.

Y, al tiempo que Marius hacía una pausa, con su mirada fija en el cigarro, el acompasado tictac del reloj y el estentóreo respirar de Lessing eran los únicos ruidos que perturbaban el silencio, atacando los nervios como la hoja de un afilado cuchillo cuando se pasa por un plato.

De repente, el sonido del timbre del teléfono interrumpió la tensión existente, y resultaba tan prosaico el ruido del teléfono, que parecía extraño y sobrenatural en aquel ambiente enrarecido; Marius intervino otra vez.

—¡Ah!, me parece que ese es el doctor Dussel.

El Santo volvió la cabeza, demostrando sorpresa, y vio la cara de Roger Conway, seria y con gesto de preocupación.

Marius seguía hablando.

Esta vez hablaba en alemán. Simón escuchaba, y entendía cuanto se decía. Entendía todo y comprendía por qué Roger fruncía los labios al ver a Marius cortar la comunicación para mirar al reloj. Porque todo el alemán que Roger

Conway conocía se circunscribía a palabras tales como Bahnoof, Speisewagenm y Bier, pero no necesitaba Roger saber más alemán para darse cuenta de ese nuevo interés que atribuían a las horas.

Los dedos de El Santo se introdujeron en su manga, y *Belle* se deslizó fuera de la vaina.

Simón comprendió por qué Roger había permanecido tan silencioso y como una estatua durante todo ese cambio de discusiones entre los dos colosos. Roger debió estar esperando y rezando, con toda su imaginación concentrada en ese detalle, a que Marius no llegase a advertir el único detalle salvador... El Santo estaba recostado perezosamente contra la pared. Incliné la cabeza para atrás, y miró hacia el techo con ojos soñolientos, conservando en sus facciones un gesto de aburrimiento. Y con gran cuidado hacía que la hoja de *Belle* tocase las cuerdas que ataban sus muñecas.

—Un desgraciado accidente —había dicho Marius.

Y El Santo le creyó. Pensando ahora en el asunto, no podía comprender cómo se le pudo ocurrir alguna vez que un hombre como Marius perdería el tiempo en los preparativos teatrales de un asesinato. El Santo sabía, tan bien como cualquiera, que las escalofriantes escenas pintadas por el novelista aficionado a los sensacionalismos podrían muy bien caber en la mentalidad de cierto tipo de maleante, y que había hombres materialmente incapaces de acabar rápidamente con los enemigos que tuviesen en su poder, pues estos eran hombres que tenían imaginaciones extraviadas y que procuraban inventar sistemas tales como pistolas que se disparaban eléctricamente, o que pensaban en poner cocodrilos en piscinas privadas, o cosas por el estilo. Esas clases de hombres ya las conocía El Santo. Pero no existían esos sistemas en la imaginación de Rayt Marius. Fuese la que fuese la clase de muerte que él les tenía preparada, esta sería ejecutada con toda rapidez.

Y lo mismo se podía decir de El Santo, por consiguiente. Lo que tuviese que hacer, como medida profiláctica, lo haría instantáneamente. Fuese como fuese el juego en que estaban empeñados, con sus pros y sus contras, sus ventajas, sus *handicaps* y sus Pollos del Bowery y toda esa barahúnda de circunstancias... En fin, todo eso que se fuese al diablo, pues El Santo empezó a comprender que él lo que tenía que hacer era actuar inmediatamente, con el único medio que le quedaba.

—Buenas noches, amigo mío. Que duerma usted bien.

Marius había acabado su comunicación telefónica. Colgó el auricular, y El Santo le sonrió.

—Espero —dijo Simón, con toda tranquilidad— que Heinrich obedecerá esa última recomendación que le ha hecho, por su propio bien. Pero me temo que no lo hará.

El gigante sonrió irónicamente.

—Herr Dussel puede con toda libertad irse a dormir, después que haya seguido mis instrucciones —se volvió hacia Roger—, y usted, mi joven amigo, ¿entendió también?

Roger se puso en pie y quedó muy derecho.

—Ya me lo figuraba —dijo, y Marius sonrió otra vez.

—¿Así que se da usted cuenta, no es verdad, de que no hay posibilidad de que cometa un error? Todavía hay media hora por delante, antes que los criados de sir Isaac comuniquen con la Policía; también es tiempo suficiente para que antes tengan un accidente desgraciado. Y no quedará nadie para repetir su información.

—Justamente —dijo El Santo, con los ojos mirando hacia el techo—. Oh, muy justamente.

Marius se volvió al oír su voz.

—¡Y este es el fin de su existencia, gentuza! —la frase fue dicha con la misma calma que todo lo demás que El Santo le había expresado antes, pero hacia el final se convertía en chillona y estridente—. Ya me ha oído usted. Creyó que me había vencido y ahora sabe que ha fracasado. ¡Con esa impresión se irá a la muerte! ¡Imbécil! ¡Osó usted medir sus pobres fuerzas contra mí, contra las de Rayt Marius!

El gigante se irguió hasta alcanzar toda su estatura, su enorme pecho abombado, sus colosales puños en vilo y temblando.

—Usted ha osado permitirse eso conmigo, perro...

—Sí, justamente —dijo El Santo en tono cordial.

Y mientras hablaba se preparó para recibir el golpe que esta vez parecía inevitable, y, sin embargo, ocurrió lo imposible. Con un esfuerzo terrible, Marius dominó su furor por última vez, y sus puños se abrieron, dejando caer las manos a los costados.

—¡Bah! Iba a darle a usted mucha satisfacción si perdiese el control —y otra vez sus horribles facciones eran como una estatua, y la delgada voz, de tonos estridentes, tan suave como siempre—. No me gustaría que creyese que usted me interesaba tanto; sería darle demasiada importancia, mi querido Templar. Una vez me golpeó usted; una vez, cuando estaba en sus manos, me amenazó usted con torturarme, pero no me siento ofendido. No pierdo la paciencia con el mosquito que me pica. Sencillamente mato al mosquito.

II

Un trozo de la cuerda, ya cortado, se deslizó por la muñeca de El Santo, y este le recogió con cautela. Ya estaban las cuerdas aflojándose. Y El Santo, sonrió.

—¿De verdad? —murmuró—. Es usted implacable. Pero es que ustedes, los hombres fuertes y silenciosos son así... ¿Y es que se nos clasifica a todos como mosquitos para este acontecimiento?

Marius extendió sus brazos.

—Su amigo Conway, personalmente, no tiene ninguna importancia —dijo—. Si solo hubiera tenido el talento de limitar sus instintos aventureros a empresas que estuviesen más al alcance de su corta inteligencia... —hizo una pausa, con un leve encogimiento de hombros—. Sin embargo, ha preferido seguirle a usted en sus intromisiones en mis asuntos.

—¿Y en cuanto a Lessing?

—Él también ha intervenido. Lo ha hecho sólo por recomendación suya, bien es verdad; pero el resultado es el mismo.

El Santo continuó sonriendo suavemente.

—Ya le entiendo, pequeño Tim. ¿Y él también será objeto de un desgraciado accidente?

—Será muy desgraciado —Marius dio una chupada a su cigarro lentamente, antes de continuar—. Le voy a contar la historia hasta donde se sabe por ahora. Usted y su banda secuestraron a sir Isaac, por algún motivo desconocido. Venían ustedes conduciendo muy cerca de esta casa por la carretera que da a los acantilados, y allí, por alguna causa también desconocida, su coche se precipitó al precipicio. Y si la caída no acaba con ustedes, desde luego morirán abrasados en el incendio que seguirá al vuelco. Esos son los hechos escuetos, pero en las teorías que se expondrán en apoyo del suceso, se leerán cosas muy interesantes.

—Ya veo —dijo El Santo, muy quedamente—. Y ahora, ¿podrá usted darnos los detalles de cómo se producirá la tragedia? Quiero decir, como yo soy el principal personaje del drama...

—Yo entiendo sus expresiones. Si lo que quiere decir es que querría conocer la forma como se va a preparar el accidente, yo podré así explicarle los diferentes detalles del acontecimiento, a medida de cómo van a ocurrir. No hacemos más que empezar.

Puso su cigarro en la mesa, y se volvió hacia el que había atado las cuerdas.

—Prosses, encontrarás un coche a la puerta de la casa. Lo conducirás hacia la carretera de los acantilados, y lo tirarás por el borde de las rocas. Procura no estar dentro. Después volverás al garaje, tomarás tres o cuatro latas de gasolina, y las llevarás hacia el camino de los acantilados. Irás andando por la orilla hasta llegar a donde esté el coche destrozado, y allí me esperarás.

El Santo se recostó aún más indolentemente contra la pared. Ya las cuerdas habían caído de sus muñecas. Acababa de arreglárselas para cogerlas en la mano.

—Yo podré estar equivocado —comentó con seriedad, al cerrarse la puerta tras Prosser—, pero creo que es usted maravilloso. ¿Cómo se las arregla, Cara de Angel? ¿Es que sigue los cursos de estudios por correspondencia?

—Ahora le amordazaremos —dijo Marius, sin inmutarse—. Ludwig, trae algunos trapos.

Procurando disimular un bostezo que parecía llegar desde las cavernas, el alemán se levantó del rincón donde estaba y salió. Y la sonrisa de El Santo no podía ser más evangélica en aquel momento.

¡El milagro! No podía apenas creerlo. Y es que se les ponían las cosas muy favorables. Era demasiado bueno para creerlo. Pero el hecho, incontrovertible, indiscutible y evidente, era que habían sido rebajadas a la mitad las probabilidades que hasta ahora había tenido en contra.

Con el mayor disimulo, El Santo se cercioró de todas las circunstancias y situaciones que en aquel momento iban a serles de utilidad.

El Pollo del Bowery estaba exactamente a su derecha, y Marius, cerca de la mesa, casi a su izquierda.

Y en ese momento Marius estaba hablando.

—Les llevamos a la cima de las rocas, atados, para que no puedan ofrecer lucha, y amordazados, para que no puedan gritar, y les tiramos por el borde. Abajo estaremos preparados para quitar las cuerdas y las mordazas. Les ponemos cerca de los coches, les echamos gasolina y les prendemos. Y el accidente habrá sido de lo más, lamentable.

El Santo miró a su alrededor.

Instintivamente, Roger Conway se había aproximado a la chica.

Durante mucho tiempo después, El Santo recordó siempre a Roger Conway, derecho y desafiador, con ojos que no demostraban miedo.

—¿Y si la caída no nos mata? —preguntó Roger con voz clara.

—También será muy desgraciado —dijo Marius— pero no sería conveniente que se encontrase a alguno de ustedes con una herida de bala en el cuerpo, pues estropearía el efecto del accidente. Naturalmente que comprenderá usted mi punto de vista.

Había otros detalles que quedarían imperecederos en los recuerdos que de esos momentos se recordasen en los años sucesivos, y que El Santo jamás olvidaría. Por ejemplo, el silencio de la chica, y la forma como Lessing respiraba, que más bien le parecía que era un sollozo. Y la indiferencia del Pollo del Bowery. Y la repentina interrupción de Lessing, balbuceando palabras casi ininteligibles:

—¡Dios mío! ¡Marius, no puede usted hacer una cosa como esa! No puede, no puede.

Y la voz de Roger, otra vez tranquila, cortando toda esa palabrería como con un sable, y preguntando:

—¿Es que esta vez estamos perdidos, Santo?

—No lo estamos —dijo El Santo.

Lo dijo con tanta dulzura, que por unos segundos a nadie se le podía ocurrir que había en esas palabras una intención tan fríamente calculadora, que no podían de ninguna manera llevar ningún *bluff* en su significado. Y durante esos segundos continuaban las histéricas incoherencias de Lessing, y el reloj empezó a dar la señal de las horas...

Y fue entonces cuando Marius dio un paso adelante.

—¡Explíquese!

Había algo parecido al miedo al pronunciar esa palabra, hasta llegar a parar incluso las impotentes incoherencias de Lessing, y El Santo nuevamente reía.

—La razón está en mi bolsillo —dijo suavemente—. Siento darle ese disgusto, Cara de Angel, precioso, pero ya es muy tarde.

En un instante el gigante estuvo a su lado, registrándole la chaqueta.

—¿De manera que todavía se permite gastar bromas? Quizá, después de todo, no le tiremos por el acantilado *antes* que su coche empiece a arder...

—Es el bolsillo interior, querido —murmuró El Santo con mucha suavidad.

Y se volvió un poco.

Él podía ver el bulto en el bolsillo del gigante, donde la pistola de Roger hacía que la chaqueta perdiera la línea.

Por un momento, el cuerpo del gigante tapó a El Santo de la línea de fuego del Pollo de Bowery. Marius estaba ocupado en registrar el bolsillo de

El Santo...

La mano izquierda de El Santo se dirigió al sitio que él buscaba con tanta rapidez y sutileza como lo hubiera hecho cualquier carterista profesional...

—¡No se mueva ni un milímetro, Cara de Angel!

La voz de El Santo sonó como si fuese el estallido de un látigo, y era una voz de amenaza mortal, como el sonido del acero templado. Y la pistola que la inspiraba estaba metida materialmente en las costillas del gigante, con tanta ferocidad, que hacía que Rayt Marius acusara el dolor.

—Ni un milímetro, ni un milímetro, Cara de Angel —repetía esa voz de acero—. Así, así es como se hace... Vamos, ahora hable con rapidez a Lingrove. ¡Vamos, pronto! Él no puede disparar contra mí, y no sabe a qué atenerse. ¡Dígaselo! ¡Dígale que tire la pistola!

Los labios de Marus dibujaron una sonrisa horrible.

Y la voz de El Santo rompió nuevamente el silencio.

—Contaré tres. A la tercera muere usted. ¡Una!

El gigante miraba a los ojos de Simón. La sonrisa había desaparecido de ellos. Ojos como témpanos, desprovistos de toda traza de compasión.

Marius contestó con un susurro:

—Suelta la pistola, Lingrove.

La respuesta llegó en forma de ruido seco que hizo la pistola al caer en la alfombra, pero no dejaron esos ojos de penetrar en el cerebro del gigante ni una sola vez.

—¿Está en el suelo, Roger? —preguntó rápidamente El Santo, y Conway contestó con una sola palabra.

—Sí.

—Bien. Póngase junto al teléfono, Lingrove. —El Santo, con el rabillo del ojo, podía ver al Pollo del Bowery pasar detrás de la espalda del gigante pues el camino se hallaba así libre—. Vaya y reúnase con él, Cara de Angel.

Marius dio unos pasos atrás, y El Santo se deslizó silenciosamente por la pared, hasta que estuvo junto a la puerta. Y la puerta se abrió.

Al abrirse la puerta, tapaba a El Santo, y el alemán entró derecho en la habitación. Y entonces Simón cerró la puerta con gran sigilo. Tenía su espalda pegada a ella, cuando el hombre se revolvió rápido y le vio.

—Buenas noches —murmuró El Santo cordialmente, y se le notaba en la voz un destello de su sonrisa acostumbrada—. Por cierto, juraría que en su vida se ha dado un susto tan grande. Bueno, no haga caso. Eso le hará mucho bien al hígado. Y ahora, ¿no le importa ponerse al lado de su patrón, querido Ludwig? Y si es usted bueno quizá le deje echarse una buena siestecita.

III

—Bien por El Santo.

El elogio venía espontáneamente de los labios de Roger Conway, y Simón Templar sonreía complacido.

—Corre hacia aquí, muchacho —comentó— y te desataré en menos que canta un gallo. Y entonces puedes entretenerme con ese resto del rollo de cuerda, mientras yo sigo ocupándome de hacer el bien... ¡Salta!

La última palabra sonó, al terminar sus órdenes, como la descarga de un explosivo que hubiese sido puesto al final de una mecha. Y Roger saltó, puesto que ninguna persona en su lugar hubiera dejado de obedecer esa orden.

Y una fracción de segundo más tarde vio, o más bien dicho, oyó el motivo de aquella orden.

Al cruzar la habitación se había puesto, sin darse cuenta, entre El Santo y Marius. Y, al saltar, bajando instintivamente la cabeza, pasó algo volando detrás de su cuello, tan cerca que el aire que desplazaba le movió los caballos, y fue a estrellarse en la pared en el sitio donde había estado El Santo. Donde El Santo había estado, porque Simón ya estaba a un metro de distancia. Al ponerse derecho, Roger vio la pistola de El Santo girar para hacer frente a la cometida que pudiera venir. Y entonces vio el teléfono tirado a los pies de El Santo.

—Qué travieso —dijo El Santo en tono de reproche.

—¿Por qué no disparaste contra el muy cerdo? —interrumpió Roger, con irritación en su voz; pero Simón solamente se reía.

—Porque le necesito, muchacho. Porque no me divertiría acabar con él de esa forma. Es muy sencillo. Yo quiero celebrar una pelea con Cara de Angel... ¡Y cómo lo deseo!

Las manos de Roger estaban libres, pero él seguía mirando a El Santo con aire de extrañeza.

Dijo de pronto, como atolondrado:

—Santo, ¿qué quieres decir? No será posible que desees...

—Voy a intentarlo. Para algunas personas, dispararle solamente es hacerles un favor. Pero a otras quieres sencillamente darles la paliza antes.

Simón habló muy suave, y Roger vio en silencio cómo sus ojos se estrechaban, y observó la postura de sus anchos hombros, y las espléndidas líneas de aquella cara de luchador, y no tenía, por tanto, nada que objetar.

La risa de El Santo sonó nuevamente en el ambiente.

—Pero hay otras cosas a las que hay que atender. Coge esa cuerda y ocúpate de usarlas, querido. Y cuida de hacerlo bien. Por el momento deja la pistola en el suelo, pues no queremos que nadie nos coja la patente de ese truco del carterista.

Un momento después estaba cortando las cuerdas que sujetaban las muñecas de Sonia Delmar. Luego se ocupó de Lessing, pero este estuvo tan silencioso durante la operación, como lo había estado la chica, aunque sus motivos eran diferentes. Estaba temblando como una hoja, y después de echarle una mirada, Simón se volvió otra vez a la chica.

—¿Cómo te sientes, muchacha? —le preguntó, y ella sonrió.

—Muy bien —dijo ella.

—Haz el favor de coger esa pistola, ¿quieres? ¿Crees que podrás hacer uso de ella?

Ella pesó en su mano, con aire pensativo, la pistola del Pollo del Bowery y contestó:

—Creo que sí, Simón.

—Eso es formidable —como Simón ya había puesto a Belle en su manga, ahora tenía una mano libre, y la atrajo hacia él—, y ahora ponte allí, querida, de manera que no te puedan arrollar. ¿Les estás apuntando?

—Sí, desde luego.

—¡Buena chica! Y no quites la vista de los tipos hasta que Roger haya acabado su trabajo. Ike, usted siéntese en esa silla y puede desvanecerse cuando le toque el turno. Si se pone en la línea de fuego será su entierro... Sonia, ¿de veras te sientes feliz?

—¿Por qué?

—¿Podrías tenerles a raya durante cinco o diez minutos, todo por tu cuenta?

Ella asintió lentamente.

—Haré lo que pueda, hombre.

—Entonces coge esta otra pistola también —la puso en sus manos—. Voy a dejarte encargada de ello, querida, pues tengo que ocuparme de otra cosa, y es muy urgente. Pero estaré de regreso en seguida. Si te encuentras en apuro, dispara. Lo único que te pido es que no mates a Cara de Angel, por lo menos no le hieras mortalmente... ¡Hasta la vista!

Dijo adiós con la mano alegremente, y se fue, antes que Roger, que había tardado en adivinar sus intenciones, le pudiese preguntar por qué se iba.

Roger no había comprendido cuál era la misión de Hermann. Y hasta El Santo tardó todo un minuto en comprender por qué aquel teléfono había sido

estrellado contra la pared, pero ahora no existía nada de ese asunto que no comprendiese y, mientras corría por el oscuro camino, iba pensando en todo eso. ¡Por todos los dioses, el esfuerzo realizado había sido tremendo! Eso acreditaba las condiciones excepcionales del gigante para dominar las situaciones difíciles, pero también simultáneamente demostraba la capacidad de réplica de El Santo. Y pensar en todo ello ponía a El Santo alas en sus piernas.

Llegó a las puertas de hierro de la casa, y miró arriba y abajo de la carretera, pero no podía ver coche alguno. Y mientras hacía allí una pausa, oyó, con toda claridad, el ruido característico del Hiron del acelerado a todo gas.

El Santo se volvió en redondo.

Un instante después estaba corriendo carretera arriba, como si cien diablos estuviesen mordiéndole los pies.

Pasó a gran velocidad por una curva, y creyó reconocer una serie de árboles en aquella oscuridad. Si no se equivocaba, debía estar aproximándose a las rocas. El zumbido del Hiron del se hacía cada vez más fuerte...

Debió de cubrir los últimos cien metros en poco menos del tiempo record. Y fue entonces, al volver una curva, y aproximarse al lugar, cuando oyó un ruido de catástrofe...

Con un grito desgarrador se lanzó adelante, pero sabía que era inútil. Durante un segundo tuvo la visión del magnífico coche saltando, como fiera acorralada, por el borde del precipicio, con sus ojos llameantes lanzando un haz de luz hacia los cielos. Luego la luz se apagó, y por la colina abajo fue la fiera dando tumbos, con su ruido de metal, chatarra, hierros y arbustos que se rompían y rocas que se desgajaban de sus sitios.

Después hubo otro ruido definitivo, como de explosión. ¡Y silencio! El Santo anduvo el resto de la distancia con calma, y el hombre que permanecía en la carretera no intentó correr. Quizá suponía que no le iba a valer de nada.

—¿Es usted míster Prosser, supongo? —dijo El Santo en tono acariciador.

El hombre permaneció mudo, con la espalda dando al hueco que el Hiron del había hecho al romper la barandilla del borde de la carretera. Simón Templar estaba frente a él.

—Ha destruido usted mi estupendo coche —dijo El Santo con el mismo tono acariciador en que había iniciado la conversación.

Y de repente, su puño dio en la cara del hombre y míster Prosser salió retrocediendo, y se derrumbó sin proferir una palabra más.

IV

Todo eso era estupendo y magnífico, pensaba El Santo, mientras marchaba en dirección de la casa. Pero no era práctico... Andaba despacio porque tenía costumbre de hacerlo así cuando iba pensando.

Y lo cierto era que tenía muchas cosas en qué pensar. La rabia que le había entrado unos minutos antes, desapareció, y la causa principal que la motivara ya había dado fin, y lo procedente era medir las consecuencias y afrontarlas.

Puesto que ahora ya tenía todos los resortes en sus manos, todo listo para llevar los asuntos adelante en forma conveniente; todo, excepto una cosa. Esa cosa era más importante que todas las demás, pero no estaba a su alcance, y ni siquiera lo peor que él pudiera cometer con Marius podía traerle la oportunidad de poseer esa determinada cosa o cambiar su curso.

—¿Encontraste lo que buscabas, querido?

De esta forma le acogió Roger Conway al abrir la puerta de la biblioteca, pero la sonrisa de El Santo fue solamente la contestación que recibió. Sin embargo, después de una pausa, le contestó:

—Sí y no; lo encontré, pero no tan pronto como yo lo hubiera deseado.

Otra vez desapareció la sonrisa y Roger quedó perplejo.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó.

—La culpa la tuvo el difunto míster Prosser —respondió El Santo con cautela, y Roger pudo sacar a medias la conclusión exacta.

—¿Quieres decir que había despeñado ya el coche?

—Sí, despeñó el coche.

La afirmación la hizo rotundamente, precisa, con frialdad, en forma que Roger no podía llegar a comprender.

Los ojos pasaron por todos los objetos de la habitación, sin expresión alguna, y luego miraron los tres hombres que se encontraban atados en un rincón, a Lessing sobre una silla, a Sonia Delmar al lado de Roger, y al teléfono en el suelo. La pitillera de El Santo estaba sobre la mesa donde Marius la había tirado, y El Santo anduvo hasta allí, en silencio, y la recogió.

—¿Y bien? —preguntó otra vez Roger, y se quedó extrañado de la entonación que llevaba su propia voz.

El Santo había encendido un cigarrillo. Cruzó la habitación de nuevo con el cigarrillo entre los labios y recogió el teléfono del suelo. Miró una sola vez a los extremos del hilo, que estaban rotos, y luego mantuvo el aparato cerca del oído y lo sacudió.

Entonces miró a Roger.

—¿Te has olvidado de Hermann? —le preguntó, con tranquilidad.

—Me había olvidado por el momento, Santo, pero...

—Y esas cajas que se llevó, ¿has acertado lo que eran?

—No, no lo he acertado.

Simón Templar hizo una señal afirmativa.

—Desde luego —dijo—, no es posible que sepas lo que llevaban. Pero te diré ahora, y lo haré con la mayor delicadeza, para que no te alarmes demasiado, que si el Hiron del ha sido despeñado y el teléfono roto, ambas cosas pueden muy bien significar que la era de paz ha terminado en el mundo hasta sabe Dios cuando. Pero tú estabas creyéndote que ya habíamos ganado la partida, ¿verdad?

—¿A qué te refieres, Santo?

El periódico que Marius había consultado estaba en el cesto de los papeles. Simón se inclinó y lo sacó de allí, y el párrafo que él se figuraba que iba a encontrar se le apareció ante su vista inmediatamente.

—Ven aquí, Roger —dijo El Santo, y Roger se le acercó, muy intrigado.

Simón Templar no dio explicación alguna. Su dedo simplemente señalaba hacia el artículo, y Conway lo leyó dos veces, incluso tres, antes de volver a mirar a El Santo con una cara de temor, que aumentaba cada segundo que pasaba.

13

DE COMO SIMÓN TEMPLAR ENTRO EN UNA OFICINA DE CORREOS, Y UN POLICÍA FUE CHAMUSCADO

I

—Pero ¿no es posible que eso sea *así*!

Los labios de Roger, que se habían secado del temor que le entró, proferían esa negativa mecánicamente, aunque le constaba que esa negativa le hacía parecer tonto. La contestación de El Santo le confirmaba que, en efecto, era tonto al negar lo que oía.

—Pero ¿es que precisamente es *así*!

La terrible calma que El Santo mostraba se quebró de repente, en la misma forma que una hoja seca se quiebra al toque de la mano. Sonia Delmar se acercó y cogió el periódico de las manos de Roger; pero Roger ni siquiera se dio cuenta, pues estaba mirando, asombrado, el brillo de los ojos de El Santo.

—Eso es lo que ha ido a hacer ese Hermann. Te digo que lo oí todo. Es la segunda oportunidad, el segundo recurso, que utiliza Cara de Angel. Yo no sé por qué no lo utilizó en primer lugar, a menos que pensara que era demasiado brutal para ponerlo en práctica antes de la última emergencia. Pero estaba dispuesto a hacerlo si la ocasión se presentaba propicia, y justo esta misma noche fue cuando se le presentó, por obra del diablo.

—Pero no veo cómo puede llevarlo a cabo —dijo Roger estúpidamente.

—¡Oh, por amor de Dios! —El Santo se quitó el cigarrillo de su boca y con la otra mano agarró el hombro de Roger con fuerza—. ¿Eso qué importa? Hay una docena de maneras de hacerlo. Hermann es alemán. Marius puede fácilmente hacerle prender, más tarde, con ciertos documentos en su poder, y ahí es donde se encontrará la excusa para el estallido. Pero ahora ¿qué importa?

Y Roger comprobó que no importaba, aunque no podía comprender otras cosas. Lo único que se le ocurrió decir fue:

—¿A qué hora ocurrirá?

—A eso de las seis y media —dijo El Santo, y Roger miró al reloj.

Eran las tres y veinticinco minutos.

—Habrá seguramente algún otro teléfono por aquí cerca —dijo la chica.

El Santo señaló hacia la mesa.

—Mira a ese —dijo—, tiene el número en él, es un número de Saxmundham. Probablemente es el único teléfono privado que hay en la aldea.

—Pero seguramente habrá una oficina de Correos...

—Supongo.

El Santo miraba a Marius. No estaba seguro de que, detrás de la imperturbabilidad de aquellas horribles facciones, hubiese un gesto de ironía; sin embargo le quedaba la duda.

—Podríamos intentarlo —decía Roger Conway con toda lógica, y El Santo se volvió.

—Pues sí que podríamos intentarlo. ¿Qué, vamos a hacerlo?

—Pero ¿qué hacemos con estos tipos? Además, está Sonia...

—Tienes razón. Lo mejor será que yo vaya solo. ¡Dame una de esas pistolas!

Roger obedeció.

Y de nuevo El Santo corrió por la avenida abajo. La pistola le pesaba en el bolsillo del pantalón, y, sin embargo, le daba cierta tranquilidad llevarla allí, aunque no era costumbre que le gustase llevar armas. ¡Es que hacían tanto ruido! Pero era posible que en la oficina de Correos le mirasen de través, y podía dar la impresión de que se trataba de un atraco. Se daba cuenta de que no tenía el aspecto tan respetable como había tenido en las primeras horas de la tarde, y eso bien podía ser una desventaja para entrar tan de mañana en una oficina de Correos rural, arrollándolo todo, ante mujeres asustadizas. Su ropa estaba impecable, eso era verdad; pero la despedida cariñosa de Hermann le había dejado algo desfigurado. Principalmente, tenía un extenso arañazo en la frente, y por un lado de la cara le corría un hilillo de sangre que era el recuerdo del anillo de brillantes del llamado Hermann. No es que fueran talmente heridas, pero le daban aspecto un poco sanguinario. Y, por otra parte, si tenía realmente que dar el atraco, ¿cómo se las iba a arreglar para manejar el complicado sistema de una oficina de Telégrafos? El Santo conocía un poco el método Morse, pero es que manejar los diferentes aparatos

que llevan consigo los servicios de transmisiones era para él un poco más de lo que su preparación podría abarcar.

¿A qué distancia podría encontrarse la aldea? Aproximadamente a unos dos kilómetros, según le dijo Roger cuando iban hacia allí. Desde luego había dos kilómetros corridos. Hacía ya rato que había pasado por el sitio donde la lápida funeraria de míster Prosser podía o debía ponerse para contribuir al decoro del lugar. Y, como tonto, había salido corriendo como si se tratase de la carrera de los cien metros, y, por muy bien entrenado que se encontrase, esa velocidad no la podría sostener mucho tiempo. Por tanto, disminuyó un poco el tren que llevaba, lo que le permitió llenar sus pulmones con grandes bocanadas del aire fresco del mar, pues su corazón latía como un martillo loco... Pero en ese momento la carretera empezó a descender un poco, y eso significaba seguramente que debía de estar llegando a la aldea. Aceleró la marcha, ya que le costaba menos trabajo, por ir cuesta abajo, y al rato pasó por delante del primer hotelito.

Unos segundos después se encontraba en una calle de aldea, y no tuvo más remedio que aflojar la marcha hasta quedar al paso.

¿Cómo podía arreglárselas para distinguir la oficina de Correos de una aldea? Ese género de oficina de Correos, por lo general, no estaba domiciliada en un edificio propio, según le constaba. Por tanto, debía de estar en algún rincón de algún comercio de ultramarinos donde le hubieran cedido un hueco, y el problema era encontrar ese comercio, o tienda de comestibles, en noche oscura como esa. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad, pero la luz de la luna, que tan bien se había portado con él a primera hora de la noche, convertíase ahora, en su viaje de vuelta, en tenue, y casi no alumbraba. Pensaba que, si siquiera hubiera llevado una linterna eléctrica, podría adelantar más; pero tenía que hacer uso del mechero en cada puerta que veía. Vio puertas de panaderías, pescaderías y de otros diversos comercios, pero no la que él buscaba...

Transcurrió una eternidad antes que diese con lo que buscaba. Suponía que debía de haber un timbre en algún sitio de la puerta, pero no encontró nada. Por tanto, no había más que un recurso, y de eso fue de lo que se ocupó inmediatamente. Cogió una piedra, y sin pensarlo más la lanzó por la ventana del piso alto.

Entonces se limitó a esperar.

Pasaron uno, dos, tres minutos y no salió ninguna cabeza de persona preguntando furiosa del porqué de esa barbaridad. Solamente detrás de él, en la oscuridad, se abrió la ventana de otra casa.

El Santo fue a buscar otra piedra.

—¿Quién es ahí?

La voz trémula que se oyó, al mismo tiempo que el cristal se rompía, era indudablemente femenina, pero no venía del correo.

Se abrió otra ventana, y de pronto una mujer gritó. Un hombre también gritó al oírla.

—¡Demonios! —dijo El Santo entre dientes.

Pero durante todo ese tumulto, la puerta de la oficina de Correos permanecía cerrada y allí no se oía a nadie.

—O son sordos, están narcotizados o muertos —diagnosticó El Santo con la mayor seriedad—. Y a mí me importa muy poco que...

Se metió en el hueco de la puerta y sacó la pistola de su bolsillo. La culata atravesó la puerta de cristal de la tienda y se hizo un agujero del tamaño de la cabeza de un hombre; con energía, El Santo rompió los bordes del agujero, con el fin de hacer un hueco suficientemente grande para que él pudiese pasar. La aldea entera debía de estar despierta ya, y él oyó los pasos de alguien que se acercaba corriendo por la carretera.

Al entrar se dio en la cabeza contra una lámpara de petróleo que estaba colgada. La sacó del gancho a la que estaba sujeta y la encendió. En seguida distinguió el mostrador de la oficina de Correos, y acababa de llegar hasta él cuando la primera persona de las que venían persiguiéndole entró detrás. Simón dejó la lámpara en el mostrador y se volvió.

—Manténganse alejados —dijo con tranquilidad.

Había dos hombres en el hueco de la puerta; vieron el arma en la mano de El Santo y se pararon, con la boca abierta.

El Santo fue recorriendo el mostrador, teniendo a los hombres a raya. Había una cabina de teléfonos en un rincón, y se dirigió a ella pensando que eso sería más fácil que manejar un aparato de telegrafía.

Entonces llegó otro hombre, abriéndose paso entre la multitud que se estaba formando en la puerta. Vestía un uniforme azul oscuro con botones de plata, y nadie podía dudar de quién se trataba.

—Vamos, ¿qué significa todo esto? —preguntó autoritario.

El también vio la pistola de El Santo, y durante un instante este le hizo detenerse, pero fue solamente un momento.

—Baje esa pistola —ordenó, y dio otro paso hacia adelante.

II

Los pensamientos de Simón Templar se movían como el rayo. El policía avanzaba, de eso no cabía duda. Quizá fuese un hombre valiente, a su manera, o quizá Chicago no era más que un cuento de hadas para él; pero, indudablemente, estaba avanzando. Y El Santo no podía matarle a sangre fría, sin darle una oportunidad de defenderse. Sin embargo, El Santo comprendía cuán difícil le sería contarle tan extraordinaria historia a un policía de aldea. En Scotland Yard, donde hay otro tipo de hombre haciendo servicio, podía muy bien defenderse; pero aquí... Tendría que hacerlo en plan de *bluff*. Decir la verdad significaría cometer un asesinato en la persona del policía por las razones expuestas. Y aun en tal momento El Santo estaba convencido de que, si se veía obligado a hacerlo, no tendría más remedio que disparar contra el policía. Pero, de todos modos, quería dar al hombre la oportunidad de salir indemne.

El Santo se estiró, hasta adquirir toda su estatura.

—Me alegro de que haya venido, agente —dijo rápidamente—. Soy agente del Servicio Secreto, y probablemente necesitaré sus servicios.

En la multitud se hizo un profundo silencio, porque la ropa de El Santo era muy elegante y él hablaba con autoridad. Allí, en pie, estirado a toda su altura, limpio y delgado, con simpatía en las facciones y sonrisa en los labios, imponía respeto y obediencia. El policía le miraba con indecisión.

—Pero si es usted agente del Servicio Secreto, ¿por qué ha roto esos cristales de las ventanas?

—No tenía más remedio que despertar a las gentes de aquí. Tengo que telefonar a Londres inmediatamente. No sé por qué no ha aparecido el personal de Correos, y, al parecer, todo el mundo está aquí sin embargo...

Se oyó una voz que procedía de los grupos de gente que se había acumulado allí.

—Mistress Fraser y su hija han ido a Londres para ver a su hermana, señor. No vendrán hasta mañana por la mañana.

—Ya veo. Eso explica todo —El Santo puso su pistola en el mostrador y sacó su pitillera—. Agente, ¿quiere hacer despejar esto de gente, por favor? No puedo perder tiempo.

El ruego significaba una orden, y el policía no hubiera sido humano si, por instinto, no hubiera querido hacerlo sin que se lo dijeran. Sin embargo, seguía mirando a El Santo.

—Me parece que he visto su cara en alguna parte, antes de ahora —dijo, menos hostil, y Simón se echó a reír.

—No creo que la haya visto —murmuró—. Nosotros no nos anunciamos.

—¿Tiene usted algún papel que demuestre que es usted lo que dice que es?

La pausa que hizo El Santo solo duró una fracción de segundo, porque la respuesta que se le ocurrió fue de una inspiración verdaderamente genial. Era posible que, para un policía rural del género del que estaba hablándole, fuese desconocido el tipo de documento de identidad que un agente secreto debía llevar; por tanto, también sería probable que no se diera cuenta del documento que El Santo pensaba enseñarle...

—Naturalmente —dijo El Santo, sin pestañear una sola vez—. La única dificultad está en que no debo enseñarle mi nombre. Pero creo que será lo suficiente para convencerle.

Sacó su cartera, y de ella un librito que parecía una licencia de conducir, mientras la multitud miraba con la boca abierta y muchos trataban de estirar los cuellos para curiosear. El policía se acercó.

Simón le enseñó la fotografía, mientras tapaba la página opuesta con sus dedos. Después volvió las páginas para enseñar las del final.

Porque el librito que había sacado era el certificado de la Federación Aeronáutica Internacional, que cada aviador amateur debe llevar, y El Santo, en los momentos libres en que su trabajo se lo permitía, había volado como aficionado, y con gran pericia. Las dos últimas páginas del certificado estaban dedicadas a presentar al poseedor «a quien pudiese interesar» y todo ello en seis idiomas diferentes, diciendo lo siguiente: SE RUEGA A LAS AUTORIDADES CIVILES, NAVALES Y MILITARES, INCLUYENDO A LA POLICÍA, QUE PRESTEN LA AYUDA QUE EL POSEEDOR DE ESTE CERTIFICADO PUEDA NECESITAR.

Eso decía, y nada más.

Pero era lo suficiente. Bueno, debía ser, y eso creía El Santo, que, con su cigarrillo encendido, estaba otra vez cogiendo su pistola mientras el policía leía; aunque muy bien podía ahorrarse ese trabajo, pues el policía le miraba con un respeto enorme.

—Usted perdone, señor...

—Bueno, no tiene importancia. Está bien —dijo El Santo con cordialidad.

Se metió el librito otra vez en su bolsillo, rezando una oración en acción de gracias, mientras que el policía ensanchaba el pecho y empezaba a hacer desfilar a la multitud. Esta seguía dispersándose cuando El Santo entró en la cabina telefónica. Debía él de sentirse eufórico, pues todo parecía que marchaba bien ahora; pero en realidad no lo estaba.

Al coger el auricular se acordó del gesto irónico que había visto en la cara de Marius, o por lo menos se imaginó que lo había visto... Y no se le quitaba

de la imaginación. Tenía una rara intuición de que el gigante había previsto algo que El Santo no conocía, y ahora esa intuición era mayor que nunca. ¿Sería que Marius estaba esperando al Príncipe, o a cualquier otro aliado, que debía llegar a esa hora y que cogería a los otros desprevenidos mientras El Santo estaba ausente? ¿O sería que la servidumbre era más numerosa de lo que El Santo había previsto y que contasen dentro del edificio con algún medio de que se les rescatasen? ¿O sería tal vez...? «Pero me estoy poniendo nervioso», se decía El Santo para su fuero interno, y trató de olvidar todas esas ideas absurdas...

Llevaría escuchando bastante tiempo antes que pudiese comprobar que el auricular del teléfono permanecía silencioso; no hacía ese ruido intermitente que generalmente se oye en el teléfono.

—¿Se le da bien, señor?

La gente se había ido, y el policía regresó. Simón le puso el auricular en la mano.

—¿Quiere usted continuar a la escucha? —le dijo—. La línea parece que no funciona. Si recibe contestación, pida que le pongan con Victoria seis ocho dos siete. Y dígame que activen la comunicación. Voy a probar con el telégrafo.

—No hay telégrafo, señor.

—¿Qué me dice?

—Que no hay telégrafo en esta población, señor.

—¿Entonces cómo envían y reciben telegramas? ¿O es que aquí no hay ese servicio?

—Los transmiten por teléfono desde Sexmundham, señor —el policía agitaba la clavija del aparato—. Y esta línea parece que está estropeada, señor —añadió a su explicación, queriendo mostrarse solícito.

Simón cogió el auricular de sus manos otra vez.

—¿Qué hay de la estación? —dijo con sequedad—. Tiene que haber un teléfono allí.

El policía se rascó la cabeza.

—Supongo que sí, señor; pero, ahora que me acuerdo, oí decir esta mañana que la línea del teléfono la tenían caída en algún lugar del recorrido. Fue que uno de esos vagones había derribado un poste el sábado por la noche...

Se paró en su explicación, asombrado de ver el fulgor que despedían los ojos de El Santo.

Entonces, con mucho cuidado, El Santo dejó el auricular en su sitio. Se había puesto pálido y no era agradable ver el rictus que habían tomado sus labios.

—¡Dios Santo del cielo! —exclamó El Santo con voz ronca—. ¡Entonces esta noche se sueltan todos los demonios del infierno!

III

—Pero ¿es tan grave el asunto, señor? —preguntó el policía tímidamente, y Simón se volvió a él como un tigre.

—¡So tonto chamuscado! —exclamó—. ¿Usted cree que estoy bromeando?

Y entonces se paró. No era procedente seguir hablando así. Pero ahora lo comprendía todo. Tuvo la primera sospecha cuando Marius le lanzó el teléfono a la cabeza en aquella habitación, y ahora tenía la prueba del motivo de aquel acto. También habían derribado el poste telegráfico el sábado por la noche, y como estaba situado en una línea de poca importancia, no harían nada para repararlo hasta el lunes, y Marius estaba enterado de todo eso. Por lo visto, la línea del teléfono de Marius no iba por esa ruta, y debía, probablemente, de tener la conexión más allá del sitio del accidente, por eso rompió su teléfono.

Con firmeza, aunque tuviese que admitir la triste realidad, El Santo grabó todos esos datos en su cerebro, mientras no tenía más remedio que aparentar una calma de la que no disfrutaba. Y al rato se volvió otra vez al policía.

—¿Dónde está la estación? —preguntó—. Deben de tener un telégrafo independiente aquí.

—¿La estación, señor? —dijo el policía—. Está un poco más allá del puente. Pero no encontrará a nadie allí a estas horas.

—No necesitamos a nadie —dijo El Santo—; vamos.

De nuevo había recuperado su presencia de ánimo, y sabía que no podía ocurrir nada antes del amanecer que perturbase la fría disciplina que se había impuesto a sí mismo. Y con esa misma fuerza de voluntad para reprimir sus emociones, comprendió que ese viaje a la estación sería probablemente una pérdida de tiempo, pero consideraba que debía intentarlo.

El grupo de aldeanos seguía reunido fuera de la tienda, y El Santo pasó entre ellos sin mirar a derecha ni a izquierda. Y se acordó de lo que había leído acerca de ese lugar antes de venir, sobre que tenía una población de

3.128, y que tenía terrenos para diversos deportes, su atractivo como balneario, y en ese momento hubiera asesinado, con la mayor impunidad, al autor de aquella disparatada propaganda de sandeces y pacotilla. Porque las glorias de que hubiese podido presumir Saltham, habían desaparecido seguramente largo tiempo ha; ahora no era más que una olvidada aldea a la orilla del mar, desprovista de las más elementales comodidades que puede ofrecer la civilización. Y, sin embargo, como no ocurriese un milagro, la historia hablaría de esa aldea en la misma forma que se habla de Sarajevo.

A su lado caminaba el policía, pero Simón no hablaba. Bajo esa capa de fría calma, un furor incontenible como de ardiente lava invadía el corazón de El Santo. Y lo mismo que le daba ese furor, podía darle por llorar. Porque estaba dándose cuenta perfectamente de lo que significaría que triunfase la misión que llevaba Hermann, y la visión que tenía de ello era que quedaría destruido todo lo que El Santo se había propuesto realizar. Pensó en la pérdida de vidas, la agonía, y la sangre que se derramaría, y las nuevas orientaciones del mundo destruidas, confundidas con el fango, y de nuevo se dio a pensar en la fe dentro de la cual, y por la cual, había muerto Norman Keith... Se le hacía un nudo en la garganta, con solo pensar en el espléndido e inútil sacrificio que su amigo hizo de su vida. Porque Norman era el enlace y el recuerdo de sus buenos tiempos de aventuras, tiempos que ya estaban muy lejanos; aquellos eran tiempos en que nada les importaba y solo buscaban la aventura por la diversión que encontraban en ella, por la pelea y el jaleo, la camaradería y la alegría y el riesgo, la emoción de la batalla, y luego, los días de tranquilidad que seguían a todo. Esos días habían pasado y nunca más volverían. De esta forma, pensando todo el tiempo, llegó El Santo a la estación, y rompió otro cristal para que pudiesen entrar en el despacho del jefe de estación.

Había efectivamente un telégrafo, y durante cinco minutos El Santo procuró obtener una respuesta. Pero no tenía esperanza.

Al rato se volvió, llevándose las manos a la cabeza.

—Es inútil —dijo amargamente—, supongo que no hay nadie escuchando al otro extremo.

El policía hacía demostraciones, como queriendo simpatizar con él.

—Desde luego, si usted no me dice qué es lo que ocurre...

—No podría usted hacer nada. Pero le digo que tengo que comunicar con Scotland Yard antes de las seis y media; bueno, mucho antes. Si no lo hago, estallará la guerra.

El policía se quedó estupefacto.

—¿Dijo usted que habría guerra, señor?

—Eso es lo que dije, ni más ni menos. ¿No hay algún coche rápido en esta condenada aldea?

—No, señor; por lo menos, que yo sepa. No hay ninguno rápido.

—¿Qué distancia hay hasta Saxmundham?

—Unos doce kilómetros, señor, me parece a mí. Aquí tengo un mapa, si es que quiere usted echarle un vistazo.

Simón no preguntó más, y el policía buscó en un bolsillo de su guerrera, sacó un puñado de papeles mugrientos, y los puso sobre la mesa.

En medio del silencio reinante, Simón oyó el tictac de un reloj, y buscó alrededor y lo localizó en una pared detrás de él.

La hora que indicaba se le quedó grabada en la memoria, y otra vez hizo unos cálculos. Tenía dos horas para hacer doce kilómetros. Era bien fácil, pues probablemente podía coger un camión o cualquier otro vehículo de cuatro ruedas que tuviese motor y que pudiese hacer el recorrido en una hora, dejándole otra hora para poder ocuparse de las dificultades que se le presentarían en Saxmundham. Porque él calculaba que podía gastar mucho *bluff* con un policía de aldea, pero no le sería posible conseguir lo mismo con la gente más avispada que se encontrase cuando amaneciera. Y también se le ocurría que podría presentársele otra oportunidad: que se averiase el camión y le dejase malparado en la carretera... Por tanto, debía pensar en utilizar dos camiones. Roger tendría que seguirle en el segundo de ellos, para caso de accidente.

El Santo se levantó.

—¿Quiere usted tratar de encontrarme un par de coches? —dijo—. Me da igual, con tal que sea algo que ande. Tengo otro hombre conmigo y tendré que ir a buscarle. Yo le veré a usted más tarde.

Su voz quedó reducida a un susurro.

Pues el policía le estaba mirando como si fuera un fantasma; y un momento después comprendió por qué. El policía tenía un trozo de papel en la mano; era uno de los que había sacado de su bolsillo, pero no era un mapa, y estaba mirándolo, y después miraba a El Santo con ojos que se le salían de las órbitas. El Santo sabía el significado de ese papel, y su mano derecha empezó a moverse hacia el bolsillo donde tenía la pistola.

Sin embargo, su cara no le delataba.

—¿Qué ocurre, agente? —preguntó con sequedad—. ¿No se siente bien? Seguía mirándole el policía, respirando con fuerza. Y entonces habló.

—¡Ya sabía yo que había visto su cara antes de ahora!

—¿Qué demonios quiere usted decir?

—Yo sé lo que quiero decir —el policía puso el papel otra vez sobre la mesa y golpeó sobre él con aire triunfal—. Esta es su fotografía, y dice que se le busca por asesinato.

Simón quedó fijo como una roca.

—Mi buen hombre, está usted hablando con los pies —le dijo en tono sentencioso—, le he enseñado mi tarjeta de identidad.

—Ya, desde luego que lo ha hecho, pero eso es precisamente lo que dice aquí —el policía cogió el papel otra vez—. Usted haga el favor de explicarme qué quiere decir esto. «Y con frecuencia se hace pasar por inspector de Policía». Y explíqueme usted que el llamarse agente del Servicio Secreto no es equivalente a llamarse inspector de Policía.

—Yo no sé con quien me está usted confundiendo.

—No le estoy confundiendo con nadie. Yo sé quien es usted. Y acaba de llamarme tonto chamuscado, ¿no? ¡Contarme cuentos de esa forma; yo le voy a enseñar a llamarme tonto chamuscado!

El Santo dio un paso atrás y sacó su mano del bolsillo, porque de todos modos no había nadie que pudiese intervenir en una simple pelea.

—Muy bien, muchacho —dijo con calma—, prometo recomendarle para que le asciendan cuando me cojan. Usted es muy listo. Pero no podrá cogerme por ahora.

El Santo se puso sobre las puntas de los pies, levantando los brazos con una sonrisita en los labios y una mirada picara. Y de repente, el policía debió de comprender que quizá era un tonto chamuscado, y que debió de mantener su descubrimiento en secreto hasta que pudiese decirlo. Pues El Santo no parecía que era fácil de prender en aquellos momentos...

Repentinamente, el policía lanzó un grito estentóreo, una sola vez, pues quedó tumbado.

El Santo le había golpeado con su puño sobre la mandíbula, a derecha y a izquierda, con dos golpes secos como el choque de dos bolas de billar, y lo derribó como un tronco.

—Y por ahora, esto ha terminado —murmuró El Santo rudamente.

Alcanzó la ventana en tres zancadas y se quedó allí, escuchando.

En la oscuridad llegaban, voces de hombres que corrían en dirección de donde él estaba.

«¡Bien, bien!», pensaba El Santo, manteniendo su tranquilidad, y comprendiendo que una salida urgente era lo único que le quedaba por hacer. Es que si el policía no hubiera soltado ese grito estentóreo... Pero ya era

demasiado tarde para lamentarse de no haber podido engañar a los aldeanos, cogiendo al policía y teniéndolo atado y amordazado, para seguir sus investigaciones... Pero eso ya era imposible. «Ha sido una noche de lo más divertido», pensaba El Santo mientras saltaba por la ventana.

Desapareció en las sombras de la noche por el andén abajo, como un gato, antes que los primeros pasos se oyesen venir hacia él.

Al final del andén se encontró con una tapia de madera, y estaba saltándola cuando nuevos gritos se oyeron detrás de él. Sonriendo distraídamente, se dejó caer sobre un trozo de terreno con hierba, junto a la carretera. Esta estaba desierta, pues evidentemente todos los hombres que le habían seguido se fueron hacia la estación para ver el motivo de los gritos, y nadie le dio el alto cuando echó a correr silenciosamente por la oscura calle abajo. Y mucho antes que la alarma general se comunicara por todo el pueblo, él corría por la carretera que iba por la costa, y no tenía temor de que le encontrasen.

IV

Eran exactamente las cuatro y media cuando cerró la puerta de la biblioteca de Marius y se encontró nuevamente ante seis personas muy silenciosas. Pero una de ellas se permitió decir una cosa de lo más corriente.

—Gracias a Dios —dijo Roger Conway.

Hizo señas hacia la ventana, que estaba abierta, y El Santo hizo un gesto afirmativo.

—¿Lo oíste?

—Sí, lo suficiente.

El Santo encendió un cigarrillo con pulso firme.

—Hubo un poco de jaleo —dijo tranquilamente.

Sonia Delmar le estaba mirando fijamente, y en sus ojos se veía un atisbo de conmiseración.

—No pudiste comunicar —dijo ella.

Era un comentario trivial, pues todos sabían por anticipado que eso era lo que había ocurrido. Y Simón movió la cabeza despacio.

—No, no pude comunicar. La línea del teléfono va de aquí a Saxmundham, y no pude obtener respuesta en el telégrafo de la estación. Cara de Angel sabía lo del inconveniente del teléfono, y por eso me tiró el suyo a mí.

—¿Y te vieron en la aldea?

—Más tarde sí. Tuve que introducirme violentamente en Correos, pues las damas que están allí al frente se encontraban ausentes; pero por eso pasaron y no me dijeron nada, pues le dije al policía de la aldea que yo era un agente secreto, y se lo tragó al principio, y hasta me ayudó, más tarde, a asaltar a la estación. Pero después sacó un mapa, donde quería mirar qué distancia había hasta Saxmundham, y sacó, al mismo tiempo, su periódico *Noticias de la Policía*, que traía mi fotografía. Le tuve que golpear, desde luego, justo cuando ya iba a ser demasiado tarde. Si no hubiese sido por ese percance, tendríamos algún medio de locomoción hasta Saxmundham, pues estaba arreglando ese asunto cuando el policía me desenmascaró.

—Podías haberle dicho la verdad —opinó Roger.

Esperaba que le contestase con algún exabrupto, pero la respuesta de El Santo fue perfectamente equilibrada.

—No podía arriesgarme a ello, querido. ¿No ves que ya había empezado mintiéndole, y después le llamé tonto chamuscado cuando estaba colocándole el truco de lo de agente del Servicio Secreto, y yo ya me había hecho el concepto de la clase de persona que era? No le hubiera convencido por nada del mundo. Quería tomarse el desquite por lo que le había dicho. Y si le hubiera convencido, me hubiera costado muchas horas para conseguirlo, y aún tendríamos que llegar a Saxmundham, y si me fallaba...

Dejó la frase sin terminar, porque no veía motivo para seguir comentando. Roger se mordió los labios.

—Aun ahora —dijo Roger— es como si estuviésemos abandonados en una isla desierta.

Sonia Delmar habló de nuevo.

—Esa ambulancia —dijo—, la que me trajo aquí...

Entonces le tocó a Marius hablar, desde el rincón donde se encontraba.

—La ambulancia se fue, mi querida señorita. Volvió a Londres inmediatamente después.

En medio de un silencio sepulcral, El Santo se volvió.

—Entonces supongo que seguirá usted gozando de su triunfo, Cara de Angel —le dijo, y había en su voz un tono de ira—, porque le juro, Rayt Marius, que será el último del que va a gozar. Otras personas han asesinado; pero usted ha vendido los cuerpos y las almas de los hombres. El mundo está envenenado con el aire que usted respira... Y ahora he cambiado de opinión en cuanto a darle una oportunidad de defenderse.

El Santo estaba recostado contra la puerta, pues no se había movido de ella desde que llegó. Se quedó allí indolentemente, como con falta de ganas de moverse, pero esta vez la pistola estaba en su mano, y manipulaba el seguro. Roger Conway, que sabía lo que iba a hacer El Santo, procuraba hablar para distraerle.

—Supongo —comentó Roger Conway, como sin darle importancia a lo que preguntaba— que podrías correr toda esa distancia para llegar a tiempo. Me acuerdo que lo hacías muy bien.

El Santo movió la cabeza.

—Me temo que sea demasiado para mí —contestó, malhumorado—; no es que me vaya a caer al final... No, querido amigo Roger, no me es posible conseguirlo. A menos que me salgan un par de alas.

—¿Has dicho *alas*?

Era Sonia Delmar la que había repetido la palabra, y lo hizo casi gritando, cogiendo la manga de El Santo con manos que temblaban.

Pero Simón Templar estaba ya en pie, y una nueva luz iluminaba su cerebro.

—¡Bendito sea Dios! —gritó con una sinceridad abrumadora—, ¡tú lo has dicho, Sonia! Y yo también he caído en la cuenta. ¡*Nos hablamos olvidado del aeroplano de Cara de Angel!*

DE CÓMO A ROGER CONWAY LO DEJARON SOLO, Y SIMÓN TEMPLAR COGIÓ SU RECOMPENSA

I

La pistola de El Santo estaba otra vez en su bolsillo, y había en sus ojos una risa espléndida, y alegría en su corazón. Y fue con esa sonrisa con la que se volvió y dijo a Marius.

—Después de todo, Cara de Angel —dijo—, llegaremos a tener nuestra pelea.

Y Marius no contestó.

—¡Pero ahora no, Santo! —Roger protestaba con tono de angustia, y Simón se volvió con otra sonrisa y un gesto de elegancia.

—¡Seguro que no, querido Roger! —contestó—. Eso vendrá después, cuando se pasen el oporto y los cigarros puros. Lo que vamos a hacer es correr a donde está ese bendito avión.

—¿Pero dónde vamos a aterrizar? Serán más de cien kilómetros a Croydón en línea recta. En eso tardaremos una hora, y a la llegada nos vamos a encontrar con dificultades.

—No aterrizamos, muchacho. Por lo menos, hasta que todo haya terminado. Te digo que tengo este asunto perfectamente planeado. ¡Ya voy allá!

El cigarrillo fue dando tumbos por el aire a través de la habitación y reventó, formando estrellitas, contra la pared de enfrente. Y él se llevó a su lado a Roger y a Sonia, con una mano sobre cada uno de sus hombros.

—Ahora, veréis: Roger, tú vendrás conmigo, y me ayudarás a localizar el avión. Sonia, yo quiero que tú busques por la casa a ver si encuentras un par de cascos y dos pares de gafas para llevar en el avión. El equipo que usa Cara de Angel tiene que estar en alguna parte de la casa y, probablemente, tendrá

alguno de repuesto. Después, a ver si me encontráis otro largo rollo de cuerda, pues de seguro que tienen bastante por ahí; con ello el trabajo vuestro habrá sido completo. Lessing —en ese momento miró al millonario, que se había puesto en pie—, ya es hora de que vuelva usted a la vida. Busque unos pedacitos sueltos de cuerda, sin cortarlos del rollo que Sonia encuentre, y entreténgase en atar en sendas sillas a esos tres que están en el rincón, Freeman, Hardy y Willis. Entonces estarán perfectamente acomodados hasta que vengamos a recogerles. ¿Está claro todo?

Un coro de respuestas afirmativas fue la contestación.

—Entonces, vámonos —dijo El Santo.

Y él se fue, pues sabía que todo lo que había ordenado sería efectuado seguidamente. La nueva vitalidad suya, la alegría audaz, estaba resumida en la magnífica sonrisa con la que se despidió de ellos; se sintieron arrebatados por el espíritu que les había inculcado, de forma que este les llevaba a ejecutarlo todo con religiosa escrupulosidad. Hasta Lessing pareció cambiar.

Y en cuanto a Roger...

Roger dijo, en tono vacilante, al tiempo que doblaban la esquina de la casa para pasar por un terreno de hierba:

—Santo, me ha contado Sonia cómo te portaste durante ese viaje por mar que hicisteis juntos.

—¿Te lo ha contado?

—Siento haber tenido dudas de ti y de haberme conducido como lo hice, querido amigo.

Simón soltó una carcajada.

—¿Te creíste que te la había robado, Roger?

—Tú no lo deseas, ¿verdad?

Anduvieron un poco en silencio.

Entonces El Santo dijo:

—No, porque comprenderás que tengo todavía a Pat.

—Sí, ya lo comprendo.

—Te diré algo. Yo creo que la primera vez que me vio, Sonia simpatizó conmigo. Yo también tenía predilección por ella, a mi manera, porque creo que es maravillosa. No hay otra palabra para calificarla. Pero es que para mí, Pat es mejor, ¿comprendes?

—No.

—Mas de una vez se me ocurrió pensarlo. ¿Pero para qué sirve hacer más comentario? Hay de toda clase de personas en este mundo, y, especialmente, de toda clase de mujeres. Son hechas de otra madera, y eso no lo podrás

cambiar, hagas lo que hagas. Supongo que dirás que es trivial lo que estoy diciendo, pero te doy mi palabra, Roger, que tenía yo que hacer aquel crucero la noche pasada, para empezar a comprender realmente el significado de lo que ahora te estoy contando. Y a Sonia le ocurrió igual. Pero yo saqué más consecuencias que ella, porque las consecuencias eran más divertidas para mí que para ella. Yo creo que tú tampoco las encontrarías tan divertidas, pero eso sería por otras razones, que ahora no vienen al caso relatar...

—¿Y cuáles eran las consecuencias a que te referies? —preguntó Roger intrigado.

—Cuando vimos a Hermann —dijo El Santo—, y Hermann me apuntó con la pistola, Sonia también tenía una. Y Sonia no disparó. Pues bien, Pat no se hubiera perdido esa oportunidad —hizo una pausa y levantó la linterna que llevaba—. Ahí está nuestro avión, ¿verdad? —dijo.

Un poco más adelante aparecía la sombra de un pequeño hangar. Con unos cuantos pasos más llegaron a él, y El Santo abrió las puertas corredizas. Y allí estaba el aeroplano, un Gipsy Moth de color plata y oro, con las alas primorosamente plegadas.

—¿No crees que hoy es nuestro día? —comentó El Santo con lentitud.

Roger dijo cautelosamente:

—Siempre que haya bastante líquido.

—Lo veremos —dijo El Santo, y ya se encontraba mirando al nivel de la gasolina; su murmullo de satisfacción retumbó con toda claridad por el espacio—. Hay veinte litros... ¡Es más que suficiente!

Sacaron el aparato fuera, y El Santo le colocó las alas en posición. Entonces metió a Roger en la carlinga y cogió la hélice.

—¡Quita el contacto, aspira!

—La hélice dio vueltas, y más tarde ordenó el Santo.

—¡Pon el contacto!

—¡Puesto el contacto!

El motor dio una explosión, y entonces la hélice dio unas sacudidas y se quedó parada. Otra vez El Santo la hizo dar vueltas, y esta vez el motor ya dio algunas revoluciones antes que se parase de nuevo.

—Va a arrancar fácilmente —dijo El Santo—. Un momento para que yo compruebe si tienen unos tacos.

Desapareció dentro del hangar, y volvió con un par de cuñas de madera que llevaban unas cuerdas colgando. Puso estas debajo de las ruedas, y entonces se fue otra vez hacia la hélice.

—¡Debe arrancar esta vez! ¡Aspira otra vez!

Dio media docena de vueltas y ya estaba preparado.

—¡Pon el contacto!

—¡Puesto el contacto!

Dio un tirón a la hélice, y el motor dio una explosión, falló un poco, continuó lentamente, y, finalmente, arrancó con un fuerte estruendo.

—¡Con rapidez! —dijo El Santo.

Corrió alrededor del ala y saltó al lado del aparato, con un pie en el estribo, alcanzando con el brazo para manejar el acelerador.

—¡Echate para atrás todo lo que puedas, Roger..., así!

El escape del motor funcionaba en forma furiosa; un vendaval daba en la cara de El Santo y le arrebatava la chaqueta de los hombros. Durante un momento él permaneció agarrado, sosteniendo el acelerador todo abierto, mientras que el rugido del motor zumbaba en sus oídos y el aparato temblaba con la vibración; entonces él disminuyó el régimen de marcha, y aplicó sus labios a la oreja de Roger.

—Aguántalo así, muchacho. Yo voy a enviarte a Sonia. Si ves que se te va el avión, corta el contacto.

Roger hizo un gesto afirmativo, y El Santo saltó abajo y desapareció. En unos momentos estaba de regreso en la casa, con el ruido del motor llegándole hasta allí a través de la oscuridad. Sonia Delmar le estaba esperando en la puerta de entrada.

—Ya tengo todas las cosas que querías —dijo ella.

Simón echó un vistazo a los bultos que ella traía.

—Magnífico —le tocó en la mano—. Roger está allí, querida. ¿No te importa llevarle todas esas cosas?

—Desde luego.

—Muy bien. Sigue andando por donde oyes el ruido, pero no te metas debajo de la hélice. ¿Dónde está Ike?

—Está casi acabando.

—Muy bien. Yo le traeré.

Con la sonrisa en los labios se fue hacia la biblioteca. Lessing estaba levantándose de su posición, arrodillado, ocupado en su tarea; una mirada de Simón hacia Marius, el alemán, y el Pollo del Bowery, le convencieron de que se había hecho como él dijo.

—¿Está todo bien, Ike? —murmuró El Santo, y Lessing contestó afirmativamente.

—Yo no creo que puedan soltarse, aunque yo no soy muy experto en esta clase de trabajo.

—A mí me parece que está muy bien y para haber sido hecho por un aprendiz. Ahora, ¿quiere irse hacia el *hall*? Yo estaré con usted dentro de algunos minutos.

El millonario salió y Simón se volvió a Marius por última vez. Por la ventana, que estaba abierta, venía el ruido de un motor, y Marius tenía que haberlo oído y comprendería de qué se trataba, pero sus facciones no daban señales de haberlo advertido.

—Así que le he derrotado otra vez, Cara de Angel —dijo El Santo lentamente.

El gigante le miró con ojos desprovistos de emoción.

—A mí nunca me derrotan, Templar —contestó.

—Pero esta vez ha sido usted derrotado —dijo El Santo—; mañana temprano volveré, y arreglaremos nuestras cuentas. Y para que yo no fracase, me traeré a la Policía. Estarán muy interesados en oír las cosas que tengo que contarles. Provocar las guerras en forma privada con fines de ganancia personal no estará castigado por las leyes, porque no está previsto; sin embargo, se ahorca a los hombres por el delito de alta traición. Aun ahora, no sé si le haré ahorcar. Hay algo muy práctico, aunque poco romántico, en castigar con la horca. Pero eso lo decidiré antes de mi regreso. Le dejo para que medite sobre su victoria.

Y Simón Templar dio la vuelta y salió, cerrando la puerta con llave. Sir Isaac Lessing estaba en el *hall*. Seguía mortalmente pálido, pero había una extraña valentía reflejada en la firmeza de sus labios y en la mirada con que se enfrentó a El Santo.

—Creo que le debo la vida, míster Templar —dijo, muy ecuánime; pero la contestación de El Santo fue seca.

—No tiene importancia.

—No estoy acostumbrado a estas cosas —dijo Lessing— y veo que no me adapto a ellas. Supongo que soy despreciable. Lo único que puedo decir, es que estoy de acuerdo con usted. Y además, quiero presentarle mis excusas.

Durante largo rato, El Santo le miró, pero Lessing no pestañeó al devolver su insistente mirada.

Y entonces El Santo cogió al millonario por un brazo.

—Nos esperan los otros —dijo—, ya hablaremos cuando estemos en marcha.

Salieron por la puerta, y El Santo, al volver la mirada atrás, vio a un hombre tumbado en un rincón del *hall* muy quieto. Cerca de las puertas de la

casa del guarda vio otro, también inmóvil. Después, decía a Roger Conway que esos dos hombres estaban muertos.

—Tienes que tener cuidado cómo golpeas a la gente con la culata de la pistola —dijo El Santo—. ¡Es tan fácil hundirles el cráneo! —pero nunca dijo a Roger qué fue lo que dijo a sir Isaac Lessing en las primeras horas de la mañana aquella, mientras andaban, atravesando el pequeño campo de aterrizaje, bajo la luz de las estrellas.

II

—Y, por tanto, ya les dejamos —dijo El Santo.

Había estado ocupado un rato haciendo una operación con la cuerda que Sonia Delmar le había traído, pero ahora dio vuelta alrededor del aeroplano hasta quedar a la luz de la linterna, atándose la correa que sujetaba el casco.

Lessing esperaba un poco apartado, pero Simón le llamó y él vino y se unió al grupo.

—Les veremos en Londres —dijo El Santo—. Tan pronto como despeguemos, llévase a Sonia inmediatamente a la estación y esperen allí la llegada del primer tren. No creo que se encuentren con ninguna dificultad, pero, si eso ocurriera, me parece que sabrán arreglárselas solos. No hay motivos tampoco de detención contra ustedes. Pero, por Dios, no mencionen para nada a Cara de Angel o esta casa, porque yo no me podría fiar que ese policía de aldea se ocupase de Cara de Angel. Sería igual que si yo dejase mi ratita blanca al cuidado de un gato hambriento. Cuando lleguen a Londres, supongo que querrán echarse a dormir; pero nosotros estaremos en las Caballerizas de Upper Berkeley esta noche. Sonia ya conoce el camino.

Lessing hizo un gesto afirmativo.

—Buena suerte —dijo, y le tendió la mano.

Simón la cogió en un apretón de acero.

Se apartó, sacó el pañuelo un momento para ver la dirección del viento, y fue a quitar los tacos de las ruedas. Entonces subió a la carlinga y enchufó su auricular en las conexiones de goma.

Se oyó su voz por el tubo.

—¿Está todo listo, Roger?

—Todo listo.

El Santo miró hacia atrás.

Vio a Roger coger la mano de la chica y llevársela a los labios, y ella se apartó, emocionada. Y con esa última visión, El Santo arregló las gafas sobre sus ojos y empujó el control hacia adelante: el runruneo del motor subió a su máximo al abrir el gas, y empezaron a deslizarse por encima de la hierba.

No era fácil despegar en una noche oscura, sin saber lo que había al final del campo. Pero él mantuvo levantada la cola firmemente mientras cogía velocidad, y entonces soltó la palanca tan rápidamente como pudo. Los saltos fueron menos frecuentes, hasta que terminaron por completo. Estaban ya suavemente en el aire... Mirando por el costado, vio las copas de los árboles a unos seis metros más abajo; y sonrió al ver que estaban libres de ellos. Dando un giro hacia el Oeste vio un puntito de luz en la oscuridad bajo la punta del ala. Era la linterna. Y entonces el aparato se enderezó de nuevo y fue velozmente a través de la oscuridad ascendiendo con lentitud.

La velocidad del aire en esa altura le daba nueva vida. Un poco antes se sentía cansado terriblemente, pero ahora veía que estaba listo para correr la mayor aventura de su vida, si fuese necesario. Sería quizá por esa nueva esperanza que le daba el haber encontrado la solución a última hora, cuando ya había perdido toda ilusión. Porque ahora tenía la ocasión de actuar, y si de algo servía la audacia, y la destreza, y las fuerzas, él no fracasaría. Por eso, el trabajo quedaría realizado, y la vida continuaría, y habría otras cosas para conocerlas y nuevas canciones que cantar. La batalla, el asesinato, la muerte repentina, todo eso lo había visto en toda su magnitud, y los venció. Y gozó con todo ello. Tuvo torpezas y tentaciones, y cometió tonterías, pero todo eso también terminó. Y ahora se cumpliría una promesa, y se realizaría mucho bien, un gran bien, que pronto llegaría a un buen fin, aunque habría otras cosas, tales como decía la canción:

«Pues la canción y la espada
y las flautas del dios Pan
son derechos vendidos a un usurero,
pero yo soy el último bandolero.
Y yo soy el último aventurero».

Ni siquiera todo lo que él había realizado era propio de su destino. Había también otras cosas. Mientras la tierra diese vueltas para traernos las estaciones, y las estrellas estuviesen en el cielo, seguiría habiendo otras cosas. No existía el término para las cosas, ni deja de existir: eran cosas circunstanciales, y una vida completa no podía estar sujeta a semejantes nimiedades. Una vida completa se componía de todo lo que la vida podía ofrecernos; era completa por sí misma, sin llevarse todo, sin temor, o darlo todo, sin hacer un favor; y dondequiera que terminase, sería siendo completa,

en toda su magnitud. Así seguiría siendo. Un día, para pelear y matar; otro, para salvar; para ser rico un día, y para ser pordiosero al otro; para pecar un día, y para hacer algo heroico al siguiente, y así podrían ser perdonados los pecados del hombre. ¡Y había tantas cosas que él no había hecho todavía! No se había paseado por los jardines de Montecarlo, impecablemente vestido de frac, ni tampoco se había paseado por toda Europa vestido con lo peor que tuviera. No había sido asiduo de una playa de los mares del Sur, ni se había construido una casa con sus propias manos, ni había dado pláticas en una iglesia, ni había estado en Timbuctu, ni se había casado, ni había hecho trampas en el juego, ni había aprendido el chino, ni había pegado un tiro a un conejo parado, ni había conducido un Ford, ni... Pero ¿es que iba a terminar el relato de las cosas que no había hecho? Pues cada cosa que el hombre pudiese hacer, ciertamente le hacía parecer más rico, y por cada cosa que no hubiese hecho, era indudable que sería más pobre por no haberlo hecho.

Y así, con esas divagaciones, mientras el aeroplano volaba hacia el Oeste y el cielo empezaba a clarear con la llegada del amanecer, El Santo encontró una gran paz de espíritu, y se echó a reír...

Su curso lo llevaba sin error. En los buenos tiempos no había un centímetro de Inglaterra sobre el cual no hubiese volado, y no le hacía falta ningún mapa. A medida que la plata en el cielo se extendía sobre el horizonte, el campo empezaba a verse con más claridad, y él empezó a aleccionar a Roger en una tarea muy difícil.

—Tú has manejado los mandos anteriormente, ¿no es verdad, querido? —comentó con frialdad, y una contestación no muy entusiasta le llegó a donde él estaba.

—Sí, solo un poquito.

—¡Entonces te queda media hora para aprender, como si hubieses nacido en el aire!

Roger Conway dijo ciertas cosas, cosas que no venían al caso y que no se pueden transcribir. Y El Santo sonrió.

—Vamos —dijo— a ver si haces un viraje suave.

Después de una pausa, el aparato dio una sacudida y se inclinó como un borracho.

—Fatal —dijo El Santo, sin piedad—; manejas el timón con demasiada brusquedad. Procura imaginarte que no vas montado en una bicicleta. Y no uses la palanca como si estuvieses moviendo una papilla del desayuno... Ahora lo vamos a hacer conjuntamente —lo hicieron así—. Y ahora, hacia la izquierda.

Durante diez minutos continuaron las lecciones.

—Me parece que podrás ir ya seguro con esas lecciones —dijo El Santo al finalizar—; mantén las vueltas con suavidad, y no te harás daño. Siento que no puedo darte instrucciones sobre lo que has de hacer si entras en barrena, pero si te ocurre, tendrás que morir. Ahora vamos a planear.

Planearon.

Entonces Roger dijo, con verdadera tristeza:

—¿Y para qué haces todo esto, Santo?

—Lo siento —dijo El Santo—, pero me temo que tendré que dejarte en el mando muy pronto. Voy a estar muy ocupado.

Explicó por qué, y el grito de horror de Roger llegó a través del teléfono.

—¿Pero cómo demonios voy a aterrizar, Santo?

—Tírate al Támesis —contestó Simón sucintamente—; planea hacia un sitio despejado, tal como te he enseñado, desata el cinturón de seguridad, ponte recto cuando estés cerca del agua, y reza. Como el aeroplano no es nuestro, qué más da.

—Pero me va la vida en ello —dijo Roger sombríamente.

—No te harás daño, muchacho. Ahora, despierta y procura volar sorteando los obstáculos.

Y la cabeza del aparato se inclinó, con un chirrido de cables. La tierra, iluminada ahora con la claridad del amanecer, se les venía de frente furiosamente. La sangre de Roger se le subía a la cabeza, y le parecía que se había dejado el estómago unos mil metros atrás. Entonces la palanca se introdujo entre sus piernas, su estómago bajó hacia el asiento y se sintió tremendamente mareado.

—¿Siempre es tan molesto como ahora? —preguntó, desfalleciendo de miedo.

—Si no bajas tan de prisa, no lo sentirás tanto —dijo El Santo alegremente—, pero eso lo hice para ahorrar tiempo. Solo requiere que conserves la calma y toques los controles con suavidad —el aeroplano se introdujo entre dos árboles, con veinte centímetros aproximadamente de espacio libre para las puntas de las alas, y un rebaño de ovejas huyendo bajo las ruedas.

—Ya lo estás manejando tú solo, Roger. Vamos a afeitar esa tapia. Ahora estás demasiado alto, y dije rozar la tapia y no subir como un cohete —la palanca fue hacia adelante un poquito—. Así está mejor. Ahora pasa por esa tapia a unos dos metros. Eso fue a unos diez metros. Hazlo mejor la próxima vez, pero no te pases y te lleves el tren de aterrizaje. ¡Así va mejor! Ahora

estuviste solo a cuatro metros de distancia. Si puedes calcular esa distancia, podrás ir bien. Ahora repítelo otra vez. ¡Muy bien! Ahora sube un poco para ir por esos árboles. Procura no apartarte a más distancia de la que te he dicho; será una buena forma de practicar.

Y Roger intentó hacerlo. Y lo intentó con un fervor como nunca había hecho cosa semejante en su vida, pues sabía cuánto dependía de él. Y El Santo le animaba, hablándole todo el tiempo en tono convincente, procurando que en pocos minutos adquiriese los conocimientos para los que por lo regular se precisa un mes para dominarlos.

Y se las arregló para conseguir los resultados apetecidos. Roger estaba aprendiendo la lección y adquiriendo lo principal, que era el tacto del aparato, y en todo ello había comenzado con ese gran don que es tener una cabeza equilibrada y un juicio instintivo de las cosas. Fue un poco más tarde cuando se notó un poquito de pelo blanco en las sienes. Y así, durante el resto del vuelo, trabajaron juntos, y El Santo miraba de vez en vez a su reloj, sin cambiar el tono de voz. Y llegó el momento en que dijo El Santo que se habían acabado las lecciones y tenía que coger él los controles, como así lo hizo. Subieron rápidamente, y, al alejarse los campos, un rayo de luz del anillo que traía el sol al salir les envolvió como en un remolino de oro y plata en la brillante escena del firmamento.

III

—¡Ahí abajo, a tu derecha! —gritó El Santo, y Roger miró hacia donde apuntaba el brazo de El Santo.

Vio los campos, que se le antojaban mapas extendidos. Los árboles y las pequeñas casas eran como juguetes para los juegos de niños, cuando suelen construir sus aldeítas en el suelo de la habitación de jugar. Y sobre esa visión grotesca de un mundo diminuto, visto como lo vería un hada sin ocupación, había un enjambre de carreteras y caminos esparcidos por la tierra como si fuesen unas madejas de cuerdas sin desatar, y una línea del ferrocarril era como un corte hecho con un cuchillo en una tarta, y por la línea del ferrocarril iba bufando un tren pequeñito de juguete. El aeroplano se inclinó y el mapa parecía que se subía hacia los cielos, hasta quedar como una pared al lado del extremo de un ala, y El Santo habló de nuevo:

—Hermann está como a unos veinte kilómetros de distancia, pero eso no nos da mucha ventaja yendo solo a setenta kilómetros por hora, de manera

que hay que acabar pronto, Roger. Si puedes hacer el trabajo igual que lo hiciste hace poco, sencillamente nada irá mal. No te excites, y procura no quedarte parado cuando quedes libre de mi peso. No sé exactamente cuál va a ser el efecto que produzca.

—¿Y suponiendo, bueno, suponiendo que no te salga bien?

Estaban volando para encontrarse con el tren de juguete.

—Si me falla, Roger, la única cosa que te pido es que trates de aterrizar un poco más adelante, sobre la línea del ferrocarril. Te estrellarás, desde luego, pero si cortas la gasolina antes, quizá vivirás para contarlo. Pero que lo intentes o no, es cuestión que tú tendrás que decidir.

—Procuraré hacerlo, Santo, si es que es mi deber.

—Buen explorador.

Habían pasado por encima del tren, y entonces hicieron un viaje pronunciado y fueron en su persecución.

La voz tranquila de El Santo llegó a los oídos de Roger con una mezcla de risa audaz en su entonación.

—Ya estamos encima, Roger. Voy a saltar. Hasta la vista, querido, y buena suerte.

—Buena suerte, Simón.

Roger Conway tomó los controles del avión.

Y entonces vio lo que nunca iba a olvidar jamás. Vio a El Santo salirse de la carlinga, y tambalearse sobre el ala, por la fuerza del aire, que casi le arrancó de su precaria situación. Entonces El Santo cogió uno de los vientos con una mano, y la cuerda que había atado, con la otra, y se colocó al borde del ala. Roger le vio sonreír, con su conocida e incomparable sonrisa. En seguida estuvo El Santo de rodillas; después, las piernas desaparecieron de la vista; seguidamente, se vio solo la cabeza y los hombros; por último, las manos, y, finalmente, desapareció de la vista.

Roger avanzó la palanca muy suavemente.

Miró por el lado, cuando lo estaba haciendo, con verdadero terror por temor de ver a una forma estrellarse sobre el mapa que tenía debajo, pero no vio nada, pues él no tenía ojos más que para mirar al tren.

El asunto era acertar o no, y entonces...

Y, mientras tanto, Simón Templar contemplaba el tren.

Colgaba al final de la cuerda como una araña pendiendo de un hilo, diez metros bajo el fuselaje de plata y oro. Tenía un pie metido en un lazo que había hecho antes de salir, y sus manos estaban agarradas a la cuerda. El tren avanzaba, cada vez más cerca.

El viento le azotaba con latigazos invisibles, hinchando su chaqueta, y luchando contra él, con dedos salvajes que le despellejaban materialmente. Para respirar, era un verdadero esfuerzo el que tenía que hacer, y para sostenerse, era una batalla incruenta. Y viéndole, parecía que por su posición debía estar descansando. Había enseñado ex profeso a Roger que volara bajo, mucho más bajo de lo que fuese preciso, porque así era menos arriesgado que ser arrastrado veinte metros sobre los techos de los vagones. Cuando llegase el momento se deslizaría por la cuerda, colgando por los brazos, y soltaría cuando pudiese hacerlo.

Ese instante ya no estaba lejos. Roger estaba bajando con el motor a todo gas. Pero el tren también avanzaba. A los doscientos metros de altura, El Santo calculaba que alcanzaría el tren a unos veinte kilómetros por hora. Debió advertir de paso a Roger; pero también debió ver Roger el error, pues cortó gas y perdieron velocidad. Ahora, ya estaba bajando más despacio.

Con una corta oración en los labios, El Santo sacó el pie del lazo y bajó por la cuerda mano tras mano.

—¡Glorioso! —pensaba El Santo—, si el tonto para, o si trata de cortar la velocidad, tirando de la palanca.

Pero no ocurrió tal cosa. Conservaban la altura; entonces bajaron en línea recta, alcanzando al tren a unos quince kilómetros por hora; luego, a diez, y el coche de cola casi tocaba los pies de El Santo, a unos doce metros bajo él.

Había solo tres coches en el tren.

Pero ahora bajaban de prisa; Roger maniobraba como un as. Sin embargo, no estaba justo en el centro. Un poco a un lado es como ahora se encontraba.

—Toca el timón un poco a la izquierda —decía El Santo, como si pudiera oírle, pues uno de sus pies había tocado el lado de un techo, y todavía seguía bajando.

Entonces, de alguna forma imprevista, ocurrió como si Roger le hubiera oído, pues El Santo se encontró sobre el techo del coche delantero y sus rodillas y sus brazos se encogieron para que sus pies no diesen sobre él mismo.

En ese momento soltó.

El tren parecía que quería escaparse de debajo de él; su mano izquierda se agarró a un saliente, y quedó como inutilizada; el techo le daba la sensación como si estuviera al rojo, y le quemaba las piernas. Se sintió resbalar hacia el costado, y alargó su mano sana para agarrarse. Cogió algo que parecía ser una barra, se aferró desesperadamente, y el deslizamiento que se había iniciado

quedó parado en seco, haciéndole recibir un golpe en el hombro como si se fuese a dislocar.

Quedó allí, jadeante, extrañado de que estuviese todavía sano... Durante un minuto permaneció...

Entonces todo el significado de lo que había hecho le invadió, y quedó allí casi exánime, riendo absurdamente con una risa que se asemejaba más bien a un llanto.

Porque el trabajo había sido realizado.

Lentamente, con asombro inconcebible, volvió la cabeza. El aeroplano estaba girando, volviendo hacia él, junto al tren. Y una cara miró hacia él, con el casco y las gafas, que le daban el aspecto de una macabra gárgola; pero todo lo que se podía ver de la cara no era sino una blancura semejante al cielo de aquella mañana.

Simón saludó con su mano averiada, y al pasar el aeroplano envuelto en un tronar de ruidos se vio destacarse contra el oro y plata de su fuselaje el blanco de un pañuelo, que se agitaba en señal de saludo. Y de esa manera, el aeroplano pasó, tomando altura gradual para dirigirse hacia el Norte, con el sol naciente haciéndole brillar.

Cinco minutos más tarde, en extraño contraste con el gran pájaro de metal que se elevaba suavemente para seguir volando en el amanecer, unas figuras muy preocupadas y con ropas de trabajo salieron del tender de la locomotora, y los dos hombres, que le habían estado viendo desde el principio, le cogieron a tiempo, al rodar él, en sus brazos.

—¿Usted es el que se ha tirado desde ese aeroplano? —dijo en forma atolondrada uno de los que llegaron, y Simón Templar asintió.

Levantó una mano muy sucia y se limpió la sangre que tenía sobre los ojos.

—Me tiré para decirles que paren el tren —dijo—. Hay dos bombas sobre la línea del ferrocarril.

IV

El Santo quedó donde le depositaron. Nunca había conocido lo que era estar completamente rendido. Toda su fuerza parecía haberle abandonado ahora que le había servido para hacer ese supremo esfuerzo. Tenía la sensación de que no había dormido durante mil años.

Alrededor de él había mucho ruido. Oía el ruido del vapor al salir, el chirrido de los frenos, la sacudida y silbido del tren al parar totalmente. En el repentino silencio seguía oyendo el zumbido lejano del avión. Luego oyó voces y pisadas que corrían, preguntas y respuestas, todas mezcladas en un indescifrable murmullo. Alguien le estaba sacudiendo por el hombro, pero en ese momento, él estaba muy cansado para levantarse, y el hombre se fue.

Y otra vez, al poco rato, le movieron, con mayor insistencia. Un paño frío mojado le limpiaba la cara, y él oyó una exclamación de asombro. El aeroplano había desaparecido, aunque él no notaba que hubiese terminado el runruneo del motor, pues debió de haber perdido el sentido durante algunos momentos. Entonces le pusieron un vaso en los labios, y él bebió y se atragantó al recibir un líquido fuerte que le quemó la garganta. Y abrió los ojos.

—Me encuentro bien —murmuró.

Todo lo que vio fue un par de botas. Botas grandes. Y sus labios se torcieron en un rictus de humor.

Entonces miró hacia arriba y vio la cara cuadrada y el sombrero hongo de un hombre que tenía sus brazos rodeándole los hombros.

—Bombas, querido —dijo El Santo—, tienen unos ingeniosos aparatitos para hacerlas estallar, porque las ponen sobre la línea del ferrocarril y estallan cuando las ruedas delanteras del tren pasan por encima. Eso es lo que les estaba diciendo. Ahora le toca a usted.

El hombre del sombrero hongo le hizo un gesto afirmativo.

—Ya las encontramos. Usted nos paró cuando estábamos a cien metros nada más —estaba mirando a El Santo con un gesto de pesar en sus facciones—. Y además, le conozco a usted —dijo.

Simón sonrió con dificultad.

—¡Hay que ver lo que es la fama! —suspiró—. Yo también le conozco, detective inspector Carn. ¿Cómo va la industria? Esta vez iré sin protestar. No podría correr un metro.

Los labios del detective se movieron un poco bruscamente. Miró por encima del hombro.

—Creo que el Rey le está esperando para hablarle —dijo.

DE COMO SIMÓN TEMPLAR DEJÓ UN LIBRO

Era avanzada la tarde de un día hermoso de septiembre cuando Roger Conway entró en las Caballerizas de Upper Berkeley utilizando su propia llave.

Encontró a El Santo sentado en una butaca ante una ventana abierta, con un libro sobre las rodillas, y eso le extrañó algo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, y Simón se levantó con la sonrisa en los labios.

—He dormido —murmuró—, y también tú, por lo que se ve.

Roger tiró su gorra de visera puntiaguda, a través de la habitación.

—Sí, he dormido —dijo—; creo que la orden de dejarme en libertad llegó a la hora del almuerzo, pero creyeron que no era procedente despertarme.

El Santo le miró escrutadoramente, con aire de extrañeza. La ropa de Roger le sentaba mal. Parecía que había encogido. En efecto, es que había encogido.

—¡Vaya ropa que llevas! —comentó Simón—. ¿Es la moda? Yo tendría miedo de resfriarme, ¿sabes? Además, los pantalones no parecen que estén muy seguros si te sientas.

Roger respondió al examen crítico que le habían hecho, haciendo un comentario insultante.

—¿Cuánto crees que te pueden pagar por esa cara? —preguntó, y de repente El Santo se echó a reír.

—¡Bueno, pedazo de queso comido por la polilla!

—¡Bien, pedazo de mamarracho comido por las pulgas!

Y con gran alegría, sus manos se estrecharon en un fuerte apretón.

—Sin embargo —siguió diciendo El Santo—, no estás muy favorecido con esa indumentaria. Y supongo que te sentirás mejor cuando te hayas afeitado. Un alma caritativa me telefoneó para decirme que estabas en

camino, y he puesto el baño para ti y te he preparado otro traje. Anda a arreglarte, viejo bacilo, y te cantaré cuando vuelvas.

—No volveré en muchos años —dijo Roger con delicadeza.

El Santo sonrió.

Se sentó otra vez cuando Roger se hubo ido, cogió de nuevo el libro y escribió unos signos cabalísticos en el ángulo de una página, con aire pensativo. Luego escribió unas líneas más, y dejó su pluma estilográfica a un lado. Encendió un cigarrillo y miró hacia un cuadro que había en el otro lado de la habitación; allí seguía cuando Roger regresó.

Y Roger dijo lo que había querido decir anteriormente.

—Estaba pensando —dijo Roger— que habrías ido quizá tras Cara de Angel.

Simón volvió las páginas del libro.

—Y eso iba a hacer —dijo—, pero las razones que me han impedido hacerlo están registradas aquí. Este es el tomo en el que con todo detalle anoto los esfuerzos que hacemos para que un autor amigo mío los conozca, pues ha jurado convertirnos en unas figuras clásicas algún día. Esta anotación está muy compendiada.

—¿Qué has puesto?

—Dice solamente... «Hermann».

Y El Santo, mirando hacia arriba, veía la cara de Roger y se reía suavemente.

—En la confusión general —dijo dulcemente— nos hemos olvidado del querido Hermann. Y a Hermann le ordenaron que volviese inmediatamente después de haber colocado las bombas. Supongo que lo ha hecho. Sin embargo, no he oído decir que le hayan cogido. Desde luego, todavía existe esa posibilidad. Roger, quizá estés intrigado por saber qué es lo que me ha ocurrido a mí; pues telefoneé a nuestro viejo amigo el inspector jefe Teal y le dije todo lo que había ocurrido en Saltham, y se fue tan rápido como un coche patrulla podía llevarle. Falta saber si llegó a tiempo... El príncipe heredero salió de Inglaterra anoche, pero han podido detener a Heinrich. Me temo que Ike tendrá que tomar nueva servidumbre, porque los suyos están irremisiblemente muertos. Creo que eso es lo que puedo decirte.

—No parece que te preocupe mucho —dijo Roger.

—¿Y por qué me va a preocupar? —dijo El Santo, algo fatigado—. Nosotros hemos hecho nuestro trabajo. Cara de Angel está destrozado, pase lo que pase. Nunca más podrá ser un peligro para el mundo. Y si le cogen, será ahorcado, con lo que le harán un favor. Por otra parte, si escapa, y estamos

predestinados a vernos nuevamente las caras, entonces será lo que disponga la Providencia.

—¿Y en cuanto a Norman?

El Santo sonrió, con su tranquila sonrisa.

—Había esta mañana una carta de Pat —dijo— que fue echada al correo en Suez. Van por la costa oriental de África, y esperan estar en las islas Madeira en primavera. Y yo voy a hacer una cosa que Norman hubiera preferido más que tomarse el desquite. Voy a ir a buscar aventuras por Europa, y al final me encontraré con mi mujer.

Roger se retiró un poco y miró hacia el teléfono.

—¿Tienes noticias de Sonia? —preguntó.

—Llamó —dijo El Santo—, le dije que viniera aquí directamente y se trajese a su padre. Deben de estar al llegar.

Conway cogió el *Bystander* y lo dejó otra vez donde estaba.

—Entonces —dijo—, ¿lo que dijiste anoche lo decías en serio, y también lo de esta mañana?

Simón miró por la ventana.

—Todo lo decía en serio —contestó—. Es que, querido Roger, ocurren cosas muy raras en esta vida nuestra. Quieres apartarte de todas las reglas corrientes, y después, cuando venderías tu alma para seguir unas normas, ya te encuentras en un callejón sin salida. Y cuando ocurre una cosa así a un hombre, está perdido, salvo que el Cielo le proteja, porque solo conozco una cosa que es peor que tragarte cada mandamiento que otras personas te imponen, y es no tener más mandamientos que los que tú mismo te impongas. No comprenderás nada de esta oculta filosofía que te estoy citando. Pero, te diré, Roger, como un hecho indiscutible que es, que todo lo que la vida te da tiene que pagarse; y también, donde te lleve la vida, allí estará también tu corazón. Anoten los interesados... Copias autógrafas de este discurso están disponibles con pago a plazos en las tascas, bares y otros lugares, por una libra esterlina cada una...

Después de estas divagaciones humorísticas, El Santo quedó callado. Un coche aminoró su marcha al bajar por las Caballerizas y quedó parado a la puerta.

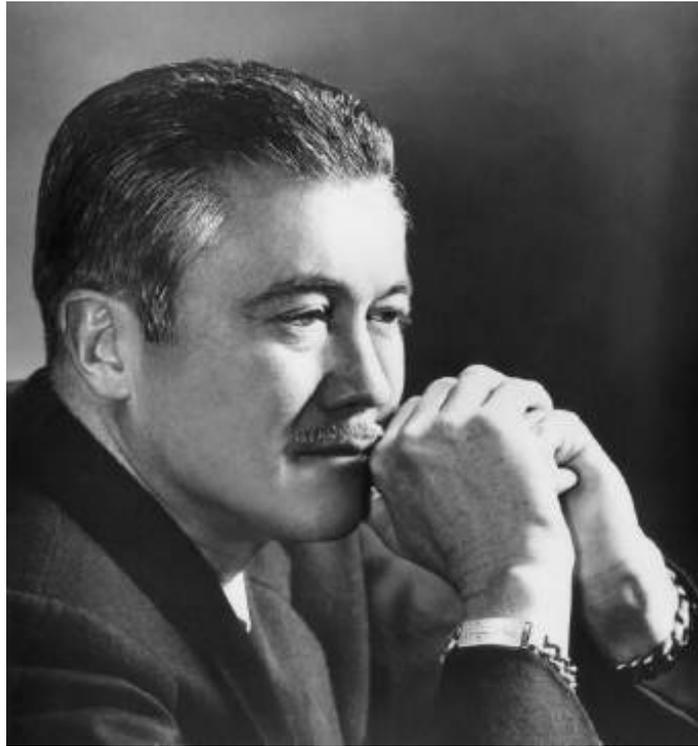
Pero Roger Conway seguía mirando a El Santo, y Roger comprendía, con una extraña seguridad, que, después de todo, nunca había conocido del todo a El Santo, y que probablemente nunca le conocería.

El Santo cerró el libro.

Lo puso sobre la mesa junto a él y se volvió para encontrarse con la mirada de Roger.

—Por todos los santos que en este momento descansan de sus labores —dijo—, Sonia ha llegado, querido Roger.

Y se puso en pie, con su leve carcajada brotándole de los labios, y poniendo su mano sobre el hombro de Roger, salieron juntos.



LESLIE CHARTERIS (1907-1993), nacido Leslie Charles Bowyer Yin, fue un autor británico principalmente de los géneros de misterio y ficción, así como guionista. Es conocido sobre todo por sus muchos libros en los que hacía crónica de las aventuras de Simón Templar, alias «El Santo».

La biografía personal de Charteris parece sacada de una de sus novelas o colecciones de cuentos cortos. Su padre era un médico chino de rancia ascendencia noble, descendiente directo de la dinastía de emperadores Chang, y su madre una bella mujer inglesa. Antes de aprender inglés, ya hablaba malayo y algunos dialectos chinos. Durante su larga vida, Charteris desempeñó los más variados oficios, como pescador de perlas, buscador de oro, plantador de caucho, minero, conductor de autobuses, policía, camarero, jugador profesional de cartas y en los años treinta, guionista en Hollywood. Sus novelas están traducidas a más de 15 lenguas.